UNIVERSITY OF ST. MICHAEL'S COLLEGE
3 1761 01936501 4

MEMORIAS DE GARIBALDI

BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

ALEJANDRO DUMAS

405

MEMORIAS DE GARIBALDI

TRADUCCIÓN DE

ANTONIO ASTORT

BARCELONA
CASA EDITORIAL SOPENA
PROVENZA, 96

Reservados los derechos de traducción.

Imp. Sopena, Provenza, 95.—BARCELONA

AL LECTOR

Todas las ideas, todos los hechos tienen su raíz en lo pasado. Es, por lo tanto, imposible empezar una narración, sea historiando un suceso, sea explicando la vida de un hombre, sin dirigir una mirada retrospectiva á los tiempos pretéritos.

A causa de las diferentes fases que ofrece la existencia del sujeto cuya biografía me propongo reseñar, tendremos frecuentemente necesidad de internarnos en el Piamonte, tierra natal de Garibaldi. Los hombres de acción política tienen, si son progresistas, horas de desaliento, durante las cuales se sienten impulsados, como Anteo, para recuperar las agotadas fuerzas, hacia esta región de la patria que Bruto, en su fingida locura, ensalzaba como madre común. Resulta, pues, de importancia el hacer un somero estudio de lo que ocurría en Italia desde 1820 á 1834, época en que principia la presente historia.

Las guerras de la República y las invasiones del Imperio habían expulsado á dos príncipes de la Cerdeña que, jóvenes aún cuando salieron para el destierro, volvieron de él siendo ya viejos: eran dos hermanos, en quienes terminaba la sucesión masculina de los duques de Saboya. El uno fué Víctor Manuel I, y el otro Carlos Félix.

Ambos reinaron.

La rama segunda estaba representada por el príncipe de Carignan, que en 1823 tomó parte como granadero del ejército francés, en la guerra de España, donde se distinguió singularmente en el Trocadero.

En 1840, en una audiencia que me concedió, mostróme su sable de granadero y sus charreteras de lana encarnada, que conservaba como reliquias de la juventud.

El Rey Víctor Manuel I, al subir al trono, había empeñado su palabra á los soberanos aliados (que probablemente se lo habían dado con esta condición), de no hacer en ninguna circunstancia la menor concesión á su pueblo.

Pero, lo que podía prometerse fácilmente en 1815, era difícil de cumplir en 1821.

Desde 1820, el carbonarismo se había extendido por Italia. En un libro que participa más de historia que de novela, en *José Bálsamo*, tengo hecha la descripción del Iluminismo y de la Francmasonería.

Esos dos formidables enemigos de la dignidad real, cuya divisa eran las tres iniciales *L. P. D.*, esto es, *Lia Pedibus Destruc*, tuvieron gran parte en la revolución francesa. Swedenborg, cu-

yos al pie asesinaban á Gustavo III, era mago. Casi todos los jacobinos y muchos franciscanos, eran masones. Felipe Igualdad era Gran Oriente.

Napoleón acogió á la masonería bajo su protección; mas, protegiéndola, la falseó, la desvió de su finalidad, la amoldó á sus conveniencias y, finalmente, convirtióla en instrumento de despotismo.

No era el primer caso que se daba de que sirviesen las espadas para forjar cadenas. José Napoleón fué maestro de la orden; el canciller mayor Cambacères, ayudante; Joaquín Murat, segundo maestre. La emperatriz Eugenia, que se encontraba en Strasburgo, presidió en 1805 el acto de la adopción de la logia de los *Francs-Cavaliers* de París. En aquella ocasión, Eugenio de Beauharnais era venerable de la logia de San Eugenio de París. Establecido más adelante en Italia con el título de virrey, el Gran Oriente de Milán le nombró maestro y comendador soberano del supremo consejo del trigésimo segundo grado, es decir, le concedió el honor más alto que se le podía otorgar, á tenor de los estatutos de la orden.

Bernadotte era masón; su hijo, el príncipe Oscar, fué maestre de la logia sueca; en las diferentes logias de París fueron iniciados sucesivamente: Alejandro, duque de Wurtemberg; el príncipe Bernardo de Saxe-Veimar, y el propio embajador persa, Askeri-Khan; el presidente del Senado, conde de Lacépède, presidía el Gran Oriente de Francia, del que eran oficiales honoríficos los generales Kellermann, Massena y Soult. Los príncipes, los ministros, los mariscales, los oficiales, los magistrados, en fin, todos los hombres notables por su gloria ó respetados por su posición, aspiraban á ser masones. Hasta las mujeres quisieron tener sus logias, en las que entraron las señoras de Vaudemont, Casignan, Girardin, Narbonne y muchas otras damas pertenecientes á familias ilustres. Sin embargo, una solamente fué admitida, no como hermana, sino como hermano. Era la famosa Xaintrailles, á quien el primer cónsul había concedido el nombramiento de comandante de artillería (1).

Pero no era sólo en Francia donde se extendía entonces la masonería.

El rey de Suecia instituyó en 1811 la orden civil de la masonería. Federico Guillermo III, rey de Prusia, había, á fines de julio de 1800, aprobado por medio de un edicto la constitución de la grande logia de Berlín. El príncipe de Gales no dejó de gobernar la orden, en Inglaterra, hasta 1813, en que fué nombrado regente. Por fin, en el mes de febrero del año 1814, el rey de Holanda, Federico Guillermo, se declaró protector de la orden y permitió que el príncipe real, su hijo, aceptase el título de venerable honorario de la logia de Guillermo Federico de Amsterdam.

Cuando volvieron á Francia los Borbones, el mariscal Bournonville suplicó al rey que pusiese la orden bajo la protección de un miembro de su real familia; pero Luis XVIII, que era hombre de buena memoria, no había olvidado la participación que la masonería tuvo en la catástrofe de 1793, y respondió que jamás permitiría á ninguno de los suyos formar parte de una sociedad secreta, cualquiera que fuese.

En Italia, la masonería decayó con la dominación francesa; pero apareció en su lugar el carbonarismo, que parecía destinado á reanudar la interrum-

(1) José la Farina, «Storia d' Italia».

pida obra de la masonería y continuarla en su sentido libertador.

Junto al carbonarismo se destacaban otras dos sectas.

Una de ellas se denominaba la Congregación católica, apostólica y romana.

La otra, la Consistorial.

Los miembros de la Congregación tenían, como distintivo, un cordón de seda color pajizo con cinco nudos. Los afiliados á las órdenes inferiores no hablaban más que de actos piadosos y benéficos. En cuanto á los secretos de la secta, conocidos solamente de los grados superiores, no podían ser objeto de conversación sino entre dos; la presencia de un tercero imponía al instante silencio absoluto. La contraseña de los congregacionistas era *Eleuteria*, ó sea, *Libertad;* otra palabra secreta era *Ode*, equivalente á *Independencia*.

Esta secta, nacida en Francia entre los neocatólicos, y á la que pertenecieron algunos de nuestros más conspicuos y constantes republicanos, había atravesado los Alpes, arraigado en el Piamonte y del Piamonte llegado á Lombardía; pero, una vez allí, tuvo pocos adeptos, y no tardó en extinguirse, merced á la gestión de los agentes secretos de Austria, que en Génova se dedicaban á investigar las patentes que se libraba á los iniciados y á escudriñar los estatutos y signos de reconocimiento.

La Consistorial se dirigía principalmente contra los austriacos. Al frente de esta secta había algunos príncipes de Italia que no pertenecían á la casa de Hapsbourg. La presidía el cardenal Gonsalvi. El único príncipe que no fué excluído de ella, era el duque de Módena. De ahí las terribles persecuciones de este príncipe contra los patriotas, cuando esta liga fué conocida: aspiraba al perdón de Austria, y para obtenerlo, para reconciliarse con ella, hubo de ser derramada la sangre de Menotti, su compañero de conspiración.

Los consistorialistas obedecían al plan de arrancar Italia á Francisco II y repartírsela. Además de Roma y la Romandiola, el papa adquiría la Toscana. La isla de Elba y las Marcas, pasaban al rey de Nápoles; Parma, Plasencia y una parte de la Lombardía, al duque de Módena, con el título de rey; Massa, Carrara, Lucca, al de Cerdeña; por último, el emperador de Rusia, Alejandro, que por desafección á Austria, favorecía estos clandestinos manejos, obtendría, como botín del reparto, Civitta-Vecchia, ó bien Génova ó Ancona, para establecer una estación naval en el Mediterráneo.

Según se ve por lo que precede, esta última liga, sin consultar á los pueblos ni tener en cuenta los límites territoriales de la Naturaleza, se repartía las personas cómo hacen los árabes, después de una *razzia*, con un rebaño conquistado. Y ese derecho de escoger amo y servir á quien convenga, que tiene el último de los nacidos en el suelo de Europa, ese derecho era negado á las naciones.

Felizmente, uno solo de todos esos proyectos, el que se prometían los carbonarios, caía en los designios divinos y estaba en vías de ser una realidad.

El carbonarismo, que estaba llamado á dar frutos, crecía vigoroso en la Romandiola. Se había reunido con la secta de los güelfos, que tenía establecido su asiento en Ancona, y se apoyaba en el bonapartismo.

Luciano había sido elevado al grado de luz primaria. En las reuniones se-

cretas se demostraba la necesidad de arrancar el poder de manos de los curas, se invocaba el nombre de Bruto y los espíritus se preparaban para la república.

En la noche del 24 de junio de 1819, estalló el movimiento. Tuvo el fin que suelen tener las primeras tentativas de esa índole. Toda religión destinada á crear apóstoles, empieza formando mártires. Cinco carbonarios fueron fusilados; otros, condenados á galeras á perpetuidad; algunos, juzgados menos culpables, encerrados en una fortaleza durante diez años.

Entonces la secta, obrando con más cautela, cambió su primitivo nombre por el de Sociedad Latina.

Simultáneamente, la misma sociedad conspiraba en Lombardía y extendía sus ramificaciones á las otras provincias de Italia. En un baile dado en Rovigo por el conde Porgia, el gobierno austriaco mandó arrestar á varios concurrentes, y al día siguiente declaró culpable de alta traición al que se afiliase á la secta de los carbonarios. Pero donde el movimiento adquirió mayores proporciones, fué en Nápoles. Coletta afirma en su historia, que los afiliados del reino ascendían á la importante cifra de 642.000; y, según un documento de la chancillería áulica de Viena, tales cálculos eran inferiores á la verdad. «El número de carbonarios, dice el documento en cuestión, pasa de 800.000 en el reino de las dos Sicilias, y no hay policía ni vigilancia que pueda contrarrestar semejante propagación. Sería, pues, insensato pretender aniquilarlos» (1).

Al mismo tiempo que se producía el movimiento de Nápoles, Riego, otro mártir que ha dejado un canto de muerte convertido más tarde en canto de victoria, levantaba en 1 de enero de 1820 el estandarte de la libertad, y un decreto de Fernando VII anunciaba que, habiéndose manifestado la voluntad del pueblo, el rey se había decidido á jurar la Constitución proclamada por las Cortes Generales y Extraordinarias en 1812.

Las prisiones se abrieron, y dieron un ministerio á España.

Fernando I de Nápoles, en su condición de infante de España, debió jurar obediencia á la Constitución española, sin abandonar, empero, su absoluta soberanía. Esto produjo una sacudida en Calabria, en Capitanata y en Salerno. El Gobierno italiano, débil, indeciso, suspicaz, decretó algunas reformas insuficientes, que no impidieron la sublevación capitaneada por el general Pepe. Nápoles tuvo, como en 1798, su Gobierno provisional y su Congreso de diputados.

Pasado algún tiempo, estalló la revolución piamontesa. En la mañana del día 10 de marzo, el capitán conde de Palma hacía tomar las armas al regimiento de Génova, y lanzaba este grito: «El Rey y la Constitución española». Al día siguiente quedaba establecido un Gobierno provisorio en representación del reino de Italia, y declaraba la guerra á Austria.

De este modo, la revolución, iniciada en Ancona, había prendido en Nápoles y llegaba á Turín. Tres volcanes se habían abierto en Italia, sin contar el de España, y la Lombardía se revolvía en un triángulo de fuego.

Ya se ha dicho que el rey Víctor Manuel I había dado palabra á la Santa Alianza de no hacer ninguna concesión al pueblo.

Dos días después, para ser fiel á su promesa, el rey Víctor Manuel abdica-

(1) Storia d'Italia—la Farina.

ba á favor de su hermano Carlos Félix, á la sazón en Módena, y nombraba regente al príncipe de Carignan, que luego fué el rey Carlos Alberto.

Esta abdicación de un príncipe de corazón italiano á favor de otro príncipe adicto á la nación austriaca, constituía una verdadera desgracia para los patriotas.

Así, Santa Rosa, uno de los principales promotores del movimiento, exclamaba:

«¡Oh, noche del 13 de marzo de 1821, noche fatal á mi patria, que has apagado nuestros entusiasmos, humillado tantas espadas desnudas en defensa de la patria, y tronchado tantas esperanzas risueñas! Con el rey Víctor Manuel, desaparece la nacionalidad del Piamonte; la patria estaba en el Rey, se personificaba en su corazón leal, y por él habíamos hecho esta revolución gritando: ¡Valor! acaso algún día nos perdonará la obra de haberle hecho Rey de seis millones de italianos.»

Pero no sucedía lo mismo con Carlos Félix; se caía nuevamente bajo el yugo de Austria, y todo retrocedía á sus principios, todo se encontraba otra vez en estado de empezar.

Sin embargo, no se perdió completamente la esperanza. El 14 de marzo, el príncipe de Carignan, como regente, se asomó al balcón, y en medio de las inmensas aclamaciones del pueblo, proclamó la Constitución de España.

Debiendo tener este suceso mucha resonancia en lo porvenir y dar el rey Carlos Alberto un mentís al príncipe de Carignan, citaremos, no solamente el hecho de la Constitución proclamada de viva voz, sino también el propio contexto de los carteles que se fijaron en las paredes de Turín.

He aquí su traducción literal:

«En el difícil momento por que atravesamos, nos es imposible encerrarnos en los estrechos límites de nuestro carácter de Regente. Nuestro respeto y nuestra sumisión á Su Majestad Carlos Félix, á quien se ha repuesto en el trono, debían aconsejarnos en el sentido de abstenernos de introducir cambios en las leyes fundamentales del reino, ó al menos diferirlos hasta conocer los propósitos de nuestro nuevo soberano. Pero, como las circunstancias se han manifestado de modo imperioso, y, por otra parte, como quiera que ofrecemos al novel monarca un pueblo equilibrado, libre y feliz, hemos resuelto, á vuelta de discretas y laboriosas reflexiones, y de acuerdo con el dictamen de nuestro consejo y en la confianza de que Su Majestad, llevado de iguales consideraciones, legalizará nuestra deliberación con su beneplácito real, hemos resuelto, repetimos, que la Constitución de España sea reconocida como ley del Estado, con las modificaciones que, de común acuerdo, introduzcan el Soberano y la representación nacional.»

Cinco años después de haberse establecido en Italia, el carbonarismo había obtenido: una Constitución en España, una Constitución en Nápoles, una Constitución en el Piamonte.

Pero ésta, la última en nacer, debía ser oprimida la primera.

En vez de volver sus miradas á Génova ó Milán, en vez de aprobar y consolidar las libertades concedidas por el príncipe de Carignan, el rey Carlos Félix publicaba, el día 3 de abril, el siguiente edicto:

«Siendo deber de todo individuo fiel someterse de buen grado al orden de cosas que encuentra establecido por Dios y por el ejercicio de la soberana autoridad, declaro que, no dependien-

do nosotros más que del Ser Supremo, somos los únicos á quienes compete elegir los medios que juzguemos más convenientes para alcanzar el bien, y que, por lo tanto, no tendremos por individuo fiel al que censure las medidas que consideramos necesario tomar. Hacemos público, como égida de la conducta de cada cual, que no reconoceremos como fieles sino á los que se sometan desde ahora, subordinando á esta sumisión el regreso á nuestros Estados.»

Y al mismo tiempo que el rey Carlos Félix publicaba este edicto, modelo de ceguedad, de necedades y de obstinación, nombraba una comisión militar destinada á entender en los delitos de traición, rebeldía é insubordinación que se habían cometido. Afortunadamente, los principales criminales, esto es, aquéllos cuyos nombres son en el día los más gloriosos del Piamonte, se habían puesto ya en salvo.

La comisión designada por Carlos Félix no perdió su tiempo. Se ha visto alguna vez que los reyes carezcan de verdugos, pero jamás que carezcan de jueces. El tribunal, en el transcurso de cinco meses, juzgó á 178 personas, de las que 73 fueron condenadas á muerte y confiscación de bienes, y los demás, unos á prisión y otros á galeras.

De los condenados á muerte, 60 lo eran en rebeldía, y se los ahorcó en efigie.

Nombraremos algunos de esos individuos para tener clara noción de las cosas, para conocer á los que perseguía este poder estúpidamente absoluto, que desde Tarquino nunca ha sabido sino humillar los más luminosos y mejor dotados cerebros.

Entre otros, eran:

Los tenientes Pavía, Ansaldi; el subteniente Anzzana; el médico Ratazzi; el ingeniero Appiani; los abogados Dossena, Luzzi, Marochetti, Ravino; los capitanes Baronis, Lesio, Radice, Ferraro, Pachiarotti, el conde Bianco; los coroneles Regis, Casaglio, Morozzo; los mayores (1) Santa Rosa, Collegni, y el príncipe Della Cisterna.

En junto, seis oficiales superiores, treinta secundarios, cinco médicos, diez abogados y un príncipe, todos ilustres por los dones de su inteligencia, todos notables por la condición de sus sentimientos.

Dos habían sido detenidos, y fueron ejecutados: eran el teniente de carabineros Juan Bautista Lanari, y el capitán Jaime Garelli. El primero lo fué el día 2 de julio, el otro el 25 de agosto.

Uno de los principales culpables era sin disputa Carlos Alberto. Había proclamado la Constitución, no *salvo la aprobación de Carlos Félix*, como se ha dicho por los partidarios, sino en estos términos, que no dejan lugar á duda:

«*Nella fiducia che Sua Maestá il re, mosso dagl'istesse considerazioni, sará per rivestire questa deliberazione della sua sovrana approvazione: la constituzione di Spagna sará promulgata e osservata come legge dello Stato*» (2).

Por eso, al recibo de la carta que le anunciaba la negativa del rey Carlos Félix, el príncipe de Carignan corrió á Módena; pero el rey no quiso recibirle, y el Duque mandó que le intimasen orden de salir de sus Estados.

El príncipe de Carignan se retiró á Florencia, cerca del gran duque de Toscana.

---

(1) Mayor.—El 2.° jefe encargado del detall de un regimiento.

(2) «En la confianza de que S. M. el rey, guiado por estas consideraciones, DARÁ á esta deliberación su aprobación soberana, la Constitución de España será promulgada y observada como ley del Estado».

Para Carlos Alberto, no se trataba de un simple destierro, ó de un infortunio momentáneo: se trataba de la pérdida del trono piamontés. Se extendió el rumor de que Carlos Félix dejaría la corona al duque de Módena, y que éste, no habiendo podido escalar el trono cuando la conspiración de los príncipes italianos contra Austria, esperaría en la presente ocasión alcanzar el objeto de sus constantes desvelos.

El príncipe de Carignan confió su posición al conde de la Maison-fort, nuestro ministro en Florencia. El Conde escribió sin pérdida de tiempo á Luis XVIII.

He aquí un fragmento de la carta del ministro de Francia:

«Para despojar al príncipe de Carignan de su herencia, se trata de llamar al trono á la duquesa de Módena, hija primogénita del rey Víctor. Esta facilidad en descartar á la casa de Saboya de un trono que ella fundó, esta ingratitud característica de nuestro siglo, no puede ser patrocinada ni sostenida por el jefe de una casa 18 veces aliada con ella, ni puede esta política ser del Gobierno francés, que tiene, cuando menos, el derecho de exigir la completa independencia del Soberano en cuyas manos está la llave de Italia.»

Luis XVIII fué del parecer de su ministro. Escribió al príncipe de Carignan, ofreciéndole un refugio en la corte de Francia. Esto equivalía á decirle: «No tenéis nada que temer, tomo vuestros intereses bajo mi salvaguardia, no permitiré que nadie, sino vos, sea rey del Piamonte.»

En efecto, el rey que había otorgado un privilegio á su pueblo, no podía recriminar á un príncipe por haber prometido al suyo una Constitución que no había sido reconocida.

Pero era preciso que el príncipe de Carignan *cantase la palinodia*, como vulgarmente se dice, se retractase ante la Santa Alianza.

De las tres Constituciones nacidas del carbonarismo, la del Piamonte había sido ahogada al nacer por mano del mismo rey Carlos Félix; otra, la de Nápoles, aniquilada por la invasión austriaca; la tercera, única sobreviviente, la de España, anulada por la intervención francesa.

Se trataba por el príncipe de Carignan, que había proclamado la Constitución de España en Turín, de ir á combatir en Madrid esa misma Constitución.

La pócima era amarga; pero, si París valía una misa, bien valía una medicina el Piamonte.

El príncipe de Carignan ocultó su rubor bajo su gorro de granadero, hizo la guerra de España, y fué uno de los vencedores del Trocadero; de suerte, que al morir Carlos Félix, el 27 de abril de 1831, el príncipe de Carignan subió al trono sin mucha dificultad, bajo el nombre de Carlos Alberto.

Austria, que habría preferido ver en él á su archiduque de Módena, puso el grito en el cielo: Carlos Alberto fué presentado por ella á los reyes como un carbonario; á los carbonarios, como un traidor.

Austria mentía por partida doble.

Carlos Alberto no era carbonario: la proclama en la que daba la Constitución, demostraba que lo hacía cediendo á extrañas imposiciones.

Carlos Alberto no era traidor, puesto que no había contraído compromisos personales: era simplemente un príncipe que alimentaba la ambición de ser rey.

El baldón de haber abolido en el otro extremo de Europa la Constitución que él había proclamado en Turín, quedaba borrado por el valor del granadero: el soldado había absuelto al príncipe.

Del Pozzo le escribía desde su destierro en Londres: «Los términos medios y las medidas incompletas, de nada sirven, ni son factores de progreso, en política. *El Piamonte quiere un rey constitucional.*»

Y otro patriota que se ocultaba en el anónimo, le dirigía estos párrafos:

«Colocaos á la cabeza de la nación, escribid en vuestro pendón: *unión, libertad, independencia.* Proclamaos el vengador y el intérprete del derecho popular. Debéis investiros con el título de regenerador de Italia. Apartad de vuestro lado á los ignorantes, edificad el porvenir, dad nombre á un siglo, fundando una era que arranque de vos. Sed el Napoleón de la libertad italiana. Arrojad á la faz de Austria, con vuestro guante, el nombre de Italia. Ese antiguo nombre obrará prodigios. Recurrid á todo lo grande y generoso que encierra la Península.

»Una juventud ardorosa, intrépida, solicitada por las dos pasiones que forman á los héroes, el odio y la gloria, alimentó durante mucho tiempo un solo pensamiento y no suspiró más que para ponerlo en acción. Llamad á las armas; poned las ciudades y las fortalezas bajo la custodia de los ciudadanos; y, libre así de todo otro cuidado, atento sólo al de vencer, dad el impulso. Reunid en torno vuestro á cuantos la fama ha proclamado de inteligencia preclara, de corazón esforzado y exentos de avaricia y bajas ambiciones.

»Inspirad, en fin, confianza á la multitud, disipando en ella toda duda y recelo acerca de vuestras intenciones é invocando la colaboración de todos los hombres libres. Señor, os digo la verdad: los hombres libres esperan que vuestra respuesta se manifieste por medio de actos. Pero, cualesquiera que éstos sean, tened por cierto que la posteridad proclamará en vos al primero de los hombres ó al último de los tiranos italianos. ¡Escoged!»

Lo que verdaderamente hace de los reyes los elegidos del Señor, es la virtualidad contenida en ellos de merecer semejantes comunicaciones. Si Carlos Alberto hubiese seguido los consejos de su anónimo comunicante, habría empezado seguramente por Goïto, pero es probable que no habría concluído con Novara.

Carlos Alberto arrojó la carta á las llamas; en vez de seguir por el amplio sendero que se le abría, se obstinó en continuar por el estrecho de una política tortuosa.

A partir de ese momento, declaróse la ruptura entre el rey de Cerdeña y la Joven Italia.

¡La Joven Italia! En aquella época fueron pronunciadas por vez primera estas palabras.

¿Quiénes la representaban en tal ocasión?

José Mazzini, el infatigable promotor de la unidad italiana, en cuya frente colocó Italia, primero los laureles de la victoria, y en nuestros días la corona de espinas tejida por la ingratitud. José Mazzini, apenas conocido actualmente por algunas publicaciones patrióticas, mortificado por la policía de Milán, se había refugiado en Marsella, donde abría los cimientos de la obra inmensa emprendida por él, enviando con mil dificultades al Piamonte los números de su *Joven Italia*. Los nobles y los curas piamonteses, que se

habían adueñado de la voluntad de Carlos Alberto, temblaron oyendo la voz de alarma que el pensamiento humano profería. En los dos años que llevaban de residencia en la Corte, habían tenido ocasión de medir su poderío; y sin embargo, conocían al rey Carlos Alberto, su insaciable sed de popularidad, y, aunque fraternizaba ostensiblemente con Austria, temían que un día se revelasen en él atisbos y vislumbres de ambición, cuando no algún germen de liberalismo.

Se sabía que Carlos Alberto, en sus horas de febril vigilia, que suelen acompañar á los reyes, anhelaba el trono de Italia. Pero no podía sentarse en él, sino haciendo suya la causa de la Revolución. El trono de Italia era nominalmente de los pueblos, no de los reyes.

Había, pues, necesidad de levantar una valla entre el soberano y los patriotas.

Cierto día, un asesino investido con la dignidad de magistrado, se levantó y dijo:

«Ha llegado la ocasión de hacerle saborear la sangre.»

El mismo día, el rey Carlos Alberto fué advertido que en el seno del ejército se tramaba un formidable complot contra su persona. Ese complot, le dijeron, tenía por objeto su destronamiento.

Los hechos fueron desnaturalizados, falseados; los peligros, exagerados. Se hirieron todas las fibras del hombre y del príncipe para levantar en su corazón mortales resentimientos, lo cual era necesario á esos hombres que se intitulaban salvadores de las monarquías.

Hubo delaciones, se calumnió, se mintió, y la sed de sangre fué hábilmente despertada en el real gaznate (1).

Se creó en Turín una comisión criminal extraordinaria que asumió la dirección de todos los suplicios del Piamonte.

La primera violación cometida por esta comisión, consistió en su acuerdo de que todos los acusados, militares ó civiles, serían juzgados por un consejo de guerra.

Un oficial que actuaba de juez en el consejo de información, interrogaba á un jurisconsulto sobre algunos principios de derecho criminal. El togado le respondió que el primer fundamento de toda ley, que la primera regla de todo código, era ésta: «Un consejo de información militar debe declararse incompetente para juzgar á ciudadanos.»

—Esto no es posible—respondió el oficial:—*el General ha ordenado que nos declaren competentes.*

Y por esta vez, la orden del General fué la base de la ley, la regla del código.

El primero que tiñó con su sangre la púrpura del nuevo rey, fué el caporal (1) Tamburelli. Por haber cometido el delito de leer á sus soldados *La Joven Italia*, le fusilaron por la espalda.

El segundo fué el teniente Tolla, culpable de haber manoseado libros sediciosos y dejado de denunciar el complot, de que era conocedor.

Como á Tamburelli, se le fusiló por la espalda.

Era una ingeniosa invención de la magistratura piamontesa, para asimilar el suplicio del fusilamiento con el de la horca.

No había bastante con matar; de-

(1) Brofferio, «Historia del Piamonte».
(2) Caporal.—El jefe más inmediato al soldado. Cabo de Escuadra.

bía completarse la obra intentando la deshonra. En 15 de junio se fusiló, igualmente por la espalda, al sargento Miglio, á José Bigha y á Antonio Gavolli.

Todos murieron con valor admirable. Jacobo Ruffini estaba encerrado en las prisiones de la torre de Génova. Ponían en práctica todos los medios para restarle sus fuerzas, que sensiblemente se debilitaban, en lo moral no menos que en lo físico, por estar privado de comer y de dormir.

Determinó no esperar á que se le pusiese en la alternativa de la muerte ó la vergüenza. Temiendo que, llegado el momento, careciese de entereza bastante para elegir la primera, arrancó una lámina de hierro de la puerta de su prisión, la afiló y cortóse la garganta.

En los espasmos de la agonía, pudo escribir en la pared, sirviéndose á guisa de pluma de la yema de sus dedos tintos en sangre:

«Dejo por testamento mi venganza á Italia.»

A la mañana siguiente, cuando entraron en su cuarto, se le encontró cadáver.

En Génova, fueron fusilados:

Luciano, Piacenza y Luis Turffs.

En Alejandría:

Domingo Ferrari, José Menardi, José Bigano, Amando Costa, Juan Marini.

Después le llegó el turno á Andrés Vochieri.

Al igual que á Jacobo Ruffini, dediquemos unas líneas á Andrés Vochieri.

Un condenado de Alejandría, que sobrevivió á las prolongadas torturas de Fenestrelle, ha dejado en sus memorias el relato de la agonía de Andrés Vochieri.

«Por lo pronto, dice hablando de sí mismo, me quitaron mis libros, que se componían de una Biblia y una colección de oraciones cristianas. Completaba esta pequeña biblioteca, una *Historia de los capuchinos ilustres del Piamonte*. Luego me colocaron hierros en los pies, y se me trasladó á otro calabozo más húmedo, más obscuro, más tétrico que el primero, con ventanas de dobles barrotes y dobles cadenas en las puertas. Ese calabozo y el del pobre Vochieri estaban contiguos. Algunas grietas mal reparadas, me permitían mirar el interior del suyo, y á favor de un débil rayo de luz, podía verle. Estaba recostado sobre un miserable asiento y tenía ahorrojados los pies; dos centinelas permanecían á su lado, con el sable desenvainado. Un tercer centinela, armado de fusil, guardaba la puerta. Reinaba un profundo silencio en el sombrío calabozo. Los soldados parecían más consternados que el mismo prisionero. De vez en cuando, unos capuchinos venían á verle y exhortarle. Por espacio de una semana experimenté el dolor de contemplar este cuadro, á cuya vista, empero, no podía sustraerme. Por fin, un día se lo llevaron. Lleváronle á la muerte.»

Pero, el prisionero no cuenta, porque lo ignoraba, que Vochieri fué conducido al suplicio por el camino más largo. Es verdad que en el trayecto de ese camino se encontraba su casa, habitada por su hermana, su mujer y sus dos hijos. Creíase que á la vista de los amados seres, su corazón desfallecería y que el condenado haría revelaciones.

Pero, sonriendo tristemente: «Han olvidado, dijo Vochieri, que existe en el mundo algo que amo más; una cosa que está por encima de hermana, mujer é hijos. Es Italia. ¡Viva Italia!»

Y volviéndose hacia los cabos de presidio que iban á fusilarle en substitución de los soldados, pronunció esta palabra: «¡Vamos!»

Un cuarto de hora más tarde, caía atravesado por seis balas.

Carlos Alberto pertenecía ya á la familia de los reyes de la Santa Alianza, lo mismo que el papa, lo mismo que el rey de Nápoles, á la par de Francisco IV y de Fernando VII: tenía las manos teñidas con la sangre de su pueblo.

Vivía entonces en Niza un joven que miraba cómo corría esa sangre, y se hacía en su interior el juramento de consagrar su vida al culto de esta libertad por la que caían tantos mártires.

Ese joven, que en aquella época contaba veintiséis años de edad, se llamaba José Garibaldi.

Dejemos que él mismo hable y narre los maravillosos sucesos de su procelosa existencia.

ALEJANDRO DUMAS.

MEMORIAS DE GARIBALDI

MEMORIAS DE JOSÉ GARIBALDI

I

MIS PADRES

Nací en Niza el 22 de julio de 1807, en la misma casa y en la misma habitación donde había visto la luz primera el mariscal Massena. El ilustre soldado era, como ya se sabe, hijo de un panadero. En los bajos de la casa, existe todavía una panadería.

Séame permitido, antes de hablar de mí, decir algo de mis excelentes padres, cuya honradez y cuya ternura ejercieron tanta influencia en mi educación y en mis disposiciones físicas.

Mi padre, Domingo Garibaldi, nacido en Chiavari, era hijo de marino y marino también él. En el mar transcurrió casi toda su existencia. Realmente, estaba lejos de poseer los conocimientos que constituyen el patrimonio de algunos hombres de su condición, y muy singularmente de los hombres de nuestra época. Su preparación en cosas de mar no la hizo en una escuela *ad hoc*, sino á bordo de los buques de mi abuelo, que más tarde le confió el mando de uno. Si alguna vez se veía envuelto en malos negocios, siempre resolvía dignamente las dificultades. Su fortuna había sufrido numerosas alternativas, afortunadas unas, desgraciadas otras, y á menudo le oí decir que pudo habernos dejado bienes más cuantiosos.

Pero este detalle no hace al caso. Era mi buen padre bien libre de emplear como mejor estimase un dinero afanosamente ganado, y no por haberme dejado poco le estoy menos reconocido. Por lo demás, hay una cosa que no da lugar á la menor duda en mi espíritu, esto es, que de cuanto dinero prodigó el autor de mis días, el invertido con más gusto fué el que empleó en mi educación, á pesar de ser esta educación una carga harto pesada con relación á los recursos paternales.

No se crea, empero, que mi educación fuese, cuando menos, la que se da en el mundo de la aristocracia. No, tal; mi padre no me hizo aprender gimnasia, como tampoco esgrima ni equitación. La gimnasia la aprendí trepando por los obenques de los navíos y deslizándome á lo largo de las jarcias; la esgrima, defendiendo mi ca-

leza y procurando, lo mejor que sabía, partir la de los otros; y la equitación, tomando por modelo á los primeros jinetes del mundo: á los *gauchos*.

El único ejercicio de mi juventud, y para el cual tampoco precisé maestro, fué la natación. Cómo y cuándo aprendí á nadar, no me acuerdo; parécenme que siempre he sabido nadar, y que nací anfibio. Cuantos me conocen saben que no soy muy diestro en lo de hacer mi propio elogio; pero, con todo, quiero decir en esta ocasión simplemente y sin el menor asomo de vanidad, que soy uno de los más vigorosos nadadores que existen. Así, pues, nadie debe estarme agradecido, dada la confianza que tengo en mi mismo, de no haber jamás vacilado en arrojarme al agua para salvar la vida de un semejante.

Por lo demás, si mi padre no me hizo aprender ninguno de esos ejercicios, fué, antes que suya, culpa de los tiempos. En aquel luctuoso período, los curas eran dueños absolutos del Piamonte, y sus constantes esfuerzos, sus trabajos asiduos tendían, con preferencia á cualquiera otra finalidad, á hacer de los jóvenes, monjes inútiles y holgazanes, en vez de ciudadanos aptos para servir á nuestro desgraciado país. Añádase á estas razones, que el acendrado amor que nuestro padre nos profesaba le hacía temer en el más inofensivo de los estudios un motivo de futuros peligros para nosotros.

Con respecto á mi madre, Rosa Raginndo, declaro con orgullo que era modelo de mujeres. Todo hijo debe, ciertamente, decir de su madre lo que digo yo de la mía; pero ninguno lo dirá con más firme convicción.

Uno de los pesares de mi vida, y no el menor, ha sido y será no haber podido hacerla feliz, y haber, en cambio, amargado los últimos días de su existencia. Sólo Dios puede saber las angustias que le ha proporcionado mi accidentada carrera, porque Dios es el único que sabe lo inmenso de su ternura por mí. Si en mi alma se alberga algún sentimiento generoso, confieso en alta voz que lo tengo heredado de mi madre. Su carácter angelical no podía menos de influir en mi ser moral. A su piedad por los desgraciados, á su compasión por los sufrimientos soy deudor, no solamente de este entrañable amor, sino también de esta profunda caridad por la patria; caridad que me ha conquistado el aprecio y la simpatía de mis infortunados conciudadanos. No soy supersticioso, pero aseguro que en las circunstancias más terribles de mi vida, cuando el Océano rugía y las encrespadas olas batían los flancos de mi nave; cuando las balas silbaban en mis oídos como viento huracanado; cuando la metralla caía en torno mío á manera de menuda lluvia, yo veía constantemente á mi madre arrodillada, orando fervorosamente á los pies del Todopoderoso. Y me infundía los bríos que á veces han causado asombro, la íntima convicción de que no podía ocurrirme ningún infortunio, teniendo por ángel tutelar aquella santa mujer que elevaba al Cielo sus preces por mí.

II

MIS PRIMEROS AÑOS

Los primeros años de mi juventud transcurrieron como en todos los niños, entre risas y llantos, más amigo de los placeres que del trabajo, de las diversiones que del estudio, y sin aprovecharme, como habría debido hacerlo, si hubiera sido más juicioso, de los sacrificios que mis padres hacían por mí. Nada extraordinario me sucedió durante aquel período de mi vida. Tenía buen corazón. Era una gracia de Dios y de mi madre, y siempre he satisfecho con voluptuosidad los impulsos de mis generosos sentimientos. La impotencia, la debilidad, el sufrimiento me inspiraban profunda piedad. Esa piedad se extendía á los animales, ó mejor dicho, empezaba por ellos. Recuerdo que cierto día encontré un grillo y me lo llevé á mi habitación. Jugando con él y manoseándolo con esa torpeza, ó más bien con esa brutalidad propia de la infancia, le arranqué una pata. Fué tan vivo mi dolor, que pasé algunas horas encerrado y llorando amargamente.

Otra vez, yendo de caza con uno de mis primos, me detuve á la orilla de una profunda zanja á donde solían acudir las lavanderas para la limpieza de la ropa. Una pobre mujer estaba lavando la suya. No sé cómo fué que se cayó al agua. Aunque era yo muy pequeño, pues apenas tenía ocho años, me arrojé á salvarla, y la salvé. Cuento todo eso, para demostrar que es innato en mí el sentimiento que me impulsa á socorrer á mis semejantes, en lo cual no reconozco ningún mérito.

De los maestros que tuve en aquellos años de mi existencia, conservo singular gratitud hacia el padre Juan y á M. Arena.

Con el primero adelanté poco, debido á que, conforme dejo dicho, tenía más aficiones al juego y á la vagancia que al trabajo. Siempre he deplorado no haber estudiado el inglés, según habría podido hacerlo; y ese pesar, ó remordimiento, se manifestaba en todas las circunstancias, que no fueron pocas, en que hube de alternar con hijos de la Gran Bretaña. Por otra parte, el padre Juan era íntimo nuestro, y hasta un tanto pariente; por lo que le trataba con una familiaridad que era rémora de aprovechamiento en las lecciones que de él recibía. Al otro, excelente maestro, debo lo poco que sé; pero, sobre todo, he de guardarle grati-

tud eterna, por haberme iniciado en el conocimiento de mi lengua nativa, mediante la lectura constante de la historia romana.

En Italia, y especialmente en Niza, donde la vecindad con Francia influye en la educación, incúrrese frecuentemente en el defecto de no instruir á la niñez en el manejo del idioma y en las cosas de la patria. A las primeras lecturas de nuestra historia y á la persistencia de mi hermano mayor Angel en recomendarme su estudio, soy deudor de los limitados conocimientos que he alcanzado en historia y de la facilidad adquirida en el manejo del lenguaje.

Daré cima á esta primera etapa de mi vida, narrando un hecho que, aunque insignificante en sí mismo, dará clara idea de mi predisposición á las aventuras y peligros.

Cansado de frecuentar la escuela y de mi existencia sedentaria, propuse un día á unos de mis compañeros que nos fugáramos á Génova. Apenas lanzada la idea, fué llevada á vías de hecho. Soltamos las amarras de una barca pesquera, y nos pusimos á bogar hacia el Oriente. Nos encontrábamos ya á la altura de Mónaco, cuando un corsario, despachado por mi buen padre, nos capturó y reintegró, muy avergonzados, á nuestras respectivas familias. Un clérigo que había visto nuestra escapatoria, era el delator. De ahí proceden, acaso, mis pocas simpatías por los curas.

Mis compañeros de aventuras se llamaban César Parodi, Rafael de Andreis y Celestino Bermond.

III

MIS PRIMEROS VIAJES

«¡Oh primavera, juventud del año! ¡Oh juventud, primavera de la vida!» ha dicho Metastasio. Y yo añado: ¡Cómo lo embellece todo el sol de la juventud y de la primavera!

Los rayos de este mágico sol inundaban á la gentil *Constanza*, el primer navío con el que surqué los mares. Sus robustos flancos, su enhiesta y ligera arboladura, su amplio puente, todo quedó para siempre grabado en mi juvenil imaginación. Los marineros entonaban cantos de amor, cuya sencillez me enternecía. ¡Oh, si aquellas estrofas hubiesen sido dedicadas á la patria, me habrían exaltado, me habrían enloquecido! ¿Pero quién podía decirles entonces que existía una Italia? ¿Quién aleccionarlos en el sentido de que habíamos de vengar y manumitir una patria? ¡No! crecimos y nos elevamos, como judíos, con la idea de que la vida encerraba un solo fin: enriquecerse.

Miraba yo, con avidez en los ojos y dicha en el corazón, el barco en el que debía embarcarme. Mi madre preparaba llorando mis avíos de viaje.

Pero mi vocación era el mar. Mi padre la había combatido con gran empeño. Sus deseos hubiesen sido que yo abrazara una profesión tranquila y sin riesgos, que me hubiese dedicado al sacerdocio, á la abogacía, á la medicina; pero cedió á mi persistencia, y me embarqué en el bergantín *Constanza*, cuyo capitán era Angel Pesante, el marino más osado que he conocido. Si nuestra marina hubiese tomado el desarrollo que era dado esperar, el capitán Pesante habría merecido el mando de uno de los barcos más grandes. Pesante no había mandado nunca una flota; pero, llegado el caso, ya se vería de cuánto es él capaz. Aseguro que de su pericia y valor, la patria reportaría gloria y provecho.

Mi primer viaje fué á Odesa. Desisto de hablar de sus incidentes, que no ofrecen ningún interés.

El segundo fué á Roma, esta vez acompañado de mi padre, quien había resuelto que, en lo sucesivo, viajaría en su compañía. La inquietud en que vivió durante mi ausencia anterior, le determinó á tomar este acuerdo.

Embarcamos en la *Santa Reparada*, tartana de su propiedad.

Ir á Roma, ¡qué alegría! He dicho en otro lugar que, merced á los conse-

jos de mi hermano y á los afanes de mi digno profesor, había yo cultivado el estudio de la historia romana. ¡Roma! Para mí, devoto ferviente de la antigüedad, era la capital del mundo. ¡Reina destronada! De sus gigantescas y sublimes ruinas surge, cual espectro luminoso, la memoria de todo lo que fué grande en los pasados tiempos.

No sólo la capital del mundo, sino también la cuna de esta religión santa que ha roto las cadenas de los esclavos y ennoblecido á la humanidad vejada y oprimida; de esta religión cuyos primeros y verdaderos apóstoles fundaron las naciones y emanciparon á los pueblos, pero cuyos sucesores degenerados, bastardeados, traficantes, verdaderas plagas de Italia, han vendido á su madre, á nuestra madre común. No; la Roma que yo veía en mi juventud no era solamente la Roma del pasado, era también la Roma del porvenir, que llevaba en su seno la idea regeneradora de un pueblo perseguido por la envidia de los poderosos, porque ese pueblo nació grande, porque ese pueblo ha marchado á la vanguardia de las naciones, guiadas por él en el camino de la civilización.

¡Roma! Cuando pienso en su infortunio, en su humillación, en su martirio, la quiero sobre todas las cosas. La quiero con toda la fuerza de mi alma, no precisamente en las homéricas luchas de su grandeza, durante siglos, sino hasta en los más sencillos acontecimientos, que recogía en mi corazón á manera de depósito precioso.

Lejos de amortiguarse estos sentimientos míos por Roma, se han acrecentado y robustecido por obra de la distancia y del destierro. Muy á menudo, allende los mares, á tres mil leguas, yo pedía al Ser Supremo la gracia de volver á verla. Roma era para mí, en fin, la Italia toda; porque no concibo á la Italia sino en la reunión de sus miembros dispersos, y porque Roma es, según mi modo de ver y sentir, el solo y único símbolo de la unidad italiana.

IV

MI INICIACIÓN

Durante algún tiempo hice el cabotaje con mi padre; más tarde fuí á Cagliari en el bergantín *Eneas*, cuyo capitán era José Garvino.

En ese viaje presencié un espeluznante siniestro que dejará en mí un eterno recuerdo. Al regreso de Cagliari, á la altura del cabo de Nolé, navegábamos en compañía de algunos barcos, entre los cuales había un esbelto jabeque catalán. Dos ó tres días después de haber reinado muy buen tiempo, soplaron algunas ráfagas del viento que nuestros marinos llaman *libeno*, porque antes de llegar al Mediterráneo, ha pasado por el desierto del Líbano. El mar se encrespó, y presto empezó á bramar tan furiosamente, que con fuerza invencible nos arrastró á Vado. El jabeque catalán se portó al principio admirablemente, y no vacilaré en declarar que no había uno solo de nosotros que no hubiese preferido encontrarse á bordo de aquella embarcación, presintiendo las proporciones que la tormenta alcanzaría. Pero el pobre jabeque estaba llamado á ofrecernos muy en breve un espectáculo harto doloroso. Una ola terrible lo hizo zozobrar, y pronto vimos á algunos de aquellos desgraciados tender desde el puente sus manos hacia nosotros, actitud de súplica que duró poco, porque una segunda ola, más formidable que la anterior, los arrebató, sepultándolos en el abismo. La catástrofe ocurría hacia la popa del *Eneas*, y nos era materialmente imposible socorrer á los infortunados náufragos. Los otros barcos que nos seguían se encontraban en igual caso de imposibilidad. Nueve individuos pertenecientes á una misma familia perecieron miserablemente á nuestra vista. Algunas lágrimas rodaron por el rostro de los más sensibles, pero el sentimiento de nuestro propio peligro las secó en seguida. Sin embargo, el peligro desapareció. Como si el espíritu de la destrucción se hubiese aplacado con el sacrificio de aquellas vidas humanas, los demás buques llegaron sin novedad á Vado.

De Vado, salí para Génova, y de Génova, regresé á Niza.

Entonces empecé una serie de viajes por Levante, y en tres de ellos fuimos sorprendidos y despojados por los piratas. La hazaña fué realizada dos veces en un mismo viaje; y como quiera que en la primera nos despojaron

completamente y no quedó nada donde poder hacer nueva presa, los otros piratas se pusieron en extremo furiosos, no encontrando el codiciado botín. En esos ataques empecé á familiarizarme con el peligro y á darme cuenta de que, sin pretender igualarme con Nelson, podía, á Dios gracias, como el famoso almirante, preguntar: *¿Qué cosa es el miedo?*

En uno de los viajes que realicé á bordo del bergantín *La Cortesse*, capitán Barlasemería, estuve enfermo, en Constantinopla. El barco tuvo necesidad de darse á la vela, y prolongándose la enfermedad más de lo que yo suponía, me encontré completamente falto de elementos pecuniarios. En la situaciones difíciles de mi vida, jamás se ha apoderado de mí el desaliento, porque siempre he tenido la suerte de encontrar personas que se interesasen por la mía.

Entre esas almas caritativas, ha habido una que nunca olvidaré: la señora Luisa Sauvaigo, de Niza, admirable mujer de quien pienso que, después de mi madre, es la más perfecta del mundo.

Con sus bondades, labraba la dicha de su marido, excelente individuo, y con su inteligencia privilegiada, dirigía la educación de sus pequeños hijos.

¿A propósito de qué he hablado de ella en este lugar? No lo sé. Ha sido un desahogo, un impulso. Escribiendo para satisfacer una necesidad de mi corazón, éste me ha dictado lo que acabo de escribir.

La guerra declarada entonces entre Rusia y la Sublime Puerta, contribuyó á prolongar mi estancia en la capital del imperio turco. Durante aquel período, y cuando ya no sabía con qué recursos podría contar para la subsistencia del día siguiente, entré como preceptor en casa de la viuda Tenioni. Había obtenido ese empleo mediante la recomendación de M. Diego, doctor en medicina, á quien transmito ahora la expresión de mi gratitud por el servicio que me prestó. Después de algunos meses reanudé mis viajes, embarcándome en el bergantín *Notre Dame de Grâce*, capitán Casabona.

Aquél fué el primer buque donde mandé como capitán.

No me extenderé sobre los demás viajes; diré tan sólo que, preocupado constantemente por un profundo instinto de patriotismo, jamás dejé de pedir que los hombres y los libros me iniciasen en los misterios de la resurrección de Italia; pero hasta la edad de veinticinco años mis afanes resultaron vanos y me cansé inútilmente.

En fin, en un viaje á Tangarog, encontré á bordo de mi barco á un patriota italiano, por quien vine en conocimiento de la marcha que llevaban los asuntos de Italia.

En el cielo de nuestro infortunado país brillaba un rayo de luz.

Lo digo con orgullo. Cristóbal Colón, cuando oyó el mágico grito de ¡Tierra!, no sintió emoción más intensa que la mía, oyendo la palabra *patria*, y divisando en el firmamento los primeros reflejos del faro que encendía la revolución francesa de 1830.

Había cerebros, había voluntades que se consagraban á la obra de la redención de Italia.

En un viaje que hice en la *Clorinde*, este barco condujo á Constantinopla á un grupo de sansimonianos guiados por Emilio Barrault.

Poco había oído de la secta de Saint-Simon; sólo sabía que aquellos hombres eran apóstoles perseguidos de una religión nueva.

Me acerqué á su jefe y le abrí mi pecho como patriota italiano.

Durante las diáfanas noches del Oriente, de las que ha dicho Chateaubriand que en ellas no hay tinieblas, sino ausencia de la luz cenital; bajo aquel cielo tachonado de estrellas, orcados por las brisas marinas que parecían armoniosos ecos de aspiraciones generosas, Barrault y yo discutíamos, no solamente las austeras cuestiones de nacionalidad, sino también el gran problema de la humanidad.

En principio, mi interlocutor me demostró que el hombre que defiende á su patria, ó que ataca la de otro, no es más que un soldado respetuoso en la primera hipótesis; en la segunda, injusto. Pero el hombre que, declarándose cosmopolita, adopta por patria suya el país atacado, y ofrece su sangre y su espada á un pueblo que lucha contra la tiranía, es más que un soldado: es un héroe.

Mi alma fué alumbrada por extraños resplandores, cuya claridad me permitió ver que un navío es algo más que un vehículo del intercambio de los productos de la tierra y de la industria: es también el mensajero alado portador de la palabra del Señor y de la espada del Arcángel. Había yo emprendido mis viajes, ávido de emociones y sorpresas. Ahora me preguntaba si esta irresistible vocación que al principio me parecía limitarse simplemente á la navegación trasatlántica, no me reservaba horizontes más desconocidos.

Yo descubría esos horizontes al través del nebuloso y lejano porvenir.

V

LOS SUCESOS DE SAINT-JUIEN

El barco en que regresé de Oriente iba destinado al puerto de Marsella.

Al llegar á esta ciudad, tuve conocimiento de la abortada revolución del Piamonte y de los fusilamientos de Chambéry, Génova y Alejandría.

En Marsella, trabé relaciones con un tal Cové, que me llevó á casa de Mazzini.

Muy lejos estaba de sospechar la estrecha amistad de principios que andando el tiempo debían unirme con el último de los dos nombrados. Nadie conocía todavía al persistente, al obstinado pensador á quien la nueva Italia debía su laboriosa regeneración, y á quien nada, ni la misma ingratitud, logra desalentar en la santa obra por él emprendida.

No soy yo el llamado á formular una opinión sobre Mazzini; pero, séame permitido decir que, después de haber ceñido en sus sienes la corona de laurel, clavan en su frente una corona de espinas. Merece la primera; no la otra.

Al caer Andrés Vochieri, Mazzini había lanzado un verdadero grito de guerra.

Ese grito, proferido en la *Joven Italia*, era:

«¡Italianos! ha llegado el día de mezclar, si queremos continuar siendo dignos de nuestro nombre, nuestra sangre con la de los mártires piamonteses.»

En Francia, allá por el año de 1833, no se decían impunemente semejantes cosas. Poco después de haber sido yo presentado á él, y luego que le hube dicho que podía contar conmigo, Mazzini, el eterno proscripto, fué obligado á salir del territorio francés y retirarse á Génova.

Efectivamente, en aquellos mismos momentos el partido republicano parecía completamente aniquilado en Francia. Apenas había transcurrido un año desde el 5 de junio, algunos meses tan sólo desde el proceso de los combatientes del claustro de Saint-Merri.

Mazzini, ese hombre de convicción para quien no existen obstáculos, había escogido aquel instante para arriesgar una nueva tentativa.

Los patriotas habían respondido que estaban prontos, pero reclamaban un jefe.

Se pensó en Ramorino, que todavía aparecía rodeado de gloria por sus luchas en Polonia.

Mazzini no aprobaba su elección ; su espíritu activo y profundo le prevenía contra el prestigio de los nombres famosos. Pero la mayoría quería á Ramorino, y Mazzini cedió.

Llamado á Génova, Ramorino aceptó el mando de la expedición. En la primera conferencia con Mazzini, se acordó que dos columnas republicanas se dirigieran sobre el Piamonte, una por la Saboya, la otra por Génova.

Ramorino recibió 40.000 francos para subvenir á los gastos de la expedición, y partió con un secretario de Mazzini, que tenía por misión observar la conducta del general (1). Todo eso ocurría en septiembre de 1833 ; la expedición debía efectuarse en octubre.

Pero Ramorino descuidó los preparativos en tal grado, que no fué posible emprenderla hasta enero de 1834.

Mazzini, no obstante las dilaciones del general polaco, se había mantenido firme en su resolución.

Por fin, el 31 de enero, Ramorino, obedeciendo á las intimaciones de Mazzini, se reunió á él en Génova, con otros dos generales y un edecán.

La conferencia fué desmayada y turbáronla sombríos vaticinios. Mazzini propuso que se ocupase militarmente la aldea de Saint-Julien, donde se hallaban reunidos los patriotas saboyanos y los republicanos franceses, que continuaban adheridos al movimiento.

Allí, en Saint-Julien, debía levantarse el estandarte de la revolución. Ramorino asintió á la proposición de Mazzini. Las dos columnas se pondrían en marcha el mismo día : una saldría de Carange, otra de Nyons. La última atravesaría el lago para reunirse con aquélla en el camino de Saint-Julien.

Ramorino tenía el mando de la columna primera ; el de la segunda, se confió al polaco Grabsky.

El Gobierno genovés, temiendo de un lado malquistarse con Francia, y de otro con el Piamonte, miraba con recelo ese movimiento. Intentó oponerse á la salida de la columna de Carange, mandada por Ramorino ; pero el pueblo se amotinó, y no hubo medio de evitar que la columna se pusiese en marcha.

Otro destino le cupo á la que salía de Nyons.

Dos barcas se hicieron á la vela ; en una iban los hombres ; la otra conducía las armas.

El Gobierno envió un vapor en su persecución, el cual secuestró el armamento y apresó á los expedicionarios.

Viendo Ramorino que la columna que debía juntarse con él no llegaba, optó por flanquear el lago, en vez de marchar sobre Saint-Julien.

Caminaron largo trecho sin saber adónde iban ; nadie conocía los designios del general ; el frío era intenso ; los caminos estaban intransitables.

La columna se componía, exceptuando algunos polacos, de voluntarios italianos impacientes por combatir, pero que también estaban aburridos á causa del mucho caminar y de las dificultades de la marcha.

La bandera italiana atravesaba por algunas humildes poblaciones ; ninguna voz amiga la saludaba ; sólo encontraba á su paso indiferencia ó curiosidad.

Rendido Mazzini al peso de sus excesivos trabajos, seguía á la columna, después de haber trocado la pluma por el fusil. Devorado por la fiebre, medio

(1) Estos acontecimientos, que se desarrollaban en un lugar donde no se encontraba Garibaldi, y que sólo á título de información histórica se traen aquí, son tomadas de la obra de Angel Brofferio sobre el Piamonte.

muerto, se arrastraba por el quebrado sendero, con el dolor impreso en la frente.

Había preguntado diferentes veces á Ramorino qué intenciones abrigaba y qué camino seguía.

Las respuestas del general no lo satisfacían.

Llegaron á Carra, donde se hizó alto para pernoctar. Mazzini y Ramorino ocupaban un mismo alojamiento.

Ramorino estaba junto al fuego, envuelto en su capa; Mazzini tenía clavada en él su mirada sombría y suspicaz.

De improviso, con vibrante acento, dijo:

—Continuando por esta ruta, no cabe alimentar la esperanza de encontrar al enemigo. Debemos ir allí donde podamos patentizar lo que somos. Si la victoria es imposible, demostremos á Italia, cuando menos, que sabemos morir.

—Nunca nos faltará tiempo ni ocasión —respondió el General, — para afrontar peligros inútiles, y yo miraría como un crimen el sacrificio estéril de la flor de esta juventud italiana.

—No hay religión sin mártires—observó Mazzini;—fundemos la nuestra, aunque sea con nuestra sangre.

Apenas había pronunciado estas palabras, oyéronse repetidas descargas de fusilería.

De un salto, Ramorino se puso en pie; Mazzini empuñó una carabina, dando gracias á Dios, que, por fin, les dispensaba el favor de encontrarse con el enemigo.

Pero aquél era el postrer esfuerzo de su energía. La fiebre lo consumía; sus compañeros, que corrían entre las sombras de la noche, le parecían espectros; las sienes le zumbaban; giraba bajo sus pies la tierra...

Cayó desmayado.

Cuando recobró el conocimiento, se encontraba en Suiza, á donde le transportaron los suyos con gran pesar. Las descargas habían sido obra de una falsa alarma.

Ramorino declaró que todo estaba perdido, y ordenó la retirada.

En aquellos días, una columna de cien hombres, de la que formaban parte algunos republicanos franceses, salía de Grenoble y atravesaba las fronteras de la Saboya.

El Prefecto francés advirtió á las autoridades sardas; los republicanos fueron atacados de noche é imprevistamente, cerca de las grutas de las *Echelles*, y dispersados después de un combate que duró una hora.

Los soldados sardos hicieron dos prisioneros, Angel Volontieri y José Borrell. Conducidos á Chambéry y condenados á muerte, se los fusiló en el mismo paraje donde todavía humeaba la sangre de Effico Tolla.

Este fué el epílogo de aquella malograda expedición, que en Francia llamaban la escaramuza de Saint-Julien.

VI

EL DIOS DE LOS JUSTOS

Habíanme designado para un cargo que acepté sin replicar.

Destinado al servicio del Estado como marinero de primera clase, me embarqué en la fragata *Euridice*. La misión mía era conseguir á bordo prosélitos para la revolución, y la desempeñé lo mejor que pude.

En el caso de presentarse una ocasión propicia, debía, con el auxilio de mis compañeros, apoderarme de la fragata y ponerla á disposición de los republicanos.

Sin embargo, yo no quise, llevado de mi ardor, prestarme á este papel. Había oído que se estaba tramando un movimiento en Génova, y que se asaltaría el cuartel de los gendarmes, situado en la plaza de Sarzana. Dejé á mis camaradas el cuidado de apoderarse del buque, y á la hora en que debía estallar la revuelta, solté al agua una canoa y desembarqué en la Aduana. Ya en tierra, corrí á la plaza de Sarzana, y allí esperé cincuenta ó más minutos, sin notar la presencia de ningún grupo. Pronto oí decir que la intentona había abortado y que los republicanos estaban en plena fuga. Y añadíase que las autoridades acababan de practicar algunas detenciones.

No habiéndome alistado en la marina sarda con otro objeto más que servir al movimiento republicano que se preparaba, juzgué innecesario regresar á bordo de la fragata, y pensé en la huída.

Estando en estas reflexiones, aparecieron unos pelotones de soldados que cercaron la plaza.

Comprendí que no tenía tiempo que perder, y me refugié en una frutería, á cuya dueña expuse la situación en que me hallaba.

La excelente mujer no se mostró perpleja; me escondió en la trastienda y me facilitó un disfraz de campesino. Llegada la noche, á eso de las ocho, salí de Génova por la puerta de la Linterna, dando así principio á esta vida de destierro, de lucha y de persecución que probablemente no he recorrido aún en toda su extensión.

Era el 5 de febrero de 1834.

Sin plan preconcebido, dirigí mis pasos á la montaña. Tenía que atravesar muchos jardines y que saltar no pocas paredes. Afortunadamente me eran fa-

miliares esos ejercicios gimnásticos, y una hora después de ejercitarme en ellos, había salvado todos los muros y todos los huertos.

A los diez días, ó por mejor decir, diez noches de marcha, llegué á Niza, encaminándome en derechura al domicilio de mi tía, sito en la plaza de la Victoria, deseoso de que previniesen á mi madre, á la que quería evitar una sorpresa demasiado violenta.

Descansé un día, y á la noche siguiente me puse de nuevo en camino, acompañado de dos amigos, llamados José Juan y Angel Gustavini.

Llegados al Var, encontramos que sus aguas habían crecido por las lluvias caídas recientemente; pero, para un nadador como yo, eso no constituía un obstáculo. Lo atravesé mitad á pie, mitad á nado.

Mis dos amigos se habían detenido al otro lado del río. Les dirigí un saludo de despedida.

Estaba salvado, ó poco menos, conforme se verá.

En mi confianza, fuíme sin vacilar al encuentro de un cuerpo de guardia de aduaneros, y les dije quién era y por qué había huído á Génova.

Los aduaneros me manifestaron que quedaba prisionero suyo hasta nueva orden, y que esa orden la recibirían de París.

Calculando que pronto se me presentaría ocasión de evadirme, no opuse ninguna resistencia. Dejéme conducir á Grasse y de Grasse á Draguignan.

En este último punto, me instalaron en una dependencia del primer piso, cuya abierta ventana miraba á un jardín.

Me acerqué á la ventana, fingiendo contemplar el paisaje, y pude calcular que estaba á unos quince pies de altura. Me arrojé al jardín, y en el tiempo que los aduaneros, menos ligeros que yo, daban un gran rodeo por la escalera, llegué á la carretera y emprendí una carrera hacia la montaña.

No conocía el terreno; pero era marino. Si la tierra me negaba su concurso, tenía el cielo, brújula infalible que me guiaba. Interrogué á las estrellas, y, orientado, me dirigí á Marsella.

Al otro día por la noche llegué á un villorrio, de cuyo nombre no me acuerdo, porque jamás lo he sabido.

Entré en una posada. Un joven y una joven estaban sentados junto á una mesa preparada para la cena.

Pedí un refrigerio; desde la víspera no había comido.

Cené copiosamente. Sentía el bienestar que se experimenta cuando se ha conjurado un peligro y no hay que temer otro.

El hostelero me felicitó por mi envidiable apetito y por la satisfacción revelada en mi semblante y en mi charla.

Le dije que, en cuanto al apetito, nada había de particular, considerando que hacía diez y ocho horas que no había tomado alimento; que respecto á mi buen talante, también la explicación era sencilla: en mi país acababa de librarme probablemente de la muerte; en Francia de la prisión

Habíame expansionado ya demasiado, para poder detenerme en este punto de mis confidencias. Tan francos, tan buenos me parecieron mis huéspedes, que no tuve secretos para ellos, y se lo conté todo.

Entonces vi, con gran sorpresa, que el semblante del posadero se nublaba.

—¿Qué le pasa á usted?—le pregunté.

—Es el caso—me respondió,—que después de la confesión que acaba usted de hacerme, me creo en el deber de arrestarle.

Lancé una carcajada, resistiéndome á tomar en serio aquellas palabras. Por otra parte, de hombre á hombre, no había nacido aún el que pudiese infundirme temor.

—¡Bueno!—dije,—deténgame; pero ya tendrá usted tiempo de hacerlo después, á los postres. Déjeme usted acabar por completo mi cena.

Y continué comiendo, sin manifestar la menor inquietud.

Pero en seguida comprendí que, si el posadero tenía necesidad de ayuda para realizar su propósito de prenderme, no faltaría quien se la prestase.

Su posada era el punto de reunión de los jóvenes del lugar, que todas las noches formaban tertulia para beber, fumar, inquirir noticias, hablar de la cosa pública.

Los parroquianos habituales fueron llegando paulatinamente, y en breve se encontraron en número de diez ó doce hombres que se pusieron á jugar á las cartas.

El dueño del mesón no hablaba ya de lo del arresto; pero no me perdía de vista.

Verdad es que, no llevando yo el más insignificante objeto de mano que pudiese servir de prenda, mi ajuar no podía responder del gasto que había hecho.

Conservaba algunos escudos en el bolsillo, y los hice sonar. La sonoridad de su ruido, parecía tranquilizar al inquieto mesonero.

Elegí el momento en que uno de los bebedores concluía, entre bravos y aplausos, una canción que había alcanzado el más ruidoso de los éxitos; y, levantando mi vaso.

—Ahora yo—dije.

Y empecé á cantar *le Dieu des bonnes gens.*

Si no hubiese tenido otra vocación, habría podido ser cantante. Poseo una voz de tenor que, bien cultivada, me habría conquistado mucha reputación en la escena lírica.

Los versos de Béranger, el entusiasmo con que yo los cantaba, la fraternidad del estribillo, la popularidad del poeta, arrebataron á los oyentes.

Me obligaron á repetir dos ó tres estrofas, me abrazaron, y finalmente prorrumpieron en gritos de ¡viva Béranger! ¡viva Francia! ¡viva Italia!

Después de tal éxito, ya no era cosa de pensar en el arresto en cuestión. El posadero no dijo de ello una sola palabra más, de suerte que nunca he podido saber si había hablado en serio, ó bien hecho una simple broma.

Se pasó la noche entre cantos y juegos y libaciones. Al otro día, al amanecer, aquella joven y alegre sociedad se brindó á acompañarme, honor que desde luego acepté. Y en efecto, me acompañaron en un trayecto de diez ó doce kilómetros.

Béranger murió, ciertamente, ignorando el servicio que me prestó en aquella circunstancia.

VII

ENTRO AL SERVICIO DE LA REPÚBLICA DE RÍO GRANDE

Unos veinte días después de mi salida de Génova, llegué á Marsella sin ningún contratiempo.

Digo mal. Uno me había ocurrido.

Leí en el *Pueblo Soberano* que se había dictado sentencia de muerte contra mí.

Era la primera vez que tenía el honor de ver mi nombre en letras de molde, nombre que desde aquel momento cambié por el de Pane, considerando lo peligroso que era conservar el verdadero.

Permanecí inactivo algunos meses en Marsella, aprovechando la hospitalidad que me brindaba José Paris, uno de mis amigos.

Por fin, me empleé como segundo de á bordo en *La Unión*, capitán Gaza.

El domingo siguiente, sobre las 5 de la tarde, encontrándome con el capitán en la escotilla de popa, en la parte baja del muelle de Santa Ana, seguía con la vista á un estudiante que se divertía saltando de una barca á la otra, cuando de repente hizo una falsa maniobra, y, lanzando un grito, cayó al agua.

Llevaba yo el traje de los días festivos; pero, en vista del accidente, al oir los gritos del muchacho y viendo que desaparecía, me arrojé al mar, completamente vestido y calzado. Dos veces me sumergí sin resultado alguno; á la tercera, tuve la suerte de asir á mi colegial por el brazo y subirlo á la superficie.

Luego, fué cosa muy sencilla para mí llevarlo á tierra, donde se había reunido una apiñada multitud que me acogió con aplausos y aclamaciones.

Era un jovencito de catorce años, llamado José Rambaud. Las lágrimas de alegría y las bendiciones de su madre me recompensaron con creces del remojón que había tomado.

Como yo llevaba á la sazón el pseudo nombre de Pane, es probable que si Rambaud vive aún, ignore cómo se llamaba verdaderamente su salvador.

A bordo de *La Unión* hice mi tercer viaje á Odesa, y al regresar, me embarqué en una fragata del bey de Túnez. La abandoné en el puerto de la Goleta. El viaje de vuelta lo hice en un bergantín turco; y al llegar á Marsella, encontré la ciudad en un estado parecido al de 1720, cuando la azotó la peste negra.

El cólera estaba en el período álgido de su desarrollo.

Todo el mundo, excepto los médicos y las hermanas de la Caridad, había huído de Marsella. La ciudad ofrecía el aspecto de un vasto cementerio.

Los médicos solicitaban el concurso voluntario de las gentes piadosas.

Ofrecí mis servicios, y lo mismo hizo un tal Triestain, que había venido conmigo desde Túnez. Nos establecimos definitivamente en el hospital, y, de común acuerdo, alternamos en las vigilias.

Ese servicio duró quince días.

Transcurrido este lapso de tiempo, habiendo cedido la intensidad del cólera y encontrado ocasión de colocarme (lo que me la ofrecía de conocer nuevos países), me enganché como segundo de á bordo del bergantín *Nautonnier*, de Nantes, capitán Beauregard, que salía para Río de Janeiro.

Muchos amigos me tienen dicho que yo era poeta antes que todo.

Si para merecer el título de tal se impone la condición de escribir *La Iliada* ó *La Divina Comedia*, *Las Meditaciones* de Lamartine ó *Las Orientales* de Víctor Hugo, declaro que no soy poeta. Pero, si el sondear en las profundas y azuladas aguas los misterios de la vegetación submarina; si la contemplación de la bahía de Río de Janeiro, de Nápoles ó de Constantinopla inflama la mente y hace soñar al espíritu; si en el fragor del combate se siente revivir la ternura filial, los recuerdos de la infancia, los amores juveniles; si cuando todo eso se hace, se concibe y se experimenta, el hombre puede decir que es poeta, yo lo soy. Conservo un recuerdo.

En cierta ocasión, cuando la última guerra, rendido por la fatiga, sin haber dormido durante diez noches ni haberme casi apeado del caballo en otros tantos días, marchaba con el coronel Turr y una escasa fuerza sobre el flanco de Urban por un sendero allende el monte Orfino. De repente, olvidando todo cansancio y todo peligro, me detuve para escuchar el canto de un ruiseñor, que lanzaba al aire sus harmoniosos arpegios. Los trinos del pájaro, los claros resplandores de la luna, despertaron en mí una dulce emoción, y me parecía que se derramaba sobre mi corazón un rocío benéfico y reparador. Los que me rodeaban creían que estaba indeciso respecto del camino que debíamos seguir, ó bien que había llegado á mis oídos algún lejano ruido. No tal; yo escuchaba el canto del ruiseñor, cuyos gorjeos se habían apagado para mí hacía mucho tiempo, acaso diez años; y el éxtasis duró largo rato, embebida mi alma, y sin oir las voces de mis compañeros que me decían: «¡General, el enemigo!», hasta que, efectivamente, el enemigo se presentó, y dijo: «Aquí estoy», haciéndonos blanco de sus fuegos, con lo cual volví de mi nocturno encanto.

Reanudo el hilo de mi narración.

Después que hube costeado las graníticas rocas que ocultan el puerto á todas las miradas, de modo tan efectivo, que los indios, en su expresivo lenguaje, lo han llamado *nelhero hy*, esto es, agua escondida; luego que salvé el paso que conduce á la bahía, serena como un lago, y hube visto levantarse en su orilla occidental la villa denominada *Paso d'Anucar*, inmensa roca cónica que sirve de faro y norte al navegante; cuando vi extenderse ante mis ojos esta lujuriosa naturaleza de la cual el Africa y el Asia no habían logrado darme sino una vaga idea, quedé verdaderamente maravillado del espectáculo que se me ofrecía.

Ya en el puerto de Río de Janeiro, mi buena fortuna me deparó en segui-

da la cosa más rara de este mundo : un amigo.

No tuve necesidad de buscarle ; no la tuvimos de estudiarnos mutuamente para conocernos : nos cruzamos, cambiamos una mirada, y he aquí todo. Una sonrisa, un apretón de manos, y quedamos, Rosetti y yo, hermanos para siempre.

En otro lugar de estas Memorias tendré ocasión de describir aquel privilegiado espíritu. Pero tal vez moriré sin haber tenido la dicha de colocar una cruz sobre el ignorado rincón de tierra americana en que descansan los restos de aquel ser valiente y generoso, en quien tuve un amigo, un hermano, un compañero inseparable.

Después de haber pasado algunos meses en la ociosidad, Rosetti y yo, (llamo *ociosidad* á aquello para lo cual ni él ni yo habíamos nacido), la casualidad nos puso en relación con Zambecarri, secretario de Bento González, presidente de la República de Río Grande, que estaba en guerra con el imperio brasileño. Ambos estaban, en calidad de prisioneros de guerra, en la fortaleza de Santa Cruz, que se levanta en el lado derecho, á la entrada del puerto, y desde donde se saluda á los navíos. Zambecarri, que, dicho sea de paso, era hijo del famoso aeronauta perdido en Siria y de quien nunca más se ha vuelto á hablar, Zambecarri, repito, me hizo entablar conocimiento con el Presidente, que me libró patente de corso contra el Brasil.

Algún tiempo después, Bento González y Zambecarri, se fugaron á nado, y con toda felicidad se reintegraron á Río Grande.

VIII

CORSARIO

Armamos en guerra un pequeño buque, el *Mazzini*, de treinta toneladas aproximadamente, que teníamos destinado al cabotaje, y me hice á la mar con quince compañeros de aventuras. Éramos, por consiguiente, libres, éramos *corsarios*, y navegábamos bajo una bandera republicana.

Diez y seis hombres habíamos declarado la guerra á un imperio.

Hice rumbo á las islas Maricas, distantes cinco ó seis millas de la embocadura de la rada. Las provisiones de boca y guerra, las llevábamos escondidas entre carnes acecinadas con la yuca, único alimento de los negros. Me aproximé á la más grande de aquellas islas, la que tiene un buen fondeadero; eché el ancla, salté á tierra, y subí á la cumbre más alta que ofrecía el terreno.

Ya en aquella cima, extendí los brazos con un sentimiento de bienestar y fiero orgullo, y lancé un grito parecido al del águila que se cierne en las enhiestas regiones del horizonte.

El Océano me pertenecía, y yo tomaba posesión de mi imperio.

No se hizo esperar mucho la ocasión de ejercer mi dominio.

Estando encaramado, como un ave marina, en lo alto de mi observatorio, distinguí una goleta que navegaba con pabellón brasileño.

Por medio de señales, advertí á mis compañeros que se preparasen para hacernos nuevamente á la mar, y descendí á la playa.

Nos dirigimos en derechura á la goleta, que no sospechaba el peligro que corría á tan poca distancia de Río de Janeiro.

Cuando estuvimos cerca de ella, nos dimos á conocer, é intimamos á sus tripulantes que se rindieran, como así lo hicieron sin oponer la menor resistencia. Subimos á bordo, y nos apoderamos del barco.

Un infeliz pasajero portugués se llegó á mí, llevando en la mano un cofrecito. Lo abrió, y pude ver que estaba lleno de diamantes, que el portugués me ofreció á cambio de su vida.

Cerré el estuche y se lo devolví, diciéndole que su vida no corría ningún peligro, y que, por lo tanto, podía guardar su tesoro para mejor ocasión.

No había tiempo que perder. Estábamos expuestos á los fuegos de las

baterías del puerto. Trasbordamos las armas y los víveres á la goleta, y echamos á pique al *Mazzini*, que según se ve, tuvo como corsario una fugaz pero gloriosa existencia.

La goleta pertenecía á un rico austriaco residente en la isla Grande, distante unas quince millas del puerto.

Iba cargada de café y se dirigía á Europa.

El buque constituía para mí una presa doblemente valiosa, puesto que era propiedad de un hijo de Austria, á quien yo había combatido en el Viejo Mundo, y de un comerciante del Brasil, á quien combatía en América.

Dí á la goleta el nombre de *Scarrapilla*, derivado de farrapos, *gente desharrapada*, nombre que en el imperio del Brasil se aplicaba á los habitantes de las jóvenes Repúblicas de Sur América, bien así como Felipe II designaba con el de *mendigos de tierra y de mar* á los sublevados de los Países Bajos. Hasta entonces, la goleta se había llamado *Luisa*.

Este nombre, por otra parte, no encajaba. No todos mis compañeros eran como Rossetti; y debo confesar que la catadura de la mayoría de ellos no era muy tranquilizadora. Esto explica la inmediata rendición de los tripulantes del barco apresado, y el terror del portugués que me ofrecía sus diamantes.

En cuanto á lo demás, durante el período que me dediqué al corso, mi gente tenía orden de respetar la vida, el honor y la fortuna de los pasajeros. Iba á decir bajo pena de muerte; pero lo habría dicho sin motivo, porque jamás nadie me lo ha dado de infligir castigos, por la simple razón de que siempre han sido acatadas mis órdenes.

Luego que habíamos tomado las disposiciones preliminares, pusimos la proa hacia el Río de la Plata; y, á fin de dar ejemplo del respeto que quería se guardase á la vida y libertad y bienes de nuestros prisioneros, cuando llegamos á la altura de la isla de Santa Catalina, mandé botar al agua la canoa del buque apresado, y dispuse que embarcasen en ella los pasajeros de la *Luisa*, con todos los objetos de su pertenencia. Les suministré víveres, les regalé la canoa, y los dejé en libertad de ir adonde mejor quisieren.

Cinco negros esclavos, que formaban parte de la dotación de la goleta, fueron manumitidos y quedaron á bordo, por haberse alistado en calidad de marineros.

Una vez concluídas esas operaciones, continuamos nuestra ruta en demanda del Río de la Plata.

Fondeamos en Maldonado, departamento de la República Oriental del Uruguay, en cuya ciudad nos dispensaron sus habitantes, incluso las autoridades, una espléndida acogida, cosa que nos pareció de feliz augurio. Rossetti se ausentó para Montevideo, con objeto de arreglar nuestros asuntos, ó sea para vender una parte de nuestro cargamento y poder, de este modo, reunir algún dinero. Los demás, quedamos en Maldonado; y los ocho días que duró nuestra estancia allí, los pasamos entre festejos y agasajos, los cuales estuvieron á punto de concluir trágicamente.

Oribe, que en su condición de jefe de la República de Montevideo, no reconocía más autoridad que la suya, dió al jefe político de Maldonado orden de arrestarme y apoderarse de mi goleta. Afortunadamente, el jefe político era un excelente sujeto, y en vez de cumplir la orden, hizo advertirme que debía con toda urgencia levar anclas y abandonar aquellas aguas.

Me comprometí á partir el mismo

día; pero antes tenía que solucionar un pequeño negocio.

Para poder comprar víveres, había vendido á un comerciante de Montevideo una partida de café procedente del cargamento apresado y algunas joyas de mi austriaco. Pues bien, sea que el comprador fuese mal pagador, sea que hubiese oído que yo estaba en peligro de ser detenido, es el caso que no había podido cobrar la cantidad que me adeudaba. Pero, debiendo salir aquella misma noche, no tenía tiempo que perder, y érame sumamente necesario embolsar mi dinero antes de hacerme á la vela.

Así, pues, á eso de las nueve de la noche, dí orden de aparejar, y llevándome al cinto dos pistolas, me encaminé tranquilamente al domicilio de mi deudor.

A la luz de una espléndida luna, vi de lejos á mi hombre que estaba tomando el fresco en el umbral de su casa. Apenas me vió, me hizo con la mano señal de que me alejase, dándome á entender que yo corría algún peligro.

Simulé no haber advertido sus señales; continué derecho hacia él, y, por toda explicación, apuntándole á la garganta, le dije:

—Mi dinero.

Quiso entrar en explicaciones; pero, á la tercera intimación de *mi dinero*, me condujo al interior de su vivienda y me entregó los dos mil patacones que me debía.

Guardé la pistola, tomé el saco de dinero y regresé á la goleta sin ningún contratiempo.

A las once de la noche dejamos el fondeadero de Maldonado, para remontar el Plata.

IX

EL PLATA

Al despuntar el día, estábamos, con gran sorpresa mía, en medio de las rompientes de Piedras Negras.

¿Cómo había podido colocarme en semejante situación, no obstante haber pasado la noche en absoluta vigilia y permanecido constantemente ojo avizor, sin dejar un solo instante de otear la costa? ¿Cómo pudo ser ello, después de mis repetidas consultas á la brújula, por cuyas indicaciones me gobernaba con el mayor escrúpulo?

No viene ahora al caso tal cuestión. El peligro era inmenso. Los escollos nos rodeaban por todas partes. El puente estaba inundado de espuma. Salté á la verga del trinquete, y dí orden de virar á babor. En tanto que la marinería ejecutaba esta maniobra, el viento nos arrebató la gavia.

A pesar del trance en que me encontraba, pude trazar la dirección que la goleta debía tomar. Por su parte, la nave, cual si tuviese noción del riesgo que corría, respondía tan dócilmente al timón como un caballo á la brida. En fin, después de una hora de lucha entre la vida y la muerte, durante cuyo espacio de tiempo vi palidecer á los más curtidos marineros y orar á los más escépticos, nos encontramos fuera de peligro.

Apenas recobré la tranquilidad, quise explicarme las causas que me habían colocado entre aquellos terribles peñascos, tan conocidos de los navegantes y tan fielmente indicados en las cartas marinas, y de los que suponía encontrarme tres millas distante.

Consulté la brújula, y pude comprobar que continuaba *divagando*, si vale la palabra. De haberme regido por ella, me habría estrellado contra la costa.

Por fin, vine en conocimiento de todo lo ocurrido.

Cuando, en Maldonado, dejé el barco, para ir á reclamar mis dos mil patacones al comprador de café, había ordenado que, para el caso de un ataque, subiesen al puente los sables y fusiles. La orden fué cumplida, y habíanse colocado las armas en un camarote contiguo á la bitácora.

El hierro allí depositado había atraído á la aguja imantada. Retiramos las armas, y la brújula recobró su posición normal.

Continuamos nuestra derrota, y llegamos á Jesús María, donde no nos ocurrió novedad alguna, salvo la de

faltarnos los víveres, de que no tuvimos tiempo de aprovisionarnos en Maldonado. A tenor de las órdenes que las autoridades orientales habían recibido, no podíamos desembarcar. Y, sin embargo, era de todo punto indispensable satisfacer el hambre de doce fornidos mocetones.

Mandé barloventear, pero sin alejarnos de la costa.

Estando á unas cuatro millas de ésta, cierta mañana distinguí una casa que me pareció tener el aspecto de cortijo. Dispuse que se fondease lo más cerca posible de la ribera, y, no disponiendo de una embarcación menor, por haber regalado la canoa que había á bordo, construí una balsa con una tabla y algunos toneles, y, armado de una gafa, me arriesgué en ella, acompañado de un solo marinero que llevaba también mi nombre paterno. El de pila era Mauricio.

La goleta estaba amarrada con dos anclas, debido al fuerte viento pampero que soplaba.

Y, dispuestas así las cosas, allá fuimos los dos, á merced de Eola y de Neptuno, entre férvidas espumas y traidores escollos, saltando en una frágil tabla y con peligro constante de zozobrar.

Por fin, después de prodigios de equilibrio, logramos llegar á la playa. Dejé á Mauricio al cuidado de la balsa, y yo me aventuré tierra adentro.

X

LAS LLANURAS ORIENTALES

El espectáculo que se ofreció á mi vista y que mis ojos contemplaban por vez primera, sólo puede ser descrito por la péñola de un poeta ó por el pincel de un pintor. Extendíanse delante de mí, semejando las ondulaciones de un mar solidificado, los dilatados horizontes de las *llanuras orientales*, así llamadas, porque se encuentran en la costa oriental del río Uruguay, que confluye con el de la Plata frente á Buenos Aires y más arriba de la Colonia. Era un espectáculo sorprendente para un hombre recién llegado del otro lado del Atlántico y sobre todo para un italiano, cuyo suelo nativo no ofrece un solo arapende (1) respetado por la mano profana del hombre. Allí, por el contrario, sólo se descubre la mano de Dios. Aquella tierra es hoy lo que era el día de la creación: una inmensa é infranqueable pradera, sobre cuya vasta superficie se extiende un tapiz de céspedes y flores silvestres, hasta las márgenes de un riachuelo, el Arroyo, que bordean encantadores bosquecillos y árboles de frondoso follaje.

(1) Medida agraria, que tenía 120 pies cuadrados, ó 51 áreas de la medida actual, y variable según los países.

Los caballos, los toros, las gacelas y avestruces son los únicos habitantes de aquellas soledades, que sólo atraviesa el gaucho, ese centauro del Nuevo Mundo, como si su presencia en tales parajes fuese para recordar á los animales montaraces su obediencia al amo que Dios les ha designado. ¿Pero, cómo miran á ese amo, á ese señor, los potros, los toros, los avestruces, las gacelas?

Le miran con mirada de protesta contra una pretendida dominación, que rechazan, el potro por medio de sus relinchos, el toro con sus mugidos, y el avestruz y la gacela, recurriendo á la fuga.

Ese cuadro me transportaba mentalmente á la tierra en que nací, tierra miserable donde, al paso de Austria, que los oprime, los hombres, criaturas hechas á imágen de Dios, saludan y se inclinan, no atreviéndose á exteriorizar el sentimiento de independencia como hacen, á la vista del gaucho, los animales bravíos de las pampas.

Dios todopoderoso, Dios santo, ¿hasta cuándo permitirás tanto envilecimiento en el ser, obra de tu poderío?

Pero dejemos al Viejo Mundo con

sus miserias y con sus devoradoras ansias, y volvamos al Nuevo, tan joven, tan pletórico de porvenir y de esperanza.

¡Cuán hermoso es el potro de las llanuras orientales, con sus jarretes extendidos, sus narices palpitantes, sus labios trémulos, labios que jamás han sentido el frío contacto del acero! ¡Con qué donosura flotan al viento sus crines, y cuán libres son las palpitaciones de sus ijares, nunca ensangrentados por la espuela del jinete! Verdadero sultán del desierto, al vibrante clamor de sus relinchos, las yeguas corren en tropel á reunirse con él, que, veloz como el huracán, se las lleva consigo, huyendo de la presencia dominadora del hombre.

¡Maravilla de la Naturaleza, milagro de la creación! ¿cómo expresar la emoción que embargaba á este corsario de veinticinco años, que extendía por primera vez sus brazos hacia la inmensidad?

Pero, como ese corsario se les presentaba á pie, ni el toro ni el potro lo tuvieron por hombre. En los desiertos de América, el hombre se completa por el caballo, sin el cual, se convierte en el último de los animales. Al verme, éstos se paraban atónitos; pero en seguida, sin duda despreciando mi debilidad, se acercaban á mí, hasta humedecerme la cara con su hálito. No haya cuidado por el caballo, animal noble y generoso; pero no conviene fiarse demasiado del toro, bestia solapada y taciturna. En cuanto á las gacelas y á los avestruces, después de haber, como el toro y el caballo, hecho su reconocimiento, huyen rápidamente hasta llegar á la cima de un montículo, donde se vuelven á mirar si son perseguidos.

En aquel tiempo, ó sea á fines de 1834 y á principios de 1835, esta porción del terruño oriental no había sido aún castigada por la guerra. He aquí por qué se encontraban en ella tantos y tan copiosos grupos de animales montaraces.

XI

LA POETISA

Llegué á una *estancia* (1), donde encontré á una joven. Era la mujer del capataz (2). La joven no podía acceder á lo que yo deseaba (comprar un buey), sin previo permiso de su marido. Había, pues, necesidad de esperar el regreso de éste. Por lo demás, era ya muy tarde, y hasta al otro día no había medio de trasladar la res á bordo.

La vida encierra momentos cuyo recuerdo revive á compás del tiempo que transcurre, momentos que, por decirlo así, se hacinan en la memoria con tanta precisión que los demás sucesos, por trascendentales que sean en el transcurso de nuestra existencia, no logran borrar sus caracteres indelebles.

En medio de aquel desierto debía encontrar á una joven de espíritu cultivado, á una poetisa que se sabía de memoria á Dante, á Petrarca, al Tasso. Y esa poetisa era esposa de un hombre semisalvaje.

Luego que hube hablado las pocas palabras que en aquella época conocía yo de la lengua española, fuí agradablemente sorprendido oyendo que era correspondido en la mía. Invitóme gentilmente á sentarme, mientras que esperaba el regreso de su marido.

En el curso de nuestra plática, me preguntó si me eran conocidas las poesías de Quintana; y, habiéndole respondido negativamente, me regaló un volumen de esas poesías, diciéndome que lo hacía para que me familiarizase con el castellano merced á sus buenos oficios. Entonces le pregunté si también ella hacía versos.

—¿Cómo — me respondió, — quiere usted que no haya poetas y poetisas en el seno de esta naturaleza?

Y á seguida, sin hacerse rogar, recitó varios pasajes que me parecieron de mucho sentimiento y prodigiosa harmonía.

Habría yo pasado de buena gana todo el día escuchándola, sin acordarme de mi pobre Mauricio que me estaba esperando cuidando de la balsa; pero el marido entró, y puso fin á la poesía y al palique, para llevarme al objeto material de mi visita. Se lo expuse, y convinimos en que al siguiente día me vendería un buey.

Al amanecer me despedí de mi bella poetisa y me apresuré á reunirme con

(1) Nombre de las granjas, en Sur América.

(2) Encargado del establecimiento.

Mauricio, que había pasado la noche resguardado como pudo sobre sus cuatro toneles, y muy alarmado viendo que yo no regresaba... Llegó á temer que hubiera sido víctima de la voracidad de los tigres, muy abundantes en aquellas regiones.

Poco después, se presentó el capataz, con un buey enlazado. En breves instantes, el animal fué sacrificado, desollado y cortado en tiras. Para esas faenas sangrientas, la destreza de aquellos hombres es asombrosa.

Tratábase ahora de transportar el buey, hecho pedazos, desde la costa al barco, lo que suponía tener que recorrer una milla por entre peligrosos escollos y con un mar embravecido.

Mauricio y yo pusimos manos á la obra.

Ya se sabe cómo estaba construída la embarcación que debía conducirnos á bordo: una tabla sujeta á unos toneles, y una especie de palo en medio. A la venida, el palo había servido para colgar nuestras ropas; á la ida, debía servirnos para colgar nuestras provisiones, como así lo hicimos, procurando que el agua no llegase á ellas.

Después de muchas penalidades y peripecias, no exentas de peligro, llegamos á la goleta, de donde nos arrojaron un cabo, logrando sustraernos á la corriente, contra la que luchábamos con denuedo.

Al fin, nos encontramos á bordo, cuya tripulación pagó con creces las fatigas que pasamos por conseguir reponernos de víveres, atacándolos con sin igual apetito.

Algunos días después compré por treinta escudos un bote á los tripulantes de una balandra que se cruzó en nuestra ruta.

Permanecimos un día más á la vista de Jesús María.

XII

EL COMBATE

Habíamos pasado la noche al pairo, á unas seis millas de la punta de Jesús María. Una ligera brisa noroeste que se levantó, nos permitió continuar nuestro derrotero. Al poco rato, divisamos hacia el lado de Montevideo, dos barcos que consideramos como amigos; pero, no descubriendo en ellos el pabellón encarnado, que era la señal convenida, ordené subir al puente los sables y mosquetes.

La medida, conforme se verá, no era inútil. La primera embarcación continuó avanzando sobre nosotros, y cuando estuvo á poca distancia, uno de sus tripulantes, que parecía el jefe, nos intimó á voces que nos rindiésemos. Simultáneamente, el puente del buque se cubrió de gente armada, que, sin darnos tiempo de responder á la intimación, abrieron el fuego contra nosotros.

Dando un grito de *¡á las armas!*, corrí á empuñar mi fusil, y mientras contestaba al enemigo, dispuse en alta voz un movimiento de frente.

Pero, observando que la goleta, de ordinario tan dócil, no obedecía al gobierno, me dirigí al timón, y vi que la primera descarga había matado al piloto, que era uno de los mejores marineros de la goleta. Se llamaba Florentino, y había nacido en una de nuestras islas.

No podíamos perder un solo momento. El combate se había empeñado con furor. El lanchón—éste era el nombre de la clase de barcos á que pertenecían los que nos atacaban—había intentado el abordaje, llegando algunos de sus hombres hasta nuestros parapetos. Pero no lograron su intento. A tiros y á sablazos, dimos cuenta de ellos.

Cuando hubimos repelido el abordaje, volví al sitio donde estaba el cuerpo de Florentino, para hacerme cargo del abandonado timón. Pero, en el preciso momento de hacerlo maniobrar, una bala enemiga me hirió entre la oreja y la carótida. Con el cuello atravesado, caí sin conocimiento sobre el puente.

El combate, que duró una hora, fué continuado por Luis Carniglia, Pascual Lodola, Juan Lamberti, Mauricio Garibaldi y dos malteses. Los italianos combatieron sin desmayar; pero los extranjeros y los cinco negros se refugiaron en la bodega del buque. Cansados, al fin, de nuestra resistencia y con diez ó más bajas de su parte, el enemi-

go se declaró en fuga. Nosotros, aprovechando el favorable viento que soplaba, continuamos remontando el río.

Cuando recobré el conocimiento, permanecí en estado de absoluta postración. Confieso que mis primeras sensaciones, al abrir los ojos y volver á la vida, fueron sumamente agradables. Puedo decir que he resucitado: tan profundo había sido el desvanecimiento. Pero me apresuro á añadir que este sentimiento de bienestar físico fué rápidamente apagado por el de la situación en que nos encontrábamos. Mortalmente herido, ó poco menos, y no habiendo á bordo nadie que poseyese la menor noción de geografía y navegación, mandé que me trajeran el mapa, lo consulté con mirada velada por mortal sufrimiento, y señalé con el dedo la dirección de Santa Fe, sobre el río Paraná. Ninguno de nosotros había navegado por el Plata, excepto Mauricio, que una vez remontó el Uruguay. Los marineros, aterrados (cúmpleme declarar que los italianos no participaban de esos temores, ó cuando menos sabían ocultarlos), los marineros aterrados á la vista de mi deplorable estado y del cadáver de Florentino, temiendo caer prisioneros y ser tratados como piratas, llevaban impreso el espanto en el semblante y desertaron tan pronto se les presentó ocasión propicia. En cada barca, en cada canoa, en los troncos de árboles flotantes, veían un lanchón enemigo enviado á perseguirlos.

El cuerpo de nuestro infortunado camarada fué arrojado al río con las ceremonias de rigor en tales casos. Reconozco que este género de inhumación no era de mi agrado, y que me inspiraba una repugnancia tanto más viva cuanto que, según todas las probabilidades, estaba yo en peligro de correr la misma suerte. De esa repugnancia hice confidente á mi querido Carniglia.

Y en tanto que le hablaba en este sentido, acudieron á mi memoria los versos de Foscolo:

«*Una piedra, una piedra que distinga mis huesos de los que la muerte siembra en la tierra y en los mares*».

Y mi pobre amigo lloraba y me hacía promesa de no permitir que arrojasen al agua mi cuerpo, y de abrirle, en cambio, una fosa en que pudiera reposar tranquilamente.

¡Quién sabe si, llegado el momento, habría mi amigo podido dar cumplimiento á sus generosas intenciones! Mi cadáver habría sido pasto de algún lobo marino, ó de los caimanes del anchuroso Plata. No habría visto otra vez á Italia, ni guerreado por ella... ¡por ella la sola esperanza de mi vida!... Pero, tampoco la habría visto caer de nuevo en el oprobio, en la prostitución. ¿Quién podía decir entonces á mi querido Luis, que antes de un año sería yo el que lo vería, arrastrado por la corriente, desaparecer en la profundidad del mar, y que buscaría inútilmente su cadáver para cumplirle la promesa que él me hiciera entonces; para inhumarle en tierra extranjera y depositar sobre su tumba una piedra que solicitase una oración del caminante?... ¡Pobre Luis! Tuvo para mí, durante la enfermedad que me aquejó, cuidados paternales. Ellos eran mi único alivio; y sin las atenciones que me prodigaba aquel corazón de oro, habría sucumbido á mis dolores.

XIII

LUIS CARNIGLIA

Quiero hablar un poco de Luis. ¿Por qué no hablar de él, no obstante que era un simple marinero?... Pero tenía un corazón muy noble; un corazón capaz de defender en todo tiempo y lugar el honor italiano; un corazón capaz de afrontar todas las tempestades; un corazón, en fin, que me protegía y cuidaba con solicitud verdaderamente paternal. Durante mi agonía, postrado en el lecho del dolor, caía frecuentemente en estado de delirio agudo. Todo el mundo me tenía abandonado, menos Luis, que permanecía sentado á la cabecera de mi cama, con el recogimiento y la paciencia de un ángel, sin alejarse un solo instante; y si lo hacía, era para ir á llorar y ocultarme sus lágrimas.

¡Oh, Luis! ¡tus huesos perdidos en los abismos del Atlántico, merecían un monumento, donde algún día pudiese yo presentarte como ejemplo á mis compatriotas, y devolverte las piadosas lágrimas que derramaste por mí!

Luis Carniglia era de Deiva, pequeña región del Levante. No había recibido instrucción literaria; pero su maravilloso talento natural suplía perfectamente esta deficiencia.

Sin poseer ninguno de los conocimientos náuticos que forman é integran la educación del piloto, gobernaba á los barcos hasta Gualeguay, con la pericia y fortuna de un marino consumado. En el combate que antes he descrito, no caímos en poder de nuestros enemigos gracias á su arrojo. Armado de un trabuco, ocupaba los sitios de más peligro, y fué el terror de los asaltantes.

Alto de talla, robusto de cuerpo, reunía la agilidad y el vigor. Afable hasta la ternura en el trato habitual de la vida, poseía el don singular de hacerse amar de todos. ¡Ay de mí! Los hijos privilegiados de nuestra malaventurada tierra sucumben uno tras otro, entre gente desconocida, sin el consuelo de una lágrima, ¡y... olvidados!

XIV

PRISIONERO

Sin otros cuidados que los prodigados por Luis Carniglia, pasé diez y nueve días, tiempo que tardamos en llegar á Gualeguay.

En la embocadura del Ibique, brazo del Paraná, nos habíamos encontrado con un navío mandado por un mahonés llamado don Lucas Tartaulo, excelente individuo que tuvo para mí toda suerte de atenciones, facilitándome todo lo que, á su entender, podía serme de utilidad en el estado en que me encontraba.

Sus ofrecimientos fueron aceptados, porque carecíamos absolutamente de todo, menos de café, que abundaba.

Al principio, había tenido una fiebre aniquiladora, acompañada de tal dificultad en tragar, que esta operación se me hacía casi imposible. No era de extrañar: el proyectil, atravesándome el cuello de parte á parte, cruzó, en su trayecto, entre las vértebras cervicales y la faringe. A los ocho ó diez días, la fiebre calmó, empecé á tragar y mi estado general entró en período de franca mejoría.

Don Lucas hizo más todavía.

El, y un pasajero de su barco, llamado Arragaida, vizcaíno establecido en América, me dieron, al despedirse de nosotros, cartas de recomendación para Gualeguay, y singularmente para el gobernador de la provincia de Entre Ríos, don Pascual Echagüe, cuyo médico particular iba en el buque del mahonés. Era el doctor un joven argentino, llamado Ramón Delarea, que con rara habilidad procedió á la extracción de la bala alojada en mi cuello. Por espacio de algunas semanas, ó sea hasta mi completo restablecimiento, continuó prestándome los cuidados más solícitos y desinteresados.

Descansé seis meses en Gualeguay, durante los cuales viví en casa de don Jacinto Andreas, que me guardó, á la par de su familia, infinitos miramientos y delicadas atenciones.

Pero yo estaba prisionero, ó poco menos. A pesar de la buena voluntad del gobernador y el interés que por mí demostraban los honrados habitantes de Gualeguay, me veía obligado á esperar la resolución del dictador de Buenos Aires, que nada resolvía.

El dictador era Rosas, de quien nos ocuparemos más adelante, cuando hablemos de Montevideo.

Curado de mi herida, empecé á dar

pasos; pero la autoridad había puesto un límite á mis excursiones. Mi goleta estaba confiscada. Para compensarme, recibía un escudo diario, renta espléndida en un país donde todo se podía adquirir á precios ínfimos y que no ofrecía ninguna ocasión ni medios de malgastar. Nada, sin embargo, podía compensar la libertad perdida.

Algunas personas de mi trato, me aconsejaban la fuga. No sé si sus insinuaciones eran espontáneas, ó si lo hacían para sondear mis intenciones. Decíanme que mi desaparición no daría mucho qué sentir al Gobierno. Por lo demás, tales consejos caían en terreno abonado, porque ya de antemano venía acariciando esos proyectos de evasión. El gobernador interino de Gualeguay (don Pascual Echagüe se había aumentado en viaje) era un tal Leonardo Millán. De este señor no tenía yo motivos de queja, pero tampoco le tenía de gratitud. Desde un principio, mostróse muy indiferente, y no me dispensó atenciones ni me infirió agravios.

Resolví fugarme; y, hecha ya mi resolución, empecé cautelosamente los preparativos para huir en la primera ocasión que se presentase.

Una tarde de octubre me dirigí al domicilio de un anciano, buen sujeto, á quien visitaba con frecuencia y que vivía á una legua de la ciudad. Le comuniqué mi propósito de escaparme, y rogué que me facilitase un guía y caballos para poder llegar á la estancia de un inglés, situada en la ribera izquierda del Paraná. Desde allí, me sería fácil encontrar algún barco que me transportase de incógnito á Buenos Aires ó Montevideo. Mi confidente me proporcionó lo que yo deseaba, y nos pusimos en camino, á campo traviesa, para no ser descubiertos. Debíamos recorrer unas diez y ocho leguas, distancia que, manteniéndonos en constante galope, se podía salvar antes de amanecer.

Al despuntar el día, estábamos á la vista del Ibique, á media milla lejos del río. El guía me dijo que nos detuviésemos en una especie de carrascal, esto es, en un terreno cubierto de malezas, donde nos encontrábamos en aquel momento.

Consentí en ello, y quedéme solo aguardando su regreso, en tanto que él iba, según dijo, á tomar informes.

Eché pie en tierra, até la brida de mi caballo á la rama de un árbol y me recosté al pie del tronco. A las dos ó tres horas de espera, viendo que el guía no regresaba, me incorporé dispuesto á franquear sin su compañía el poco trecho que me separaba de la orilla. Pero en el preciso instante de alcanzarla, oí una detonación y el silbido de una bala que se perdió entre la hierba. Miré atrás, y vi á un pelotón de jinetes, que, sable en mano, me perseguían de cerca.

Imposible todo intento de fuga, inútil todo propósito de resistencia, me rendí á mis perseguidores.

XV

LA ESTRAPADA

Me ataron las manos y montaron á caballo. Luego, sujetaron mis pies, también fuertemente atados, á la cincha del bruto.

Y en esta posición, fuí conducido á Gualeguay, donde me esperaba un tratamiento peor, conforme se verá.

No creo que, en justicia, se me pueda calificar de plañidero. No suelo llorar por mis propios infortunios. Pero, en la ocasión presente, confieso que me estremezco siempre que recuerdo aquella circunstancia de mi vida.

Llevado á la presencia de don Leonardo Millán, fuí por éste intimado á denunciarle á los que me habían facilitado los medios de escaparme. Huelga decir que respondí que nadie había intervenido en la obra de mi evasión.

Oyendo esto don Leonardo, se aproximó á mí y empezó á golpearme con un látigo. Concluído el vapuleo, dirigióme la misma pregunta, que mereció la misma respuesta.

Entonces, dió orden de conducirme á la prisión, y murmuró algunas palabras al oído de mis vigilantes. Pronto supe que aquel cuchicheo era la orden de sujetarme á tormentos.

Entrado en el aposento que se me destinaba, mis guardianes, sin desatarme las manos que tenía atadas por la espalda, ciñeron á mis muñecas una cuerda, enrollaron la otra extremidad de esta cuerda á una viga, y, tirando de ella, quedé suspendido á una altura de 4 ó 5 pies del suelo.

Estando en esta posición, entró don Leonardo Millán, y me preguntó si quería decir la verdad.

No pude contenerme, y le escupí á la cara.

—Está bien—dijo,—cuando quiera confesar el prisionero, me llamarán ustedes, y cuando haya hablado, pisará otra vez tierra firme.

Y salió de la habitación

Permanecí dos horas suspendido.

Todo el peso de mi cuerpo gravitaba sobre las muñecas y los hombros, éstos dislocados, aquéllas ensangrentadas.

Mi sangre ardía; á cada momento pedía agua, y, más humanos que mi verdugo, los guardianes no me la negaban. Pero el líquido, apenas llegaba á mis entrañas, se volatilizaba como si cayese sobre candente plancha.

La extensión de mis sufrimientos sólo puede medirse comparándolos con los que en la Edad Media se aplicaban á los prisioneros. Por fin, á las dos horas, los guardianes, compadecidos de mí, ó tal vez creyéndome ya muerto, me hicieron descender.

Apenas mis pies tocaron tierra, me desplomé pesadamente.

No era más que una masa inerte, que sólo sentía la sensación de un vago y profundo dolor.

En esta situación y sin conciencia de lo que hacían conmigo, fuí puesto en el cepo.

Había hecho cincuenta millas de marcha, atado de pies y manos. Los mosquitos, numerosos y en extremo incómodos, habían convertido mi cara en una llaga viva. Al recobrar el sentido, después de aquellas dos horas de espantosa tortura, me encontré atado codo con codo, como un asesino.

Aunque de mis labios no había salido una sola palabra delatora en medio de los más atroces tormentos, y no obstante ser don Jacinto Andreas completamente ajeno á mi fuga, le habían constituído en prisión. Los habitantes del país vivían en el terror.

Con respecto á mí, sin los cuidados de una mujer que fué un ángel de caridad, habría sucumbido. Despreciando todo peligro y temor, vino al socorro del pobre martirizado.

Aquella señora se llamaba Allemán. Fué mi bienhechora, y, merced á sus cuidados, no carecí de nada en la prisión.

Pocos días después, el Gobernador, viendo la inutilidad de sus esfuerzos para hacerme hablar, y convencido de que estaba yo dispuesto á morir antes que delatar á mis amigos, no se atrevió probablemente á tomar sobre sí la responsabilidad de mi muerte, y me hizo conducir á la capital de la provincia Bajada. Allí estuve dos meses preso, transcurridos los cuales, el Gobernador me notificó que quedaba en libertad de salir de la provincia. Aunque profeso opiniones opuestas á las de Echagüe y posteriormente he combatido más de una vez contra él, no puedo ocultar que le soy deudor de muchos favores, y sobre todo de la protección que me prestó para hacerme recuperar la perdida libertad.

Más adelante, el azar puso en mis manos á todos los jefes militares de la provincia de Gualeguay, y á todos devolví la libertad, sin inferirles la menor ofensa ni causarles el más pequeño perjuicio.

En cuanto á don Leonardo Millán, ni siquiera quise verle, temiendo que su presencia me recordase lo que había hecho conmigo, y me impulsase á cometer una acción indigna de mí.

XVI

VIAJE POR LA PROVINCIA DE RÍO GRANDE

En Bajada, tomé pasaje en un bergantín italiano, capitán Ventura. Era un hombre bueno á carta cabal. Me trató con hidalguía y generosidad, y me llevó hasta la embocadura del Iguann, afluente del Paraná, donde me embarqué para Montevideo en una balandra al mando de Pascual Carbone, de quien también merecí un trato inmejorable.

Las dichas, lo mismo que las desgracias, se suceden encadenadas, y momentáneamente sólo las primeras dejaban sentir su influencia.

En Montevideo encontré muchísimos amigos, entre los cuales debo nombrar con preferencia á Juan Bautista Cuneo y Napoleón Castellini.

A los pocos días, Rossetti vino á reunirse conmigo. Procedía de Río Grande, cuyos bravos republicanos le habían dispensado una entusiasta acogida.

En Montevideo, pesaba todavía sobre mí la condena por el ya narrado incidente de mi encuentro y combate con los lanchones. Por espacio de un mes, tuve que vivir escondido en el domicilio de mi amigo Pazante.

Por lo demás, hacían llevadera mi situación, casi la dulcificaban, las constantes visitas que recibía de mis numerosos compatriotas que en aquella época próspera y de paz vivían en el país y dispensaban generosa hospitalidad á sus amigos del Viejo Mundo. La guerra, y singularmente el cerco de Montevideo, cambiaron la condición de la mayoría de ellos, que empeoró sensiblemente. ¡Pobres! yo los compadecía; pero, por desgracia, no podía hacer otra cosa.

Al cabo de un mes, llegado el momento de ponerme en viaje, Rossetti y yo lo emprendimos á Río Grande. El viaje debía hacerse, y se hizo, á caballo, lo que constituía para mí una verdadera alegría, un gran placer.

Viajamos en la forma llamada *escotero*.

Expliquemos cómo se efectúan estos viajes, que resultan más rápidos que los del tren correo más veloz.

Reunidos los viajeros en número de dos, tres ó cuatro, llevan consigo veinte ó más caballos acostumbrados á seguir á los que van montados. Cuando los jinetes comprenden que su montu-

ra está cansada, echan pie á tierra, pasan la silla de su caballo á uno de los de reserva, y emprenden nuevamente un galope de tres ó cuatro leguas, para repetir la misma operación, y así sucesivamente, hasta llegar al término del viaje. Los caballos cansados siguen á la comitiva al paso que ésta lleva, pero, libres de todo peso, reaccionan en la misma carrera.

Durante la breve parada que se hace, los cuadrúpedos comen perezosamente algunos puñados de hierba, y beben agua, si la encuentran. Las comidas serias se hacen dos veces al día: por la mañana y por la tarde.

Viajando de este modo, llegamos á Piratinin, asiento del Gobierno do Río Grande. La capital era Porto Alegre; pero, estando en poder de los imperiales, la República tenía su asiento en Piratinin, que es uno de los más bellos países del mundo, con sus dos regiones, llana y montañosa.

La primera es completamente tropical. Crecen en su suelo el plátano, la caña de azúcar y el naranjo, por entre cuyos tallos y troncos se arrastran los crótalos, y saltan, como en los junglares de la India, el tigre, el jaguar y el puma, león inofensivo, de talla igual á un perro de San Bernardo.

La región montañosa, que es templada como Niza, produce todos los frutos de Europa: melocotones, peras, ciruelas. En ella se encuentran esos magníficos bosques, nunca descritos exactamente por ninguna pluma, con sus pinos derechos como mástiles de navío, de doscientos pies de altura y tronco tan corpulento, que cinco ó seis hombres apenas bastan para rodearlo. A la sombra de estos pinos, crecen los tamarindos, cañas gigantescas que, parecidas á los helechos antidiluvianos, alcanzan ochenta pies de altura y tienen una circunferencia, en su base, que no llega á la del cuerpo de un hombre. Y crecen también la *barba de pao*, literalmente barba de los árboles, cuyas hojas se emplean á guisa de tohalla y servilleta; y esas lianas, que por sus múltiples entretejidos, hacen que los bosques sean verdaderamente inextricables. Allí, en las planicies llamadas campestres, se levantan asimismo tres ciudades: Lima de Serra, Vaccaria y Lagos, cuyos habitantes, de origen portugués, practican la hospitalidad en el más alto grado.

El viajero no tiene necesidad de pronunciar una sola palabra, ni precisa pedir nada. Entra en una casa, se encamina sin perder el tiempo en explicaciones á la habitación de los huéspedes; los sirvientes, sin ser llamados, acuden, lo descalzan, le lavan los pies. Permanece los días que le place; se va cuando quiere; no se despide ni da las gracias, si así se le antoja proceder, y no por eso dejarán de dispensar iguales deferencias al otro viajero que llegue.

Es la juventud de la Naturaleza; es la mañana de la humanidad.

XVII

LA LAGUNA DE LOS PATOS

En Piratinin fuí admirablemente recibido por el Gobierno de la República. Bento González era el tipo del caballero andante del ciclo de Carlomagno, y perfecto hermano espiritual de los Olivier y los Rolando; vigoroso, ágil, leal, verdadero centauro, manejaba un caballo con destreza que sólo he visto en el general Netto. Al frente de una brigada de caballería, había salido á combatir á Silva Tanaris, jefe imperial que, habiendo atravesado el canal de San González, asolaba aquella comarca de Piratinin, centro del Gobierno republicano y lugar encantador por su posición, cabeza del departamento de su nombre y foco de una población belicosa y devota de la causa de la libertad.

En ausencia de Bento González, hízome los honores de la ciudad el ministro de Hacienda.

Digamos algunas palabras sobre Río Grande, que, según su nombre indica, podrá creerse situado á orillas de un gran río.

Río Grande es la Laguna de los Patos, que tiene sobre treinta leguas de largo. Excepto algunas hondonadas de que más adelante se hablará, puede decirse que en esta laguna no hay bajíos. Es profunda y la pueblan numerosos caimanes. El caudal de sus aguas lo alimentan cinco riachuelos que afluyen á ella por la extremidad norte, afectando la forma ó disposición de los cinco dedos de una mano cuya palma es el cabo de la laguna.

Existe un paraje desde el cual se descubren á la vez los cinco riachuelos y que se llama, por este motivo, *Viamao* (1).

Este nombre se había cambiado entonces por el de *Settembrina*, en conmemoración de la República proclamada en septiembre.

Encontrándome sin ocupación en Piratinin, solicité me incorporasen á la columna que operaba sobre San González á las órdenes del Presidente.

Entonces vi por primera vez á aquel valiente y pasé algunos días en su intimidad. Era, en verdad, el niño mimado de la Naturaleza, que le había otorgado todas las condiciones que forman á los héroes.

---

(1) Vi la mano.

Bento González frisaba en los sesenta años, cuando le conocí. Alto y esbelto, montaba á caballo con verdadera desenvoltura y facilidad. Estando á caballo, no representaba más de veinticinco años.

Bravo y afortunado, no había vacilado un instante en arremeter á un gigante de la estatura de Polifemo y armado como Ferragus. Era el primero en lanzar el grito de guerra, no á impulsos de una personal ambición, sino como otro cualquier hijo de aquel pueblo belicoso. Su vida, en el campo, se parecía á la del último habitante de las praderas: carne asada y agua pura.

El mismo día que nos conocimos, me convidó á participar de su frugal comida, y departimos con tanta familiaridad, que parecíamos dos compañeros de la infancia. Con este cúmulo de dones naturales y adquiridos, Bento González fué el ídolo de sus conciudadanos; y á pesar de esos dones, fué casi siempre desgraciado en sus empresas guerreras. Esto me hizo creer siempre que el azar interviene con mucha más eficacia que el genio en las vicisitudes de la guerra y en la fortuna de los héroes.

Seguí á la columna hasta Camados, paso del canal de San González, que une la Laguna de los Patos con Merín. Silva Tanaris se había retirado precipitadamente allí, al comunicársele que se acercaba una columna republicana.

No habiendo podido encontrarle, el Presidente ordenó la contramarcha, y por consiguiente, emprendió de nuevo el camino de Piratinin.

Por aquellos días, recibimos noticias de la batalla de Río Pardo, en la que el ejército imperial fué completamente derrotado por los republicanos.

XVIII

ARMAMENTO DE BALANDROS EN CAMACUA

En tal ocasión, fuí encargado del armamento de dos balandros que se encontraban en el Camacua, río que corre paralelamente al canal de San González y que, como éste, desemboca en la Laguna de los Patos.

Con los marineros llegados de Montevideo y los que había en Piratinin pude reunir unos treinta hombres de diferentes nacionalidades. Por desgracia suya, mi querido Luis Carniglia era uno de ellos. Además, contaba, en calidad de reclutas, con un francés colosal, bretón de nacimiento, á quien llamábamos el *corpulento Juan*, y con Francisco, muchacho de gran valía como filibustero.

Llegamos á Camacua, donde nos reunimos con un americano llamado John Griggs, que residía en una hacienda de Bento González, y vigilaba la construcción de los dos balandros.

Nombráronme jefe de esta microscópica flota, con el grado de *capitano tenente*.

Era curiosa la manera cómo se construían los dos barcos, y patentizaba la constancia americana. Iban á buscar la madera, el hierro, todos los materiales que necesitaban, sin cejar, con verdadero ardor : dos ó tres carpinteros aserraban la madera, un mulato forjaba el hierro.

Al cabo de dos meses, los buques estaban construídos. Cada uno fué armado con dos piezas de bronce. A los treinta europeos se agregaron cuarenta negros y mulatos, y ambas tripulaciones sumaron un contingente de setenta hombres.

Las balandras desplazaban aproximadamente diez y seis toneladas la una, y doce la otra.

Tomé el mando de la más fuerte, que bautizamos con el nombre de *Río Pardo*.

John Griggs asumió el de la otra, que llamamos *Republicana*.

Rossetti se quedó en Piratinin, encargado de la redacción del diario *El Pueblo*.

Tan pronto estuvieron armadas las balandras, empezaron á recorrer la Laguna de los Patos. En los primeros días, hicimos presas de escasa cuantía.

Los imperiales habían opuesto á

nuestras dos embarcaciones, que en junto representaban 28 toneladas, 30 buques de guerra y un vapor.

Pero teníamos de nuestra parte un poderoso auxiliar: las hondonadas.

La laguna sólo era navegable para las barcas de algún calado, por una especie de canal que se extiende á lo largo de su margen oriental.

Del lado opuesto, el suelo estaba cortado en declive, lo que nos obligaba á varar á muy corta distancia de la orilla. Los bancos de arena se extendían en la laguna como los dientes de un peine, con la sola diferencia de que esos dientes estaban muy separados entre sí.

Cuando teníamos necesidad de varar, ó cuando el cañón de un barco de guerra nos incomodaba, yo gritaba:

—¡Vamos, patos míos, al agua!

Y mis patos saltaban al agua, y con vigoroso esfuerzo transportaban el balandro al otro lado del banco de arena.

Corriendo así los sucesos, apresamos un barco que llevaba valioso cargamento, y lo condujimos á la costa occidental del lago, cerca de Camacua, donde le prendimos fuego, después de haberlo despojado de todos los objetos que representaban algún valor.

Era la primera presa de importancia que hacíamos y que regocijó vivamente á nuestra reducida marinería, cada uno de cuyos individuos percibió una parte proporcional del botín, procurando, al hacer la distribución, que resultase un remanente con el que pude atender á los gastos de confección de uniformes para mi gente.

Los imperiales, que nos habían mirado con desprecio y continuamente hacían burla de nosotros, empezaron á reconocer la importancia de nuestra permanencia en la laguna, y destinaron numerosos buques á la protección de su comercio.

La vida que llevábamos, era activa y estaba erizada de peligros, á causa de la superioridad numérica de nuestros enemigos. Pero, al propio tiempo, ni carecía de atractivos, ni dejaba de ser pintoresca y harmónica con nuestro temperamento. No solamente ejercíamos de marineros; á menudo éramos también jinetes. En el momento de peligro encontrábamos cuantos caballos queríamos, y en dos horas podíamos formar un escuadrón terrible, aunque poco aparatoso.

Toda la extensión de la laguna estaba poblada de estancias, cuyos propietarios las habían abandonado, huyendo de las contingencias de la guerra. En esas estancias había todo lo que podíamos menester: animales, monturas, vituallas. Además, en todas ellas se cosechaba con gran abundancia la avena, las batatas, las naranjas. De estas últimas cumple decir que son las más exquisitas que se producen en toda la América del Sur. La horda que me acompañaba, verdadera tropa cosmopolita, formábanla hombres de todos los colores y de todas las naciones.

Yo los trataba con una bondad acaso reñida con la condición de semejantes individuos. Pero puedo asegurar que nunca he tenido que arrepentirme de mi benignidad; todos me obedecían en el acto, y ninguno me dió motivo de enojo ni ocasión de aplicar castigos.

XIX

LA ESTANCIA DE LA BARBA

En el Camacua, donde teníamos nuestro pequeño arsenal y de donde había salido la flotilla republicana, moraban, extendiéndose sobre una extensa superficie, las familias de los hermanos de Bento González, como también otros parientes más lejanos. Innumerables rebaños pacían en esas magníficas llanuras que la guerra había respetado, por no llegar hasta allí la acción de su mano destructora.

Los productos agrícolas se recogían con una abundancia de que no pueden formarse idea los habitantes de Europa. He dicho en otro lugar que en ningún país de la tierra se practica la hospitalidad con más llaneza ni más cordialmente. Esa hospitalidad, nos era brindada en todas partes, en todas las casas, que nos acogían con la mayor simpatía.

Las estancias que visitábamos más asiduamente, eran las de doña Ana y doña Antonia, hermanas del Presidente.

La primera estaba situada en las márgenes del Camacua; la otra, en las del Arroyo Grande. No podía yo precisar si era un fenómeno de mi imaginación ó simple fantasía de mis veintiséis años, pero ello era que ante mis ojos todo adquiría color bello y risueño. Y puedo asegurar que ninguna otra época de mi vida persiste en mi memoria con tan indelebles caracteres, como este período que estoy describiendo, ni encierra los encantos que hacían las delicias de mi alma. La casa de doña Ana, principalmente, constituía para mí un verdadero paraíso. Aunque su dueña había traspasado ya los dinteles de la juventud, tenía esta adorable mujer un carácter expansivo y jovial. Con ella vivía una familia entera de emigrados de Pelotas, ciudad de la provincia cuyo caudillo era el doctor Paolo Ferreira. Tres jóvenes, á cual más graciosas, formaban el ornamento de aquel delicioso lugar. Una de ellas, Manuela, era la dueña absoluta de mi alma. No alimentaba la más remota esperanza de lograr su posesión; pero no podía dejar de amarla.

Estaba prometida á un hijo de Bento González.

Con todo, se presentó una ocasión en que, hallándome en peligro, pude comprender que no era yo completamente indiferente á la señora de mis pensamientos; y esa conciencia que tuve de

su simpatía por mí, bastó para consolarme de la seguridad que tenía de no poseerla jamás. En general, las mujeres de Río Grande son muy hermosas. Todos los hombres de mi tripulación se habían declarado galantes esclavos suyos, pero es justo reconocer que ninguno dedicaba á su ídolo respectivo un culto tan divino y desinteresado como el mío por Manuela. Siempre que las ráfagas de nuestra aventurera existencia nos llevaban al Arroyo Grande, ó Camacua, lo celebrábamos con gran regocijo. La arboleda de Firiva que señalaba la entrada del uno, y el bosque de naranjos que ocultaba la embocadura del otro, eran siempre saludados con una salva de alegres hurras, que indicaban nuestro entusiasmo.

Un día, después de haber encallado las dos balandras, nos encontrábamos en la estancia de la Barba, perteneciente á doña Antonia, frente á un cobertizo que servía para saladera de carnes, de donde tomaba el nombre de *galpón da changueada* que le daban los naturales del país. De pronto fuimos advertidos de que el coronel Juan Pedro de Abreeu, apellidado *Moringue*, esto es, la marta, motivado á su sagacidad, había desembarcado á dos ó tres leguas de nosotros, con setenta jinetes y ochenta infantes.

La versión no carecía de fundamento, porque á raíz del apresamiento del jabeque, que habíamos saqueado primero y quemado después, *Moringue* había jurado tomar ejemplar desquite.

Esta noticia me llenó de alegría. Los hombres que mandaba el citado coronel, eran mercenarios alemanes y austriacos, y no me disgustaba hacerles pagar la deuda que todo buen italiano tiene contraída con sus hermanos de Europa.

Nosotros sumábamos unos sesenta hombres, pero yo conocía el temple de mi gente. Con mi escasa fuerza numérica, me sentía capaz de tener á raya no tan sólo á 150, sino también á trescientos austriacos.

Mandé explorar en todas direcciones, quedándome con cincuenta hombres. Los otros diez ó doce que habían ido á reconocer el terreno, regresaron con una respuesta al unísono:

—No hemos visto nada.

El enemigo había podido substraerse á sus pesquisas, á favor de la espesa niebla que reinaba.

Estimé conveniente no fiarme de un modo absoluto de la inteligencia del hombre, y resolví guiarme por el instinto de los animales.

Cuando se efectúa una expedición de esa índole y se llega á tender por gente extraña una emboscada en los alrededores de una estancia, ocurre ordinariamente que los animales, que sienten la presencia de los extraños, dan señales de malestar, que jamás engañan á quien sabe leer en ellas.

Los caballos, distribuídos por los contornos de la estancia, no dieron manifestaciones de nada anormal.

Desde aquel momento, creí que no debía temer una sorpresa. Mandé depositar los fusiles cargados y las municiones en los armeros que, por orden mía, se habían construído en el galpón; y dí á mis hombres una prueba de que podíamos estar tranquilos, disponiéndome á almorzar é invitándoles á hacer lo mismo, invitación que casi siempre aceptaban sin necesidad de muchos ruegos.

Afortunadamente, los víveres no faltaban.

Concluído el almuerzo, los envié á sus respectivos trabajos.

Mi gente trabajaba con el mismo afán que comían. No fué menester re-

petir la orden. Los unos se dirigieron á los balandros, para hacer en ellos algunas reparaciones; los otros, á la fragua; éstos á carbonear; aquéllos á pescar.

Me quedé solo con el cocinero, que había establecido sus útiles al aire libre, frente á la puerta del galpón, y cuidaba de la marmita donde espumajeaba nuestro puchero.

En cuanto á mí, púseme á saborear con delicia mi mate, especie de te del Paraguay, que se decanta en una pequeña calabaza y se sorbe con el auxilio de un tubo de vidrio, de metal ó de madera.

No me cabía la menor duda de que el coronel Abrecu, que era del país, había burlado astutamente la vigilancia de mis exploradores é inspirado confianza á los caballos, y que, con sus ciento cincuenta austriacos, se encontraba á quinientos ó seiscientos pasos de nosotros, tendido boca abajo en algún bosque vecino.

De repente, oí con gran sorpresa que tocaban á degüello.

Volví la cabeza y vi que la infantería y caballería cargaban á galope; cada jinete llevaba un infante en la grupa, y los combatientes que no podían ir montados, corrían á pie, asidos á las crines de los caballos.

Dí un salto, del banco en que estaba sentado al galpón; el cocinero me siguió; pero el enemigo estaba tan cerca de nosotros, que en el preciso instante de franquear el umbral, uno de los atacantes atravesó mi poncho de una lanzada.

He dicho ya que nuestros fusiles estaban, cargados, en el armero. Eran en número de sesenta.

Tomé uno, y lo descargué; en seguida, otro, y otro, con tanta rapidez, que no cabía suponer que era uno solo el que disparaba, y con tanta fortuna, que tres enemigos mordieron el suelo.

Y disparé una, dos, tres veces más; y como tiraba sobre el montón, cada disparo hacía caer á un hombre.

Si aquella mole de enemigos hubiese invadido el galpón, allí mismo y en un santiamén, habrían dado cuenta de todo; corso y corsario habrían dejado de ser un peligro. Pero el cocinero, que estaba junto á mí, y también hacía fuego, contribuyó á desbaratar semejante probabilidad, pues el jefe de la fuerza que atacaba creyó, no obstante su reconocida sagacidad, que todos los hombres de mi mando se encontraban en el interior del galpón.

Llevado de esta suposición, hizo retroceder unos cien pasos á los suyos, y reanudó el tiroteo.

Eso fué mi salvación.

El cocinero no era un tirador hábil, y como en nuestra situación, todo disparo que fallase la comprometería, le ordené que cesase de hacer fuego y que se limitase á cargar y pasarme los fusiles, á medida que yo continuaba disparando.

Estaba seguro de que mi gente, habiendo llegado á ellos el ruido de la fusilería, venía ya corriendo en mi socorro.

No me engañaba. Mi valiente Luis Carniglia apareció el primero á través del humo que se extendía entre el galpón y la tropa enemiga, la que, por su parte, hacía un fuego infernal.

Seguidamente, se presentaron Ignacio Bilbao, bravo vizcaíno, y un italiano, que en bravura no le iba á la zaga, llamado Lorenzo. En breves instantes estuvieron á mi lado, y empezaron á seguir mi ejemplo con todo ardor. Poco después llegaron Eduardo Mutru, Nacimiento Rafael y Procopio (estos dos últimos mulato y negro, res-

pectivamente), Francisco de Sylva... quisiera yo grabar en el bronce los nombres de aquellos esforzados compañeros que, en número de trece, se reunieron conmigo y combatieron durante cinco horas contra ciento cincuenta enemigos.

Ellos se amparaban en las casas y barracas de los alrededores, y desde sus favorables posiciones nos dirigían un fuego terrible. Algunos habían subido al techo de nuestro galpón, cuya cobertura levantaban, y nos fusilaban por los agujeros, le los que al propio tiempo se servían también para arrojarnos fajinas encendidas. Pero nosotros nos multiplicábamos, y mientras los unos corrían á apagar las fajinas, los otros respondían con sus fusiles con tanto acierto, que dos ó tres enemigos rodaron sin vida á nuestros pies por las mismas aberturas que habían practicado.

Por nuestra parte, y valiéndonos de nuestras bayonetas, habíamos abierto algunas troneras en la pared del galpón, por donde hacíamos fuego á mansalva.

Hacía tres horas que combatíamos, cuando el negro Procopio dió un golpe afortunado: rompió el brazo del coronel *Moringue*, quien hizo tocar retirada en el acto, y se fué llevándose á sus heridos, pero dejando quince muertos.

Mis bajas eran cinco muertos y otros tantos heridos. De los últimos, murieron tres; de modo que aquella refriega, una de las más reñidas en que he tomado parte, me costó en total la pérdida de ocho hombres.

Estos combates eran tanto más mortíferos para nosotros, cuanto carecíamos de médico y cirujano. Las heridas leves se curaban con agua fresca, renovada con toda la frecuencia posible.

Con respecto á las graves, ya era otra cosa. En general, el propio herido comprendía su estado. Si lo consideraba caso perdido, llamaba á su mejor amigo, le confiaba sus breves disposiciones testamentarias y, por fin, le suplicaba que lo rematase de un tiro. El amigo examinaba la herida, y si del examen sacaba la misma opinión, se abrazaban, se estrechaban la mano, y un disparo de fusil ó de pistola constituía el desenlace del drama.

Es bárbaro y doloroso, pero ¡qué mucho! Era el único medio que se podía emplear.

Rossetti, que se encontraba casualmente en Camacua, con el resto de nuestros compañeros, no pudo, con gran pesar suyo, reunirse con nosotros. Perseguidos y sin armas, unos fueron obligados á cruzar el río á nado; otros se salvaron internándose en el bosque. Uno solo fué cogido y muerto.

Aquel combate, tan comprometido y que tuvo tan feliz solución, infundió inmensa confianza á mis subordinados y á los habitantes de la costa, expuestos constantemente á las correrías de un enemigo audaz y aventurero.

Por lo demás, *Moringue* fué el mejor de los jefes con que los imperiales contaban para sus expediciones. Se distinguía en esa clase de sorpresas, y debo reconocer que había ordenado y llevado á cabo la tramada contra mí, con una sagacidad que á buen seguro le habría conquistado el sobrenombre de *garduña*, si de antemano no se lo hubiesen ya aplicado. Nacido en la región, de la que, según he dicho, tenía un completo conocimiento; dotado de astucia y de intrepidez á toda prueba, infirió grave daño á la causa republicana, y el imperio del Brasil le debe, sin ningún género de duda, la sumisión de esta valerosa provincia.

Empero, nosotros celebramos la victoria. Doña Antonia nos obsequió con una fiesta en su estancia, distante unas cuatro leguas del galpón donde habíamos librado la acción.

En aquella fiesta supe que una hermosa joven, teniendo conocimiento del peligroso trance en que me encontraba, había pedido con ansia y frecuentemente noticias sobre mi vida y mi salud. Era una nueva victoria, más dulce á mi corazón que la victoria sangrienta recientemente alcanzada. ¡Oh, bella hija de América! yo me sentía feliz y orgulloso en pertenecerte, siquiera fuese en pensamiento. Estabas destinada y debías pertenecer á otro; pero la suerte había reservado para mí esa flor del Brasil que lloro y he de llorar mientras viva. ¡Dulce madre de mis hijos! la conocí en días de adversidad y de dolor; y, no mi juventud, no mis cualidades físicas y morales, sino mis infortunios solamente fueron los lazos que la encadenaron á mí para siempre. ¡Anita, querida Anita!

XX

EXPEDICIÓN A SANTA CATALINA

Después de aquel día, no me ocurrió nada de importancia en la Laguna de los Patos.

Empezamos la construcción de dos nuevas balandras, para lo cual disponíamos de las materias primas que nos proporcionaba nuestra presa anterior. En cuanto á la mano de obra, era ejecutada por nosotros, en lo que nos secundaban eficazmente los habitantes de la comarca.

Una vez construídos y armados los barcos, recibimos orden de reunirnos con la escuadra republicana que sitiaba á Porto Alegre, capital de la provincia. Durante el tiempo que permanecimos en aquella parte del lago, no acometimos ninguna empresa, á pesar de dirigir el sitio Bento Manuel, á quien se atribuía mucho mérito como soldado, como general y organizador. Ulteriormente, este caudillo, haciendo traición á los republicanos, se pasó á los imperiales.

En aquellos días fué organizada la expedición á Santa Catalina. Llamado á formar parte de ella, me pusieron á las órdenes del general Canavarro.

Presentábase la dificultad de no poder salir de la laguna, por estar su embocadura bajo la vigilancia del enemigo.

En la ribera meridional se levantaba la ciudad fortificada de Río Grande del Sud, y en la septentrional, San José del Norte, otra ciudad fuerte, aunque menos importante. Estas plazas, lo mismo que la de Porto Alegre, continuaban en poder de los imperiales, y los hacían dueños de la entrada del lago. Es verdad que sólo poseían los tres referidos puntos, pero ello no era de despreciar.

De todos modos, con los hombres que yo conducía, no había nada imposible.

Aconsejé que se dejasen las dos balandras más pequeñas en la laguna, al mando de las cuales quedaría un marino muy experto, llamado Ceferino d'Utra. Con los otros dos barcos, yo acompañaría á la expedición, y conmigo debían venir Griggs y lo más escogido de mi gente. El general Canavarro operaría por mar; yo, por tierra.

Era un magnífico plan, al que sólo faltaba ponerlo en ejecución.

Propuse la construcción de dos ca-

rretas suficientemente sólidas y capaces para colocar en ellas sendas balandras. Esos vehículos serían arrastrados por bueyes y caballos fuertes y en el número que fuese menester.

Mi proposición fué aceptada y se me comisionó para llevarla á término.

Puse manos á la obra, introduciendo en ella las modificaciones siguientes:

Encargué á un hábil carretero llamado Abreu, ocho grandes ruedas sólidas á toda prueba y con todas las condiciones adecuadas á los pesos que debían soportar.

En una de las extremidades del lago, la opuesta á Río Grande del Sud, ó sea al Noroeste, corre, por el fondo de una quebrada, un pequeño arroyo que fluye en la Laguna de los Patos en el lago Tramandaï, á cuyas aguas pensábamos transportar nuestras dos balandras.

Hice descender al barranco, sumergiéndolo todo lo posible, uno de los carros; luego, en tanto que preparábamos su transporte por encima de los bancos de arena, levantamos la balandra hasta que su quilla descansó sobre el doble eje. Con recio cordaje enganchamos cien bueyes, y, aguijándolos á una, vi con inexplicable satisfacción que el mayor de mis dos buques se ponía en franca marcha como si fuese un simple fardo.

La misma operación y con el mismo éxito, repetimos con el otro carro.

Con tal motivo, los habitantes disfrutaron de un espectáculo raro y curioso, contemplando el paso de dos barcos colocados en carretas y arrastrados por doscientos bueyes en un trayecto de cincuenta y cuatro millas, equivalentes á diez y ocho leguas, y todo ello sin la menor dificultad, sin el más leve accidente.

Llegados á las orillas del lago Tramandaï, las balandras fueron lanzadas al agua, y tres días después, hechas las pequeñas reparaciones que requerían, estaban nuevamente en situación de navegar.

El lago Tramandaï recibe las aguas que nacen en la vertiente oriental de la cadena de los montes *do Espinasso*, y se extiende hasta el Atlántico; pero, en este paraje, su profundidad es tan sólo de cuatro ó cinco pies.

En aquellas riberas reinan casi siempre las borrascas. El estruendo de las rompientes se percibe varias millas tierra adentro, y frecuentemente se lo confunde con el fragor del trueno.

XXI

PARTIDA Y NAUFRAGIO

Preparados para la marcha, esperamos la hora de la alta marea, y á eso de las cuatro de la tarde nos arriesgamos á salir.

En esta circunstancia, tuvimos necesidad de poner á prueba nuestra experiencia de navegar por entre los más peligrosos escollos. Pero, no obstante la pericia adquirida, no me sería posible determinar la maniobra, más audaz que hábil, que realizamos para salir del lago y entrar en el Océano. Al caer la tarde, habíamos logrado, tras constantes esfuerzos, sortear las temibles rompientes, que parecían montar en cólera viendo que habíamos escapado á sus furores.

Es de justicia decir aquí que, hasta entonces, ningún barco había salido del lago de Tramandaï.

A las ocho de la noche levamos anclas y emprendimos nuestra ruta.

Al día siguiente, á las tres de la tarde, naufragamos en la embocadura del Aseringua, río que nace en la sierra *do Espinasso* y desagua en el Atlántico, entre las Torres y Santa Maura, provincia de Santa Catalina.

De los treinta hombres que componían la tripulación, se ahogaron diez y seis.

Expliquemos cómo acaeció esta catástrofe.

Desde el principio del viaje, el viento del Mediodía ya nos amenazaba, acumulando nubes y soplando con violencia. Navegábamos paralelamente á la costa. El *Río Pardo*, conforme dejo dicho, llevaba treinta hombres, una pieza de artillería y una porción de diferentes objetos, todos ellos por pura precaución, pues ignorábamos lo que el destino nos deparaba en el curso de la iniciada empresa.

El barco contenía, pues, exceso de carga. Las olas lo cubrían á menudo por completo, y á cada instante parecía que lo iban á sepultar. Resolví aproximarme á la costa y, de ser posible, tomar tierra en el sitio de la playa que nos pareciese accesible; pero el mar, que por momentos se ponía más bravío, no nos permitió hacer las cosas acomodadas á nuestras conveniencias. Una ola formidable nos envolvió completamente y arrojó contra la costa.

En aquel instante me encontraba en

lo alto del trinquete, otcando las rompientes de la playa. La balandra zozobró por estribor, y yo fuí despedido á unos treinta pies de distancia.

Aunque mi situación era muy crítica, la confianza que, como nadador, tenía en mí mismo, hizo que ni remotamente me acordase de la muerte; pero, habiendo en mi tripulación algunos individuos que nunca habían navegado y que poco antes, con las ansias del marco, estaban tumbados sobre el puente, desistí momentáneamente de nadar hacia la costa, para ocuparme en reunir cuantos objetos flotantes podia alcanzar. Así lo hice, y á medida que los cogía, los empujaba en dirección al barco, gritando á los náufragos que se arrojasen al mar y que, asiéndose á ellos, procurasen alcanzar la costa, que distaba una milla aproximadamente. El buque había zozobrado, pero la arboladura le mantenía el flanco de babor fuera del agua.

El primero de mis compañeros que vi, permanecía abrazado á los obenques. Era Eduardo Mutra, uno de mis mejores amigos. Puse á su alcance un fragmento de escotilla, recomendándole que no lo abandonase.

Tranquilo ya, en cuanto á la suerte de este amigo, dirigí mis miradas al buque.

La primera, ó, por mejor decir, la única cosa que se ofreció á mi vista, fué el bravo y querido Luis Carniglia. Al ocurrir la catástrofe se encontraba en el timón. Desgraciadamente, en aquel momento ceñía su cuerpo un apretado chaqué de grueso paño, que le sujetaba los brazos hasta hacerle imposible todo movimiento para nadar. Eso me decía Luis á voces, en tanto que yo me aproximaba á él.

—Procura sostenerte—le respondí,— que voy en tu socorro.

En efecto, trepando como un gato por el barco, llegué junto á mi amigo. En tan difícil posición, pude sacar de mi bolsillo un pequeño cuchillo, con el que, después de grandes esfuerzos, conseguí cortar la ropa que tenía aprisionado al pobre náufrago. Pero, en aquel momento, una ola terrible nos cubrió, arrojando al agua todo lo que quedaba á bordo, hombres y objetos. Carniglia fué lanzado con los demás, y no reapareció.

En cuanto á mí, despedido al fondo del mar como un proyectil, subí de nuevo á la superficie muy aturdido; pero, en mi aturdimiento, no tenía más que una idea: socorrer á mi querido Luis. Nadé alrededor del barco llamándole á grandes voces, en medio del pavoroso clamor de la tormenta. Pero Luis no me respondía. El amigo que me había salvado la vida en el Plata, acababa de ser devorado por el abismo. ¡Y yo no podía salvar la suya!

Cuando abandoné toda esperanza de socorrer á Carniglia, miré en torno mío, y, sin cuidarme de mi propia salvación, me dediqué á la de mis semejantes.

Vi á mis compañeros dispersos y nadando hacia la playa, distanciados los unos de los otros según su habilidad y según sus fuerzas. En breves instantes me puse á su lado, y, dándoles ánimo con mis gritos, me adelanté, y fuí uno de los primeros, si no el primero, en salvar las rompientes, cortando olas imponentes, altas como montañas.

Llegué á la orilla. Mi dolor por la pérdida del infortunado Carniglia, haciéndome indiferente á mi propia suerte, me comunicaba una fuerza invencible.

No bien hube tocado tierra, me volví á mirar á los que dejaba atrás, á impulsos de una postrera esperanza.

Acaso encontraría á Luis.

Interrogué, uno tras otro, á los náufragos que, nadando fatigosamente, se acercaban á tierra; miré, una por una, las desparoridas caras que á menudo desaparecían cubiertas por las olas. Carniglia no estaba entre ellos. Los abismos del Océano no me le habían reintegrado.

Distinguí á Eduardo Mutra, que, después de Carniglia, me era el más querido, y á quien había yo facilitado un trozo de escotilla, recomendándole que se agarrase fuertemente á él. Algún golpe de mar se lo arrebató, sin duda, de las manos. Nadaba aún, pero con movimientos convulsivos, en los que se adivinaba que había llegado al agotamiento de toda su energía. Tengo ya dicho cuánto le quería; era el segundo hermano del alma que iba á perder en día tan desastroso. Tiré al agua un fragmento procedente del naufragio y me precipité entre las olas, volviendo con profunda indiferencia á buscar el peligro de que acababa de escapar. Después de un minuto, me encontraba á pocas brazas de Eduardo.

—¡Sostente firme, valor!—le grité.
—Aquí estoy.

Vana esperanza, inútiles empeños. En el momento de arrojarle el salvador despojo, Eduardo se hundió para siempre.

Dí un grito y me sumergí. No encontrándole, pensé que tal vez había subido á la superficie... Me sumergí una, dos veces más. Lo llamé con gritos de desesperación. Todo inútil. Había sido tragado por el Océano cuyas vastas soledades atravesó para reunirse conmigo y ser útil á la causa de los pueblos.

¡Un nuevo mártir de la libertad italiana que no tendrá una tumba ni una cruz!

Los cadáveres de los diez y seis ahogados que hubo en el naufragio, fieles compañeros de mis aventuras, engullidos por el mar, fueron envueltos por las olas y arrastrados por las corrientes á treinta millas de distancia hacia el Norte. Entre los catorce sobrevivientes que lograron llegar á la costa, busqué un semblante amigo, una cara italiana.

—¡Ni una!

Los seis italianos que me acompañaban, habían perecido: Carniglia, Mutra, Staderini, Navone, Giovanni... No recuerdo el nombre del sexto.

Pido perdón á la patria por haberlo olvidado. Bien sé que estas líneas las escribo catorce años después de los sucesos que narro, y no olvido que desde entonces me han ocurrido sucesos terribles. No olvido que he visto caer á una nación y que he intentado vanamente defender una ciudad. Tampoco olvido que, perseguido, desterrado, acosado como una fiera, deposité en la tumba el inanimado cuerpo de la mujer que era mi vida, y que, apenas cubierta la fosa, me obligaron á abandonarla, á emprender la marcha, como los malditos de Dante que caminan volviendo atrás la abatida cabeza. Bien sé que carezco de un asilo; que, colocada mi planta en suelo africano, dirijo los ojos á esa Europa que me repele como un bandido, á mí, que siempre he tenido un solo pensamiento, un solo amor, un solo anhelo: la patria.

Harto sé todo eso; pero no es menos verdad que debería invocar su nombre.

Mas, ¡ay!, no lo invoco.

XXII

JUAN GRIGGS

Se ofrecía el raro caso de que, excepto yo, habían sucumbido los más fuertes y diestros nadadores. Fiados en su destreza, no recurrieron probablemente á los restos que flotaban, creyendo poder sostenerse en la superficie sin su auxilio, mientras que, por el contrario, los náufragos que se salvaron eran unos jóvenes americanos que con dificultad atravesaban un riachuelo de diez pies de ancho.

Se me hacía imposible creer en esto, y, sin embargo, era la verdad.

El mundo me parecía un desierto.

Me senté sobre la arena, hundí la cabeza entre las manos, y creo que lloré.

En medio de mi atonía, un lamento llegó hasta mí.

Pensé entonces que, aun siéndome aquellos hombres desconocidos, casi extraños, tenía la obligación de ser su padre en la fatalidad, ya que en el combate y en el naufragio era su jefe.

Levanté la cabeza.

—¿Qué hay, y quién se queja?—pregunté.

Dos ó tres voces respondieron :

—Tengo frío.

Yo, que hasta entonces me había mostrado completamente insensible á la temperatura, también sentí frío, al oir aquellas palabras.

Me levanté y me desperecé. Algunos de mis compañeros, sentados ó acostados, se encontraban en estado de verdadera postración.

Tres ó cuatro hallábanse en ese período de embotamiento que hace preferir la quietud de la muerte al dolor del movimiento.

—Llamé en mi ayuda á los más vigorosos, mandé á los otros que se levantasen, cogí á uno de la mano, y, diciendo á los primeros que me imitasen, grité :

—¡Corramos!

Y, uniendo la acción á la palabra, empecé á correr.

Nuestras ateridas articulaciones se resintieron del juego á que las sometíamos, y al principio sentíamos vivo dolor ; pero gradualmente los miembros recobraron su elasticidad.

Durante una hora, más ó menos, nos entregamos á este ejercicio, que restableció la normalidad de la circulación en nuestras venas.

Marchábamos cerca del río Aserigua que corre paralelamente al mar para entrar en él á media milla de distancia del sitio en que nos encontrábamos; remontamos la margen izquierda del río, y á unas cuatro millas del punto de partida, encontramos una estancia, y en ella la hospitalidad que eternamente se brinda en la puerta de toda casa americana.

El otro barco, mandado por Griggs, y llamado *Seival*, aunque poco mayor que el *Río Pardo*, pero de construcción diferente, pudo luchar contra la tempestad, desafiándola, y continuar victoriosamente su ruta.

Debo decir que Griggs era un experimentado marino.

Escribo á diario estas Memorias, pues ignoro si mañana me veré obligado á dejar el refugio en que descanso actualmente, y si más adelante tendré ocasión de decir todo lo que pienso de aquel excelente y bravo joven. Puesto que su nombre serpea en mi pluma, voy á pagar el tributo que debo á su memoria.

¡Pobre Griggs! Apenas si he hablado de él, y, sin embargo, en ningún sitio he encontrado un hombre más arrojado ni de carácter más bondadoso. Hijo de familia rica, había venido á ofrecer su oro, su sangre y su inteligencia á la naciente República, y le dió lo que le había ofrecido.

Cierto día recibió una carta de Norte América, en la que se le invitaba á pasar á recoger una colosal herencia; pero Griggs había ya recogido el más espléndido legado que puede reservarse el hombre de convicciones y de fe: la palma del martirio. Había muerto por la causa de un pueblo desgraciado, pero valiente y generoso. Y yo, que tantas muertes gloriosas he presenciado, había también de ver el cuerpo de mi pobre amigo dividido en dos, como el tronco de una encina bajo el hacha del leñador. El busto había quedado de pie, sobre el puente de la *Cassapara*, con su faz bravía, congestionada aún por el ardor del combate; pero los tantas muertes gloriosas he presenciados alrededor del busto. Un disparo de cañón cargado de metralla, hecho á veinte pasos de distancia, lo había destrozado. Y así, reducido á pedazos, se ofreció á mi vista, cuando, después de haber incendiado por orden de Canavarro la flotilla, me trasladé al navío de Griggs, que acababa de ser literalmente fulminado por la escuadra enemiga.

¡Oh, libertad! ¿Qué reina de la tierra puede ostentar el cortejo de héroes que te rodea en el cielo?

XXIII

SANTA CATALINA

La parte de la provincia de Santa Catalina, donde naufragamos, se había sublevado contra el Emperador, al tener noticia de que se acercaban fuerzas republicanas. Así, pues, en vez de enemigos, encontramos aliados, en vez de ser combatidos, fuimos agasajados.

Disponíamos, por consiguiente, de todos los medios de transporte que podían ofrecernos los pobres habitantes á quienes habíamos pedido hospitalidad.

El capitán Baldonino me ofreció su caballo, y nos pusimos inmediatamente en camino, para reunirnos á la vanguardia del general Canavarro, mandada por el coronel Texeira, que se dirigía con toda la rapidez posible á la laguna Santa Catalina con ánimo de ocuparla (1).

La guarnición se batió vigorosamente en retirada, y tres buques de guerra se rindieron después de ligero combate. Con mis náufragos me trasladé á bordo de la goleta *Itaparika*, armada con siete cañones.

Durante los primeros días de esta ocupación, parecía que la Fortuna había pactado con los republicanos. No creyendo en una invasión tan rápida, de que sólo tenían inciertas noticias, los imperiales habían ordenado abastecer la laguna de armas, municiones y soldados, todo lo cual llegó cuando ya nosotros éramos dueños de la ciudad, y, como es de suponer, nos apoderamos con gran satisfacción de tan valiosa remesa. En cuanto á los habitantes, nos acogieron como hermanos y como libertadores, título que no supimos justificar durante nuestra permanencia entre aquella población amiga.

Canavarro estableció su cuartel general en la ciudad de la laguna, bautizada por los republicanos con el nombre de *Juliana*, por haberla ocupado en el mes de julio. Prometió la formación de un Gobierno provisional, del que fué primer Presidente un venerable sacerdote, que gozaba de mucho prestigio en

(1) La provincia de Santa Catalina fué cedida en dote por el emperador del Brasil á su hermana, cuando las bodas de ésta con el príncipe de Joinville.

la población. Rossetti, con el título de Secretario del Gobierno, fué la verdadera alma de éste.

Todo iba á maravilla. El coronel Texeira, con su aguerrida columna de vanguardia, había perseguido al enemigo hasta obligarle á encerrarse en la capital de la provincia, y se había apoderado de casi toda la región. Por doquiera nos recibían con aclamaciones y engrosábamos constantemente nuestras filas con los desertores imperiales que se presentaban.

El general Canavarro acariciaba magníficos proyectos. Era un soldado leal; rudo en apariencia, bondadoso en el fondo, acostumbraba decir que de la laguna de Santa Catalina saldría la hidra que devoraría al Imperio. Y acaso sus palabras habrían sido proféticas, si la expedición de que se habla se hubiese realizado con más juicio y previsión. Pero nuestro orgulloso proceder cerca de los habitantes, y la insuficiencia de medios, malograron el fruto de esta brillante campaña.

XXIV

UNA MUJER

Jamás había pensado yo en el matrimonio, y estaba convencido de que no podría llegar á ser un buen marido, considerando mi gran independencia de carácter y mi vocación irresistible por la vida aventurera. Tener mujer é hijos, parecíame cosa imposible para el hombre que ha consagrado su vida á un principio, cuyo éxito, por completo que sea, no puede en modo alguno proporcionar á un padre de familia la necesaria tranquilidad. El destino lo había dispuesto de otro modo: después de la muerte de Luis, de Eduardo y demás compañeros, me encontraba tan aislado, que me parecía estar solo en el mundo.

No me quedaba un solo amigo de esos que son á la vida del alma lo que el alimento á la vida de la materia. Los que habían sobrevivido, vuelvo á decir que los consideraba como extraños. Eran, sin duda, corazones valientes y generosos; pero nuestro conocimiento era harto reciente para tratarlo con la íntima confianza propia de la verdadera amistad. En el inmenso vacío que en torno mío había formado la terrible catástrofe, sentía yo la necesidad de un ser que me amase; y sin él, la existencia me era insoportable, casi imposible. Había recobrado, por decirlo así, á Rossetti, mejor dicho, á un hermano; pero Rossetti, alejado de mí por los deberes de su cargo, no podía vivir conmigo, y apenas lo veía una vez semanalmente. Repito que tenía necesidad de alguien que me amase. La amistad nace con el tiempo; es fruto que madura á través de los años, al paso que el amor es como un relámpago, es, á veces, hijo de las tormentas. Pero, ¡qué mucho! yo soy de los que prefieren las borrascas, cualesquiera que ellas sean, á la quietud de la vida, á las bonanzas del corazón.

Faltábame, pues, una mujer. Una mujer, tan sólo, era la que podía curarme; una mujer, es decir, el único refugio, el único ángel confortador, el iris de la tempestad; una mujer es la divinidad á quien jamás se implora en vano, si se la implora con el corazón, y máxime si es en el infortunio.

Dominado por este pensamiento, dirigía, desde mi camarote del *Itaparika*, mis ojos á la playa. El cerro de la Barra está cerca, y desde el barco distin-

guía á gentiles muchachas ocupadas en sus labores domésticas. Una de ellas, atrajo preferentemente mis miradas. Ordené que me condujesen á tierra, y me encaminé á la casa que llamaba mi atención. Mi corazón latía con violencia; pero en él palpitaba una resolución inquebrantable. Un hombre me invitó á entrar. Aunque me hubiese prohibido la entrada, no le habría hecho caso. Había visto una vez á ese hombre. Vi á la joven, y le dije:

—Virgen, tú serás mía.

Con estas palabras quedaba formado un lazo que sólo la muerte podía romper.

Había encontrado un tesoro de incalculable valor... Si hubo falta, mía fué toda la responsabilidad. Y la hubo, ciertamente, en el hecho de haberse unido dos corazones que con ello desgarraron el alma de un inocente.

Pero ella ha muerto, y él queda vengado. ¿Dónde he conocido la magnitud de la falta?

Allá, en las bocas del Eridan, el día en que, pretendiendo disputarla á la muerte, estrechaba convulsivamente su pulso para contar sus últimos latidos, y recogía con mis labios su anhelante respiración, y besaba los suyos moribundos, y, derramando lágrimas de desesperación, estrechaba un cadáver en mis brazos (1).

---

(1) Este pasaje va envuelto de propósito con un velo de obscuridad, porque, habiéndolo leído, me volví hacia Garibaldi, y le dije:

—Lea usted esto, querido amigo; me parece poco claro.

Lo leyó; después, pasado un instante:

—Es preciso que quede así—me dijo, dando un suspiro.

Dos días más tarde me enviaba un cuaderno intitulado *Anita Garibaldi*.

XXV

EL CORSO

El general había dispuesto que yo saliese con tres buques armados para atacar á los estandartes imperiales que navegaban por la costa del Brasil. Me apercibí á esta ruda misión, reuniendo todos los elementos necesarios á mi armamento. Mis tres embarcaciones eran el *Rio Pardo*, mandado por mí, la *Cassapara*, por Griggs, y el *Seival*, por el italiano Lorenzo. La embocadura de la laguna estaba bloqueada por la flota imperial; pero logramos salir de noche y sin ser molestados. Anita, la compañera de toda mi vida á partir de entonces, y, por lo tanto, de todos mis peligros, quiso embarcarse conmigo.

Llegados á la altura de Santos, nos encontramos con una corbeta imperial, que nos persiguió inútilmente por espacio de dos días. En el segundo día, nos acercamos á la isla *do Abrigo*, donde nos apoderamos de dos lanchones cargados de arroz. Proseguimos el crucero, é hicimos algunas otras presas. Ocho días después dirigí la proa á la laguna.

No sé por qué, pero tenía un siniestro presentimiento. Había sido advertido de la proximidad de un considerable cuerpo de ejército, mandado por el general Andrea, á quien la pacificación del Pará había conquistado inmensa reputación.

A la altura de la isla de Santa Catalina, encontramos un patache de guerra brasileño. Eramos el *Rio Pardo* y el *Seival*, por haberse separado de nosotros la *Cassapara*, durante una obscura noche. Descubrimos por la proa al buque enemigo, al que atacamos resueltamente.

Iniciamos el fuego; el enemigo respondió, pero el combate tuvo un resultado mediocre, á causa de la gruesa mar. En él, perdimos algunas de nuestras presas, por haber sus comandantes, ante la superioridad del enemigo, arriado el pabellón.

Una sola de dichas presas se salvó. Mandábala Ignacio Bilbao, el valiente vizcaíno, que abordó en el puerto de Imbituba, á la sazón en nuestro poder. El *Seival* tomó la propia dirección. Roto y maltrecho, llevaba desmontado su cañón. Por mi parte, no siéndome posible fiarme á mis solas fuerzas, no me quedó más recurso que emprender la misma dirección.

Entramos en el Imbituba, empujados por el viento noroeste, que nos imposibilitó hacerlo en la laguna. Los barcos imperiales venían á nuestro encuentro

y fué preciso apercibirnos al combate. El cañón desmontado del *Seival* fué llevado á un promontorio que formaba la bahía por el lado de levante; y en aquella altura construímos una batería atrincherada.

En efecto, al amanecer del siguiente día, divisamos tres buques que se dirigían hacia nosotros. El *Río Pardo* fué acodorado al fondo de la bahía, y empezó un combate muy desigual. Los imperiales eran mucho más fuertes que nosotros.

Había yo querido desembarcar á Anita, pero ella se opuso, y como en mi interior admiraba su valor, del que estaba orgulloso, nada hice ni resolví que contrariase su voluntad.

El enemigo, favorecido por el viento, se mantenía á la vela, cañoneándonos furiosamente. Todo su fuego lo concentraba sobre nuestra goleta. Sin embargo, nosotros combatimos tenazmente, y, como quiera que las distancias lo permitían, nos servíamos de las carabinas, y el fuego resultaba mortífero por demás. En razón de nuestra debilidad numérica, las pérdidas eran más sensibles entre nosotros que entre los imperiales. Nuestro puente estaba cubierto de muertos y heridos. Pero, así y todo, y á pesar de haber sufrido graves averías el casco y la arboladura del buque, estábamos resueltos á morir antes que rendirnos. Verdad es que en nuestra generosa resolución, nos alentaba la presencia de la amazona brasileña que teníamos á bordo.

Anita tomaba parte en el combate, armada de una carabina. El comandante de nuestra batería de tierra, Manuel Rodríguez, nos secundaba eficazmente, haciendo continuos y acertados disparos.

El enemigo se mostraba muy encarnizado, sobre todo contra la goleta. Algunas veces, durante el combate, la estrechó tan de cerca, que me hacía creer en su propósito de abordarla. Si lo hubiese intentado, habría sido recibido como merecía, pues teníamos hechos todos los preparativos necesarios.

En fin, á las cinco horas de tenaz lucha, el enemigo, con gran asombro nuestro, se declaró en retirada. Supimos luego que era á causa de la pérdida del comandante de la *Bella Americana*, cuya muerte puso fin al combate.

En esas cinco horas experimenté una de las más profundas y crueles emociones de mi vida. Estaba Anita en el puente de la goleta animando á nuestra gente, cuando una bala de cañón la derribó junto con dos hombres. Salté hacia ella, creyéndola muerta, pero se levantó sana y salva. Los dos hombres habían sido mortalmente heridos. Entonces, le supliqué que se apartara, que bajase al entrepuente.

—Sí, voy al entrepuente—respondió, —pero para hacer salir á los que en él se ocultan.

Se fué, y reapareció presto, llevando delante dos ó tres marineros, avergonzados del ejemplo que les daba una mujer.

Empleamos el resto del día en sepultar á los muertos y reparar los desperfectos causados á la goleta por el fuego enemigo. Al otro día, embarcamos el cañón, y levamos anclas con rumbo á la laguna.

Cuando el enemigo advirtió nuestra salida, estábamos ya muy lejos. Sin embargo, emprendió nuestra persecución haciéndonos algunos disparos sin consecuencias. Entramos en la laguna, donde fuimos agasajados por los nuestros, que se maravillaban de ver que habíamos conseguido librarnos de un enemigo tan superior en número.

XXVI

EL LAGO DE IMIRUI

En la laguna nos esperaban otros acontecimientos.

El enemigo continuaba avanzando por tierra, tan superior en número, que no había medio de resistirle. Nuestras torpezas y nuestras violencias nos habían enajenado las simpatías de los habitantes de la provincia de Santa Catalina, dispuestos á sublevarse y abrazar la causa imperial, como ya había ocurrido así con la población de la ciudad de Imirui, situada en la extremidad del lago. Por las razones expuestas, el general Canavarro me dió orden de castigar con toda crueldad á la infeliz región, orden que no pude dejar de acatar.

Los habitantes y la guarnición habían hecho preparativos de defensa hacia la parte del mar. Desembarqué á tres millas de distancia, y los asalté, cuando menos lo esperaban, por la de la montaña. Sorprendida y batida, la guarnición fué puesta en fuga, y nos encontramos dueños de Imirui.

Deseo para mí, como para todos los hombres dignos de este nombre, que nunca más me sea impuesta una orden semejante á la que recibí y que humanamente no pude eludir. Aunque existen relatos, largos y prolijos, de hechos similares, creo cosa imposible el poder hermanar fielmente la más terrible relación con la realidad.

Que Dios se apiade de mí y me perdone; pero, en el transcurso de mi vida no he tenido un día que haya dejado en mi alma tan amargo recuerdo como el de aquella jornada. No es posible imaginar cuánto tuve que hacer para evitar la violencia contra las personas y sus vidas, y para circunscribir la destrucción á los límites de las cosas inanimadas. Creo que lo conseguí en lo que se refiere á las vidas; pero, respecto de los bienes, me fué imposible contener el desenfreno de aquellos hombres. Nada podía sofrenarlos, ni autoridad, ni golpes, ni castigos. Hasta los amenacé diciendo que el enemigo venía sobre nosotros. Propalé el rumor de que había recibido refuerzos y volvía para el desquite. Todo fué inútil. Si, realmente, nuestros adversarios se hubiesen presentado, habrían hecho una verdadera carnicería: tan desbandados nos encontrábamos. Por desgracia, la

ciudad, aunque pequeña, contenía muchos almacenes abarrotados de vinos y licores, de modo que, exceptuando unos pocos, la embriaguez se apoderó de los asaltantes. Agréguese á esto, que la mayoría de ellos eran hombres indisciplinados, reclutas que apenas había yo tenido ocasión de conocer. Por fin, á fuerza de amenazas y de trabajos, conseguí reembarcar á aquellas fieras en libertad.

Llevamos á bordo algunos víveres y varios efectos salvados del pillaje.

Entretanto, la vanguardia, al mando del coronel Texeira, operaba un movimiento de retirada ante el enemigo que avanzaba rápidamente y con numerosas fuerzas.

Cuando volvimos á la laguna, empezamos el traslado de los bagajes á la ribera derecha, y al de los bagajes hubo de seguir el de las tropas.

XXVII

NUEVOS COMBATES

Aquel día estuve muy atareado, porque, si bien la división no era muy numerosa, los bagajes y obstáculos de todo género eran interminables. Hacia el punto más estrecho de la embocadura, la corriente adquiría más violencia. Desde la salida del sol hasta mediodía, efectuamos el traslado de la división, recurriendo á cuantas barcas pudimos conseguir.

Poco después de pasado el meridiano, apareció la flotilla enemiga, que combinaba sus movimientos con las tropas de tierra. Los barcos que la componían transportaban un buen contingente de soldados.

Subí á la montaña más alta para observar al enemigo, y comprendí al instante que su plan se dirigía á concentrar sus fuerzas á la entrada de la laguna, de lo que informé acto continuo al general Canavarro, quien se apresuró á dictar las órdenes oportunas. Sin embargo, los nuestros no llegaron á tiempo para defender la entrada de la laguna. Habíamos establecido una batería en el extremo del muelle; pero, constando de piezas de pequeño calibre y servidas por artilleros inexpertos, no pudo oponer más que una resistencia débil é ineficaz. Quedaban nuestros tres pequeños barcos, reducidos á la mitad de sus tripulaciones, por haber sido destinada la otra mitad á las operaciones del traslado de la división. Los unos por imposibilidad, los otros para huir del terrible combate que se preparaba, no se reunieron á nosotros, y nos dejaron todo el peso de la lucha.

Entretanto, el enemigo se nos venía encima á toda vela, empujado por el viento y la marea. Me apresuré á regresar al *Río Pardo*, donde mi animosa compañera había ya iniciado el cañoneo con la pieza que ella personalmente cargaba y dirigía, al mismo tiempo que animaba á los más asustadizos.

El combate fué terrible y más sangriento de lo que era de creer. No perdimos mucha gente, porque más de la mitad se encontraba en tierra; pero, de los seis oficiales que éramos en junto, yo fuí el único sobreviviente.

Todas nuestras piezas estaban desmontadas.

Continuamos el combate con los fusiles, y no dejamos de hacer fuego

mientras la escuadra enemiga estuvo á nuestro alcance. Anita permaneció á mi lado, en el sitio de más peligro, resistiéndose á desembarcar. Ni siquiera se dignaba ladearse, según hace el más intrépido artillero cuando ve aproximar la mecha al cañón enemigo.

Por fin, creí haber encontrado el medio de apartarla del peligro.

Le ordené (era necesaria una orden mía para ser obedecido), que fuese á pedir refuerzos al general, prometiéndole que, si me los enviaba, emprendería la persecución del enemigo, y le impediría absolutamente el desembarque. Dije á Anita que se quedase en tierra, y me enviase la respuesta por un hombre de confianza. Pero en eso no me obedeció, pues ella misma vino á traérmela. El general no podía enviarme refuerzos, y me ordenaba abandonar nuestra flotilla, procurando salvar las municiones y las armas portátiles.

Obedecí. Bajo un fuego vivísimo, logramos, con el auxilio de los sobrevivientes, llevar á tierra armas y municiones, operación que dirigía Anita, en tanto que, pasando de un barco á otro, les iba yo pegando fuego uno á uno.

Fué una misión terrible, que me obligó á pasar una triple revista de muertos y heridos. Era un verdadero matador de carne humana. Caminaba sobre cuerpos decapitados, y mis pies hollaban sangrientos miembros.

El comandante del *Itaparika*, Juan Enríquez de la Raguna, yacía tendido entre la casi totalidad de su tripulación, con una horrorosa herida en el pecho. En cuanto al pobre John Griggs, ya he dicho antes que su cuerpo había sido partido en dos. Viendo aquel espectáculo, me tanteaba los miembros, preguntándome cómo era posible que estuviesen intactos.

En pocos minutos, una nube de humo envolvió á los tres barcos, y nuestros intrépidos muertos tuvieron, cuando menos, una hoguera digna de ellos.

Mientras yo llenaba mi obra de destrucción, Anita llenaba la suya de salvamento. Pero ¡de qué modo, Dios mío! Acaso pasó veinte veces á tierra y volvió otras tantas á bordo, en su afán de recoger y salvar armas y municiones. Iba y venía en una pequeña barca, despreciando el fuego enemigo, dando ejemplo de serenidad á los dos pobres remeros que la tripulaban, los cuales á cada instante se inclinaban para evitar las balas y la metralla que llovía.

Pero ella, de pie en la popa, aparecía fiera como una estatua de Palas, y Dios que tendía su mano sobre mí, extendió á ella su divina protección.

Había ya cerrado la noche, cuando, reunidos todos los sobrevivientes, me agregué á la retaguardia de nuestra división, en retirada hacia Río Grande, y siguiendo el mismo camino que habíamos cruzado algunos meses antes, con el corazón henchido de esperanza y precedidos por la victoria.

XXVIII

Á CABALLO

En medio de los incidentes de mi procelosa existencia, he tenido siempre plácidas horas, felices momentos, y aunque la situación en que me encontraba no era ciertamente á propósito para dejar en mi alma un agradable recuerdo, debo manifestar que, si bien carecía de halagos, era pródiga en emociones.

A la cabeza de algunos hombres que quedaban del reciente desastre, marchaba yo á caballo, orgulloso de los vivos no menos que de los muertos, y aun diré que un tanto orgulloso de mí mismo. Junto á mí cabalgaba la reina de mi alma, la mujer digna de toda mi consideración. La nueva carrera por mí emprendida, tenía más atractivos que la de marino. ¿Qué me importaba no tener, como el griego Bías, otro patrimonio más que el que llevaba conmigo? ¿Ni qué me importaba servir á una pobre República que no pagaba á nadie, y de la cual, aun siendo rica, no habría querido percibir ningún emolumento? ¿Acaso no poseía, no tenía á mano un afilado sable y una certera carabina? ¿No estaba Anita á mi lado, aquel corazón que, por la causa del pueblo, palpitaba con tanto ardor como el mío? ¿No afrontaba los combates como una simple distracción de la vida campestre? El porvenir me sonreía plácido y halagador; y cuanto más incultas y desiertas se ofrecían á mi vista las llanuras americanas, tanto más bellas y deliciosas las encontraba mi corazón.

Continuamos nuestra retirada hasta Las Torres, límite de las dos provincias, en donde establecimos el campamento. El enemigo se había dado por satisfecho recuperando la laguna, y había dejado de perseguirnos. La división Acunha, en combinación con la de Andrea y procedente de la provincia de San Pablo, se dirigía hacia Cima-de-Serra, distrito de la montaña que corresponde á la provincia de Río Grande.

Nuestros amigos montañeses, atacados por fuerzas superiores, pidieron socorro al general Canavarro, quien destinó una expedición en su auxilio á las órdenes del coronel Texeira. Nosotros formábamos parte de esa expedición. En unión de los *Serraminos*, mandados por el coronel Aranha, derrotamos completamente, en Santa Victoria, á la di-

visión enemiga. Acunha se ahogó en el río Pelotas, y la mayor parte de sus tropas cayeron prisioneras.

Esta victoria colocó á los dos departamentos de Vaccaria y de Lages bajo el dominio de la República, y nuestras fuerzas entraron triunfantes en la capital del último de los citados departamentos.

La noticia de la invasión imperial había sublevado al partido brasileño, y Mello, jefe enemigo, reforzó en esta provincia su cuerpo de caballería con unos quinientos jinetes.

El general Bento, Manuel, encargado de combatirle, no había podido hacerlo á causa de su retirada, y se limitó á enviar al coronel Portinko en persecución de Mello, que se dirigía sobre San Pablo.

Nuestra posición y nuestras fuerzas nos ponían en condiciones, no solamente de poderle cerrar el paso, sino hasta de destrozarlo. La fortuna no lo quiso así. El coronel Texeira, ignorando si el enemigo venía por Vaccaria ó por Coritibani, dividió sus fuerzas en dos secciones, y envió al coronel Aranha á Vaccaria con su mejor caballería, en tanto que nosotros, con la infantería y unos pocos jinetes, nos encaminamos á Coritibani, que era la dirección tomada por el enemigo.

Esta división de fuerzas nos resultó funesta. Nuestra reciente victoria, el carácter impetuoso de nuestro caudillo y las noticias que teníamos del enemigo, nos hicieron mirarlo con demasiado menosprecio. En tres días de marcha fuimos á Coritibani y acampamos á corta distancia del Maromba, por donde suponíamos que debían pasar los imperiales. Apostamos centinelas en sitios estratégicos, y la gente se durmió tranquilamente.

En cuanto á mí, por el conocimiento que tenía de esa clase de guerras, no pude dormir sino con un ojo abierto, como vulgarmente se dice.

A media noche, el retén que habíamos dejado en la margen del río, fué atacado violentamente, con tal ímpetu, que los soldados que lo formaban apenas tuvieron tiempo de escapar cambiando algunos disparos con el enemigo.

Desde el primer instante de iniciado el fuego, ya estaba yo en pie, gritando : ¡ A las armas !

A este grito, todo el mundo se apercibió al combate. Poco después de amanecido, el enemigo apareció, y habiendo pasado el río, se detuvo á cierta distancia, tendiéndose en línea de batalla.

Otro que no hubiese sido Texeira, viendo la superioridad numérica, habría requerido el auxilio del segundo cuerpo mandado por Acunha, y entretenido al enemigo, mientras no se efectuaba el contacto. Pero el valiente republicano temía que los contrarios se retirasen, escapándosele así la ocasión de combatir. Se lanzó, pues, al combate, no dando la menor importancia á la posición favorable que ocupaban los imperiales.

Estos, aprovechando la desigualdad del terreno, habían establecido su línea de batalla en una colina bastante elevada, desde cuya cima se dominaba un valle cubierto de malezas ; además, habían emboscado algunos pelotones en los flancos. Texeira ordenó el ataque. La orden fué briosamente cumplida. El enemigo simuló una retirada, y los nuestros emprendieron su persecución. Pero de repente fueron atacados por los pelotones que, haciendo un movimiento de flancos, sembraron el desorden y la muerte en nuestras filas. En esta desgraciada empresa, perdimos uno de nuestros mejores oficiales. Restableci-

da prontamente nuestra línea, avanzamos de nuevo con gran ímpetu, obligando á retroceder al enemigo, que se declaró en retirada.

El número de muertos y heridos no fué crecido, debido al escaso contingente de tropas que tomaron parte en la acción.

El enemigo se retiraba precipitadamente, y nosotros lo perseguíamos con furor; pero á nuestra infantería no le fué posible extender la persecución á la caballería imperial, que en su huída recorrió un trayecto de nueve millas.

Al aproximarnos al *Passo do Maromba*, el mayor Jacinto, que mandaba nuestra vanguardia, dió aviso al coronel de que el enemigo hacía pasar, con el mayor desorden, el río á sus bueyes y sus caballos, lo cual, á su entender, era prueba de que se proponía continuar la retirada. Texeira no vaciló un solo momento: ordenó á nuestra sección de caballería emprender el galope, recomendándome que, con mi infantería, siguiese de cerca á los jinetes.

Pero esa retirada no era más que un lazo que nuestro astuto enemigo nos tendía, y por desgracia, el artificio surtió el efecto por ellos deseado. A causa de los accidentes del terreno y de la precipitación con que lo había cruzado, lo perdimos de vista, y llegado á orillas del río, hizo que sus bueyes y caballos lo vadeasen; pero la tropa se ocultó tras el arbolado de las colinas, haciéndose completamente invisible á nuestras miradas.

Habiendo tomado estas precauciones y dejado un pelotón para sostener su línea de tiradores, los imperiales, advertidos de la imprudencia que habíamos cometido al dejar á la zaga nuestra infantería, realizaron una contramarcha, y sus escuadrones aparecieron subiendo por la pendiente de un valle.

Nuestra sección, que picaba al enemigo en su fuga simulada, fué el primero que se dió cuenta de la celada, y no tuvo tiempo de evitarla. Tomado de flanco, fué totalmente derrotado. La misma suerte corrieron los otros tres escuadrones de nuestra división, á pesar del valor desplegado por Texeira y algunos oficiales de Río Grande.

Nuestros jinetes eran, en su mayoría, prisioneros de Santa Victoria, con quienes nosotros habíamos contado un tanto á la ligera. Al primer choque, se desbandaron, y, aparte algunos muertos, los más se dejaron fácilmente coger prisioneros. Ningún incidente de la catástrofe se me escapó. Jinete en mi caballo, después que hube animado á mis infantes á marchar con la mayor celeridad posible, seguía desde la cumbre de una colina el funesto resultado del combate.

La infantería que yo mandaba hizo cuanto humanamente pudo para llegar á tiempo, pero fué en vano. Desde lo alto de mi cima, consideraba que era demasiado tarde para cambiar la suerte del combate, y aun para impedir el total desastre. Llamé á mi lado á doce de mis antiguos compañeros, los más ágiles y arrojados, los cuales acudieron á mi llamamiento. Dejé al mayor Peichotto el mando de los demás, y con aquel puñado de valientes, me fortifiqué en lo alto de una colina y en paraje defendido por la arboleda. Desde allí hicimos frente al enemigo y señalamos un punto de reunión para los de nuestro bando que aun se mantenían resueltos y animados. Realizando prodigios de valor, el coronel se reunió con nosotros, seguido de algunos jinetes, y lo mismo hizo la infantería. A partir de aquel momento, la defensa fué mortífera y terrible.

Fuertes en nuestra posición y en nú-

mero de setenta y tres, combatimos con ventaja. El enemigo, falto de infantería y poco acostumbrado á guerrear contra esta arma, nos cargaba inútilmente. Quinientos hombres de caballería excelente y fogosa, quinientos jinetes ensoberbecidos con la victoria, se estrellaron ante un puñado de bravos cuya cohesión no pudieron quebrantar. No obstante esta momentánea ventaja, convenía no dar al enemigo tiempo de concentrar sus fuerzas, de las que estaban, más de la mitad, ocupadas en perseguir á los fugitivos; y sobre todo teníamos necesidad de buscar un refugio más seguro. A media milla de distancia, divisamos una pequeña floresta. Iniciamos nuestra retirada hacia aquel sitio, haciendo inútiles todas las tentativas del enemigo, que furiosamente repetía sus cargas.

Fué para nosotros una gran ventaja el que nuestros oficiales estuviesen armados de carabinas; y como todos éramos hombres aguerridos, íbamos retrocediendo ordenadamente, formando apretado é inquebrantable núcleo y sin dejar de hacer nutrido y certero fuego, hasta llegar á la arboleda, en cuyas sinuosidades el enemigo no se atrevió á penetrar. Una vez en nuestro bosquecillo, nos agrupamos en un raso que en su interior encontramos, y esperamos la noche.

Por todas partes, nuestros contrarios nos gritaban: ¡Rendíos!, y, en cuanto á nosotros, dábamos la callada por respuesta.

XXIX

LA RETIRADA

Ya de noche, nos dispusimos á partir. Nuestra intención era emprender de nuevo el camino de Lages. La principal dificultad que se nos presentaba, era la conducción de los heridos. El mayor Peichotto, que lo había sido en el pie, no podía dar un paso.

A eso de las diez y después que hubimos acomodado á los heridos lo mejor que se pudo, empezamos la marcha, procurando seguir la línea del bosque. Ese bosque, acaso el más grande del mundo, se extiende desde los aluviones del Plata á los del Amazonas, coronando las crestas de la sierra de Espinasso en una extensión de treinta y cuatro grados de latitud. Desconozco su extensión longitudinal, que debe ser inmensa.

Los tres departamentos de Cima da Serra, de Vaccaria y de Lages, están situados en los rasos de esta selva. Coritibani, especie de colonia formada por los habitantes de Coritiba, perteneciente al distrito de Lages, provincia de Santa Catalina, era el teatro del acontecimiento que describo. Bordeamos, pues, nuestro bosquecillo para aproximarnos todo lo posible al gran bosque y procurar establecer comunicación con el cuerpo de Lages, separado de nosotros con tan poco acierto.

A la salida del bosquecillo, nos sobrevino uno de esos sucesos que prueban cuán cierto es que el hombre depende de las circunstancias, y lo que puede el terror pánico, hasta en los individuos mejor templados. Caminábamos silenciosos, como aconsejaba nuestra situación, y dispuestos á entrar de nuevo en combate, si el enemigo se presentaba. Un caballo que había en el borde del bosque, se asustó al vernos, y emprendió la fuga.

Uno de nosotros gritó:

—¡El enemigo!

En un instante, aquellos setenta y tres hombres que habían resistido á quinientos tan briosamente, que bien se podía decir que lo habían vencido, se dispersaron, de tal modo despavoridos que milagro fué que no pusieran á los imperiales sobre nuestra pista.

Por fin, logré reunir unos cuantos, á los que poco á poco se juntaron los restantes, de suerte que al amanecer nos encontrábamos en la línea del bosque, camino de Lages.

El enemigo, que nada había advertido de nuestra huída, nos buscó inútilmente.

El día del combate, el peligro había sido inmenso; cansancio, hambre, sed, todo lo habíamos sufrido intensamente; pero era preciso pelear, pelear por la vida, y ese pensamiento dominaba todos los otros. Una vez en el bosque, ya fué otro cantar: todo nos faltó, y la necesidad, no teniendo el paliativo del peligro, se hizo sentir terrible, cruel, insoportable. La carencia de víveres, el agotamiento de todos, las heridas de algunos y la imposibilidad de curarlas, nos sumieron en profundo desaliento.

Continuamos cuatro días sin tener á mano otra cosa más que raíces. Renuncio á describir las penalidades que sufrimos en aquella selva.

Algunos de nuestros hombres, desesperados, desertaron. Contra tanta desazón, no había más que un solo recurso. Los reuní, y les dije que desde aquel instante quedaban en libertad de separarse y de tomar la dirección que á cada cual le pareciese mejor, ó bien de proseguir la marcha colectivamente, protegiendo á los heridos y defendiéndose mutuamente. El remedio fué eficaz: ni uno solo pensó ya en abandonar á los demás, y en todos renació la confianza.

Cinco días después del combate, encontramos una *picada*, sendero de la selva, cuya anchura sólo permitía el paso de un hombre, y pocas veces de dos. Este sendero nos condujo á una casa, en la que nos resarcimos sacrificando dos bueyes.

Desde allí, continuamos nuestro camino hacia Lages, donde llegamos en un día de lluvia espantosa

XXX

ESTANCIA EN LAGES Y SUS CONTORNOS

Los buenos habitantes de Lages, que tan espléndidamente nos habían festejado en la victoria, cambiaron de conducta al saber nuestra derrota, y algunos más atrevidos restablecieron el sistema imperial; pero, á nuestra llegada, huyeron de la población. Y como casi todos eran comerciantes, dejaron sus almacenes bien provistos de toda clase de mercancías, de las que pudimos, sin escrúpulos, apropiarnos, con lo cual mejoró notablemente nuestra situación.

Entre tanto, Texeira escribió á Aranha ordenándole que se reuniese á nosotros, y por aquellos días fué notificado de la llegada del coronel Portinko que Bento, Manuel, había enviado para engrosar el cuerpo de Mello, que tan maltrecho encontramos en Coritibani.

He servido lealmente en América la causa de los pueblos; en el Nuevo Mundo, á la par que en el Viejo, he combatido al absolutismo. Algunas veces he admirado á los hombres; á menudo los he compadecido, pero jamás odiado. Cuando los he visto malvados y egoístas, he considerado que su maldad y su egoísmo eran una consecuencia lógica de nuestra imperfecta naturaleza. Posteriormente me alejé del escenario donde se desarrollaron los hechos que narro; dos mil leguas me separan de aquellos lugares, y, por consiguiente, se puede creer en mi imparcialidad.

Amigos y enemigos, todos por igual deben ser juzgados en lo que merecen; y, juzgándolos imparcialmente, debo declarar que, tan valientes como los adversarios á quienes combatíamos, lo eran los republicanos bajo cuyas banderas me había alistado.

Fué una empresa audaz el aprestarnos á la defensa de Lages contra un enemigo diez veces superior y á quien su reciente victoria tenía envalentonado. Separados de él por el río Canoas, que no podíamos guarnecer lo suficiente para defenderlo con éxito, esperamos por espacio de muchos días la reunión de Aranha y de Portinko, y durante ese período, el enemigo fué contenido por un puñado de hombres. No bien llegaron los refuerzos, marchamos resueltamente á su encuentro; pero no aceptó el combate, y se retiró á la vo-

cina provincia de San Pablo, donde esperaba encontrar un poderoso contingente de refuerzo.

En tal circunstancia, pude comprobar los vicios y defectos que generalmente se atribuyen á los ejércitos republicanos. Esas milicias las forman, de ordinario, hombres dotados de gran valor y muy patriotas, pero, apenas el adversario ha desaparecido, abandonan las banderas á cuya sombra han peleado. Este vicio ocasionó nuestra casi ruina.

Los serranianos abandonaron los primeros sus respectivos puestos. La gente de Portinko imitó su ejemplo. Los desertores se escapaban llevándose consigo cuantos caballos podían. Nuestras fuerzas se reducían con tal rapidez, que pronto nos vimos en el trance de tener que salir de Lages y retirarnos á la provincia de Río Grande, temiendo la presencia de un enemigo á quien habíamos obligado á retroceder y que, sin embargo, en su derrota había resultado vencedor.

Que esto sirva de saludable lección á los pueblos que ansían la libertad, y sepan que no con flores, no con iluminaciones ni públicos festejos se combate contra los aguerridos y disciplinados soldados del despotismo, sino con otros soldados que reunan ambas condiciones en mayor grado que ellos. Para emprender la ruda labor de conquistar las libertades á mano armada, es necesario aguerrir y disciplinar al pueblo, después de haberlo soliviantado.

Existen, empero, ciertos pueblos que no merecen esos cuidados: la gangrena es incurable.

El resto de nuestras fuerzas, así disminuídas, precisamente cuando carecíamos de lo más necesario, singularmente de ropas, terrible privación en los preludios del crudo invierno de aquellas altas regiones, el resto de nuestras fuerzas, digo, empezó á desmoralizarse y á pedir abiertamente la vuelta á sus hogares. Texeira hubo de acceder á esta exigencia, y me ordenó bajar al llano para reunirme al ejército. Por su parte, él se disponía á hacer otro tanto.

La retirada fué penosa, á causa de las dificultades de los caminos y de las emboscadas que nos tendían los habitantes de la región, enemigos encarnizados de la causa republicana.

En número de unos setenta, descendimos por la *picada di Peloffo*. He dicho ya lo que es una picada. En la que acabo de nombrar, tuvimos que afrontar reiteradas é imprevistas sorpresas, de las que salimos con nunca vista fortuna, merced á la resolución de los hombres que yo conducía, y también á la confianza ilimitada que suelo infundir á aquellos que están á mis órdenes. El sendero que seguíamos, rodeado de malezas, no nos permitía descubrir á los enemigos, que, emboscados en sitios favorables, nos hacían frecuentes disparos, y luego desaparecían á la precipitada, lanzando estridentes gritos. Felizmente para nosotros, eran más gritones que diestros tiradores, como lo prueba el hecho de haber tenido tan sólo algunos contusos y un caballo muerto.

Sucesos tales recuerdan los encantados bosques del Tasso, en los que cada árbol tenía una vida, y una voz y una palpitación.

Nos reunimos al cuartel general en Mala Casa, donde se encontraba Bento González, ejerciendo las dobles funciones de Presidente y de General en jefe.

XXXI

BATALLA DE TAQUARÍ

El ejército republicano hacía preparativos de marcha. En cuanto al enemigo, desde la batalla de Río Pardo, se había rehecho en Porto Alegre y puesto en campaña á las órdenes del viejo general Georgio. Acampado en las márgenes del Cahé, esperaba la llegada del general Calderón, que había salido de Río Grande con un formidable cuerpo de caballería para reunirse con las fuerzas de Georgio.

El gran inconveniente que he señalado anteriormente, esto es, la dispersión de las tropas republicanas cuando no tienen el enemigo delante, le daba facilidades en todo lo que se proponía emprender ; de manera que, cuando el general Netto hubo reunido fuerzas suficientes para batir á Calderón, éste se había ya juntado en el Cahé con el grueso del ejército imperial.

Era indispensable al Presidente la reunión con las fuerzas de Netto, si quería estar en condiciones de atacar al enemigo ; por eso levantó el campo. Esta maniobra y la reunión que á ella se siguió, tuvieron un feliz resultado é hicieron mucho honor á los talentos militares de Bento González. Partimos con el ejército de Mala Casa, tomando la dirección de San Leopoldo. A las cuarenta y ocho horas de marcha continua, durante las cuales permanecimos sin comer ni beber, ó poco menos, llegamos á las inmediaciones de Taquarí, donde encontramos al general Netto, que nos llevaba la delantera.

He dicho que estuvimos sin comer. En efecto : desde el momento en que el enemigo advirtió nuestro movimiento, emprendió resueltamente la marcha contra nosotros, y varias veces nos dió alcance y atacó, estando nosotros entregados á un corto descanso y ocupados en asar la carne, que constituía nuestro único alimento ; lo cual nos ponía en el caso de renunciar al desayuno ó la cena, para correr á las armas. Por fin, hicimos alto en Pinhurinho, á seis millas de Taquarí, y tomamos todas las disposiciones para entrar en combate.

El ejército republicano, fuerte de mil hombres de infantería y cinco mil de caballería, ocupaba las alturas de Pinhurinho, montaña cubierta de pinos, como su nombre lo indica, poco elevada, pero que, así y todo, domina-

ba los vecinos montes. La infantería estaba en el centro, al mando del viejo coronel Crezunzio. El ala derecha obedecía al general Netto, y la izquierda á Canavarro. Una y otra estaban exclusivamente compuestas de caballería, que era, sin duda, de las mejores del mundo. La infantería era asimismo excelente, y el deseo de combatir se manifestaba en todos.

El coronel Juan Antonio formaba la reserva con un cuerpo de caballería.

Por su parte, el enemigo contaba con cuatro mil infantes y tres mil jinetes, además de algunas piezas de artillería. Se había hecho fuerte en el lado opuesto de un pequeño torrente que separaba á los dos ejércitos. Sus fuerzas eran las mejores del Imperio, y las mandaba un general muy antiguo y muy inteligente.

El general enemigo nos había perseguido tenazmente y se preparaba para un ataque formal. Dos piezas de cañón, colocadas á un lado del torrente, dirigían sus certeros fuegos sobre la línea que ocupaba nuestra caballería. Nuestros valientes de la primera brigada, á las órdenes de Netto, sable en mano, esperaban impacientes el sonido del clarín para lanzarse contra los dos batallones que habían franqueado el torrente. A ellos, al igual que á Netto, los alentaba la seguridad de la victoria. La infantería, escalonada por divisiones en la cumbre de la colina, ardía en deseos de entrar en acción. Ya los terribles lanceros de Canavarro habían efectuado un movimiento de avance, envolviendo el flanco derecho de los imperiales, obligados á cambiar de frente, cambio que habían operado en desorden.

Era un verdadero bosque de lanzas. Excepto los oficiales superiores, aquel incomparable cuerpo lo componían soldados negros, los cuales, en su inmensa mayoría, eran esclavos manumitidos por la República y escogidos entre los más excelentes domadores de caballos de la provincia. Sus lanzas extraordinariamente largas; sus rostros ennegrecidos; sus robustos miembros; su perfecta organización, todo, en fin, contribuía á que el enemigo los mirase con terror.

La voz del jefe había vibrado ya en todos los pechos: *¡Que cada uno combata como si tuviese cuatro cuerpos para defender á la patria y cuatro almas para amarla!*, había dicho aquel valiente, que poseía todas las cualidades de un gran capitán, menos su fortuna.

En cuanto á nosotros, nuestro espíritu sentía, por decirlo así, las palpitaciones de la batalla, y se mecía en la embriagadora esperanza de la victoria. Nunca se había ofrecido á mi vista un día más hermoso ni espectáculo más soberbio. Colocado en el centro de nuestra infantería, en la parte más alta de la colina, mis ojos dominaban completamente aquel cuadro, campo de batalla y ejércitos beligerantes. Las planicies destinadas á ser teatro de la función de guerra que se preparaba, estaban sembradas de plantas que por su naturaleza y escasa cantidad, no dificultaban en lo más mínimo los movimientos estratégicos, ni las miradas del observador. Contemplaba todo aquello, y me decía mentalmente que allí, á mis pies, iban á decidirse en pocos minutos, los destinos del país más vasto de la América del Sur y de uno de los más grandes imperios del mundo.

¿Surgiría, de ese choque, un pueblo? Esos cuerpos tan compactos, ¿quedarán aniquilados? Muy en breve se verán estas llanuras cubiertas de cadáveres y de miembros triturados, nadando en sangre. Toda esta juventud ar-

diente y bizarra, ¿abonará con sus despojos estas magníficas campiñas? ¡Vamos allá! Lanzad á los aires vuestros bélicos sonidos, sonoros instrumentos; dejad oir vuestros acentos, mortíferos cañones; levántese el fragor de la batalla, y decídase todo de una vez, como en Zama, como en Farsalia y en Accio.

Pero, no, no debía suceder así. Esta llanura nó debía presenciar la matanza humana que amenazaba sobrevenir. El general enemigo, impresionado ante lo fuerte de nuestra posición y lo resuelto de nuestra actitud, vaciló y mandó repasar el torrente á sus dos batallones, y, renunciando á su primitivo intento de atacar, optó por la defensiva.

El general Calderón había caído muerto al empezar el ataque, y de ahí, tal vez, la perplejidad de Georgio. La mayoría de los nuestros opinaban que, puesto que el enemigo desistía de atacarnos, debíamos nosotros atacarle á él. ¿Habría sido acertado este acuerdo? Empeñándose el combate en las condiciones primitivas, todas las probabilidades de éxito estaban á favor nuestro; pero, abandonada la posición que conservábamos, para perseguir á un enemigo cuatro veces más fuerte en infantería, era preciso llevar el combate al otro lado del torrente.

Aunque tentadora, tal empresa era peligrosa.

En resumen, el combate no se formalizó, y pasamos el día uno en frente del otro, contentándonos con ligeras escaramuzas.

En nuestro ejército había faltado la carne, y todos, singularmente la infantería, estaban hambrientos. Pero la sed se hacía sentir aún más que el hambre. En parte alguna se podía encontrar agua, que sólo la había en el torrente, ocupado por el enemigo. Pero nuestros hombres estaban habituados á todo género de privaciones, y de sus labios no salió la más pequeña queja. Digo mal; de una cosa se quejaban: de no poder combatir. ¡Oh, italianos! el día que estéis unidos y seáis, como estos hombres del continente americano, sobrios y sufridos, ese día, creedlo, el extranjero no hollará con su planta vuestro suelo, ni manchará vuestros hogares. Y, llegado ese momento, Italia recobrará su puesto, colocándose, no en medio, sino á la cabeza de las naciones del Universo.

Durante la noche, el viejo general Georgio había desaparecido, y al amanecer buscamos inútilmente al enemigo. A eso de las diez de la mañana, cuando la niebla se disipó, lo descubrimos en las fuertes posiciones de Taquarí.

Poco después, tuvimos aviso de que su caballería atravesaba el río. Los imperiales estaban en plena retirada. Era preciso atacarlos, y nuestro general no vaciló un solo instante.

La caballería del enemigo había pasado el río apoyada por algunos buques; pero la infantería permanecía aún en la margen izquierda, protegida por los mismos barcos y por el bosque. Su posición, por lo tanto, resultaba muy favorable. Nuestra segunda brigada de infantería, compuesta de dos batallones, había sido designada para iniciar el ataque, y lo emprendió con todo el arrojo de que era capaz. Pero el enemigo era numéricamente tan superior á esos valientes, que, después de haber realizado prodigios de valor, se vieron forzados á retirarse, apoyados por la primera brigada y por el primer batallón de artillería (1). El encuentro fué

(1) Así llamado, pero carecía de cañones.

terrible, principalmente en el bosque, donde el estruendo de la fusilería y de los árboles desgajados, parecía, entre la espesa humareda, producido por una infernal tempestad.

Nuestros muertos y heridos pasaban de quinientos. Los cadáveres de nuestros bravos republicanos fueron encontrados en los mismos ribazos del río, hasta donde habían rechazado al enemigo. Con relación á su importancia, esas pérdidas no tuvieron por desgracia el resultado que era de esperar, porque, habiéndose declarado en retirada la segunda brigada, se suspendió el combate.

Entretanto, la noche se nos vino encima, y el enemigo pudo sin dificultad acabar de pasar el río.

En medio de esas brillantes cualidades, que creo haber ensalzado, señalaré algunos defectos del general Bento González, de las cuales era la más sensible cierta indecisión, causa probable de los funestos resultados de sus operaciones. En vez de lanzar aquellos quinientos hombres contra un enemigo tan superior en número, debía haberle opuesto toda nuestra infantería y hasta los soldados de caballería, previamente desmontados, ya que por los accidentes del terreno no podían pelear del modo que acostumbraban. Procediendo así, habíamos sin duda alguna obtenido una espléndida victoria; pero el general temió comprometer á la infantería, la única de que disponía, la única infantería de la República.

En todo caso, el resultado fué, de nuestra parte, una irreparable pérdida no sabiendo cómo reemplazar á nuestros infantes, al paso que esta arma constituía la principal fuerza del enemigo, que inmediatamente cubrió con numerosos reclutas los vacíos hechos en sus filas.

Los imperiales continuaron en la ribera derecha del Taquarí, dueños, por consiguiente, de toda la campiña; y nosotros reanudamos la marcha, camino de Mala Casa.

Esas falsas maniobras empeoraron la situación de la República. Regresamos á San Leopoldo y á la Settembrina; á nuestro antiguo campamento de Mala Casa, abandonado á la vuelta de algunos días por el de Bella Vista.

Una operación calculada en aquellos días por el general, habría podido colocarnos en excelente posición, si la suerte hubiese, cual debía, secundado los esfuerzos de aquel hombre tan privilegiado como perseguido por el infortunio.

XXXII

ASALTO DE SAN JOSÉ DEL NORTE

El enemigo había tenido necesidad de privar de infantería á sus plazas fortificadas, para poder llevar á cabo sus operaciones de campaña. San José del Norte era una de las plazas más desguarnecidas.

Situada en la margen septentrional de la embocadura del lago de los Patos, era, tanto en lo comercial como en lo político, una de las llaves de la provincia. Su posesión habría podido cambiar el aspecto de las cosas, que en tales momentos tan mal se presentaban para los republicanos; su ocupación era, más que útil, necesaria. En efecto: la ciudad encerraba artículos de toda clase, indispensables á la indumentaria del soldado; y la de los nuestros era deplorable. No solamente desde ese punto de vista, sino también por su importancia dominadora del único puerto de la provincia, San José del Norte merecía cualquier sacrificio tendente á lograr su conquista.

En esta expedición ocurrió desgraciadamente lo que en Taquarí. Llevada con admirable sagacidad y profundo secreto, todo se malogró por falta de resolución en dar el golpe decisivo.

Una marcha incesante de ocho días, á razón de veinticinco millas cada uno, nos condujo ante los muros de la plaza.

Era una de esas noches de invierno, en las que un abrigo y un poco de fuego son verdaderos dones de la Providencia, y nuestros pobres soldados de la libertad, hambrientos, vestidos con harapos, los miembros ateridos por el frío, el cuerpo helado por la lluvia de una horrida tormenta, avanzaban silenciosos sobre los fuertes y las trincheras, en los que no faltaba un buen servicio de centinelas.

A corta distancia de las murallas, los caballos de los jefes se dejaron bajo la custodia de un escuadrón de caballería, mandado por el coronel Amaral, y cada uno, reanimando sus escasas fuerzas, se apercibió al combate.

El *¡quién vive!* del centinela, fué la señal del asalto; la resistencia fué débil y de poca duración en las murallas, y los cañones de los fuertes sólo dispararon muy contadas veces. A la una y media dimos el asalto, á las dos nos apoderamos de las trincheras y de los tres ó cuatro fuertes que las guarnecían, y que fueron tomados á la bayoneta.

Dueños de los fosos, dueños de los

fuertes, parecía imposible que la ciudad se nos escapara, máxime habiendo entrado ya en su interior. Pues bien, al igual que otras veces, lo que considerábamos un imposible, resultó no serlo.

Viéndose nuestros soldados en los muros y en las calles de la ciudad, creyeron que todo había concluído; la mayoría de ellos se dispersaron, arrastrados por el incentivo del pillaje. Entretanto, vueltos de su sorpresa, los imperiales se concentraron en un cuartel fortificado de la ciudad. Los atacamos, pero fuimos rechazados. Nuestros jefes buscaban por todas partes á los soldados, para renovar los ataques. Los pocos que encontraban, aparecían en estado de embriaguez, cargados con el botín del saqueo; algunos habían roto el fusil, otros lo tenían deteriorado.

Por su parte, el enemigo no perdió su tiempo. Algunos buques de guerra anclados en el puerto, enfilaron los cañones en dirección á los sitios ocupados por nosotros. Además, los imperiales pidieron auxilio á Río Grande del Sud, ciudad situada en la orilla opuesta de la embocadura de Los Patos, y en espera de refuerzos, se habían refugiado en el único fuerte que nosotros habíamos dejado de ocupar. El principal de dichos fuertes, el del Emperador, que habíamos tomado después de un asalto mortífero y brillante, quedó reducido á escombros, por haber volado el polvorín, cuya explosión nos costó muchas vidas. En fin, el más glorioso de los triunfos, se había convertido antes de mediodía en la más vergonzosa retirada. Algunos lloraban de rabia y desesperación. Relativamente á nuestra situación y á los esfuerzos realizados, nuestra pérdida fué inmensa.

A partir de entonces, nuestra infantería no fué más que un despojo; y con respecto á la poca caballería que nos había acompañado en la expedición, sirvió para proteger la retirada.

La división regresó á sus alojamientos de Bella Vista, y yo me quedé en San Simón con la marinería,

Entre oficiales y soldados, mis fuerzas quedaban reducidas á unos cuarenta hombres.

XXXIII

ANITA

El motivo de mi salida para San Simón, tenía por objeto la construcción de algunos botes con los cuales me proponía cubrir comunicaciones en otra parte del lago. Esas embarcaciones se construyen con un solo tronco de árbol. Tal proyecto no pudo realizarse, porque en los meses que permanecí allí, no se recibieron los árboles prometidos. Resultó de ello que, inspirándome horror la ociosidad, me dediqué á otras ocupaciones.

En San Simón abundaban los potros, circunstancia de que se aprovecharon mis marineros para ejercitarse en el arte de la equitación.

San Simón era una hacienda vasta y hermosa, si bien aparecía abandonada y en parte destruída. Pertenecía á un conde de Saint-Simon, que, según tengo entendido, había sido desterrado, al igual que sus herederos, como enemigos de la República. Ignoro si le unía algún lazo de parentesco ó de amistad con el famoso conde de Saint-Simon, fundador de la religión cuyos adeptos me habían iniciado en el cosmopolitismo y en la fraternidad de los hombres.

Pero, por lo pronto, como quiera que los Saint-Simon de la hacienda eran enemigos nuestros, ó como tales debíamos considerarlos, tratamos su propiedad á título de bienes conquistados; es decir, que nos apoderamos de las casas para convertirlas en alojamientos, y de los animales, para destinarlos á nuestro alimento.

En cuanto á diversiones, consistían en domar nuestros potros, ó mejor dicho, los potros de los señores de Saint-Simon.

Fué allí donde mi querida Anita dió á luz á nuestro primogénito. En vez de darle el nombre de su santo, le dí el de un mártir.

Se llama Menotti.

Nació el 16 de septiembre de 1840, y, según todas las probabilidades, había sido engendrado el día del combate de Santa Victoria. Su venida al mundo sin accidente, era un verdadero milagro, dados los peligros y las privaciones sufridos por su madre. De

esos sufrimientos y privaciones no había yo hablado hasta aquí, para no interrumpir la ilación de mi relato. Pero, llegado éste al punto de ahora, justo es dedicarles un lugar en estas páginas, á fin de que los que en ellas pongan sus ojos, conozcan á la que fué admirable compañera mía (1).

Anita había querido acompañarme y me acompañó en todas las excursiones y empresas que acabo de historiar.

Se recordará que, unidos á los serranianos, mandados por el coronel Aranha, batimos en Santa Victoria al brigadier Acunha, de tal modo, que la división enemiga fué completamente deshecha. Durante este combate, Anita permaneció á caballo, en medio del fuego, y presenció nuestra victoria y la derrota del enemigo. Aquel día, ella fué la providencia de nuestros heridos, que, no pudiendo ser atendidos por cirujanos, de que carecíamos, eran curados por nosotros mismos. Esta victoria dió momentáneamente á la República el dominio de los tres departamentos de Lages, Vaccaria y Cima da Serra; y queda ya explicado cómo, días después, entramos triunfantes en Lages.

Pero no corrimos igual suerte en la acción de Coritibani.

He descrito la rota de nuestra caballería, á pesar del valor de Texeira, y dicho que con sesenta y tres infantes me vi envuelto por más de quinientos jinetes enemigos.

En aquella jornada, Anita debía atravesar por las más sombrías contingencias de la guerra.

Deplorando tener que sujetarse al papel de simple espectadora del combate, vigilaba el envío de las municiones, temiendo que los cartuchos faltasen á los combatientes. El nutrido y constante fuego que hacíamos era, en efecto, razón para creer que, si no renovábamos las municiones, las agotaríamos muy pronto. Llevada, pues, de ese temor, Anita se acercó al sitio donde la lucha era más empeñada, cuando unos veinte jinetes enemigos, que perseguían á algunos fugitivos, cayeron sobre nuestros artilleros. Excelente amazona y montando muy buen caballo, Anita había podido escaparse. Pero no lo hizo así. Aquel pecho de mujer encerraba un corazón de héroe. En vez de huir, incitó á los soldados para que se defendiesen, y, á su vez, encontróse de repente rodeada por los imperiales. Un hombre se habría rendido. Ella clavó las espuelas en los ijares del bruto, y dando un vigoroso salto, pasó por entre los enemigos. Una bala le atravesó el sombrero. Probablemente se habría salvado, si un segundo disparo no hubiese derribado mortalmente herido el caballo que montaba.

No tuvo más recurso que rendirse. Fué hecha prisionera y conducida á presencia del coronel enemigo.

Sublime de arrojo en el peligro, Anita se creció en aquel momento de adversidad, en términos que, delante del Estado Mayor, admirado de su firmeza, aunque no tuvo bastante hidalguía para disimular ante una mujer el orgullo de la victoria, rechazó con fiero desprecio ciertos conceptos vertidos por el enemigo en desdoro de los republicanos, cuya causa defendió tan bizarramente con la palabra como la había defendido con las armas.

Anita me creía muerto. En esta suposición, pidió y obtuvo permiso para

(1) Es oportuno advertir que Garibaldi había escrito estas memorias sólo para satisfacer la curiosidad de algunos amigos, y que fué menester la influencia de los más íntimos para confiarlos á Dumas.—N. del T

ir á buscar mi cadáver en el campo de batalla. Largo rato permaneció recorriendo, sola y como errante sombra, entre despojos y cadáveres, sin dar con el que se proponía encontrar.

No podía encontrarlo, porque era yo el destinado á bañar con mis lágrimas sus mejillas heladas por la muerte. ¡Y cuando ese supremo dolor me agobió, ni siquiera pude depositar una flor sobre la tumba de la madre de mis hijos!...

Tan luego renació en ella la seguridad de que yo vivía, no acarició otro pensamiento sino el de evadirse. No se hizo esperar mucho la ocasión de llevarlo á cabo. Burlando al enemigo entregado á la embriaguez de su triunfo, se fugó á una casa próxima del lugar donde la tenían prisionera, y en ella una mujer le dispensó acogida y protección, aun cuando no la conocía. Mi capa, de que yo me había desprendido para evitarme un estorbo, había caído en poder de un contrario; Anita la pidió y obtuvo, dando, en canje, la suya, que era de mucho más valor. Cuando hubo cerrado la noche, se internó en el bosque y desapareció. Sólo atesorando las raras cualidades de aquella mujer, podía uno arriesgarse á tanto. Para formarse una idea de los peligros á que se exponía y de las dificultades que debía vencer, es preciso haber visto los inmensos bosques que cubren las cimas del Espinasso, con sus pinos seculares, que parecen destinados á sostener la bóveda celeste y que son las columnas del majestuoso templo de la Naturaleza, con sus gigantescos cañaverales, y habitados por numerosas fieras y reptiles cuya picadura es mortal. Felizmente, la hija de las estepas americanas no sabía qué cosa es el miedo. Veinte leguas, de Coritibani á Lages, tenía que recorrer Anita, por entre selvas impenetrables, sola, sin alimentos. ¿Cómo pudo recorrerlas? Dios lo sabe.

Los escasos moradores con quien podía topar en aquella parte de la provincia, eran hostiles á los republicanos, y no bien tuvieron noticia de nuestra derrota, se armaron y nos tendieron emboscadas en diferentes puntos, principalmente en las picadas, que debían recorrer los fugitivos en su marcha de Coritibani á Lages.

En las *cabecaes*, ó sea en los sitios casi infranqueables de dichos senderos, fué espantosa la mortandad de los nuestros. Anita atravesó de noche aquellos lugares; y, fuese por obra de su ángel tutelar, ó bien merced á la resolución de su paso, á su presencia huían los asesinos, que eran, según decían, perseguidos por un ser fantástico.

Era, en efecto, cosa singular el hecho de ver á una intrépida mujer que, sofrenando un brioso corcel, llegaba á un cortijo y obtenía en el acto la hospitalidad que demandaba en noche de fragorosa tempestad, á la luz de los relámpagos y entre rocas y malezas que hacían estremecer el retumbar del trueno. Cuatro jinetes, apostados junto al río Canoas, huyeron á la vista de aquel espectro, ocultándose entre las breñas de la ribera. Anita llegó al borde del torrente, cuyo caudal habían hecho crecer las recientes lluvias; y, no obstante la impetuosidad de la corriente, lo atravesó á nado, asida á las crines del caballo, al que aguijaba con voces de aliento. Entre ambas orillas mediaban unos cuatrocientos metros, distancia que logró salvar con toda felicidad.

En los cuatro días que empleó para

reunirse, en Vaccaria, al cuerpo del coronel Aranha, la osada viajera tomó por todo alimento una taza de café.

En Vaccaria nos reunimos Anita y yo, después de ocho días de separación y de congoja, por creer el uno en la muerte del otro.

Huelga decir cuál fué nuestra alegría.

Empero, otra alegría, aún más viva, me esperaba el día en que mi Anita, en la península que cierra la Laguna de los Patos del lado del Atlántico, dió á luz, en un rancho que le había ofrecido generosa hospitalidad, á nuestro amado Menotti.

El niño nació con una pequeña cicatriz en la cabeza, la cual tenía su orígen en la caída de caballo que había sufrido su madre.

Estoy hondamente agradecido, y lo estaré mientras viva, á los buenos corazones que nos protegieron en semejante ocasión.

Resolví hacer un viaje á la Settembrina, para comprar algunos vestidos. Contaba allí con buenos amigos, entre ellos uno llamado Blingini. Me puse en camino atravesando los campos inundados, y llegué á uno, antes cultivado, conocido por el nombre de Rossa-Velha, en el que encontré al capitán de lanceros Massimo, que me recibió muy bien.

Llegué á Rossa-Velha un día por la tarde, bajo una lluvia torrencial. El segundo día no había abonanzado el tiempo, y el bueno del capitán puso todos sus empeños en retenerme á su lado.

Pero el objeto de mi viaje era demasiado poderoso para que yo pudiese escuchar sus consejos, y emprendí nuevamente la marcha, á través de aquellas planicies que parecían un vasto lago. A las pocas millas, oí un vivo fuego de fusilería procedente del sitio que acababa de abandonar. Me asaltaron amargos pensamientos, pero no podía retroceder.

A mi llegada á Settembrina, compré algunos artículos que me eran necesarios, y reanudé el viaje de regreso á Saint-Simon, no sin dejar de inquietarme el orígen de aquellos fusilazos. Al volver á Rossa-Velha supe la causa de dicho tiroteo y el infausto suceso acaecido el mismo día de mi salida.

Moringue, el mismo que me había sorprendido en Camacua, había también dado un golpe de audacia sorprendiendo al capitán Massimo y á toda su gente. Moringue llevó á cabo esta sorpresa con buques de guerra y fuerzas de infantería; después de lo cual, habiendo reembarcado á sus infantes, se dirigió, con un contingente de caballería, sobre Río Grande del Norte, ahuyentando á su paso á las pequeñas partidas republicanas que, creyéndose en seguridad, se habían extendido por el territorio. Entre ellas se encontraban algunos marineros míos, que se vieron obligados á refugiarse en el bosque.

Mi primera exclamación fué: *¡Anita! ¿Qué ha sido de Anita?*

Anita, con el pobre recién nacido, se había internado en el bosque.

No los encontré, pues, en el rancho donde los había dejado; pero me reuní con ellos en la selva, donde fuí á buscarlos.

Regresamos á Saint-Simon, permaneciendo allí algún tiempo, hasta que levantamos el campo y lo establecimos en la ribera izquierda del Capivari, río que nos recordaba nuestra hazaña de un año atrás, cuando el transporte de los buques sobre carros, para la expedición de Santa Catalina.

El Capivari se forma de varios arroyos y riachuelos que tienen origen en los numerosos lagos de la parte septen-

trional de la provincia de Río Grande, á orillas del mar y en la vertiente oriental de la Cadena del Espinasso. Toma su nombre de la *capinara*, especie de cañas muy comunes en la América meridional.

De Capivari y de Sangrador do Abreu, canal que sirve de comunicación entre un pantano y un lago, donde habíamos reunido algunos botes á costa de indecibles trabajos, realizamos algunos viajes á la costa occidental del lago, estableciendo comunicaciones con ambas orillas y transportando pasajeros de abigarrada condición y compleja categoría.

XXXIV

SE LEVANTA EL SITIO.—ROSSETTI

Entretanto, la situación del ejército republicano empeoraba cada día más. Aumentaban sus necesidades; disminuían sus recursos. Los dos combates de Taquarí y de San José del Norte, habían diezmado á la infantería, la cual, aunque poco numerosa, era el nervio de las operaciones del sitio. Las muchas necesidades de todo que se experimentaban originaron la deserción; la soldadesca desmayó, que es lo que ocurre en esa clase de guerras, cuando duran demasiado; la indiferencia, que, en la profesión de las armas, es el peor de los males, se apoderó de ellos, y en todo se presentía que había llegado el momento de la solución.

En tal estado de cosas, los imperiales hicieron proposiciones de transacción, las que, si bien relativamente ventajosas para los republicanos, fueron rehusadas por éstos. Esta negativa aumentó el descontento entre los elementos del ejército y del pueblo más castigados por la guerra. Se decidió, finalmente, levantar el cerco.

La división Canavarro, de la que formaban parte los marineros, fué designada para iniciar el movimiento y forzar los senderos de la sierra, ocupados por el general Labattue, francés al servicio del Emperador. Bento González, con el resto del ejército, formaría la retaguardia.

La guarnición republicana de Settembrina le seguiría, debiendo marchar en última línea, como complemento de esa retaguardia; pero no pudo hacerlo. Sorprendida por el famoso Moringue, la ciudad fué tomada.

En aquella sorpresa murió mi querido Rossetti.

Derribado del caballo, después de haber realizado prodigios de valor, herido gravemente, intimado á rendirse, prefirió hacerse matar á entregar la espada.

Otra herida abierta en mi corazón. Más de una vez he hablado de Rossetti, y se sabe cuánto le quería. Aunque poco autorizada, permítase á mi pluma decir á Italia lo que tantas veces tiene repetido:

¡Oh, Italia, madre mía, acabamos de perder, yo á uno de mis hermanos más queridos; tú, uno de tus más generosos hijos!

Había Rossetti nacido en Génova.

Sus padres lo destinaban á la carrera eclesiástica. Era un entusiasta patriota italiano. Inclinado á la vida de aventuras, y ahogándose en el ambiente de Italia, se fué á Río de Janeiro, donde se dedicó á las tareas comerciales. Pero sus aficiones no le llamaban por ese lado, por más que tanto en la esfera del agio y del cálculo, como en otra cualquiera, era digno de ocupar un puesto preeminente, dada la multiplicidad de sus conocimientos. No le llamaban por allí sus aficiones, repito, porque Rossetti era el más italiano de todos los italianos, lo que vale decir el más pródigo y más generoso de los hombres. Tales cualidades constituyen una rémora de la fortuna, y en cambio son excelentes conductores que llevan rápidamente á la ruina.

Eso ocurrió con Rossetti.

Bueno con todo el mundo, su casa era de todos, particularmente de los italianos en desgracia. No esperaba que los desterrados fuesen á buscarle ; él se adelantaba á su encuentro. Procediendo así, sus recursos económicos se agotaron en poco tiempo. No podía resistir los sufrimientos de un italiano. Si sus medios no le permitían socorrerlo, lo hacía esperar en su mísera vivienda, salía á recorrer las calles de la ciudad, y no volvía á su casa sin llevar algún socorro al compatriota que en ella lo esperaba. Es cierto que su bondad, su franqueza y lealtad le habían granjeado la estimación general, y que en sus piadosas empresas todos le ayudaban con agrado.

Se libró la batalla de Tarifa, en la que los imperiales vencieron á los republicanos. Bento González y los principales jefes cayeron prisioneros y fueron conducidos á Río de Janeiro. Entre ellos se encontraba nuestro capitán Zambeccari, que conocimos en las prisiones de Santa Cruz. Se habló de hacer el corso y de concedernos patente ; desde entonces, Rossetti y yo no gozamos de tranquilidad, hasta que nos vimos en la inmensidad del Océano, con la bandera republicana. Rossetti se encargó de todo, y coronó el fin que nos proponíamos.

Ya se conoce lo demás, por cuanto, á partir de aquel momento, hemos estado bajo las constantes miradas que han seguido nuestros pasos.

No hay un rincón de tierra que no guarde los huesos de un italiano generoso. Italia debería llorarlos... ¡Pobre Italia! Ya sentirás su ausencia el día en que te propongas arrancar tu cadáver á los cuervos que lo devoran.

XXXV

LA PICADA DAS ANTAS

Esta retirada, emprendida en invierno, á través de un país montañoso y bajo una lluvia incesante, fué la más terrible, la más desastrosa que jamás he visto.

Por toda provisión llevábamos algunas vacas, sabiendo de antemano que en el camino que íbamos á recorrer no encontraríamos ninguna res con qué alimentarnos.

En nuestra retirada, perseguíamos á la división del general Labattue, á la que no pudimos dar alcance.

Los habitantes del bosque, simpatizando con nuestra causa, atacaron la vanguardia de los imperiales. Vimos de cerca á aquellos hombres, trasunto fiel del hombre primitivo, y cumple declarar que no nos demostraron ninguna hostilidad.

Anita, durante esta retirada que duró tres meses, sufrió cuanto humanamente se puede sin sucumbir. Soportó todas las penalidades con estoica indiferencia y valor inconcebible.

Es preciso conocer los bosques de aquella parte del Brasil para formarse idea de las privaciones de un cuerpo de tropa que carecía de medios de transporte, y cuyo único recurso para conseguir alimentos era el lazo, arma muy útil en las planicies pobladas de numerosos rumiantes, pero completamente ineficaz en esos impenetrables bosques, habitados por tigres y pumas.

Para colmo de desdichas, los ríos habían crecido extraordinariamente, debido á la incesante y torrencial lluvia; y resultaba que, á menudo, algunos de nosotros quedábamos aislados entre dos corrientes de agua y privados de todo alimento. Entonces, el hambre completaba su obra; entre las mujeres y los niños, sobre todo, la mortandad era en extremo lamentable.

Nuestra pobre infantería era la que sufría mayores privaciones, porque ni siquiera le quedaba, como á la caballería, el recurso de comer sus caballos. Pocas mujeres y menos niños todavía, salieron del bosque. Los contados que sobrevivieron, fueron salvados por los jinetes que, habiendo podido conservar sus caballos, se compadecieron de las tiernas criaturas cuyas madres habían sucumbido á la acción del frío y del hambre.

Anita se estremecía pensando en la posibilidad de perder á nuestro Menotti, que, por lo demás, fué milagrosa-

mente salvado. En los parajes más peligrosos del camino y en el paso de los ríos, llevaba al niño en un pañuelo atado alrededor de mi cuello, y de este modo lo reanimaba con mi aliento. Al entrar en el bosque, contaba con una docena de cabezas de ganado, entre mulas y caballos, para mi servicio y el de mi equipaje. A última hora, sólo me quedaban dos caballos y dos mulas. Los otros habían muerto de hambre y de cansancio. Para empeorar la situación, nuestros guías se habían extraviado, y ésa fué la principal causa de nuestros sufrimientos en el terrible bosque *das Antas* (1).

Cuanto más caminábamos, tanto más se alejaba el término de esta siniestra picada. Me quedé rezagado con dos mulas horriblemente cansadas y que me proponía salvar haciéndolas marchar á lento paso y alimentándolas con hojas de tacuara, caña que toma su nombre del Taquarí. Entre tanto, Anita, con el niño y un criado, había tomado la delantera, para procurarse algo que comer, y tratar de encontrar la salida del interminable bosque.

Los dos caballos que había dejado á Anita, montados alternativamente por la animosa mujer, nos fueron de una utilidad incalculable. Anita encontró, por fin, el extremo del bosque, y á orillas de éste vió á un grupo de mis bravos soldados calentándose alrededor de una hoguera.

Mis compañeros, que afortunadamente habían conservado algunos vestidos de lana, cubrieron con ellos al niño, lo calentaron y volvieron á la vida, cuando la pobre madre empezaba ya á desesperar de poder salvarlo. Esto no fué todo : aquellos buenos hombres se pusieron á buscar con tierna solicitud algunos alimentos, que pudieron encontrar, y con los cuales la madre y el hijo se confortaron un poco

El que les llevó los primeros socorros se llamaba Manzio. ¡Que Dios derrame sobre él y los suyos toda suerte de beneficios!

Mis esfuerzos por salvar á las dos mulas resultaron ineficaces. No tuve más remedio que abandonarlas, y, roto y maltrecho, hice á pie el resto del camino á través del bosque.

El mismo día me reuní con mi mujer y mi hijo, y supe lo que mis compañeros habían hecho por ellos.

Nueve días después de su entrada en el bosque, apenas si había salido de él la vanguardia de nuestra división. Pocos oficiales habían conseguido conservar sus caballos.

El enemigo, que nos precedía, había abandonado dos cañones en la picada; pero ni siquiera los miramos. Los medios de transporte faltaban en absoluto, y á buen seguro que todavía están en el mismo sitio donde, en su huída, los dejaron nuestros contrarios.

Las tormentas parecían circunscribirse al bosque. Apenas habíamos salido de su espesura, y tomamos la dirección de Cima-da-Serra, encontramos un tiempo espléndido y algunos bueyes que nos indemnizaron de nuestro prolongado ayuno, y nos hicieron olvidar hambre, lluvia y cansancio.

Permanecimos algunos días en el departamento de Vaccaria, esperando la división de Bento González, que se incorporó á nosotros desordenadamente y después de haber perdido una tercera parte de su gente.

Era que el infatigable Moringue, in-

(1) El anta es un animal de la estatura de un asno, completamente inofensivo y de exquisita carne. Su cuero sirve para la fabricación de diferentes y elegantes objetos. Nunca lo he visto. (Nota del autor).

formado de la retirada de esta división, había picado sin descanso su retaguardia, secundado por los montañeses, que tanta hostilidad mostraban á los republicanos. Estas circunstancias dieron tiempo á Labattue para efectuar su retirada y reunirse con el ejército imperial. Pero, al igual que nosotros, los imperiales sufrieron mucho en su retirada, además de que tuvieron en su contra un obstáculo raro é imprevisto.

Debiendo el general Labattue atravesar dos bosques llamados *di Mattos*, encontró en ellos algunas de las tribus indígenas conocidas con el nombre de *bugres*, que son los más salvajes del Brasil. Esas tribus, que tenían noticia del paso de los imperiales, los asaltaron en tres ó cuatro emboscadas, causándoles todo el daño posible. A nosotros, no nos inquietaron en lo más mínimo; y aunque en toda la extensión del camino habían colocado muchas de esas trampas que los indios tienden al paso de sus enemigos, en vez de tenerlas ocultas entre céspedes y ramas, se nos presentaban al descubierto, de modo que no constituían ningún peligro para nosotros.

Durante el breve alto que hicimos en la orilla de esos gigantescos bosques, vimos salir á una mujer que, cuando joven, había sido secuestrada por los indios, y aprovechaba nuestra presencia para fugarse.

La pobre se encontraba en un deplorable estado.

Como no teníamos enemigos á quienes perseguir ni de quienes escapar nos, continuamos nuestra marcha en cortas etapas, porque carecíamos por completo de caballos, y á medida que avanzábamos, nos dedicábamos á la tarea de domar potros.

Aquél era, después de todo, un magnífico espectáculo, siempre nuevo aunque renovado á diario. Aquellos jóvenes y fornidos negros merecían cada uno de por sí el título de domador de caballos que Virgilio concede á Pélope.

A un buen domador, tres días le son suficientes para que el solípedo más rebelde se someta al freno.

Pero los potros no suelen ser bien domados por los soldados, sobre todo cuando éstos van de operaciones, debido á las muchas atenciones que sobre ellos pesan.

Cuando hubimos pasado los *Mattos*, atravesamos la pequeña provincia de Misiones, y nos dirigimos á Cruz Alta, capital de la misma. De Cruz Alta seguimos á San Gabriel, donde se estableció el cuartel general y levantaron barracas para que acampara el ejército.

Seis años de esta vida de aventuras y peligros no me habían cansado ni aburrido, en tanto que estuve solo; pero ahora, que tenía una pequeña familia, la separación de todas mis antiguas relaciones, la ignorancia en que vivía referente á la suerte de mis padres, despertaron en mí el deseo de saber de ellos. Momentáneamente, mi corazón había dejado de sentir esas tiernas emociones; pero, nunca completamente extintas en él, revivían y clamaban por recuperar el puesto que les correspondía.

A todo eso, añádase que tampoco sabía nada de la otra madre mía que se llama Italia. La familia es poderosa; pero la patria es irresistible.

Resolví, pues, regresar á Montevideo, á lo menos por una temporada. Llevado de ese cálculo, solicité del Presidente permiso para ausentarme, como asimismo para reunir una pequeña partida de bueyes, con cuya venta podría subvenir á mis necesidades durante el viaje.

XXXVI

BOYERO

Aparezco ahora convertido en *tropero*, ó sea conductor de bueyes.

En una estancia denominada *Corral de Pedras*, conseguí juntar en pocos días y previamente autorizado por el ministro de Hacienda, sobre novecientas cabezas de ganado. La empresa me había ocasionado mucho trabajo; pero me estaban reservados otros mayores en el camino, erizado de obstáculos casi insuperables. El principal se me presentó en el Río Negro, en cuyas aguas vi desaparecer todo mi capital. Del paso del río, de mi inexperiencia en el nuevo oficio, y sobre todo del latrocinio de algunos capataces mercenarios contratados por mí en calidad de conductores, salvé quinientos animales escasamente, que resolví sacrificar, considerando que no podrían llegar al término del viaje.

Con la venta de sus pieles, me quedaron limpios unos cien escudos, que me permitieron atender á las más perentorias necesidades de mi familia.

Debo citar aquí mi encuentro con uno de mis amigos predilectos.

Era uno más que había surcado los mares para esperar en el Nuevo Mundo el triunfo de la libertad de Italia.

Al aproximarme á San Gabriel, en la retirada que acabábamos de efectuar, había oído hablar de un oficial italiano dotado de raro valor y excepcional cultura, quien, desterrado como carbonario, se había batido en Francia el 5 de junio de 1832, y más tarde en Oporto, durante el prolongado asedio que valió á esta ciudad el calificativo de inexpugnable, y que, por fin, obligado, como yo, á salir de Europa, había puesto su corazón y su cerebro al servicio de las jóvenes repúblicas sudamericanas.

De él se contaban hechos que lo acreditaban como hombre de valor probado, de admirable sangre fría y extraordinarias fuerzas físicas. Oyendo lo cual, me decía repetidas veces á mí mismo:

—Cuando encuentre á ese hombre, lo haré mi amigo.

Se llamaba Anzani.

Una de sus proezas, singularmente, había sido muy comentada.

A su llegada á América, Anzani se presentó, con una carta de recomendación, á una casa de comercio italiana establecida en San Gabriel.

Sus dueños lo acogieron muy bené-

volamente y le dieron toda clase de atribuciones.

Era el todo de la casa: cajero, tenedor de libros, el hombre de confianza.

Su carácter revelaba esa serenidad y placidez que suelen ser el patrimonio de los corazones fuertes y resueltos.

La casa, cuyo verdadero director era Anzani, era de esas que sólo existen en Sud América. En cada una de ellas se comercia con casi todos los artículos conocidos, de modo que en una se reunen muchos comercios.

La población de San Gabriel lindaba con el bosque que servía de albergue y escondrijo á las tribus de indios bugrés de que he hablado en el capítulo anterior.

Uno de los jefes de esos indios era el terror de la pequeña ciudad, á la que visitaba con su tribu dos veces cada año, expoliándola á su sabor, sin encontrar la menor resistencia.

Al principio se presentaba con doscientos ó trescientos hombres; luego con cien; con cincuenta más tarde, y acabó por prescindir en absoluto de todo acompañamiento, y presentarse solo. Daba órdenes, exponía exigencias, hacía y deshacía, lo mismo que podía hacerlo con el auxilio de su tribu. Tal era el predominio que había llegado á ejercer entre los habitantes.

Anzani había oído hablar de ese perdonavidas, sin manifestar su opinión acerca de la audacia del cacique ni del terror que inspiraba su ferocidad.

Era tan grande el miedo que, cuando resonaba el grito de *¡el jefe di Mattos!* todas las ventanas se cerraban, todas las puertas echaban el cerrojo, como si hubiese hecho su aparición un perro rabioso.

El indio estaba ya acostumbrado á tales manifestaciones de espanto, lo que halagaba su orgullo. Elegía la casa que le venía en gana, llamaba, lo abrían en el acto, y desvalijaba la casa, sin que nadie se opusiese á su obra vandálica, ni le molestase en su partida.

Hacía dos meses que Anzani dirigía la casa comercial de marras, en todos sus detalles, grandes y pequeños, cuando retumbó el grito terrible:

—*¡El jefe di Mattos!*

Como de costumbre, puertas y postigos se cerraron precipitadamente.

Anzani se encontraba solo en la casa, ocupado en repasar las cuentas de la semana. Consideró que la terrorífica noticia que se estaba propalando no valía la pena de molestarse, y continuó detrás del mostrador con la puerta abierta.

El indio se detuvo asombrado delante de aquella casa que, en medio del trastorno general causado por su presencia, parecía indiferente á su llegada.

Entró y vió, al otro lado del mostrador, á un hombre de tranquilo semblante entregado á sus quehaceres.

Se detuvo delante de él, cruzados los brazos y mirándole con asombro.

Anzani levantó la cabeza.

—¿Qué se le ofrece á usted, amigo mío?—preguntó al indio.

—¡Cómo! ¿Qué pregunta es ésa?—objetó á su vez el recién llegado.

—Sin duda—repuso Anzani,—cuando se entra en un almacén, es porque se desea hacer alguna compra.

El indio lanzó una carcajada, y repuso:

—Por lo que entiendo, tú no me conoces.

—¿Cómo quieres que te conozca, si es la primera vez que te veo?

—Soy el cacique *di Mattos*—replicó el indio, separando los brazos y poniendo

do al descubierto su cintura, un verdadero arsenal que contenía cuatro pistolas y un puñal.

—Pues bien, jefe *di Mattos*, ¿qué quieres?—preguntó Anzani.

—Quiero beber.

—¿Qué vas á beber?

—Un vaso de aguardiente.

—Nada más fácil; paga por adelantado, y te lo serviré.

El indio soltó otra carcajada.

Anzani frunció ligeramente el ceño.

—Es la segunda vez que, por toda respuesta, te pones á reir á mis barbas. No me parece correcto este proceder, y te advierto que, si se repite, te pongo en la calle.

Anzani había pronunciado estas palabras con tanta firmeza, que á cualquier otro, no siendo indio, habría dado la pauta de su temple.

Acaso el salvaje lo comprendió, pero afectó no comprenderlo.

—He dicho que me des un vaso de aguardiente—repitió, dando un puñetazo sobre el mostrador.

—Y yo á ti que pagues por adelantado—dijo Anzani; — de lo contrario, no obtendrás nada.

El indio clavó una mirada colérica en Anzani, que á su vez miró de hito en hito á su interlocutor.

Anzani solía decir:

—La única fuerza real, es la moral. Mirad con fiereza y fijamente al hombre que os mira. Si baja los ojos, seréis su dueño; pero no bajéis los vuestros, porque entonces el dueño será el otro.

La mirada de Anzani tenía un poder irresistible. El indio desvió su mirada.

Sentía su inferioridad; y, enfurecido por ese predominio nuevo para él, quiso infundir valor á su corazón apurando unas copas.

—Está bien—dijo;—toma medio peso, y sírveme.

—Es deber mío servir á quien me paga — repuso tranquilamente Anzani.

Y sirvió al indio un vaso de aguardiente.

El indio lo apuró de un sorbo.

—Otro vaso—dijo.

Anzani le sirvió por segunda vez.

—Otro más—dijo el indio, después de haberlo consumido con la misma fruición que el primero.

En tanto que hubo dinero para cubrir las libaciones del indio, Anzani no opuso ningún reparo; pero, cuando el bebedor hubo consumido una cantidad de aguardiente equivalente al valor de la moneda entregada, se detuvo.

—¿Qué ocurre?—preguntó el indio.

Anzani le hizo la cuenta de su gasto.

El salvaje insistió.

—Si no hay más dinero, no habrá más aguardiente—replicó Anzani.

Los cinco ó seis vasos que el indio había apurado, le comunicaron los bríos perdidos bajo la mirada leonina de Anzani.

—¡Aguardiente! — gritó, haciendo ademán de empuñar una pistola; — aguardiente, ó te mato.

Anzani, que ya comprendía que la cosa acabaría de esta manera, estaba preparado. Era hombre de cinco pies y nueve pulgadas de talla, de fuerza hercúlea y admirable ligereza. Saltó por encima del mostrador y fué á caer sobre el indio, asiéndole fuertemente de la muñeca.

El indio no pudo resistir el empuje. Cayó de espaldas. Anzani le puso la rodilla sobre el pecho.

Con su mano izquierda tenía sujeta la derecha de su adversario, imposibilitado de todo movimiento, y con la otra le arrebató de la cintura pistolas y puñal, que arrojó lejos de sí. Luego lo arrancó la pistola que empuñaba, y á culatazos le desfiguró el semblante.

Hecho todo lo cual, se levantó, y á puntapiés lo hizo rodar hasta el arroyo, donde lo dejó.

El indio quedaba duramente castigado. Se marchó como pudo, y nunca más se le vió en San Gabriel.

Bajo un nombre que no era el suyo, con el nombre de Ferrari, había hecho Anzani la guerra de Portugal. Llamándose Ferrari, se había portado admirablemente, había obtenido el grado de capitán, y recibido dos heridas graves, una en la cabeza, otra en el pecho, á consecuencia de las cuales murió diez y seis años más tarde.

La de la cabeza, consistió en un sablazo que le había hendido el cráneo. La del pecho, era una bala que se le había alojado en el pulmón, y que, andando el tiempo, determinó una tisis pulmonar.

Cuando se le hablaba de sus hazañas realizadas bajo el nombre de Ferrari, se sonreía, y aseguraba que Ferrari y él eran dos seres distintos.

Desgraciadamente, el pobre Anzani no podía traspasar sus heridas al ser imaginario á quien atribuía sus proezas.

Ese era el hombre de quien me habían hablado; el que yo deseaba conocer y hacer mi amigo.

En San Gabriel supe que, por razón de varios asuntos, Anzani había partido á un paraje distante sesenta millas. Me informé, monté á caballo y fuí á su encuentro.

En el camino, á orillas de un riachuelo, encontré á un hombre, con el pecho al descubierto y lavando su camisa. Comprendí que aquel hombre era el que yo buscaba.

Me dirigí á él, le tendí la mano, me dí á conocer. Desde entonces, fuimos hermanos.

Ya no pertenecía á la casa de comercio. Lo mismo que yo, había entrado al servicio de la República de Río Grande. Mandaba la infantería de la división Juan Antonio, uno de los más renombrados caudillos republicanos. Y lo mismo que yo, abandonaba el servicio y se dirigía al *Salto*.

Pasamos un día juntos; nos dimos mutuamente nuestras respectivas direcciones, y acordamos no emprender nada de importancia, sin previo y recíproco aviso.

Permítaseme citar un detalle que dará idea de nuestra pobreza al par que de nuestra fraternidad.

Anzani no tenía más que una sola camisa; pero, en cambio, poseía dos pantalones.

Por lo que se refiere á la primera de las prendas citadas, yo era tan pobre como él; pero, con respecto á la segunda, lo era más.

Pernoctamos bajo el mismo techo. Anzani partió antes de amanecer y sin despertarme.

Cuando desperté, encontré en mi cama el mejor de sus dos pantalones.

Apenas había visto á Anzani; pero era de esos hombres á quienes se juzga en el acto.

Cuando me alisté bajo el estandarte de la República de Montevideo, y fuí encargado de organizar la legión italiana, mi primer cuidado fué escribirle, invitándole á venir á compartir conmigo el trabajo que me habían confiado.

Anzani acudió á mi llamamiento, y no nos separamos más, hasta el día en que, pisando el suelo de Italia, expiró en mis brazos.

XXXVII

PROFESOR DE MATEMÁTICAS Y CORREDOR DE COMERCIO

En Montevideo, un amigo mío, Napoleón Castellini, me brindó hospedaje en su casa. Debo muchos favores á la generosidad de Castellini y de su mujer, á quienes jamás podré recompensar de otro modo más que por medio de la gratitud que les guardo, gratitud que hago extensiva á otros amigos no menos queridos, los hermanos Antonio y Juan Risso, y G. B. Cuneo.

Los pocos escudos procedentes de la venta de mis cueros, los dediqué á la subsistencia de la pequeña familia que constituimos mi mujer, mi hijo y yo, y deseando no ser gravoso á mis amigos, emprendí dos géneros de trabajo, cuyo producto no alcanzaba á llenar mis necesidades.

Uno de dichos trabajos era el corretaje de mercancías de toda clase, cuyas muestras llevaba á las casas compradoras.

El otro consistía en las lecciones de matemáticas que dictaba en casa del excelente M. Pablo Semidei.

Este sistema de vida duró hasta que me incorporé á la legión oriental.

La cuestión de Río Grande llevaba trazas de solucionarse. Por ese lado, no debía ya preocuparme. La República Oriental me ofreció empleo más adecuado á mis aptitudes y á mi carácter.

Me propuso, y yo acepté, el mando de la corbeta *Constitución*.

La escuadra oriental estaba á las órdenes del coronel Cosse; la de Buenos Aires á las del general Brown.

Entre ambas escuadras habían tenido lugar varios combates, sin resultados definitivos.

Por aquel tiempo, un tal Vidal, de nefanda memoria, fué encargado del gobierno general de la República.

Uno de los primeros y más desgraciados actos de este hombre, fué la enajenación de la escuadra, fundándose en que resultaba demasiado onerosa al Estado. Aquella escuadra, que había costado grandes sumas á la República y que, bien dirigida, podía ser de mucha eficacia en el Plata, fué completamente destruída, y el material vendido á ínfimos precios.

Fuí designado para una comisión de cuyo desempeño habían de originarse no pocos sucesos.

Me enviaron á Corrientes, con el bergantín *Pereyra* de 18 cañones, y además otros dos giratorios.

La corbeta *Prócida* debía navegar de conserva conmigo.

Corrientes combatía entonces contra Rosas, y yo debía ayudarle en sus movimientos contra las fuerzas del dictador. Acaso la expedición tenía otra finalidad; pero, si la tenía, era un secreto.

* * *

Séale permitido á quien publica estas memorias, que dé á los lectores algunas explicaciones referentes á la República de Montevideo en 1841, explicaciones que el general Garibaldi ha juzgado no deber trasladar á unas memorias escritas á diario.

Ellas serán tanto más verídicas, cuanto que han sido dictadas al que ahora, en 1849, las publica, por un hombre que ha desempeñado muy importante papel en los acontecimientos de la República Oriental: por el general Pacheco y Obes, uno de mis amigos predilectos.

Quede tranquilo el lector: después, devolveremos la pluma á ese otro amigo, no menos bueno, llamado José Garibaldi.

Porque, bien se ve que, como César, este primer libertador de Italia maneja la pluma con igual destreza que la espada.

MONTEVIDEO

Cuando el viajero llega de Europa, lo primero que sus ojos descubren, son dos montañas:

La una, formada de ladrillos, que es la catedral, la *Matriz*, como la llaman los habitantes de la ciudad.

La otra es una montaña granítica, jaspeada de verdor y coronada de un faro.

Es el *Cerro*.

A medida que se aproxima á las torres de la catedral, cuyas cúpulas de porcelana centellean al choque de los rayos solares, el viajero distingue los *miradores* innumerables y de varias y caprichosas formas que coronan la mayoría de las casas; luego, aparecen á su vista esas mismas casas, encarnadas ó blancas, con sus terrazas, frescos retiros de las veladas estivales: después, al pie del *Cerro*, las *Saladoras*, vasto edificio destinado á la salazón de carnes, y finalmente, al fondo de la bahía, bordeando el mar, las encantadoras quintas, regalo y orgullo de los habitantes, que en los días festivos pronuncian, de boca en boca, estas palabras consagradas por el uso:

—Vamos al *Miguelete*; vamos á la *Aguada*, *al Arroyo-Seco*.

Entonces, si soltáis el ancla entre el *Cerro* y la ciudad dominada por la gigantesca catedral, y la canoa os conduce á la playa, veréis en el sendero de las hermosas quintas grupos de mujeres en traje de amazona y pelotones de jinetes. De noche, el espectáculo será otro: al través de las abiertas ventanas y derramando rayos de luz y de harmonía, oiréis los sonoros acentos del piano ó los quejumbrosos suspiros del harpa, los brillantes trinos de las contradanzas, ó las dulces notas de la romanza. Tales sensaciones experimenta el viajero que llega á Montevideo, que con Buenos Aires comparte el cetro del Plata, ese río inmenso descubierto en 1516 por Juan Díaz de Solís.

¡Montem video!

Este fué el grito que, transportado de júbilo, lanzó el vigía de una nave, al divisar el Cerro.

De ahí, el nombre de la ciudad cuya historia vamos á bosquejar en los párrafos que siguen.

Solís, orgulloso de haber descubierto anteriormente Río de Janeiro, no pudo disfrutar mucho tiempo de su nuevo descubrimiento.

Había dejado en la bahía dos de sus barcos, y remontado el Plata con el tercero, cuando, fiado en las protestas de amistad que le hicieron los indios, cayó en una emboscada y fué muerto, asado y comido en las márgenes de un arroyo que, en recuerdo de este terrible suceso, lleva todavía el nombre de *Arroyo de Solís*.

Esta horda de indios antropófagos, que se distinguían por su bravura, pertenecía á la tribu primitiva de los charrúas. Eran dueños del país, así como los hurones y los sioux dominaban en la extremidad opuesta del gran Continente.

Los charrúas resistieron á los españoles, que se vieron obligados á edificar Montevideo entre continuados ataques, debido á lo cual, la ciudad de Montevideo, aunque el país fué descubierto en 1516, sólo cuenta cien años de fundación.

A fines del siglo XVIII, un hombre hizo á los charrúas de la costa una guerra de exterminio. En ella fueron aniquilados. Libráronse tres últimos y decisivos combates, en los cuales, emulando las proezas de los antiguos teutones, cayeron sin retroceder un solo paso, junto con sus hijos y mujeres. A guisa de monumento de esta suprema derrota, el viajero puede ver aún, al pie de la montaña *Augua*, las blancas osamentas de los últimos charrúas.

Ese moderno Mario, vencedor de esos modernos teutones, era el comandante Jorge Pacheco, padre del general Pacheco y Obes, de cuyos labios recogemos los datos que nutren esta información.

Pero los salvajes destruídos legaban á Pacheco otros enemigos más tenaces, más peligrosos que los indios, y sobre todo de más difícil exterminio, puesto que los animaba no una creencia religiosa, cada día menos firme, sino un interés material, que á diario crecía y se afirmaba. Esos enemigos, eran los contrabandistas del Brasil.

El sistema prohibitivo era la base del comercio español. Resultaba, por consiguiente, una guerra encarnizada entre el comandante y los contrabandistas que, ora por la astucia, ora por la fuerza, procuraban introducir en el territorio montevideano su tabaco y sus telas.

La lucha fué larga, enconada, mortal. Don Jorge Pacheco, hombre de fuerzas hercúleas, de talla gigantesca y no menos asombrosa penetración, había al fin logrado, ya que no aniquilar á los contrabandistas, lo cual era una cosa imposible, cuando menos alejarlos de la ciudad. Pero los contrabandistas reaparecieron de un modo brusco é inesperado, más audaces, más activos y mejor organizados, gobernados por una voluntad tan fuerte y atrevida y sobre todo tan inteligente como podía serlo la del comandante Pacheco.

Este se valió de espías que recorrieron la campiña para inquirir las causas que habían hecho recrudecer las hostilidades; y todos, al informar á su jefe sobre el resultado de sus gestiones, pronunciaron un nombre:

—¡Artigas!

¿Quién era Artigas?

Un joven de veinte á veinticinco años, intrépido como un español, perspicaz como un charrúa, astuto co-

mo un gaucho. Su espíritu, ya que no su sangre, participaba de los caracteres de tres razas.

Entonces se entabló una lucha admirable, lucha de astucia y de fuerza entre el viejo comandante y el joven contrabandista. Pero el uno era joven y estaba en el período álgido de su vigor, al paso que el otro, aunque no viejo, se sentía cansado.

Durante cuatro ó cinco años, Pacheco persiguió á Artigas, batiéndole dondequiera que le encontraba; pero Artigas, derrotado, jamás caía ni prisionero ni herido. El perseguidor se aburrió de una lucha hasta entonces infructosa, y á la manera de los romanos del tiempo de la República, que sacrificaban su personal orgullo al bien público, propuso al Gobierno la resignación de sus poderes, con la condición de que nombrasen por sucesor suyo al propio Artigas, que, según el parecer de Pacheco, era el único capaz de llevar á feliz término la emprendida y fracasada obra de exterminar á los contrabandistas.

El Gobierno aceptó, y al igual que esos malhechores romanos que hacen acto de sumisión ante el Papa y luego se pasean aclamados por las calles de la ciudad de la cual fueron el terror, al igual que ellos, decimos, entró Artigas en Montevideo, y reanudó la obra de exterminio abandonada por su predecesor.

Al cabo de un año, el contrabando había desaparecido, ya que no se puede decir que hubiese sido completa y absolutamente destruído.

Esto acontecía cincuenta y ocho ó sesenta años antes de los sucesos en que intervino Garibaldi; pero, quien esto escribe, autor dramático antes que nada, no sabe prescindir del prólogo en sus dramas. Por lo demás, el prólogo que ahora está escribiendo no carece de interés, sobre que en él se habla de personajes y de lugares poco conocidos en Europa.

Artigas tenía en aquella ocasión veintisiete ó veintiocho años. De consiguiente, en la época que el general Pacheco me suministraba estos datos, contaba noventa y tres, y vivía olvidado en una pequeña quinta del presidente del Paraguay. Es de suponer que ha dejado ya de pertenecer al mundo de los vivos.

Era un joven valiente, bizarro y vigoroso, y representaba uno de los tres poderes que reinaron alternativamente en Montevideo.

Don Jorge Pacheco era el tipo del valor caballeresco del Viejo Mundo; de aquel valor que atravesó los mares con Pizarro, Colón y Hernán Cortés.

Artigas era el genuino hombre de la campaña. Podía representar lo que en aquel país se llama el partido nacional, colocado entre los portugueses y los españoles, ó sea entre los extranjeros que continuaban en el país y tenían su residencia en las ciudades, donde todo les recordaba costumbres portuguesas y españolas.

Quedaba un tercer tipo y hasta un tercer poder, del cual hay que hablar, y que es el azote del habitante del campo y de la ciudad.

Este tipo es el gaucho, de quien Garibaldi ha hecho una acertada y pintoresca definición, llamándole *el centauro del Nuevo Mundo.*

En Francia se llama gaucho á todo lo que vive en esas vastas planicies, en esas inmensas estepas, en esas pampas dilatadas que se extienden desde las orillas del mar á la vertiente oriental de los Andes. Nos equivocamos: el capitán Head, de la marina inglesa, es el primer propagandista de esta preocu-

pación de confundir al gaucho con el habitante de la campiña, que, en su altivez, rechaza, no solamente la semejanza, sino hasta la comparación.

El gaucho es el bohemio del Nuevo Mundo. Sin bienes, sin casa, sin familia, posee por todo patrimonio su poncho, su caballo, su cuchillo, un lazo y unas *bolas*.

El cuchillo es su arma; el lazo y las bolas, son su industria.

Con gran satisfacción de todos, Artigas se hizo cargo del mando de la campiña. Rigurosamente hablando, esa satisfacción no la sentían todos: los contrabandistas formaban esta excepción. Desempeñando sus importantes funciones, estalló la revolución de 1810, revolución que tenía por fin y dió por resultado la destrucción del dominio español en el Nuevo Mundo.

El movimiento se inició en Buenos Aires, el año 1810, y concluyó en Bolivia, con la batalla de Ayacucho, librada en 1824.

El jefe de las fuerzas independientes era el general Antonio José de Sucre, que tenía cinco mil hombres á sus órdenes.

El general en jefe de las tropas españolas era don José de Laserna, último virrey del Perú. Había bajo su mando once mil hombres.

Los patriotas no disponían más que de un solo cañón; eran uno contra dos, según es de ver por las cifras que acabamos de estampar. Estaban faltos de municiones, de pólvora, de comestibles. No había que esperar ni vacilar; atacaron y vencieron.

El general patriota Alejo Córdova inició la batalla. Mandaba á mil quinientos combatientes. Puso la bandera en la punta de su espada, y gritó:

—¡Adelante!

—¿A la carga ó al paso?—preguntó un oficial.

—Al paso de la victoria—respondió el general.

A la noche, el ejército español había capitulado y se encontraba prisionero de aquéllos que lo habían sido suyos.

Artigas no se había mostrado remiso en saludar á la revolución como libertadora de pueblos. Encontrábase á la cabeza del movimiento en la campiña, y, deseando resignar el mando, vino á ofrecerlo á Pacheco, bien así como éste había hecho lo propio con él tiempo atrás.

Iba tal vez á operarse ese cambio, cuando Pacheco fué sorprendido en Casablanca, sobre el Uruguay, y hecho prisionero.

Artigas prosiguió su empresa emancipadora. En poco tiempo, expulsó á los españoles, y, verdadero rey de los campos, fué ganándoles terreno, hasta reducirlos á la sola ciudad de Montevideo. Pero Montevideo podía oponer una tenaz resistencia, puesto que era la segunda ciudad fortificada de América.

En Montevideo se habían refugiado todos los partidarios de la causa de España, apoyados por un ejército de cuatro mil hombres.

Artigas, contando con la alianza de Buenos Aires, puso sitio á la ciudad.

Pero un ejército portugués vino en auxilio de los españoles, y obligó á levantar el cerco.

En 1812, fué de nuevo asediada la ciudad. El general Rondeau y Artigas reunieron sus fuerzas, y establecieron el sitio de la ciudad, el cual duró veintitrés meses, y terminó entregándose á los sitiadores, que eran mandados por el general Alvear.

¿Por qué éste, y no Artigas, era el general en jefe?

Vamos á explicarlo.

En el transcurso de veinte meses de asedio, después de tres años de contacto entre los naturales de Buenos Aires y los de Montevideo, las discordancias de costumbres y aun de razas, empezaron siendo meras causas de pasajeras querellas, y acabaron por serlo de verdaderos odios.

Artigas, imitando á Aquiles, se retiró á su tienda, ó mejor dicho, llevóse consigo su tienda. Había desaparecido en las soledades de la pradera, tan conocida de sus años juveniles, cuando se dedicaba á contrabandista.

El general Alvear le había reemplazado, y, cuando la rendición de Montevideo, era el general en jefe de los *porteños*.

Con este nombre son designados los naturales de Buenos Aires, y con el de *orientales* los de Montevideo.

Intentaremos establecer un paralelo entre unos y otros, á fin de hacer comprender las diferencias que existen entre porteños y orientales.

El hombre de Buenos Aires, establecido en el país hace trescientos años en la persona de su antecesor, ha perdido, desde fines del primero de su permanencia en América, todas las tradiciones de la madre patria, de España. Sus intereses radican en el suelo; su vida está ligada á ese suelo. Los habitantes de Buenos Aires son en el día casi tan americanos como lo eran los indios, que ellos han conquistado y á los cuales han sustituído.

El hombre de Montevideo, por el contrario, que lleva un siglo escaso de residencia en el país, considerado en el sujeto conquistador de quien toma origen, no ha tenido tiempo de olvidar que es hijo, nieto y biznieto de españoles. Tiene el sentimiento de su nueva nacionalidad, pero sin haber olvidado las tradiciones de la vieja Europa, á la que le atan lazos de civilización.

El país no deja de ejercer influencia en ese movimiento, retrógrado de un lado, progresivo del otro.

La población de Buenos Aires, extendida por la superficie de los inmensos eriales, con viviendas muy distanciadas entre sí, en comarcas faltas de agua y de bosques y de triste aspecto; morando en chozas mal construídas, adquiere en ese aislamiento, con esas privaciones y por virtud de esta separación ó por obra de esa ausencia de contacto social, un carácter sombrío, pendenciero. Sus tendencias se remontan al indio salvaje de las fronteras del país, con el cual mantiene un comercio de plumas de avestruz, mantas para caballos, palos de lanzas y otros objetos que adquiere de las regiones incultas, desconocidas de los europeos, y cambia por aguardiente, tabaco y algunos objetos más, que lleva á las extensas llanuras de las pampas.

La población de Montevideo, recíprocamente, ocupa un bello país surcado de arroyos, sembrado de valles. No tiene grandes bosques, como la América del Norte; pero en cada uno de sus valles corren riachuelos á cuyas aguas da sombra el *quebracho* de férrea corteza y el *ubajai* y el *salce* de pomposo ramaje. Por lo demás, sus habitantes están bien aposentados y confortablemente nutridos. Sus casas y ciudades, sus haciendas y cortijos, están aproximados los unos á los otros; y su carácter, franco y hospitalario, se inclina á esa civilización cuyo perfume le trae incesantemente la vecindad del mar en alas del viento que viene de Europa.

Para la población de Buenos Aires, el tipo de la perfección es el indio á caballo.

Para la población rural del Uruguay, es el europeo, esclavo de una indumentaria refinada.

El hombre de Buenos Aires tiene la pretensión de ser el primero en elegancia. Monta en cólera con la misma facilidad que se apacigua. Tiene más imaginación que el de Montevideo. Los primeros poetas que América conoció, nacieron en Buenos Aires. Varela y Lafinur, Domínguez y Mármol, son poetas porteños.

El montevideano es menos poético, pero más sereno y más firme en sus resoluciones y en sus proyectos. Si su rival pretende ser el primero en elegancia, él, en cambio, cree superarle en valentía. Entre sus bardos, citaremos á Hidalgo, Berro, Juan Carlos Gómez.

La mujer de Buenos Aires considera que es la más bella de la América meridional.

En efecto, acaso el rostro de la mujer de Montevideo no sea de belleza tan deslumbradora; pero sus formas son perfectas, maravillosas, sus pies, sus manos, su apostura, parecen fundidos, digámoslo así, en el molde de las peregrinas hermosuras de Sevilla y de Granada.

Por consiguiente, de la rivalidad entre ambos países, se desprende lo que sigue:

Con los hombres, rivalidad en la elegancia y en la valentía.

Entre las mujeres, rivalidad de belleza, de gracia y de ternura.

Rivalidad de talento entre los poetas, esos hermafroditas de la sociedad, irritables como hombres, caprichosos como mujeres, ingenuos como niños.

Según es de ver, existían, pues, causas suficientes de ruptura entre porteños y montevideanos, entre Alvear y Artigas.

Y esas causas provocaron un divorcio, un odio, una guerra.

Todos los elementos de antipatía fueron soliviantados contra los naturales de Buenos Aires por el antiguo jefe de los contrabandistas. Con tal de llegar á su meta, poco le importaban los medios; y esa meta, esa finalidad, era la de limpiar de porteños el país.

Acumulando todos los recursos que el país le brindaba, Artigas se puso á la cabeza de esos bohemios de América, que se llaman los gauchos.

Era una especie de guerra santa la que hacía Artigas. Por eso, nada pudo resistirle, ni la armada de Buenos Aires, ni el partido español, que comprendía que la vuelta de Artigas á Montevideo suponía el predominio de la fuerza brutal sobre la inteligencia.

Los que habían previsto esa regresión á la barbarie, no se engañaban. Era la primera vez que gente inculta, vagabunda y desorganizada, se veía reunida en cuerpo de ejército, con un general al frente. De esta suerte, con Artigas dictador, se inició un período que guarda cierta analogía con el de la primera República Francesa, con el de los descamisados de 1793.

Montevideo verá el reinado del hombre descalzo vestido con harapos que el típico *poncho* cubre.

Entonces Montevideo es testigo de escenas peregrinas, grotescas, á veces terribles. La sociedad distinguida, es con frecuencia reducida á la impotencia de acción. Artigas, con menos crueldad y más valor, fué en aquel período lo que más tarde sería Rosas.

Aunque muy funesta, la dictadura de Artigas tuvo su lado brillante y nacional. Ese lado lo trazó la lucha de Montevideo contra Buenos Aires, al que Artigas derrotó constantemente, y cuya influencia redujo á la nada; y fué

también caracterizado por la tenaz resistencia que opuso al ejército portugués que en 1815 invadió el país.

El pretexto de esta invasión fué el desórden en la administración de Artigas, y la necesidad de salvar á los pueblos limítrofes de tales situaciones, los cuales corrian riesgo de ser contagiados por el ejemplo. Tales desórdenes habian, en el seno del propio país, duplicado la oposición que hacia el partido representante del progreso. Las clases elevadas, sobre todo, hacían votos para que una victoria de los portugueses acabase con aquel vergonzoso estado de cosas, que ultrajaba la licencia y la brutal tiranía de la fuerza material.

A despecho de esta sorda conspiración, y á pesar de los ataques de porteños y portugueses, Artigas resistió cuatro años, libró tres batallas campales al enemigo, y, vencido al fin, ó más bien aniquilado poco á poco, se retiró á Entre Ríos, es decir, al otro lado del Uruguay. En su retiro, aunque fugitivo, continuó representando un poder formidable, si no por sus fuerzas, cuando menos por su prestigio. Ramírez, su lugarteniente, sublevó á las tres cuartas partes de las fuerzas que le quedaban, y lo derrotó tan completamente, que le imposibilitó de recobrar su perdida posición, obligándole á salir del país, cuyo suelo parecía que comunicaba nuevas fuerzas al dictador cada vez que éste lo hollaba.

Al igual que esas trombas que se evaporan después de haber sembrado á su paso ruinas y desolación, Artigas desapareció en las soledades del Paraguay, donde vivía todavía, según se ha dicho ya, en 1848, disfrutando de casi todas sus facultades físico-morales, no obstante frisar en los 94 años.

Vencido Artigas, nada se opuso á la dominación portuguesa. Asentada en el país, fué su representante, en 1825, el barón da Laguna, francés de origen. El citado año de 1825, Montevideo fué cedido al Brasil, lo mismo que las demás posesiones portuguesas.

Montevideo fué ocupado por un ejército de 8.000 hombres, y todo parecía asegurar una posesión tranquila al Emperador.

Así las cosas, un montevideano desterrado que residía en Buenos Aires, reunió treinta y dos compañeros, proscritos como él, y juraron libertar á su patria, ó morir en la demanda.

Ese puñado de patriotas se embarcó en dos botes, y desembarcó en el Arenal Grande.

El jefe que los mandaba se llamaba Juan Antonio Lavalleja.

Un hacendado del país, con quien Lavalleja había entrado en secretas connivencias, debía tener caballos preparados al desembarcar los expedicionarios. Luego que hubieron desembarcado, enviaron un aviso al hacendado; pero éste respondió que todo había sido descubierto, que los caballos habían sido arrebatados, y que si Lavalleja y sus compañeros querían seguir un buen consejo, debían reembarcarse y regresar á Buenos Aires sin dilación.

Pero Lavalleja replicó que había emprendido la expedición con ánimo, no de retroceder, sino de avanzar. Así, pues, despidió á los remeros, que hicieron rumbo al punto de partida, y el 19 de abril él y sus compañeros tomaron posesión del territorio de Montevideo, en nombre de la libertad.

Al otro día, el pequeño contingente de tropa, que ya se había provisto de caballos y que, por lo demás, era bien acogido por la mayor parte de los hacendados, se encontró, en su marcha sobre Montevideo, con un destacamen-

to de doscientos jinetes, de los cuales cuarenta eran brasileños y los demás orientales.

Mandaba el destacamento un antiguo conmilitón de Lavalleja, el coronel Julián Laguna. Podía Lavalleja eludir el combate, pero, lejos de esquivarlo, fué resueltamente al encuentro de los doscientos jinetes, de cuyo jefe solicitó una entrevista antes de entrar en combate.

—¿Qué quiere usted, qué busca en el país?—preguntó Laguna, que se adelantó á recibir á su ex camarada.

—Vengo á libertar Montevideo del yugo extranjero—respondió Lavalleja. Si usted está conmigo, hagamos causa común; de lo contrario, entréguemo sus armas, ó apercíbase á la lucha.

—No comprendo el significado de las palabras *rendir mis armas*—respondió Laguna,—ni creo que poder alguno de la tierra pueda rendirlas.

—Pues, siendo así, vaya usted á ponerse al frente de su gente, y Dios dirá.

—Allá voy—replicó Laguna.

Y partió al galope para reunirse con los suyos.

Pero en aquel preciso momento, Lavalleja desplegó la bandera nacional, azul, blanca y encarnada, y en el acto, los ciento sesenta orientales que conducía Laguna se pasaron á Lavalleja.

Los cuarenta brasileños quedaron prisioneros.

La marcha de Lavalleja sobre Montevideo fué, desde entonces, una marcha triunfal, que dió por resultado la proclamación de la República Oriental, nacida á la vida de las naciones constituídas por la voluntad y constancia de un pueblo entero.

ROSAS

Por aquel tiempo empezaba á hacerse popular un nombre destinado á ser el terror de la confederación argentina.

Poco después de la revolución de 1810, un joven de quince á diez y seis años salía de Buenos Aires, y con rápido paso y turbado semblante emprendió la dirección de las campiñas.

Aquel joven se llamaba Juan Manuel Rosas.

¿Por qué, adolescente aún, abandonaba el techo que le vió nacer? ¿Por qué, educado en la ciudad, iba á pedir un refugio á los hombres de la montaña? Porque, el que andando el tiempo había de afrentar á su patria, acababa de afrentar á su madre, y la maldición paterna lo perseguía.

Este suceso, que por otra parte carecía de importancia, presto se olvidó en el ruido de otros más serios que se desarrollaban, y en tanto que todos los antiguos compañeros del fugitivo se agrupaban bajo el estandarte de la independencia, para combatir á la dominación española, Rosas se perdía en la soledad de los campos, se entregaba á la vida del gaucho, adoptaba sus maneras y sus costumbres, se formaba un gran jinete y adquiría gran destreza en el manejo del lazo y de las bolas, en términos tales, que á la vuelta de algún tiempo era un gaucho en toda la extensión de la palabra.

Rosas entró en una estancia como peón, esto es, como jornalero; más tarde, pasó á capataz, y á mayordomo después.

En calidad de tal, administraba los bienes de la opulenta familia Anchore-

na. De ahí arranca su posición como propietario.

Siendo nuestro propósito dar á conocer á Rosas en todos sus aspectos, digamos cuál era el estado de su ser moral.

Rosas se encontraba en Buenos Aires durante el período de la revolución contra España. El hombre que se sentía dotado de valor, buscaba la celebridad en los campos de batalla; el que poseía talento, instrucción, prudencia, la buscaba en los consejos. Nuestro personaje anhelaba la celebridad; pero, ¿qué celebridad le estaba reservada? ¿Qué reputación podía conquistar quien, como él, carecía de valor y de luces intelectuales? Frecuentemente herían sus oídos los gloriosos nombres de preclaros varones. Eran los nombres de Rivadavia, de Pasos, de Agüero, ilustres ministros; eran los de San Martín, de Rodríguez y de Las Heras, famosos caudillos.

Y todos ellos llegaban á Rosas como ecos ruidosos de la ciudad; y todos ellos revivían en su alma el odio que le inspiraba esa misma ciudad, que brindaba gloria y honores á los demás, al paso que á él le tenía condenado al destierro.

Pero ya en esta época presentía el porvenir y lo preparaba. Errante por las pampas, confundido entre los gauchos, se acercaba á los pobres, de cuyas miserias participaba, y adulando los prejuicios del hombre de los campos, le incitaba contra el de la ciudad, y le revelaba su fuerza, demostrándole la superioridad del número y procurando hacerle comprender que la campiña sería dueña de la ciudad en el instante que así lo quisiese.

Entretanto, corrieron los años, y llegó el de 1820.

Entonces apareció Rosas en los confines de las pampas, apoyado en la influencia que ejercía entre los habitantes del campo.

Se ha visto ya lo que había ocurrido en Montevideo. Veamos lo que ocurría en Buenos Aires.

La milicia porteña se insurreccionа contra el gobernador Rodríguez. En esta circunstancia, un regimiento de las milicias rurales, *los colorados de las Conchas*, entran en Buenos Aires el 5 de octubre de 1820, guiados por un coronel cuyo nombre es bien conocido de la ciudad, bien así como ésta lo es de aquél.

Ese coronel era Rosas.

Al otro día, las milicias rurales y las urbanas tienen un choque. En tal ocasión, Rosas no se encontraba al frente de los suyos, retenido en su casa por un fuerte dolor de muelas, que desapareció por encanto apenas concluída la refriega.

¿Por qué no? Octavio tuvo fiebre el día de la batalla de Accio. Rosas tenía mucho de Octavio, con la sola diferencia de que el último llegó á ser Augusto, á lo que nunca pudo llegar el otro.

La entrada de Rosas en Buenos Aires fué la única proeza bélica realizada en toda su vida política.

Los insurrectos de la ciudad fueron vencidos.

Rivadavia, que ya gozaba de celebridad, fué nombrado ministro de Estado, y tomó las riendas de la cosa pública.

Rivadavia era uno de esos hombres de genio, como así lo demostró en los procelosos días de la revolución. Había viajado mucho por Europa; poseía vasta cultura, y parecía animado del más ardiente y puro patriotismo. Su contacto con la civilización europea, que había estudiado en Londres y en París, falseó en su entendimiento el concepto de un pueblo que, no contando diez

siglos de luchas sociales, no se manifestaba con el modo de ser de las naciones europeas. Quería acelerar la marcha del tiempo; hacer con América lo que Pedro el Grande había hecho con Rusia. Pero, careciendo de los elementos de aquel Emperador, hubo de fracasar.

Por lo demás, si á su genio hubiese sumado un poco de habilidad, tal vez habría triunfado; pero mortificó á los hombres en sus costumbres, olvidando que ciertos hábitos constituyen una segunda nacionalidad, al igual que otros son un orgullo colectivo. Ridiculizó las costumbres americanas, manifestó su repugnancia por la chaqueta, su desprecio por el chiripá, al paso que ensalzaba la indumentaria de una civilización en cuyo molde se había fundido su ser moral. Y, como consecuencia fatal de semejante actitud, fué gradualmente perdiendo popularidad, y sintió que el poder se le escapaba por las válvulas inferiores de aquella sociedad.

Y sin embargo, ¡cuántos beneficios reportó al país, en compensación de la chaqueta y del chiripá que lo quería arrebatar! Su administración fué la más próspera de cuantas ha tenido Buenos Aires; fundó universidades é institutos; introdujo la enseñanza mixta en las escuelas. Bajo su administración, muchos sabios europeos son llamados al país; protégense las artes, que adquieren vigoroso desarrollo; en fin, en el mundo de Colón, Buenos Aires conquista el sobrenombre de *Atenas del Plata*.

Hemos hablado ya de la guerra del Brasil, en 1826. Para hacer frente á ella, Buenos Aires realizó inmensos sacrificios, agotó su erario, y, como resultado natural de todo ello, se debilitaron sus resortes administrativos.

Agotado el tesoro público, decaída la administración, resurgieron las internas revueltas.

Se ha dicho que tanto en Montevideo como en Buenos Aires, los intereses del campo y los de la ciudad eran encontrados.

Buenos Aires armó una revolución.

El campo se levantó en el acto como un solo hombre, invadió á Buenos Aires, y puso á Rosas al frente del Gobierno.

Cerramos aquí el paréntesis abierto unas páginas atrás.

En 1830, Rosas es elegido gobernante por la influencia del elemento rural, y contra la oposición de la masa urbana, que se la presenta civilizada por obra de Rivadavia.

Entonces Rosas, el gaucho de las pampas, intenta reconciliarse con la civilización. Parece que olvida las salvajes costumbres patrocinadas por él. La serpiente quiere mudar de piel.

Pero la ciudad se resiste á sus insinuaciones, el progreso no quiere entrar en connivencias con el tránsfuga, con el desertor del campo de la barbarie. Rosas se presenta vestido de uniforme.

Los militares se preguntan en voz baja en qué campos de batalla ha ganado sus charreteras. Habla en público, y el poeta pregunta en qué estancia adquirió el estilo de que hace gala. Hace acto de presencia en una tertulia social, y las mujeres le señalan con el dedo, diciendo: «He aquí el gaucho disfrazado». Y esa guerra sorda de que es objeto, la secunda el mordaz epigrama, arma que los porteños esgrimen con singular maestría.

Los tres años de su gobierno transcurrieron en esta lucha mortal á su orgullo; y acaso las torturas morales que sufrió en aquel lapso de tiempo contribuyeron á las extremas manifestaciones de su ferocidad. Al resignar el po-

der y abandonar el palacio, con el corazón pletórico de odio, comprendiendo que á partir de aquel día no podía existir ya nunca más ningún lazo efectivo entre él y la ciudad, volvió á reunirse con sus fieles gauchos, regresó á sus estancias, de las cuales era el señor, á los campos, que le consideraban su rey. Pero alimentaba un deseo, una intención: volver á Buenos Aires ostentando el carácter de dictador, como Sila, de quien jamás había oído hablar, había entrado en Roma, empuñando la espada con una mano, y sosteniendo la antorcha con la otra.

Véase lo que hizo para conseguirlo.

Pidió al Gobierno que le confiara un mando cualquiera en el ejército que operaba contra los indios. El Gobierno, que lo temía, creyó prudente, para alejarlo, concederle dicha gracia, y puso á su disposición todas las tropas disponibles, olvidando que, haciéndolo así, se privaba á sí mismo de las fuerzas necesarias, al paso que robustecía notablemente los elementos bélicos de Rosas.

Viéndose Rosas á la cabeza del ejército, suscitó una revolución en Buenos Aires, se amañó de modo que lo llamaran al poder, el cual aceptó bajo las condiciones que le plugo imponer, y entró en la capital investido con la dictadura más absoluta que jamás se ha visto, es decir, *con toda la suma del poder público*.

El gobernante que por obra suya fué derribado, era el general Juan Ramón Balcarce, uno de los principales guerreros de la independencia, uno de los jefes del partido federal, del que Rosas se proclamaba báculo y defensor. El concepto de la patria era para Balcarce una religión. Había creído á Rosas y hecho cuanto pudo para exaltarlo al poder. Balcarce fué el primero que Rosas sacrificó. Murió proscripto, y cuando su cadáver pasaba la frontera, bajo la augusta custodia de la muerte, Rosas denegó á la familia, no solamente los honores públicos debidos á un ex Presidente, sino hasta los simples tributos fúnebres que se conceden á un ciudadano.

En 1833 empieza el verdadero poder de Rosas. Su primer Gobierno, todo falsedad, no había puesto de relieve sus instintos crueles, que posteriormente le han dado sangrienta celebridad. Aquel período sólo había sido señalado por el fusilamiento del mayor Montero y de los prisioneros de San Nicolás. Sin embargo, no se olvide que con dicho período coinciden varias muertes inesperadas y envueltas en la sombra, de esas muertes que la historia registra con letras de sangre en el libro de todas las naciones.

Así desaparecieron dos jefes de la campiña, cuya influencia podía hacer sombra al dictador. Así, por aquellos días, murieron Molina y Arbolito. Algo parecido les ocurrió á los dos cónsules que habían acompañado á Octavio en su primera batalla contra Antonio.

Vamos de una vez á Rosas, que hasta ahora no se nos ofrece más que como dictador, pero con una dictadura que llegará á revestir un grado tal de poderío, que bien puede afirmarse que jamás hombre alguno se arrogó el derecho de ejercerlo sobre una nación.

En 1833, esto es, en la época á que hemos llegado, Rosas tenía 39 años. Sus cabellos eran rubios, la tez blanca, azules los ojos, y llevaba las patillas recortadas á la altura de la boca. Su mirada sería agradable, si se la hubiese podido descubrir; pero Rosas tenía la costumbre de no mirar de frente á nadie, ni amigos ni enemigos, porque sabía que en uno de los primeros se escondía un adversario. Su voz era dul-

ce, y cuando tenía necesidad de agradar, su conversación no carecía de atractivos. Se le tenía por cobarde y astuto. Adoraba la mistificación, que constituía su ocupación predilecta antes de consagrarse á los asuntos importantes. Al ocupar el poder, esas aficiones pasaron á ser un simple pasatiempo.

Sus distracciones eran brutales, como su naturaleza. La astucia se hermanaba á maravilla con la ferocidad.

Citemos uno ó dos ejemplos :

Cierta noche que debía cenar con un amigo, escondió el vino destinado á la cena, y dejó en la alacena tan sólo una botella de la famosa medicina Leroy, inventada en los tiempos de Molière. El amigo cogió la botella, creyendo que contenía vino. Probó el líquido, y, encontrándolo de gusto agradable, lo apuró completamente durante la cena. Rosas, so capa de sobriedad, bebió solamente agua, y luego, después que hubieron cenado, se ausentó para su estancia.

El amigo pasó la noche presa de violentos dolores. Rosas celebró la burla con grandes risas, que seguramente habrían sido más estrepitosas si aquél hubieso fallecido.

Cuando recibía en sus estancias la visita de algún ciudadano, se complacía en hacerle montar los caballos más indóciles, y su alegría crecía proporcionalmente con el daño sufrido, en la caída, por el jinete.

En el Gobierno, rodeábale constantemente una camarilla de imbéciles y payasos, que no lo abandonaban ni aun cuando se debatían las más delicadas cuestiones. En el asedio de Buenos Aires, el año 1829, llevaba consigo cuatro de esos infelices individuos. Los había vestido con hábitos de monje, y se nombró prior de aquella improvisada comunidad Los llamaba : fray Bigna, fray Chaja, fray Lechuza y fray Bizcacha.

Otra pasión suya eran los dulces, de que siempre tenía bien provista su tienda de sitio. Los dulces no desagradaban á los monjes, y de vez en cuando desaparecían algunos potes. Entonces, Rosas llamaba á los cuatro histriones, y les obligaba á una franca confesión. El culpable confesaba de plano, porque sabía á lo que se exponía si se cerraba á la banda y negaba ser el autor del escamoteo.

En el acto era despojado de sus hábitos, y azotado por los tres compañeros.

Todo el mundo ha conocido en Buenos Aires á su mulato Eusebio. Un día de recepción, á Rosas se le ocurrió hacer con el mulato lo que en cierta ocasión hizo madame Dubarry con su negro Zamora.

Eusebio, vestido de uniforme, recibió los homenajes de las autoridades, en substitución de su amo.

No obstante el afecto que Rosas sentía por su mulato, tuvo un día el capricho de jugarle una mala pasada. Fingió que se acababa de descubrir una conspiración encabezada por Eusebio. Se trataba, nada menos, que de atentar contra la vida del dictador. Eusebio fué preso, á pesar de sus protestas de adhesión. Los jueces al servicio de Rosas no se preocupaban en averiguar la verdadera culpabilidad del acusado. Rosas acusó, y el tribunal condenó á muerte al infeliz mulato.

Se llevaron á cabo todos los preparativos del suplicio. El condenado se confesó, y después fué conducido al lugar de la ejecución, donde lo esperaban el verdugo y sus ayudantes. De pronto, como el dios de la tragedia antigua, apareció Rosas, manifestando á Eusebio que su hija Manolita se había ena-

morado de él, aunque mulato y criado, y quería hacerlo su marido, por lo cual Rosas, el futuro suegro, lo perdonaba.

Inútil decir que Eusebio, si bien no murió en el suplicio, creyó morir de miedo.

Y puesto que se ha estampado el nombre de Manuelita, hija de Rosas, digamos algo de esa mujer, que la Providencia había colocado al lado de su padre, para repetir constantemente la palabra *perdón*, que á veces fué concedido.

Cuando estas páginas se escribían, Manuelita tenía cuarenta años, y por cariño á su padre, y acaso también por innata vocación, permanecía en estado de celibato. Nos remontamos al año de 1850, en que la perdemos de vista.

La hija del dictador no era ciertamente una belleza; pero la adornaban otras condiciones de más valía, tales como gracia, distinción, mucho tacto y refinada coquetería. Tenía para ella suma importancia el efecto que su presencia producía en los extraños.

Manuelita ha sido muy calumniada, lo cual tiene su explicación en el mero hecho de ser hija de Rosas, del hombre que tantos odios concitaba. Se la acusaba de haber heredado los instintos crueles de su padre, y de haber, al igual que la hija del papa Borgia, olvidado el amor filial por otro amor más tierno y menos cristiano.

Nada de eso fué verdad. Manuelita continuó soltera, por dos razones: la primera, porque Rosas sentía á veces la necesidad de ser amado, sabiendo que el único amor real, infinito y abnegado con el que podía contar, era el de su hija. Y además, tal vez porque el dictador soñaba en un porvenir deslumbrador, en una alianza matrimonial más brillante de la que á la sazón podía aspirar.

No, por cierto. En tanto que la historia, si no incurre en vicio de parcialidad, se mostrará severa con Rosas, tratará á la hija benignamente. Y lo que declaramos aquí, en el Viejo Mundo, todos lo saben y lo sienten allende los mares, como una verdad irrefutable.

Manuelita fué el dique que contenía la cólera de su padre, siempre dispuesta á desbordar. Cuando niña, recurría á un medio singular para obtener del autor de sus días los favores que deseaba. Hacía desnudar al mulato Eusebio; y así desnudo, ó poco menos, el mulato era enjaezado lo mismo que un caballo, con silla y brida. Luego ajustaba á sus diminutos pies de andaluza las metálicas espuelas. Eusebio se ponía á gatas, y la rapazuela le montaba á la espalda, para presentarse á su padre, caracoleando, amazona en su bucéfalo humano. Y el padre, después de haber reído á mandíbula batiente, acababa por conceder la gracia solicitada por la niña.

Más adelante, cuando comprendió que ya no podía emplear ese recurso, no obstante su eficacia, plagió cerca del dictador, el sistema de Mecenas con Augusto, cuando le enviaba un pergamino conteniendo escritas las palabras: *Surge, carnifex*. Pero no lo plagiaba con absoluto servilismo. Conocía mejor que nadie á su padre; sabía cuál era su punto vulnerable; y contemporizaba y solicitaba, obteniendo á veces lo que se proponía.

Tal era Manuelita, reina y esclava, á una, del paterno hogar. Administraba la casa, cuidaba á su padre, y, encargada de todas las relaciones diplomáticas, era el verdadero ministro de Estado de Buenos Aires.

En una palabra, así como Rosas era un ser *sui géneris*, un ser que en el seno de la sociedad no podía confundirse

ni alternar con nadie, Manuelita era una criatura que cruzó por este valle de lágrimas en el más completo aislamiento, huérfana del amor sexual, huérfana de la simpatía de las mujeres.

Rosas tenía otros hijos : un varón llamado Juan, que nunca intervino en la vida política de su padre, y una niña de corta edad, que más tarde fué esposa ejemplar y madre dichosa de unos hijos que llevaban un honrado nombre.

Apenas hubo llegado al poder, todos los afanes de Rosas tenían por meta el aniquilar la federación.

El fundador de ésta, López, cayó enfermo. Rosas lo llamó á Buenos Aires y lo cuidó en su casa.

López murió envenenado.

Quiroga, el jefe de la federación, escapó á veinte mortíferos combates. Su valor y su lealtad han pasado á ser proverbiales.

Quiroga murió asesinado.

Cullen, consejero de la federación, fué nombrado gobernador de Santa Fe. Rosas provocó una revolución en Santa Fe. Cullen es entregado á Rosas por el gobernador de Santiago, y muere fusilado.

Todos los prohombres sobrevivientes del partido federal, corren la misma suerte de los que, en Italia, sobrevivían á los Borgias. Y poco á poco, Rosas, empleando los mismos procedimientos que Alejandro VI y su hijo César, llega á ser el árbitro de la República Argentina, la cual, aunque reducida á una perfecta unidad, conservaba el pomposo título de federación.

Dediquemos algunas palabras á los hombres que acabamos de nombrar, y hagamos reaparecer por un momento sus acusadores espectros. Ello tendrá cierto símil con la escena de *Ricardo III* de Shakespeare, antes de la batalla.

Por otra parte, existe en todos esos hombres ciertos resabios del salvaje primitivo, que merecen ser conocidos.

Hemos empezado por el general López. Una sola anécdota nos dará cabal idea de ese personaje, como asimismo de los hombres de quienes se valía en los asuntos públicos.

López era gobernador de Santa Fe. Tenía en Entre Ríos un enemigo personal, el coronel Ovando, quien, á consecuencia de una revuelta patriótica, fué hecho prisionero y conducido ante el gobernador López.

El general estaba almorzando. Recibió cordialmente á Ovando, y le invitó á su mesa. La conversación corrió entre la más perfecta cortesía.

Sin embargo. á mitad de la comida, López exclamó *ex abrupto:*

—Coronel : si en vez de ser usted el que ha caído en mi poder, hubiese caído yo en el suyo, y en el preciso momento de estar comiendo, ¿qué habría hecho usted?

—Lo habría convidado á usted, conforme ha hecho usted conmigo.

—Bien, ¿pero después del desayuno?

—Lo habría hecho fusilar.

—Precisamente, ésa es mi intención. Será usted fusilado al abandonar la mesa.

—¿Debo abandonarla ahora mismo, ó puedo terminar el desayuno?

—¡ Oh ! acabe usted de almorzar, coronel, acabe usted ; no tenemos prisa.

Continuaron comiendo. Tomaron café y licores, después de lo cual, dijo Ovando :

—Creo que ya es hora.

—Doy á usted las gracias por haberme evitado la molestia de recordárselo —replicó López.

Llamó á su asistente, y le preguntó:

—¿Está preparado el piquete?

—Sí, mi general—respondió el ordenanza.

Entonces, volviéndose hacia Ovando:

—Adiós, coronel—dijo.

—No, hasta la vista—replicó Ovando.—En guerras como ésta, no se vive mucho tiempo.

Y saludando á López, salió. Cinco minutos después, una descarga que retumbó en la misma puerta de López, anunciaba á éste que Ovando había dejado de existir.

Pasemos á Quiroga.

La vida de este hombre, se nos ofrece más familiar, es más conocida. Su reputación, atravesando los mares, ha repercutido en Europa. Hasta las modas intervinieron en esa popularidad. De 1820 á 1823 se usaron capas estilo Quiroga y sombreros á lo Bolívar. Es probable que ninguno de los dos hayan usado jamás las prendas que sus admiradores adoptaban á dos mil leguas de distancia.

Quiroga, al igual que Rosas, era hombre de campo. Había en su juventud servido como sargento en el ejército de línea contra los españoles. Establecido en su país natal, la Rioja, tomó parte en las luchas intestinas y llegó á ser el amo de su región, y una vez escalado este primer grado de poderío, se lanzó á la lucha que sostenían los diferentes partidos de la República, y en esa lucha se reveló á la América latina.

Al cabo de un año, Quiroga era el brazo del partido federal. Jamás hombre alguno ha obtenido éxito semejante, por la simple aplicación del valor personal, que le conquistó inmenso prestigio. Su gran táctica, durante el combate, consistía en acumular en torno suyo la mayor suma de peligros posible, y cuando, en medio de la confusión, lanzaba su peculiar grito de guerra, y blandía la lanza, su arma favorita, hasta los más esforzados corazones vacilaban.

Quiroga era cruel, más aún, era sanguinario, feroz. Pero, en su ferocidad, se ocultaba algo de grande y generoso. Era la ferocidad del león, no la del tigre.

Cuando el coronel Pringles, uno de sus más encarnizados enemigos, cae prisionero y es asesinado, el asesino, que servía á las órdenes de Quiroga, se presenta á éste, creyendo que iba á ser espléndidamente recompensado.

Quiroga le dejó explicar su crimen, y luego lo hizo fusilar en el acto.

Otra vez, dos oficiales pertenecientes al bando enemigo, caen prisioneros. Quiroga les propone desertar de sus banderas y alistarse bajo las de la federación.

Uno de los prisioneros aceptó; el otro rechazó la proposición.

—Está bien—dijo al primero,—montemos á caballo, y vamos á presenciar el fusilamiento de su camarada.

El oficial se apresuró á obedecer, y en el trayecto conversó alegremente con Quiroga, cuyo ayudante de campo se consideraba de antemano. El condenado se dirigía, entre un piquete de soldados, tranquilamente á la muerte.

Llegado al sitio de la ejecución, Quiroga ordena al oficial que rehusó traicionar á su partido, que se ponga de rodillas; pero, ya arrodillado el unitario, Quiroga exclama:

—Es usted un valiente; coja usted el caballo de este señor, y váyase.

Y señalaba el caballo del traidor.

—¿Pero yo?—preguntó éste.

—Tú—responde Quiroga,—tú no tienes ya necesidad de caballo, porque vas á morir.

Y á pesar de las súplicas del oficial perdonado en favor de su compañero, éste fué pasado por las armas.

Quiroga fué vencido sólo dos veces, y el vencedor fué el general Paz, el Fabio americano, hombre íntegro y virtuoso, si los hubo. Dos veces destruyó Paz los ejércitos de Quiroga, en las terribles batallas de la Tablada y de Oncativo.

Para aquellas jóvenes Repúblicas era un soberbio espectáculo el que ofrecían el arte, la táctica y la estrategia en lucha contra el indomable valor y la férrea voluntad de Quiroga. Pero, á partir del día en que el general Paz fué hecho prisionero, á pocos metros de sus fuerzas, Quiroga fué invencible.

Concluída la guerra entre los partidos unitario y federal, Quiroga emprendió su viaje por las provincias del interior. Al regresar de su excursión, fué asaltado, en Barrancallaco, por unos asesinos, en número de treinta, aproximadamente, los cuales hicieron fuego sobre su coche. Quiroga, que se encontraba enfermo, estaba tumbado en el asiento. Una bala atravesó las almohadillas, y fué á herirle en el pecho. Aunque mortalmente herido, se incorporó, y, pálido, desangrándose, abrió la portezuela. A su vista, los asesinos emprendieron la fuga. Pero Santos Pérez, que los mandaba, se acercó á Quiroga, que se había desplomado, y lo remató.

Realizada esta hazaña, los asesinos volvieron sobre sus pasos, y coronaron la obra comenzada. Los que, de acuerdo con Rosas, dirigían aquella empresa, eran los hermanos Reinafé, que gobernaban en Córdoba. Pero Rosas había procurado mantenerse tan ajeno al hecho, que ni siquiera lo notó. De este modo, pudo abogar por la causa del hombre cuya muerte había tramado, y perseguir á los ejecutores del crimen, que fueron condenados á la última pena, y fusilados.

Falta hablar de Cullen.

Nacido en España, residía en la ciudad argentina de Santa Fe, donde había contraído amistad y compromisos políticos con López, llegando á ser su director en los asuntos públicos. La inmensa influencia que López ejerció en la República Argentina, desde 1820 hasta su muerte, acaecida en 1835, dió á Cullen extraordinaria importancia. Cuando, en días aciagos, Rosas emigró, desterrado, á Santa Fe, recibió de Cullen toda clase de servicios, lo cual no fué parte para que el futuro dictador olvidara que Cullen era uno de los que aspiraban á concluir con la arbitrariedad que reinaba en la República. Empero, supo disimular, con afectados alardes de sincera amistad, la malquerencia que por Cullen sentía.

A la muerte de López, Cullen fué nombrado gobernador de Santa Fe, y consagró sus afanes al progreso de la provincia. Al propio tiempo, lejos de mostrarse enemigo del bloqueo establecido por los franceses, hizo ostentación de sus simpatías por Francia, considerando que el poder de esta nación suponía un eficaz auxiliar de sus proyectos civilizadores. Rosas provocó una revolución contra el nuevo gobernante. Vencido Cullen, se refugió en la provincia de Santiago del Estero, cuyo gobernador era su amigo Ibarra. Rosas, al paso que proseguía su nefanda obra de destruir la federación, declaraba á Cullen *salvaje unitario*; y entabló negociaciones con Ibarra para que le fuese entregado el ex gobernador.

Durante mucho tiempo, esas negociaciones fracasaron, y Cullen, creyendo en las protestas de amistad de Ibarra, que juraba que jamás le entrega-

ría, se consideraba á salvo. Pero un día, cuando menos lo esperaba, fué detenido por la gente de Ibarra y conducido adonde se encontraba Rosas. Habiendo llegado á noticias de éste que Cullen estaba preso y era conducido á la capital, dió orden de fusilarlo en el camino, porque (escribía al gobernador de Santa Fe que había sucedido á Cullen), *su proceso quedaba virtualmente hecho por sus propios crímenes, que todo el mundo conocía.*

Cullen era hombre de agradable trato y de humanitarios sentimientos. Su influencia sobre López fué siempre ejercida en el sentido de suavizar los rigores; y merced á esa influencia, el general López no permitió el fusilamiento de un sólo prisionero de la campaña de 1831, campaña que restableció en el poder á los jefes más importantes del partido unitario.

Por lo demás, Cullen poseía todas las apariencias de la civilización, si bien su talento era mediocre y su cultura superficial.

Así se desembarazó Rosas de todos los defensores del partido federal, y llegó á ser el único hombre importante de la República Argentina y el amo absoluto de Buenos Aires.

Escaladas las mayores alturas del poder, empezó el período de sus venganzas contra las clases elevadas de la sociedad que durante mucho tiempo le habían hecho sentir su menosprecio. Entre los más aristocráticos y elegantes ciudadanos, se presentaba constantemente vistiendo chaqueta y sin corbata. Daba bailes, organizaba festejos, á los que invitaba á los carreteros, matarifes y demás hampa de la ciudad

Un día, inició personalmente el baile, danzando con una esclava, y Manuelita con un gaucho.

Pero no era solamente así como castigaba á la orgullosa ciudad. Proclamó este terrible principio:

El que no está conmigo, está contra mí.

Y, fiel á esta máxima, toda persona de su desagrado era calificada con el nombre de *salvaje unitario*. Aquel á quien Rosas aplicara esto calificativo, perdía todo derecho á la libertad, á la propiedad, á la vida, al honor.

Para poner en práctica las teorías del dictador, se organizó, bajo sus auspicios, la famosa sociedad conocida con el nombre de *Más-horka*. Formaban esta sociedad todos los vagabundos, todos los indigentes, todos los esbirros de la ciudad.

A ella, á la Más-horka, estaban afiliados por imposición del dictador: el jefe de policía, los jueces de paz, todos los funcionarios, en fin, que debían velar por el orden público; de modo, que cuando sus miembros forzaban un hogar para saquearlo, ó para asesinar á sus moradores, era en vano que éstos pidiesen auxilio, porque nadie había de responder á sus clamores. Tales violencias se cometían en pleno día, á altas horas de la noche, en cualquier momento, sin poder sustraerse á ellas.

¿Se quieren algunos ejemplos?

Allá van, porque es hábito en el que esto escribe acompañar á la acusación la prueba.

Los elegantes de Buenos Aires tenían en aquella época costumbre de llevar sus patillas en forma de collar. Mas, pretextando que la barba así recortada determinaba los rasgos de la vocal U, y quería decir unitario, la Más-horka se apoderaba de aquellos infelices, y los rasuraba con mal afilados cuchillos, y la barba caía arrastrando jirones de carne. Hecho lo cual, la víctima era abandonada á los excesos del populacho, que acudía á presenciar

el espectáculo y que á veces ponía epílogo á la sangrienta farsa, con la muerte del martirizado.

Las mujeres del pueblo habían adoptado la costumbre de adornar sus cabellos con una cinta encarnada llamada *moño*. Cierto día, la Más-horka se apostó en el umbral de las iglesias principales, y á todas las mujeres que entraban ó salían sin ostentar el clásico moño en la cabeza, se les fijaba uno con betún ardiente.

Tampoco era caso extraordinario el ver á una mujer despojada de sus vestidos y azotada en medio de la calle, por el simple delito de llevar un pañuelo, una prenda, un adorno cualquiera de color azul ó verde. Lo mismo ocurría con los hombres de la más encopetada sociedad, y aun se exponían á más peligrosas consecuencias, si se atrevían á presentarse en público con un traje ó una corbata donde se distinguiesen dichos colores.

Al propio tiempo que se cometían esos atropellos, se encarcelaba á centenares de ciudadanos cuyas opiniones eran de dudosa interpretación en el ánimo del dictador. Ninguno de ellos conocía el crimen de que se le acusaba; pero bastaba con que lo conociese Rosas. Y así como el delito no se precisaba jamás, así también, sin previo juicio, la población presenciaba con harta frecuencia el fusilamiento de innumerables inocentes. Decimos mal, la mayoría de estos suplicios no los veía la ciudad, porque se ejecutaban en las tinieblas, cuando los habitantes estaban entregados al reposo, que interrumpía á menudo el estampido de las descargas homicidas.

Y por la mañana, lo que Francia no había presenciado durante los más terribles días del 93, se podía presenciar en las calles de Buenos Aires. Los carreteros de la policía recogían tranquilamente los cuerpos ensangrentados de aquellos que habían sido fusilados en plena vía pública; luego se dirigían á las prisiones para recoger los cadáveres de los asesinados en su interior, y en revuelto montón, conducían esos despojos á un gran foso, donde eran arrojados, sin concederse á los deudos de las víctimas el consuelo de una suprema despedida.

Más, todavía:

Los carreteros que conducían los inanimados cuerpos, anunciaban su paso con atroces burlas y chistes, que obligaban el cierre de puertas y ventanas, y hacían apartar á los aterrorizados vecinos. Separaban las cabezas, las colocaban en cestos, y, vociferando á guisa de vendedores ambulantes, las ofrecían á los transeuntes.

—Melocotones unitarios. ¿Quién compra melocotones unitarios? —gritaban.

Pronto el cálculo se hermanó con la barbarie, la confiscación con la muerte.

Rosas comprendió que el medio de mantenerse en el poder sería creando en torno suyo intereses inseparables de los suyos.

Y señaló á una parte de la sociedad la fortuna de la otra, diciéndole: *Eso te pertenece.*

A partir de aquel día, se consumó la ruina de los antiguos hacendistas de Buenos Aires, y, recíprocamente, los amigos de Rosas acumularon en poco tiempo fortunas escandalosas.

Lo que no había concebido ningún tirano, lo que no imaginaron ni Nerón ni Domiciano, Rosas lo ejecutó: después de haber dado muerte al padre, prohibió al hijo vestir luto. La ley que dictaba esa prohibición fué proclamada y divulgada, con lo cual se obró muy cuerdamente, pues, de lo contrario,

Buenos Aires habría ofrecido el espectáculo de un duelo general.

Semejante despotismo soliviantó á los extranjeros. Rosas, que entendía no existir trabas para él, provocó el primer bloqueo establecido por Francia.

Las altas clases sociales, tan maltratadas, emigraron de Buenos Aires, refugiándose en el Estado Oriental, convertido en refugio de una gran parte de la población argentina.

Fué empeño vano el que la policía estableciese la vigilancia; fué inútil amenazar con la pena de muerte al que intentase emigrar, y hasta resultó estéril la aplicación de este castigo. El terror y el odio que inspiraba Rosas eran más poderosos que los medios inventados por él: la emigración aumentaba cada día, crecía por instantes. Para llevar á cabo la evasión de una familia entera, era suficiente una barca bastante capaz para contenerla. Apenas encontrada la embarcación, el padre, la madre, los hijos, todos los deudos, corrían á ella, abandonando fortuna y hogar. Diariamente llegaban á Montevideo algunos de esos barcos abarrotados de pasajeros, cuyos únicos bienes eran el vestido que los cubría.

Muchos emigrantes tuvieron ocasión de felicitarse de haber puesto su confianza en la hospitalidad del pueblo oriental. Esa hospitalidad fué grande y generosa. Y no podía suceder de otra suerte entre dos pueblos hermanos, que tantas veces habían combatido juntos contra brasileños, ingleses y españoles.

Los argentinos arribaban en tropel y desembarcaban entre una muchedumbre que los esperaba situada en el puerto. Y á medida que saltaban á tierra, los habitantes de Montevideo designaban el número de emigrantes que podían albergar en sus casas, proporcionalmente á sus recursos pecuniarios. Víveres, dinero, vestidos, todo era puesto á disposición de aquellos desgraciados mientras duraba su situación precaria. Para que pudiesen mejorarla, todo el mundo los ayudaba; y, por su parte, los argentinos, agradecidos, se ponían en seguida á trabajar, á fin de no ser tan gravosos á sus favorecedores. Muchos de ellos, acostumbrados á las más refinadas comodidades, no reparaban en dedicarse á los más modestos oficios, lo cual los enaltecía tanto más cuanto que habían disfrutado los placeres de una encumbrada posición social.

Así emigraron los más preclaros nombres de la República Argentina.

Lavalle, el primer caudillo de su ejército; Florencio Varela, talento luminoso; Agüero, notable éstadista; Echevarría, el Lamartine rioplatense; La Vega, el Bayardo de los ejércitos andinos; Gutierrez, inspirado cantor de las glorias nacionales; Alsina, gran jurisconsulto é ilustre ciudadano; Sáenz, Valiente, Molino, Torres, Ramos Mejía, opulentos capitalistas; Rodríguez, el viejo general de los ejércitos de la Independencia y de los ejércitos unitarios; Olozábal, preclaro guerrero. Rosas perseguía por igual á *unitarios* y á *federales*, atento á una sola preocupación, que era desprenderse de cuantos podían constituir un obstáculo á su dictadura.

Ello explica el odio que Rosas sentía por el país oriental.

En la época de que hablamos, era presidente de la República el general Fructuoso Rivera.

Como Rosas, como Quiroga, era Rivera hombre de la campiña; pero todas sus aficiones eran encaminadas á la cultura y al progreso. Como hombre de acción, su arrojo no ha sido por nadie superado; como hombre de parti-

do, su generosidad no admite parangón. Durante treinta y cinco años, figuró en la escena política de su país.

Cuando se inició el movimiento contra España, sacrificó su fortuna. Más que generoso, era pródigo. La necesidad de dar ejercía en él una fuerza irresistible.

Era tan pródigo con sus semejantes como lo había sido Dios con él.

Era un perfecto caballero, en el doble concepto de hidalgo y soldado. Tez morena, alta estatura, penetrante mirada; su conversación cautivaba. Ese era Rivera, el hombre más popular del Estado Oriental. Pero cúmplenos reconocer que jamás hombre alguno dilapidó, como él, los recursos financieros de un pueblo. Había malbaratado su fortuna particular, y malbarató la pública, no para rehacer aquélla, sino en virtud de la influencia que en sus actos de hombre público ejercían sus hábitos de particular.

En aquella época, la bancarrota del país no se había declarado todavía. Rivera empezó su presidencia rodeado de los más conspicuos hombres de la nación: Obes, Herrera, Vázquez, Alvarez, Ellauri, Luis Eduardo Pérez, eran, si no sus ministros, los directores de su gobierno, y con tales ciudadanos quedaba asegurado para aquel hermoso país todo lo que suponía progreso y libertad.

Obes, el primer amigo de Rivera, era un carácter chapado á la antigua; su patriotismo, sus talentos, su vasta instrucción, le hacían figurar entre los grandes hombres de América. Para completar su popularidad, murió en el destierro, víctima del sistema de Rosas en el Estado Oriental.

Luis Eduardo Pérez era el Arístides de Montevideo. Republicano austero, patriota entusiasta, consagró su larga vida á la virtud, á la libertad y á su país.

Vázquez, dotado de buen entendimiento y no poca cultura, empezó su vida pública en el sitio de Montevideo, en la guerra contra España, y la concluyó durante el sitio y la guerra contra Rosas.

Herrera, Alvarez y Ellauri, cuñados de Obes, no quedaron á la zaga de los prohombres citados más arriba; son hombres que pertenecen á la patria oriental y á la causa de toda América.

Y sus nombres serán eternamente venerados en el dilatado continente de Cristóbal Colón, desde el cabo de Hornos al estrecho de Behring.

MANUEL ORIBE

El período presidencial de Rivera terminó en 1834. Subió al poder, merced á la influencia del propio Rivera, el nuevo presidente Manuel Oribe, en quien su antecesor esperaba contar con un amigo y con un continuador de su sistema político. En efecto, Manuel Oribe había sido nombrado general por Rivera y formado parte de la anterior administración como ministro de la Guerra.

Oribe pertenecía á las principales familias del país, por cuya defensa combatió, distinguiéndose siempre por su arrojo personal. Su carácter era irresoluto; su inteligencia limitada. Esto explica su alianza con Rosas, á quien se entregó por entero, sin imaginar que esa alianza traía consigo aparejada la pérdida de la independencia por la que había Oribe combatido tantas veces.

Como general, su incapacidad era completa. Sus pasiones tenían la violencia natural de los organismos ner-

vinosa, y le arrastraban á la crueldad. Como particular, era un hombre honrado.

Juzgado como administrador, cabe decir que fué más económico que Rivera, y no se le puede imputar el aumento habido en el déficit del tesoro público; y, sin embargo, á él pertenece toda la responsabilidad de la ruina del Estado Oriental. Olvidando que para ser jefe de partido no basta la voluntad de serlo, no quiso continuar ligado al gran partido nacional, que tenía á Rivera por jefe. Pretendió formarse un partido, provocó la desconfianza del país, y, espantado de su debilidad, se arrojó en los brazos de Rosas. Aunque el tratado era secreto, el país conoció esta alianza en la sorda hostilidad del Gobierno contra la emigración argentina, y como que nada era más opuesto á la opinión pública que el proceder de Rosas, la opinión siguió al general Rivera, cuando éste, en 1836, se puso á la cabeza de una revolución contra Oribe.

No obstante esta casi unanimidad que le era contraria, Oribe resistió hasta el año 1838.

Renunció oficialmente á la presidencia ante las cámaras, y salió del país, después de haber pedido á esas mismas cámaras permiso para retirarse.

Pero, una vez expatriado, Rosas le obligó á protestar de su voluntaria renuncia, y (cosa que nunca se había visto en América) le reconoció como jefe del Gobierno de un país del cual el mismo Rosas había sido expulsado. Era como si Luis-Felipe, en Claremont, hubiese nombrado al duque de Burdeos virrey de la República Francesa.

Semejante excentricidad del dictador causó, al principio, risa en Montevideo; pero él hizo de manera que esa risa se convirtiera en llanto.

La consecuencia lógica de la conducta de Rosas era la guerra entre las dos naciones.

Y la guerra fué terrible.

Oribe, á quien algunos de nuestros diarios, pagados por Rosas, han calificado de *ilustre* y *virtuoso*, desempeñó en aquella lucha el doble oficio de verdugo y general.

Desglosemos algunas páginas de las sangrientas relaciones publicadas por *La América del Sur*, donde aparecen registrados diez mil asesinatos.

Tomemos al azar los informes facilitados á Rosas por sus oficiales y por sus agentes.

El general don Mariano Acha, que sirve en el ejército enemigo de Rosas, defiende á San Juan, y el 22 de agosto de 1841 se rinde después de cuarenta y ocho horas de resistencia.

Don José Santos Ramírez, oficial de Rosas, transmite al gobierno de San Juan el parte oficial de este acontecimiento. En ese documento se lee lo que sigue:

Todo ha caído en poder nuestro, pero con perdón y garantía para todos los prisioneros, entre los cuales se encuentra un hijo de Lamadrid.

Véase el número 2067 del *Diario de la tarde*, de Buenos Aires, del 22 de octubre de 1841, y en oposición al parte oficial de José Santos Ramírez, que atestigua la garantía de la vida para los prisioneros, y se leerá este párrafo:

«*Desagüadero, 22 de septiembre 1841.*

»*El supuesto y feroz unitario Mariano Acha, fué decapitado ayer, y su cabeza expuesta al público.*

»*Firmado:* ANGEL PACHECO.»

No se confunda á este Angel Pacheco, teniente de Rosas, con su primo

Pacheco y Obes, uno de sus más encarnizados enemigos.

En la comunicación oficial de Santos Ramírez, se ha leído que :

Entre los prisioneros existe un hijo de Lamadrid.

Pues bien : léase la *Gaceta Mercantil*, número 5703, correspondiente á 22 de abril de 1842, y se encontrará esta carta, escrita por Nazario Benavídez á don Juan Manuel Rosas :

«Miraflores, 7 de abril 1842.

»En un precedente despacho manifestaba á usted los motivos que me inducían á respetar la vida de Ciriaco Lamadrid ; pero, habiendo llegado á mi conocimiento que éste se había dirigido á diferentes jefes de la provincia induciéndolos á la rebelión, he mandado, al llegar á la Rioja, *decapitar al nombrado Lamadrid, así como al otro unitario y no menos feroz Manuel Julián Frías, natural de Santiago.*

»*firmado* : Nazario Benavídez.»

Manuel Oribe, á la cabeza de los ejércitos de Rosas destinados á someter á las provincias argentinas, destruye, el 15 de abril de 1842, en territorio de Santa Fe, á las fuerzas mandadas por el general Juan Pablo López.

Entre los prisioneros se encuentra el general don Juan Apóstol Martínez.

Léase el siguiente fragmento de una carta de Oribe :

«*Cuartel general de Barrancas de Cosonda, 17 de abril de 1842.*

«*Treinta y tantos muertos y algunos prisioneros ; uno de los últimos, era el cruel pretendiente Juan Apóstol Martínez, cuya cabeza ha sido cortada ayer.*

»*Firmado :* Manuel Oribe.»

Volvamos á la *Gaceta Mercantil*, en cuyo número 5903, del 20 de septiembre de 1842, se lee un parte oficial de Manuel Antonio Saravia, al servicio del ejército de Oribe.

Ese parte contiene una lista de diez y siete individuos, entre ellos dos oficiales de alta graduación, que fueron hechos prisioneros y sufrieron *el castigo ordinario de la pena de muerte.*

Volvamos al *virtuoso é ilustre* Oribe, leyendo nuevamente el *Diario de la tarde*, número 3007.

En él se relata la batalla de Monte Grande.

«*Cuartel general de Ceibal, 14 de septiembre de 1841.*

»*Entre los prisioneros se encontraba el traidor y salvaje unitario, ex coronel Facundo Borda, que fué ejecutado en el acto junto con otros llamados oficiales, de caballería y de infantería.*

»Manuel Oribe.»

Oribe está de suerte ; un traidor le entrega el gobierno de Tucumán y á sus oficiales. Y se apresura á comunicar la noticia á Rosas, en la carta que sigue :

«*Cuartel general de Metau, 3 de octubre de 1841.*

»*Los bárbaros unitarios que me ha entregado el comandante Sandoval, y que son : Marión, el llamado gobernador general de Tucumán, Avellaneda, el apócrifo coronel J. M. Videla, el capitán José Espejo, y el primer teniente Leonardo Sosa, han sido ejecutados inmediatamente en la forma de costumbre, con excepción de Avellaneda, á quien he ordenado que le cortaran la cabeza y que la expusieran á las miradas del público, en la plaza de Tucumán.*

»Manuel Oribe.»

Pasemos ahora á otro verdugo puesto al servicio de Rosas.

«*Catamarca, 29 del mes de Rosa 1841.*

»*A Su Excelencia el señor Gobernador D. Ci. A. Arredondo.*

»*Después de dos horas de fuego y de haber pasado á cuchillo á toda la infantería, toda la caballería se ha declarado en derrota, y el único jefe sobreviviente se ha escapado por el cerro de Ambasto, con treinta hombres. Se le persigue, y su cabeza será muy pronto expuesta en la plaza pública, para acompañar á las ya cortadas de los llamados ministros González, Dulce y de Espeche.*

»*¡Viva la federación!*

»M. Maza.»

«*Lista de los salvajes unitarios, supuestos jefes y oficiales, que han sido ejecutados después de la acción del día 29:*

»*Coronel: Vicente Mercao.*

»*Comandantes: Modesto Villafañe, Juan Pedro Ponce, Dalmacio Arias, Manuel López, Pedro Rodriguez.*

»*Mayores: Manuel Riso, Santiago de la Cruz-José.*

»*Capitanes: Juan de Dios Ponce, José Salas, Pedro Araújo, Isidoro Ponce, Pedro Barros.*

»*Adjuntos: Dalmacio Sarmiento, Eugenio Novillo, Francisco Quinteros, Daniel Rodriguez.*

»*Teniente: Domingo Diaz.*

»M. Maza.»

Puesto que estamos con Maza, continuemos con él. Luego pasaremos á Rosas.

«*Catamarca, 4 de noviembre de 1841.*

»*Ya tengo comunicado á usted que habiamos puesto en derrota completa al feroz unitario Cubas, que lo estaban persiguiendo y que pronto tendriamos la cabeza del bandido. En efecto: fué alcanzado y hecho prisionero en el cerro de Ambasto. Su cabeza queda expuesta en la plaza pública de esta ciudad.*

»*Después de la acción:*

»*Han sido cogidos 19 oficiales que seguian á Cubas.*

»*El triunfo ha sido completo, y ni uno solo se ha escapado.*

Recojamos de paso, en el *Boletín de Mendoza*, número 12, esta carta que se refiere á la batalla de Arroyo Grande, y va dirigida al gobernador Aldao por el coronel don Jerónimo Costa:

«*Hemos hecho prisioneros á más de 150 jefes y oficiales, que han sido ejecutados en el acto.*»

Todos los fuegos artificiales tienen su ramillete; terminemos con el ramillete de los fuegos artificiales, fuegos de sangre, cuyos resplandores iluminan estas últimas páginas.

He prometido referirme de nuevo á Rosas, y cumplo la promesa.

El coronel Zelallaran cae muerto, y su cabeza es presentada á Rosas.

Rosas se entretiene dos ó tres horas haciéndola rodar con el pie y, no contento, la escupe. Así entretenido, llégale la noticia de que otro coronel, compañero del primero, está prisionero. Su primer impulso es hacerlo fusilar, pero modifica este plan. En vez de condenarle á muerte, lo condena á ser torturado. Durante tres días, el prisionero tendrá expuesta delante de él, doce horas diarias, la cabeza de Zelallaran, colocada sobre una mesa.

Rosas manda fusilar, en la plaza de San Nicolás, á muchos prisioneros del general Paz.

Entre los prisioneros estaba el coro-

nel Videla, antiguo gobernador de San Luis. En el momento del suplicio, el hijo del condenado se arroja en brazos de su padre.

Fusilen á los dos, dice Rosas.

Y los dos, padre é hijo, caen abrazados.

En 1832, Rosas hizo conducir á una plaza de Buenos Aires á ochenta prisioneros indios, y en pleno día, á la vista de todo el mundo, los hizo matar á bayonetazos.

Camila O'Gorman, joven de diez y ocho años, perteneciente á una de las principales familias de Buenos Aires, es seducida por un cura de veinticuatro años. Los dos amantes huyen de Buenos Aires, y se refugian en un pequeño pueblo de Corrientes, donde, presentándose como marido y mujer, establecen una modesta escuela. Corrientes cae en poder de Rosas. Reconocido por un cura y denunciado á Rosas, los fugitivos son reintegrados á Buenos Aires, y, sin previo juicio, Rosas ordena el fusilamiento de ambos.

Pero alguno hubo de decir á Rosas:

—Camila O'Gorman está en cinta de ocho meses.

—Que se bautice al vientre—contestó el dictador, lo cual, cristianamente ejecutado, equivale á salvar el alma del niño.

El vientre fué bautizado, y Camila O'Gorman fusilada.

Tres balas atravesaron los brazos de la desventurada madre, que en un movimiento instintivo los había extendido para proteger á su hijo.

¿Cómo es posible, después de lo que se acaba de leer, que Francia pueda tener amigos como Rosas y enemigos como Garibaldi?

Y, en efecto, el tratado de 1840, firmado por el almirante Mackau, restableció el poder de Rosas, dejando sola á la República Oriental empeñada en la lucha.

Entonces apareció Garibaldi, á su regreso de Río Grande.

De un lado, Rosas y Oribe, esto es, la riqueza, el poderío, combatiendo por el despotismo.

De otro lado, una pequeña República, una ciudad desmantelada, un tesoro exhausto, un pueblo falto de recursos, sin poder pagar á sus defensores, pero combatiendo por la libertad.

Garibaldi no titubeó. Se dirigió en línea recta al pueblo y á la libertad.

Le devolvemos la pluma, y le dejamos historiar sus luchas durante el encarnizado sitio de Montevideo, cerco que, como el de Troya, duró nueve años.

ALEJANDRO DUMAS.

XXXVIII

TODO SE HA PERDIDO, MENOS EL HONOR

El verdadero objeto de la expedición no se encaminaba á socorrer y aprovisionar á los habitantes de Corrientes. La meta que se perseguía, era desembarazarse de mí.

¿Por qué tenía enemigos tan poderosos, siendo todavía harto insignificante mi representación? Jamás he podido descubrir este secreto.

Cuando hice mi aparición en el río, el ejército oriental se encontraba en San José del Uruguay, y el de Oribe en la Bóyada, capital de la provincia de Entre Ríos. Ambos se apercibían á la lucha. El ejército de Corrientes, por su parte, se disponía á reunirse con el oriental.

Debía yo remontar el Paraná hasta Corrientes, lo que suponía un recorrido de seiscientas millas entre dos riberas enemigas y bajo la constante amenaza de una escuadra, que me perseguía, cuatro veces más fuerte que la que yo mandaba.

En todo ese trayecto, sólo podía tomar tierra en islas y costas despobladas.

A mi salida de Montevideo existían cien probabilidades contra una de que no llegaría al término de la empresa.

Luego que zarpamos de aquel puerto, tuve que librar un primer combate con la batería de Martín García, isla situada en la confluencia de los dos grandes ríos Uruguay y Paraná, y cerca de la cual se tiene que pasar forzosamente, puesto que los buques de algún tonelaje no pueden dejar de entrar en el único canal que allí existe, y que, en aquel paraje, defienden completamente los fuegos de la isla.

Experimenté algunas bajas, entre ellas la de un bravo oficial italiano, Pocarobba, á quien destrozó la cabeza una bala de cañón.

Tuve además de éste y otros muertos, ocho ó diez heridos.

A tres millas de la isla de Martín García, la *Constitución* encalló. El accidente ocurrió, por desgracia, durante la baja marea.

Después de muchísimos trabajos, logramos poner el barco á flote. Salimos, pues, del trance con fortuna, y merced al ánimo de la gente que tripulaba nuestra pequeña armada.

Estando ocupados en transportar á la goleta todos los objetos pesados, des-

cubrimos á la escuadra enemiga, que venía á nuestro encuentro, desde el lado opuesto de la isla y en perfecto orden.

Me encontraba en una situación crítica. Para aligerar á la *Constitución*, había mandado llevar todos sus cañones á la goleta *Précida*, sobre cuyo puente estaban amontonados. En tales momentos, dichas piezas de artillería eran completamente inútiles. Sólo nos quedaba el bergantín *Teresia*, cuyo bravo comandante se encontraba á mi lado, con la mayor parte de su tripulación, ayudándonos en nuestro trabajo.

Entretanto, el enemigo avanzaba sobre nosotros, fuerte de siete barcos de guerra, seguro de la victoria y aclamado por las tropas de la isla.

No obstante el peligro inminente que mi flotilla corría, no se apoderó de mi espíritu la desesperación. No : Dios me concede, en las ocasiones supremas, la gracia de conservar mi confianza en El. Repito que no perdí la serenidad ; pero, declino en los demás, y sobre todo en los marinos, el cuidado de definir la situación en que nos encontrábamos. No se trataba solamente de la vida, á la que habría renunciado de buen grado en aquel instante, sino que también era para mí una cuestión de honor. Estaba yo firmemente resuelto á sacarlo inmaculado de aquel difícil trance. Y esta resolución era tanto más invariable, cuanto más aviesa había sido la intención de los que me arrastraron á una empresa á todas luces temeraria.

No había medio de eludir el combate ; era necesario afrontarlo en las mejores condiciones posibles. Así, pues, siendo el tonelaje de mis buques menor que el de los enemigos, me acerqué cuanto pude á la orilla, que me ofrecía cuando todo se hubiese perdido en el río, una postrera salvación : el desembarco. Mandé despejar el puente de la goleta, á fin de poder utilizar algunos cañones, y, tomadas esas disposiciones, esperé tranquilamente.

La escuadra que iba á atacarme estaba mandada por el almirante Brown, uno de los más intrépidos marinos del mundo.

El combate duró tres días, sin que el enemigo juzgase conveniente intentar el abordaje.

El tercer día, por la mañana, me quedaba aún bastante pólvora, pero me faltaban proyectiles. Hice romper las cadenas de los navíos y recoger todos los clavos y martillos y demás objetos de hierro ó de cobre, para poder utilizarlos como balas y metralla. Así lo hicimos, lo cual nos permitió mantenernos en nuestro puesto el resto del día.

A la caída de la tarde, sin un proyectil á bordo y con pérdida de más de la mitad de mi gente, mandé prender fuego á nuestros tres barcos ; y, soportando el fuego enemigo, logramos tierra, llevando cada hombre su fusil y la parte que le correspondía de los cartuchos restantes.

Los heridos leves y los que podían ser transportados, fueron llevados con nosotros. En cuanto á los otros... dejo explicado en otro lugar el procedimiento que se empleaba en semejantes casos.

Nos encontrábamos á unas doscientas leguas de Montevideo y en territorio enemigo.

La guarnición de la isla de Martín García quiso molestarnos ; pero, enardecidos todavía por el combate sostenido contra el almirante Brown, la escarmentamos en forma que le apagó todo deseo de volver á hostilizarnos.

Emprendimos la marcha hacia Montevideo, sustentándonos de algunas provisiones que llevábamos y de las que encontrábamos en el camino.

Los orientales acababan de perder la batalla de Arroyo Grande. Nos reunimos con los fugitivos, que se concentraron en torno mío; y, después de cinco ó seis días de luchas y refriegas, de privaciones y sufrimientos indecibles, entramos en Montevideo, llevando intacto lo que muchos esperaban que yo dejaría roto y enlodado en la demanda: ¡El honor!

Aquel combate y otros varios que sostuve contra Brown, dejaron tan grato recuerdo en el almirante, que, habiendo abandonado el servicio de Rosas mientras la guerra continuaba, y venido á Montevideo, antes de pasar á ver á su familia, quiso verme á mí. Corrió á mi domicilio, y me abrazó como lo habría hecho con su propio hijo. El buen hombre no dejaba de estrecharme contra su pecho, ni de manifestarme su simpatía.

Luego, volviéndose hacia Anita, dijo:

—Señora, durante mucho tiempo he combatido contra su marido, sin ningún éxito. Me creía por vencerlo y hacerle mi prisionero; pero él consiguió siempre resistirme y escaparse. Si hubiese tenido la dicha de cogerle, habría hallado ocasión de convencerse de la estima en que le tenía, por el trato que le habría dado.

Cito esta anécdota, porque, si bien honrosa para mí, lo es aún más para el almirante Brown.

XXXIX

FORMACIÓN DE LEGIONES

Después de la victoria de Arroyo Grande, Oribe emprendió la marcha sobre Montevideo, declarando que no concedería gracia á ninguno, ni siquiera á los extranjeros.

Y conforme lo declaraba, así lo cumplía. Todo enemigo que á su paso caía en su poder, era en el acto fusilado ó decapitado.

Residían en Montevideo muchísimos italianos, los unos por asuntos de comercio, los otros por haber sido desterrados. Dirigí una proclama á mis compatriotas, invitándoles á tomar las armas, á formar una legión y combatir hasta la muerte en defensa de los que nos habían dado hospitalidad.

Rivera, entretanto, reunió los restos de su ejército.

Por su parte, los franceses constituyeron una legión en la que entraron los vasco-franceses, como los españoles formaron la suya, en cuyas filas se alistaron los vasco-españoles. Pero, á los tres ó cuatro meses de su formación, la legión española, compuesta en su mayoría de carlistas, se pasó al enemigo, y vino á ser el nervio del ataque, bien así como la legión italiana vino á ser el nervio de la defensa.

La legión italiana no disfrutaba de paga; recibía tan sólo raciones de pan, vino, aceite, sal, etc. Después de la guerra, los sobrevivientes, lo mismo que las viudas y los huérfanos, recibían á título de gratificación terrenos y animales.

Al principio, la legión constaba de cuatrocientos ó quinientos hombres; pronto se elevó á ochocientos, engrosada con los numerosos italianos que, procedentes de Europa, llegaban frecuentemente á las playas uruguayas.

La legión fué distribuída en tres batallones, uno mandado por Danuzio, otro por Ramella, y el tercero por Mancini.

Oribe conocía todos los preparativos de defensa; pero no creía en ella. Marchó sobre Montevideo y acampó en el Cerrito. Dado el desorden que reinaba en la ciudad, acaso habría podido tomarla en el primer intento; pero, creyendo que en la población había un buen contingente de habitantes partidarios de su causa, esperaba una demostración de los mismos. La esperó inútilmente, con lo cual dió Oribe tiempo á Montevideo de organizar su defensa.

Estaba acampado, con doce ó catorce mil hombres, á unos cinco kilómetros de Montevideo.

Esta plaza podía, en el transcurso de algunas semanas, oponerle nueve mil hombres, de los cuales cinco mil eran negros manumitidos, que se portaron como buenos soldados.

Cuando Oribe hubo perdido toda esperanza de entrar en Montevideo sin derramamiento de sangre, se fortificó en el Cerrito, y empezaron las escaramuzas.

A su vez, los montevideanos se fortificaron como pudieron, bajo la dirección del ingeniero Echevarría.

La organización general de las tropas, corrió á cargo del general Paz.

Joaquín Suárez era Presidente; Pacheco y Obes, ministro de la Guerra.

El general Paz se ausentó en seguida de Montevideo, para provocar la sublevación de Corrientes y Entre Ríos.

La primera vez que la legión rebasó las líneas, apoderóse de ella tal pánico, que, sin haber disparado un solo tiro, regresó á sus posiciones. Ignoro si fué culpa de los soldados, ó de sus jefes.

Obligué á uno de sus tres comandantes á presentar la dimisión. Dirigí una enérgica arenga á los italianos, escribí por segunda vez á Anzani, que estaba en una casa de comercio del Uruguay, diciéndole que viniese á reunirse conmigo.

Anzani accedió á mis deseos, y en el mes de julio llegó á Montevideo.

Con su llegada, todo recobró vida y fuerza. Consagró todos sus cuidados á la parte administrativa de la legión, que se encontraba en desastrosa situación.

Por aquellos días, se había organizado, como se pudo, una flotilla, cuyo mando me confiaron.

Mancini me sucedió en el de la legión.

La flotilla se comunicaba por el río con el Cerro, fortaleza que había quedado en poder de Montevideo, aunque se encontraba situada á una distancia mucho mayor que el Cerrito, ocupado por Oribe.

El Cerro nos era muy necesario.

Constituía á la vez un punto de apoyo para abastecernos, para expedir órdenes á la campiña y como refugio de los dispersos.

Antes de organizar la defensa, la escuadra del almirante Brown había realizado una tentativa contra el Cerro y la isla de las Ratas. Por espacio de tres días defendí la isla y la fortaleza. En la primera, había cañones de diez y ocho y de treinta y seis, y obligué á Brown á retirarse, después de haberle causado importantes pérdidas.

He dicho que á la llegada de Anzani se puso coto á las concusiones. Los concusionarios miraron con desagrado el honrado cambio habido en la administración, y se formó un complot que tenía por objeto asesinarnos á los dos y vender la legión italiana al enemigo.

Anzani fué advertido de lo que se trámaba.

Los conjurados vieron que por ese lado era vano todo intento, y una mañana que la legión se encontraba en las avanzadas, se pasaron al enemigo veinte oficiales y cincuenta soldados. Pero, justo es decir que los últimos, volviendo de su acuerdo, regresaron nuevamente á su puesto de honor.

Limpia de traidores la legión, reunióla Anzani, y, en lo sucesivo, se condujo admirablemente.

—Si yo hubiese querido hacer una elección entre los buenos y los malos—dijo,—no habría salido de mi empresa con la fortuna que los malos han llevado la suya á cabo.

También yo dirigí una arenga á las

tropas, y el general Pacheco les pronunció un discurso.

Algunos días después de aquella primera salida en que la legión italiana había dado tan desconsoladora idea de su valor y de su disciplina, propuse, en mi ánimo de rehabilitarla, una expedición, que fué aceptada. Consistía en atacar á las tropas de Oribe, acampadas frente del Cerro. La legión italiana se embarcó en nuestra pequeña escuadra, y fuimos á desembarcar en el Cerro. Ya en tierra, Pacheco y yo nos pusimos á la cabeza de la legión. A las dos de la tarde, emprendimos el ataque, y tres horas después, el enemigo se había declarado en fuga.

La legión, compuesta de cuatrocientos hombres, atacó á un batallón de seiscientos. Pacheco peleaba á caballo; yo, indistintamente, á caballo ó á pie, según las circunstancias. Matamos ciento cincuenta hombres al enemigo, y le hicimos doscientos prisioneros. Por nuestra parte, tuvimos cinco ó seis muertos y unos diez heridos, entre ellos un oficial llamado Ferucci, á quien se hubo de amputar una pierna.

Regresamos á Montevideo triunfalmente. Al otro día, Pacheco hizo formar á la legión, le dió las gracias, la ensalzó, y regaló un fusil de honor al general Loreto.

La acción había tenido lugar el 28 de marzo de 1843.

Yo quedé tranquilo; la legión había recibido el bautismo de sangre.

En el mes de mayo, se bendijo la bandera.

Era de tela negra, y llevaba una pintura representando el Vesubio, como emblema de Italia y de las revoluciones que se agitaban en su seno. La bandera fué confiada á la custodia de Sacchi, joven de veinte años, que se había distinguido sobremanera en el combate del Cerro.

Sacchi peleó más tarde en Roma á mi lado, y actualmente es coronel.

XI

EL CORONEL NEGRA

El 17 de noviembre del mismo año, la legión italiana se encontraba prestando sus servicios en las avanzadas. Yo estaba con ella.

Después del almuerzo, el coronel montevideano Negra montó á caballo y recorrió la línea acompañado de algunos números.

Una descarga imprevista lo derribó del caballo, mortalmente herido.

Viéndole caer, el enemigo cargó y se apoderó de su cuerpo.

No bien llegó á mi conocimiento esta noticia, no queriendo dejar abandonado el cadáver de tan valiente oficial á los insultos del enemigo, reuní un centenar de hombres apresuradamente, con los cuales ataqué.

El cuerpo del coronel fué recuperado.

A su vez, los soldados de Oribe se enardecieron, y con un importante refuerzo que recibieron, lograron rodearme. Visto lo cual por los nuestros, corrieron en mi auxilio, y toda la legión se encontró empeñada en la contienda.

Entusiasmados á mi voz, mis hombres cargaron con irresistible ímpetu, tomaron una batería y arrojaron al enemigo de sus posiciones.

Pero se rehizo en breve, y volvió al ataque en columna cerrada.

Casi todas las fuerzas de la guarnición salieron de la plaza, y el combate se generalizó y duró ocho horas.

Habíamos sido obligados á abandonar las posiciones conquistadas en el primer impulso; pero causamos pérdidas enormes á Oribe, y entramos en Montevideo vencedores moralmente y convencidos de nuestra superioridad sobre el enemigo.

Entre muertos y heridos, habíamos experimentado unas sesenta bajas.

Durante la acción, peleé como simple soldado, lo que me impidió observar muchos incidentes de la refriega.

Sin embargo, pude distinguir á Anzani combatiendo con su habitual serenidad, y se me alcanzaba que no se le escaparía á mi amigo ningún detalle de la lucha.

La misma noche, le pedí una relación de los que se habían distinguido.

Al otro día hice formar á la legión, ensalcé su comportamiento y le dí las gracias en nombre de Italia. Al mismo tiempo, propuse algunos ascensos.

Después de estos dos combates, la

legión italiana había adquirido tal predominio moral sobre el enemigo, que cuando éste la veía cargar á la bayoneta, no esperaba el choque, y si lo afrontaba, era fatalmente vencido.

En el ínterin, Rivera había reunido un pequeño cuerpo de ejército de cinco ó seis mil hombres, que operaban en la campiña y tenían en jaque al enemigo.

El general contrario era Urquiza, actual Presidente de la República Argentina.

Rivera enviaba periódicamente y por la vía del Cerro, provisiones á Montevideo.

Oribe se cansó de estos manejos de Rivera, y destacó un pequeño contingente de sus fuerzas, con orden de juntarse á Urquiza y transmitir á éste la de destruir á Rivera, para lo cual le enviaba aquel refuerzo.

XLI

PASO DE LA BOYADA

Los de Montevideo tuvimos conocimiento del envío de tropas dispuesto por Oribe en comisión cerca de Urquiza. En consecuencia, el general Paz resolvió aprovechar la oportunidad que le brindaba esa disminución de fuerzas en el ejército enemigo.

Más allá del Cerrito había un cuerpo de 1800 hombres, aproximadamente, observando el Cerro.

Salimos el 23 de abril de 1844, á las diez de la noche.

He aquí nuestro plan :

Atacar el cuerpo de observación del Cerro. Al darse cuenta del ataque, Oribe enviaría auxilios al Cerro, con lo cual sus fuerzas quedarían debilitadas ; entretanto, la guarnición haría una salida, y atacaría el campamento.

Seguimos la marcha á lo largo de la costa, y pasamos el Arroyo Seco, que no justificó lo de *seco*, por cuanto lo salvamos con agua hasta los robacos.

Entramos en la llanura y rodeamos el campamento.

Nadie se percató de nuestra presencia. Tantas fueron las precauciones tomadas.

Por fin, llegamos á la vista del cuerpo de observación.

La guarnición del Cerro debía salir y secundar nuestro ataque. Entre los dos oficiales del Cerro se suscitó una disputa acerca de cuál de los dos debía asumir el mando, que cada uno quería para sí. Una vez en retirada los 1800 hombres, debíamos cargar sobre Oribe y cogerlo entre dos fuegos, el nuestro y el de la guarnición. Aquella desavenencia desbarató todos los proyectos. La guarnición salió ; pero, disponiendo Oribe de todas sus fuerzas, la rechazó y, volviéndose la oración por pasiva, fué él quien pudo atacarnos y realizar el plan de batalla formado por nosotros.

Fuimos atacados simultáneamente por el ejército de Oribe y por el cuerpo de observación, y no nos quedaba otro recurso que el de la retirada hacia el Cerro, procurando hacerle al enemigo todo el daño posible.

Tomé el mando de la retaguardia, con objeto de proteger la retirada con la mayor eficacia.

Entre nosotros y el Cerro corría un riachuelo cenagoso, denominado la Boyada. Debíamos atravesarlo con lodo hasta medio cuerpo.

Con objeto de introducir el desorden al atravesarlo, el enemigo había colocado en un montículo cuatro cañones que rompieron el fuego contra nosotros al iniciar el paso de la Boyada. Pero la legión italiana, cada día más aguerrida, soportó aquella granizada de hierro y plomo con la mayor sangre fría.

En tal ocasión, la tuve de avalorar el temple de los negros agregados á nuestras fuerzas. So hicieron matar, esperando rodilla en tierra al enemigo. Yo me encontraba entre ellos, y pude admirar su comportamiento. El combate duró seis horas.

Al servicio de Montevideo, teníamos un inglés, á quien Pacheco, que lo conocía á fondo, había concedido amplias facultades para hacer todo cuanto creyese de utilidad para la ciudad. El inglés en cuestión, había reunido algunos hombres, en número de cincuenta, aproximadamente. Le llamábamos Samuel. Ignoro si tenía otro nombre.

No he conocido un hombre más arrojado que él.

Después del paso de la Boyada, le vi llegar sólo con su ordenanza.

—¿Y eso, Samuel? ¿Dónde está tu regimiento?—le pregunté.

—Regimiento—gritó el interpelado; —¡cuídese de usted!

Nadie se presentó; nadie le respondió. Sus hombres habían sido muertos desde el primero hasta el último.

En la orden del día, el general Paz hizo los más calurosos elogios de la legión italiana, que había tenido setenta hombres fuera de combate.

Entramos en Montevideo por el Cerro.

Samuel se ocupó inmediatamente en reorganizar el cuerpo de tropas que mandaba.

XLII

LA LEGIÓN ITALIANA REHUSA LOS TERRENOS QUE LE OFRECEN

El 30 de enero de 1845, el general Rivera, admirado de la conducta que había observado la legión italiana en el combate del Cerro y en el paso de la Boyada, me escribió la siguiente carta:

«Muy señor mío: Cuando, el año pasado, ofrecí á la honorable legión francesa, á título de obsequio (que fué aceptado), una porción de terreno, esperaba yo que la casualidad guiase á mi cuartel general á algún oficial de la legión italiana, lo cual me habría dado ocasión de satisfacer un ardiente deseo mío, demostrando á dicha legión lo mucho que estimo los importantes servicios prestados á la República por sus compañeros, en la guerra que sostenemos contra el ejército invasor de Buenos Aires.

»Para no diferir por más tiempo lo que juzgo como deber sagrado, acompaño con la presente una escritura de donación que con el mayor gusto he querido hacer á la ínclita legión italiana, como prenda sincera de mi personal gratitud por los relevantes servicios dispensados á mi país por ese aguerrido cuerpo.

»La donación no es, ciertamente, proporcional á los servicios ni á mis deseos. Empero, creo que usted no rehusará el ofrecerla en mi nombre á sus camaradas, manifestándoles al propio tiempo el mucho aprecio en que los tengo y el profundo reconocimiento que les guardo, á la par que á usted, que tan dignamente los manda, y que ya de antemano había conquistado, ayudando á la República, un derecho incontestable á nuestra gratitud.

»Aprovecho esta ocasión, coronel, para ofrecerle el testimonio de mis respetos.

»Fructuoso Rivera.»

Había mucho de admirable en el rasgo de aquel excelente patriota. Los terrenos que nos ofrecía no formaban parte de los bienes del Estado: eran patrimonio particular suyo.

El 23 de mayo, fecha en que me entregaron la transcrita misiva, le respondí en los siguientes términos:

«Excelentísimo señor: .

El coronel Parodi, en presencia de todos los oficiales de la legión italiana,

ha cumplimentado los deseos de usted, haciéndome entrega de la carta fechada el 30 de enero último, que se ha dignado usted dirigirme, como asimismo de una escritura por la que hace usted espontánea donación, á la legión italiana, de unos terrenos comprendidos en las propiedades de usted y que se extienden entre el Arroyo de las Avenas y el Arroyo Grande al norte del Río Negro; completando este donativo con otro de su hacienda pecuaria é inmueble.

»Dice usted que el obsequio lo hace usted particularmente, en remuneración de nuestros servicios á la República.

»Los oficiales italianos, después de haberse impuesto del contenido de su citada carta, han manifestado por unanimidad y en nombre de la legión que, al solicitar armas y ofrecer sus servicios á la República, nunca había entrado en sus cálculos recibir otra recompensa que no fuese el honor de compartir los peligros que corrían los habitantes de una ciudad tan generosa y hospitalaria. Obrando así, cumplían con los mandatos de su conciencia. Y que, habiendo cumplido con lo que juzgaban elemental deber, continuarían, mientras lo exigiesen las contingencias del sitio, participando de las penalidades y riesgos de los nobles vecinos de Montevideo; con lo cual se consideraban pródigamente recompensados.

»Tengo, pues, el honor de comunicarle el pensamiento y la resolución de la legión, á cuyos principios me adhiero del modo más firme é incondicional.

»Por lo tanto, devuelvo á usted la escritura de donación.

»Que Dios le conceda larga y feliz vida.

»José Garibaldi.»

Los italianos continuaron sirviendo sin retribución alguna. El único medio que tenían para reunir algún dinero con que poder recomponer su traje, consistía en desempeñar el servicio de algún comerciante francés, que pagaba dos francos al sustituto.

Huelga decir que, en caso de combate, el suplente peleaba y moría en sustitución del titular.

XLIII

DESGRACIA DE RIVERA

He dicho ya cuál era el plan del general Paz cuando tuvo lugar nuestra salida nocturna de Montevideo.

Si se acertaba en él, cambiaba radicalmente el aspecto de la situación, y muy probablemente, Oribe levantaría el sitio; pero fracasó, y regresamos á nuestras habituales posiciones, esto es, á las avanzadas, que fortificábamos sin cesar, en nuestro afán de oponer á las baterías enemigas otras baterías de defensa de igual importancia.

Entretanto, el general Paz se separó de nosotros para dirigirse á Corrientes y ponerse á la cabeza de la insurrección de aquella provincia, favoreciendo así la causa nacional.

Pero las cosas no sucedieron en la medida que se esperaba, debido á la impaciencia del general Rivera, que, contraviniendo las órdenes del Gobierno, que le prohibía aceptar una batalla decisiva, la aceptó, y perdió completamente en los campos de India Muerta.

Nuestro ejército de operaciones fué batido; más de dos mil prisioneros fueron ahorcados ó decapitados, contra todas las leyes de la guerra y de la humanidad.

Muchos quedaron en el campo de batalla, otros huyeron á la desbandada y se internaron en las estepas dilatadas. El general Rivera, con algunos de los suyos, alcanzó la frontera del Brasil, y, como causante de este inmenso desastre, fué desterrado del suelo patrio.

Una vez perdida la batalla de India Muerta, Montevideo sólo pudo contar con sus propios recursos. El coronel Correa asumió el mando de la guarnición. Empero, los cuidados principales de la defensa corrieron á cargo mío y de Pacheco. Algunos de nuestros jefes, después de la funesta batalla, lograron concentrar diferentes destacamentos de soldados dispersos, y con ellos emprendieron una campaña de guerrillas en los lugares más adecuados para esa clase de guerra.

El general Llanos reunió doscientos hombres, y, prefiriendo sumarse á los defensores de Montevideo, se arrojó sobre los enemigos que observaban el Cerro, se abrió paso entre ellos, llegó al fuerte y se reunió con nosotros.

Al recibir este pequeño refuerzo, Pacheco ideó un golpe de audacia.

El 27 de mayo de 1845 nos embarca-

mos en Montevideo, durante la noche, los hombres que componíamos la legión italiana y algunas otras fuerzas procedentes del Cerro; y con este reducido cuerpo fuimos á emboscarnos en un viejo polvorín abandonado.

A la mañana del 28, la caballería del general Llanos salió, protegida por la infantería, y atrajo al enemigo hacia el polvorín. Cuando estuvo á corta distancia de nosotros, salimos, y la legión italiana al frente, cargamos á la bayoneta, sembrando el campo de cadáveres enemigos.

Seguidamente empeñamos nuevo y más sangriento combate con la división que observaba al Cerro, la cual fué también derrotada.

El enemigo fué perseguido de cerca tenaz y encarnizadamente. Una horrorosa tormenta atmosférica que se desencadenó, puso fin á la lucha.

Las pérdidas de los sitiadores fueron considerables.

Tuvieron muchos muertos y heridos, y entre los primeros el general Nunz, uno de los más expertos y valientes generales enemigos, á quien cortó el hilo de la vida una bala de uno de nuestros legionarios.

Además, cogimos un rico botín en cabezas de ganado, que llevamos á Montevideo, donde entramos con el corazón henchido de júbilo y esperanza.

El buen éxito de este atrevido golpe, me animó á proponer otro. Tratábase de embarcar en la flotilla la legión italiana, remontar el río con todo el sigilo posible, llegar á Buenos Aires, desembarcar de noche, encaminarme á la residencia de Rosas, prenderle y conducirlo á Montevideo.

Si esta expedición resultaba coronada por el éxito, quedaba de un solo golpe terminada la guerra. Pero el Gobierno no quiso autorizarla.

De todos modos, en las horas de descanso que se concedía á nuestro ejército de tierra, remontaba el río con la flotilla, y, á pesar del bloqueo, cuya vigilancia burlaba, iba y venía sin tropiezo, y hacía presa en algún barco mercante, que á la vista del propio almirante Brown, quedaba prisionero y era conducido al puerto.

Otras veces, merced á bien combinadas maniobras, atraía hacia mí todas las fuerzas del bloqueo, lo cual permitía la entrada en el puerto de buques mercantes portadores de provisiones para la ciudad sitiada.

A menudo me embarcaba, por la noche, con un centenar de mis hombres más decididos, é intentaba el asalto de los buques enemigos, á los que no podía atacar de día debido á la artillería que montaban. Pero mi intento resultaba siempre inútil, porque el enemigo, á fin de ponerse á cubierto de mis sorpresas, al llegar la noche levaba anclas y cambiaba de fondeadero.

En fin, queriendo en cierta ocasión salir de dudas, me dí á la vela en pleno día con los tres mejores barcos de la flotilla, resuelto á atacar al enemigo surto en la rada de Montevideo.

La escuadra de Rosas se componía de tres unidades: el *25 de Mayo*, el *General Echagüe* y el *Maipú*, los cuales montaban en junto cuarenta y cuatro cañones.

Mi artillería se reducía á ocho piezas de pequeño calibre; pero conocía bien á mis hombres. Si lográbamos ir al abordaje, el enemigo podía considerarse perdido.

Avancé contra la escuadra en línea de batalla.

Ya casi estábamos á tiro de cañón; una milla más, y el combate era ineludible. Todas las azoteas de Montevideo aparecían cubiertas de curiosos;

los mástiles de todas las embarcaciones ancladas en el puerto estaban literalmente ocupados por la marinería.

Tantos espectadores aguardaban con ansiedad el resultado de un combate, que por momentos parecía inevitable.

Pero el jefe de la escuadra enemiga no quiso correr las contingencias de esta lucha, y se hizo á la mar. Regresamos al puerto aclamados con universal y entusiasta clamoreo de un gentío que aplaudía, ya que no un hecho consumado, cuando menos una bizarra intención.

XLIV

INTERVENCIÓN ANGLO-FRANCESA

Sin embargo, los asuntos iban de mal en peor para Montevideo, cuando la intervención anglo-francesa puso término al bloqueo. Las dos potencias aliadas se apoderaron de la escuadra enemiga y se la repartieron entre sí.

Entonces se dispuso una expedición al Uruguay.

Su objeto era apoderarse de la isla de Martín García, de la ciudad de Colonia y de algunos otros puntos, y del Salto principalmente, por donde podía abrirse comunicación con el Brasil, además de ser un magnífico centro para formar un núcleo de ejército de operaciones destinado á reemplazar al que había sido destruído.

Embarqué doscientos voluntarios en mi flotilla, y me dirigí á Martín García. El enemigo había abandonado este fuerte, y nosotros lo ocupamos.

La ciudad de Colonia estaba igualmente limpia de enemigos á la llegada de la escuadra francesa y de nuestra flotilla.

La legión italiana desembarcó, entró en combate y rechazó al enemigo, que acampaba con fuerzas superiores extramuros de la ciudad.

En este intervalo, las escuadras (no puedo precisar el motivo) abrieron un fuego muy vivo contra la plaza abandonada. Sus tropas de desembarco tomaron tierra, y formaron nuestra reserva para el ataque contra el general Montero.

A eso de las dos de la tarde entramos en la ciudad.

La legión italiana fué acuartelada en una iglesia. Dicté las más severas órdenes encaminadas á respetar todos los objetos pertenecientes á los habitantes hostiles á nosotros, que se habían visto obligados á abandonar sus hogares.

Huelga decir que los legionarios obedecieron mis disposiciones religiosamente.

La ciudad fué custodiada y fortificada por nosotros. Las flotillas inglesa y francesa entraron en el Paraná, y, después de un combate que duró tres días, destruyeron las baterías que dominaban la cuenca del río.

La resistencia del enemigo fué heroica.

Con mi pequeña flota, compuesta de un bergantín, una goleta y otros bar-

cos menores, proseguí remontando el río.

Durante todo el tiempo que habíamos navegado juntos, el almirante francés y el comodoro inglés me habían atestiguado la más viva simpatía, de la que continué mereciendo las más elocuentes pruebas por parte del primero de los nombrados jefes.

Ambos venían frecuentemente á nuestro vivac, tomaban asiento y saboreaban el tasajo que constituía nuestro único alimento.

Anzani, que nos acompañaba en nuestra expedición, participaba asimismo de esta simpatía. Pertenecía á esos hombres que se hacen querer con sólo verlos.

Remontando nuestra flota el Uruguay, se unieron á nosotros algunos soldados de caballería mandados por el capitán de la Cruz, hombre dotado de un corazón tan esforzado como generoso.

Tales agregados siguieron á la flotilla costeando el Uruguay. Fueron excelentes auxiliares nuestros como exploradores, y más adelante nos prestaron otros muy buenos servicios, abasteciéndonos de víveres.

La gente de la Cruz ocupó diferentes comarcas: las Vacas, Mercedes y otras.

El enemigo era batido siempre que se le encontraba, y donde fuese.

Paysandú, fortaleza enclavada en la playa del Uruguay, se propuso molestarnos, cuando no destruirnos; pero, no consiguió hacernos daño de importancia.

Más arriba de Paysandú, tomamos posesión de una estancia denominada el Hervidero, donde permanecimos algunos días.

El general Lavalleja intentó darnos un ataque nocturno con fuerzas de las tres armas; pero fué rechazado, con pérdidas considerables, por nuestros invencibles legionarios.

Desde el Hervidero escribí al Gobierno por mediación del capitán Montaldi que regresaba á Montevideo en una goleta mercante. La goleta se vió atacada á la altura de Paysandú, rodeada de barcos enemigos y capturada después de una vigorosa resistencia del capitán Montaldi, quien, solo y abandonado en el puente, fué hecho prisionero.

En nuestro poder caían á diario muchas embarcaciones con bandera enemiga. A todos sus tripulantes, ó casi todos, los dejaba en libertad de regresar á sus hogares.

Gualeguaychí, ciudad que se levanta en la margen derecha del Uruguay y es bañada por las aguas del Gualeguay, cayó por sorpresa en poder nuestro.

Entre los prisioneros figuraba aquel don Leonardo Millán que en cierta aciaga ocasión me hizo aplicar el tormento de la estrapada.

Considero superfluo decir que le devolví la libertad sin hacerle el menor daño, dejándole, por todo castigo, el miedo que se apoderó de él cuando me reconoció.

Gualeguaychí fué abandonado. No era una posición sostenible; pero le hicimos pagar un buen tributo, consistente en dinero, armas y vestidos.

En fin, tras una serie de combates y aventuras, llegamos con la escuadra al Salto. Este nombre toma origen en la catarata que en aquel paraje forma el Uruguay, que, más allá de dicha catarata, sólo es navegable por embarcaciones pequeñas.

El general Lavalleja, que ocupaba el país, lo abandonó á nuestra llegada, obligando á todos los habitantes á seguirle.

Por lo demás, la región era perfecta-

mente adecuada al objeto de la expedición, y la frontera no estaba muy distante.

Resolví establecer nuestra residencia en el Salto.

Mi primer cuidado fué emprender la marcha sobre Lavalleja, acampado á orillas del Zapeví, afluente del Uruguay.

Durante la noche, la infantería se puso en camino, acompañada de algunos jinetes mandados por la Cruz.

Al amanecer, estábamos cerca del campamento, que encontramos defendido, de un lado, por los carromatos, del otro, por el Uruguay, y adosado al Zapeví.

Distribuí á mi gente en dos pequeñas columnas, y con mi caballería cubriendo el centro, me dirigí al ataque.

Tras un corto combate de algunos segundos, éramos dueños del campamento; el enemigo se había declarado en fuga, y salvaba el Zapeví.

El resultado inmediato de esta operación, fué la vuelta al Salto de todas las familias que habían sido expulsadas violentamente de sus viviendas y de la población.

Hicimos al enemigo unos cien prisioneros, y le cogimos muchos bueyes y caballos y municiones, además de una pieza de artillería, la misma que había disparado sobre nosotros en el ataque del Hervidero. Era de fundición italiana, y en el bronce contenía el nombre del fundidor, Cosimo Cenni, y el año de 1492.

Esta expedición cubrió de gloria á la legión y tuvo grandes consecuencias. Unos tres mil vecinos regresaron á sus casas.

Dirigidos por Anzani, mis legionarios se ocuparon inmediatamente en emplazar una batería en la plaza de la ciudad, posición que dominaba los alrededores.

Envié despachos al Brasil, á fin de ponerme en comunicación con los emigrados, y con el concurso de éstos, inicié la reorganización de un ejército de operaciones.

La batería fué construída en poco tiempo; y, armada con dos cañones, pudo responder, en la noche del 5 de diciembre de 1845, á los ataques del general Urquiza, que se presentó con 3.500 jinetes, ochocientos infantes y una batería de campaña.

Mis disposiciones fueron las de rigor en casos tales, cuando á la abrumadora superioridad material hay que oponer, para contrarrestarla, la influencia moral.

Dí á la escuadra orden de retirarse y de no dejar una sola barca puesta á nuestro alcance. Distribuí á mis hombres por los callejones, hice levantar barricadas, y sólo dejé transitables las principales calles. Publiqué una orden del día muy enérgica, y esperé á Urquiza, que, confiando en su fuerza, había dicho á sus soldados que los adversarios que iban á atacar éramos todos unos cobardes.

Sobre las nueve de la mañana del día 6, nos atacó por diferentes lados. Nosotros le respondimos con fuego de cañón y de fusil.

Llegada la ocasión y cuando observé el asombro que le producía nuestra resistencia, le hice cargar por dos compañías de reserva, y se retiró vergonzosamente, dejando buen número de muertos y heridos en las casas de que se había apoderado, y no consiguiendo, en su ataque, más ventaja que llevarse algunos animales, y aun eso debe inculparse al paquete de un barco de guerra inglés que, en unión de otro

francés, nos había seguido hasta el Salto.

Esos dos barcos habían ofrecido ayudarnos á defender el territorio. El piquete inglés se fortificó en una casa que defendía el *Corral*, que encerraba unas seiscientas cabezas de ganado. El enemigo envió un destacamento de infantería sobre aquel punto. Los soldados ingleses fueron acometidos de un terror pánico, en términos que, escapando por puertas y ventanas, dejaron en completa libertad á los soldados de Urquiza de hacer y deshacer á su antojo.

Durante veintitrés días, el enemigo renovó sus ataques, sin alcanzar ningún resultado.

Por la noche, cambiaban los papeles: no le dejábamos en reposo.

A falta de otra carne, nos comíamos la de los caballos. Convencido, al fin, de la inutilidad de sus esfuerzos, Urquiza resolvió levantar el campo, reconociendo que, en los diferentes ataques contra nosotros, había perdido más gente que en la batalla de India Muerta.

En su retirada, el enemigo intentó apoderarse de mis embarcaciones para pasar el Uruguay; pero, habiendo fracasado su propósito, debido á mi vigilancia, hubo de atravesar el río doce leguas más abajo, después de lo cual, acampó en las llanuras de Camardia, frente al Salto.

Simultáneamente con esta operación de Urquiza, hice pasar el río, en pleno día, á una sección de mi caballería, bajo la protección de la escuadra y de fuerzas de infantería.

Mis jinetes atacaron al destacamento que custodiaba una inmensa partida de caballos sueltos por las pampas, de los cuales cogieron un centenar con que poder sustituir á los que nos habíamos comido, y, haciéndoles pasar el río, se los llevaron consigo, antes que el enemigo volviese de su sorpresa y tratase de impedirlo

XLV

ACCIÓN DE SAN ANTONIO

Entretanto, el coronel Báez, procedente del Brasil, se había reunido á nosotros con unos doscientos soldados de caballería.

Al general Medina, que estaba concentrando refuerzos, lo esperábamos por momentos. El 7 de febrero de 1846 recibí un aviso suyo, diciendo que el día 8 llegaría al Zapeví con quinientos jinetes.

Pedía noticias relativas al enemigo, y que lo auxiliase en caso de ataque.

Despaché al mensajero con encargo de manifestar á su jefe que yo me encontraría aquel día en las alturas del Zapeví, con fuerzas suficientes para proteger su entrada en la comarca.

A las nueve, aproximadamente, salí con ciento cincuenta hombres de la legión y doscientos de caballería, emprendiendo la marcha por la orilla del Uruguay.

Nos encaminamos á las Laperas, á unas tres leguas del Salto, donde estaban acantonados cuatrocientos enemigos pertenecientes al cuerpo del general Servando Gómez, únicas fuerzas de observación que se encontraban en las inmediaciones del Salto.

Nuestra infantería se cobijó en un hangar (1), el cual sólo servía para protegernos contra los abrasadores rayos solares.

La caballería, mandada por el coronel Báez y el mayor Caraballo, se extendió hasta el Zapeví.

Anzani se había quedado en el Salto, encargado de su defensa. El pobre sufría mucho de una pierna. Quedaron con él, igualmente enfermos, treinta ó cuarenta soldados. Otros diez hombres habían sido destinados á guardar la batería.

Eran las once de la mañana cuando vi que avanzaba en dirección al sitio que yo ocupaba, un numeroso contingente de caballería enemiga, y pude ver también, casi al mismo tiempo, que cada jinete llevaba un infante á la grupa. Y así era, en efecto. A corta distancia de mis posiciones, los infantes abandonaron la suya, y, poniendo pie en tierra, se organizaron para atacarnos.

Nuestra caballería abrió el fuego con-

(1) Cobertizo compuesto de un techo de paja ú otra materia, sostenida por algunos postes.

tra el enemigo; pero, muy superior éste, numéricamente considerado, cargó sobre ella y pronto la dispersó.

En su huída, nuestros jinetes vinieron á reunirse con nosotros, que ya empezábamos á ser molestados por las balas.

Entonces comprendí que la verdadera resistencia dependía de mis bravos legionarios. Me lancé al encuentro de éstos; pero, al llegar á las primeras filas, en medio del fuego enemigo, mi caballo se desplomó bruscamente, arrastrándome en su caída.

Mi primer pensamiento fué que, viéndome caer, mi gente me tendría por muerto, lo cual podía introducir el desorden en su seno. Conservé la suficiente serenidad para levantarme y hacer un disparo al aire con una de las pistolas que llevaba al cinto, á fin de que se viese que estaba sano y salvo.

Pocos instantes después, me encontraba entre los míos.

Fuerte de 1.200 jinetes y trescientos infantes, el enemigo continuaba avanzando.

Nosotros habíamos quedado reducidos á 190 hombres, pues ya no podíamos contar con la caballería.

No tenía tiempo para pronunciar una arenga demasiado larga. Además, no es ése mi sistema. Me limité á decir, en alta voz, estas palabras:

—Los enemigos son numerosos; nosotros somos pocos. ¡Tanto mejor! Cuantos menos seamos, más glorioso será el combate. ¡Calma! No hacer fuego sino á boca de jarro, y carguemos á la bayoneta.

Esta breve alocución era dirigida á hombres en quienes cada palabra producía el efecto de una chispa eléctrica.

Por otra parte, cualquiera otra determinación habría resultado funesta. A una milla, hacia la derecha, teníamos el Uruguay. En aquellas circunstancias, una retirada equivalía á nuestra total ruina. Comprendiéndolo, ni siquiera pensé en ella.

A una distancia de sesenta pasos, la columna enemiga nos hizo una descarga que nos causó mucho daño. Los nuestros contestaron con otra, igualmente mortífera.

El comandante de infantería cayó mortalmente herido; las filas se quebrantaron, y, á la cabeza de mis valientes, empuñando un fusil, las dispersé por medio de una carga á fondo.

La caballería enemiga estaba ya sobre nuestros flancos.

La lucha fué terrible.

Algunos jinetes adversarios debieron su salvación á la fuga precipitada. Esto me dió tiempo de hacer frente á la caballería.

Mis hombres maniobraron con mecánica precisión.

Soldados y oficiales, todos pelearon como endemoniados.

Veinte soldados de nuestra caballería, mandados por un valiente oficial llamado Vega, avergonzados de la huída de Báez y su gente, volvieron sobre sus pasos, prefiriendo correr nuestra suerte á continuar su afrentosa retirada.

Pasando velozmente por entre el enemigo, vinieron á colocarse á nuestro lado.

Para llevar á cabo aquel movimiento, se requería, en verdad, un valor á toda prueba.

La carga que en seguida dieron, fué de mucha eficacia, en el crítico momento por que atravesábamos, dispersando y destruyendo al enemigo, que había destacado fuerzas en persecución de los fugitivos.

Viendo que bajo la acción de nuestro

fuego, la infantería quedaba rota y maltrecha, la caballería enemiga retrocedió un tanto, y unos seiscientos hombres echaron pie á tierra, envolviéndonos por todas partes, armados de carabinas.

Estábamos rodeados por innumerables cadáveres de hombres y caballos, tanto nuestros como enemigos.

Podría contar numerosos actos de valor personal.

Todos pelearon como nuestros antiguos paladines del Tasso y Ariosto; muchos estaban cubiertos de heridas, producidas por el sable, por la lanza, por el proyectil.

Un joven trompeta de quince años á quien llamábamos el Rojo, y que nos animaba con su clarín, fué herido de una lanzada. Dejar su trompeta, coger su cuchillo y lanzarse sobre el jinete que le había herido, fué asunto de un instante.

Después del combate, los dos cadáveres fueron encontrados abrazados uno al otro. El joven aparecía cubierto de heridas; el jinete presentaba, en el muslo, la huella de un feroz mordisco.

Por parte de nuestros adversarios, se realizaron asimismo actos de prodigiosa temeridad.

Uno de los enemigos, considerando que el cobertizo bajo el cual nos agrupábamos, era, ya que no un escudo contra las balas, un refugio contra el sol, cogió un tizón encendido, y á todo galope pasó como una exhalación por entre nosotros, tirando al techo de paja del hangar el flamígero leño que blandía.

El tizón cayó al suelo sin colmar los propósitos del jinete, que, cuando no otra cosa, había realizado un acto temerario.

Mi gente iba á disparar sobre él; pero yo lo impedí.

—Es preciso respetar á los valientes —grité,—pertenecen á nuestra raza.

Y nadie hizo fuego.

Era cosa sorprendente la absoluta sumisión con que se acataban mis órdenes.

Una palabra mía devolvía energía á los heridos, valor á los indecisos, y duplicaba el ánimo de los esforzados.

Cuando vi al enemigo diezmado por nuestro fuego y cansado de nuestra resistencia, sólo entonces hablé de la retirada, no diciendo «¡retrocedamos!», sino:

—Espero que, al retirarnos, no dejaremos ni un solo herido en el campo de batalla.

—¡No, no!—gritaron al unísono todas las voces.

Por lo demás, todos, ó casi todos, estábamos heridos.

Luego que vi á mis hombres tranquilos y asegurados, dí orden de iniciar la retirada sin dejar de combatir.

Afortunadamente, yo no tenía siquiera un arañazo, lo que me permitía acudir á todas partes, y rechazar duramente á todo enemigo temerario que se acercase demasiado.

Los pocos hombres nuestros que habían quedado indemnes, entonaban cantos patrióticos, á los que hacían coro los heridos.

El enemigo no comprendía nada de eso.

Lo que más nos atormentaba era la falta de agua.

Los unos arrancaban raíces, y las mascaban; otros, chupaban balas de plomo, y algunos bebían sus propios orines.

Llegó, por fin, la noche, y con ella un poco de fresco.

Cerré mis fuerzas en columna, y coloqué en el centro los heridos. Solamente dos, que era imposible transpor-

tar, fueron dejados sobre el campo. Recomendé eficazmente á mi reducida tropa que no se dispersasen y que se encaminasen á un pequeño bosque.

El enemigo se había apoderado de aquel bosque, del que lo arrojamos vigorosamente.

Mandé explorar el terreno, y supe que el enemigo se había desmontado, á fin de que sus caballos pudiesen pastar libremente. En el campo contrario creían seguramente que el hambre y la falta de municiones nos habían obligado á retroceder. El hambre, no la sentíamos ; en cuanto á las municiones, las encontramos á discreción en las cartucheras de los cadáveres enemigos.

Nos quedaba por resolver el punto más difícil.

El enemigo se encontraba acampado entre nosotros y el Salto. Después de una hora de descanso, que le hizo suponer que permaneceríamos toda la noche en el mismo lugar, dí orden de formar en columna, y á la bayoneta nos arrojamos sobre ellos, con el ímpetu de un torrente.

Sus cornetas tocaron á botasilla ; pero nuestra carrera era tan vertiginosa, que tuvimos tiempo sobrado para atravesar por entre sus líneas.

Penetramos en un carrascal, y ordené que todo el mundo se echase boca abajo. El enemigo se nos venía encima, sin vernos y á todo correr.

Dejé que se acercase, y cuando le tuvimos á cincuenta pasos de distancia, grité : «¡ Fuego !», dando el ejemplo yo el primero.

Veinticinco ó treinta hombres y otros tantos caballos mordieron el suelo. El enemigo volvió grupas y regresó á su campamento.

—Vámonos, hijos míos—dije á mi gente,—creo llegado el momento de poder apagar la sed.

Y bordeando el pequeño bosque, sin abandonar á los heridos ni dejar de mantener á raya á los más tenaces de nuestros contrarios que no querían dar por terminada la partida, llegamos á la orilla del río.

La entrada en la población fué emocionante. Llorando de alegría, Anzani corrió á abrazarme, y quiso luego abrazar á todos los demás.

También él había sostenido un combate. Viósе atacado por el enemigo, previa intimación de rendirse, y después de haberle advertido que todos nosotros habíamos sucumbido ó caído prisioneros.

Anzani respondió :

—Los italianos no se rinden ; levantad el campo, ó de lo contrario, seréis aniquilados por mis escuadrones. Mientras uno de nosotros quede en pie, es locura pensar en nuestra rendición, y si ése soy yo, volaré los polvorines, para que, conmigo, voléis también vosotros.

El enemigo no quiso saber más, y se retiró.

Mis hombres, que volvieron en el Salto á nadar en la abundancia, se dirigían á mí, diciendo :

—Hemos sido salvados dos veces : la primera, por ti ; la segunda, por Anzani.

Al otro día, escribí la siguiente carta á la comisión de la legión italiana en Montevideo :

«Hermanos :

»Anteayer, en los campos de San Antonio, á legua y media de la ciudad, libramos el más terrible y el más glorioso de nuestros combates. Las cuatro compañías de nuestra legión y veinte jinetes, han destruído completamente á la infantería de Servando Gómez, fuerte de mil doscientos hombres. El

fuego empezó al mediodía, y duró unas doce horas. Ni el número de enemigos, ni sus repetidas cargas, ni sus compactos núcleos de caballería, nada, en fin, tuvo eficacia contra nosotros. Aunque el único abrigo nuestro era un mísero cobertizo en ruinas, los legionarios han rechazado constantemente todas las encarnizadas embestidas de sus contrarios. En esta jornada, los oficiales han peleado como simples soldados. Anzani, que se había quedado en el Salto, y á quien el enemigo intimó la rendición, respondió que antes volaría la santabárbara.

»Hemos tenido treinta muertos y cincuenta heridos. Todos los oficiales han recibido lesiones más ó menos importantes.

»Por ningún tesoro renunciaría á mi título de legionario italiano.

»A media noche, emprendimos la retirada al Salto. Sólo quedábamos un centenar de hombres absolutamente respetados por el plomo y el acero enemigo. Aquellos otros cuyas heridas eran de poca importancia, iban á la vanguardia, para contener al enemigo, si éste se mostraba demasiado audaz.

»¡Ah! ¡esta función de guerra es digna de ser perpetuada en el bronce!

»¡Adiós! otro día escribiré más detenidamente.

»Vuestro

»José Garibaldi.»

»P. D.—Los oficiales heridos son: Casana, Marochetti, Beruti, Remorini, Saccarello, Sacchi, Grafigna y Rodi.»

Esta fué la última acción importante librada en territorio uruguayo.

XLVI

ESCRIBO AL PAPA

Por aquellos días, encontrándome en Montevideo, tuve conocimiento de la exaltación de Pío IX al pontificado.

Creí, como muchos, en una era de libertad para Italia.

Para secundar al nuevo pontífice en las generosas intenciones que le animaban, resolví ofrecerle mis servicios y los de mis compañeros de armas.

Los que me atribuyen una oposición sistemática al papado, podrán ver, por la carta transcrita más abajo, cuán equivocados son sus juicios. Mis anhelos eran por la causa de la libertad en general, doquiera resplandeciese su luz.

Se comprenderá, con todo, que mis preferencias fuesen por mi patria, y que me brindase á servir á quien parecía llamado á ser el Mesías político de Italia.

Anzani y yo creímos que esa misión sublime estaba reservada á Pío IX, y escribimos al Nuncio la siguiente carta, con ruego de transmitir á Su Santidad nuestros votos y los de nuestros legionarios:

«Muy Ilustre y respetable señor:

»Desde el momento en que tuve la noticia de la exaltación de Pío IX al pontificado y de la amnistía que concedía á los infelices proscriptos, hemos seguido con interés y atención los pasos que el jefe supremo de la Iglesia ha dado por el camino de la gloria y de la libertad. Las alabanzas cuyo eco llega hasta nosotros desde el otro lado de los mares, la emoción con que Italia acoge la convocatoria de los diputados, las sabias concesiones hechas á la imprenta, la institución de la guardia nacional, el impulso dado á la instrucción pública y á la industria, sin enumerar los muchos cuidados consagrados á la protección y bienestar de las clases proletarias y á la reforma de la administración, todo, en una palabra, nos ha persuadido de que, por fin, acababa de surgir del seno de nuestra patria el hombre que, penetrado del espíritu de su siglo, había sabido, de acuerdo con los preceptos de nuestra augusta religión, siempre nuevos, jamás perecederos, y sin menoscabo de su autoridad, doblarse á las exigencias de los tiempos. Y en cuanto á nosotros, aunque los beneficios de esos progresos no nos alcancen directamente, hemos seguido

á través de la distancia las fases de ese movimiento evolutivo, uniendo nuestros aplausos y nuestros votos al concierto de Italia y de toda la cristiandad. Pero, al punto que supimos, hace algunos días, el sacrílego atentado que un partido extranjero ha fomentado para subvertir el actual orden de cosas, nos ha parecido que la admiración al Sumo Pontífice era un tributo harto débil, y que estábamos obligados á cumplir con un deber de otra índole.

»Los firmamentos de estas líneas, á impulsos del espíritu que nos hizo afrontar el destierro, hemos empuñado las armas en Montevideo, para defender una causa que nos parecía justa, y logrado reunir algunos centenares de compatriotas, igualmente expatriados, en sus ansias de buscar en suelo americano días menos procelosos que los de Italia.

»En los cinco años que dura el asedio de esta ciudad, cada uno de nosotros ha dado gallarda prueba de valor y resignación; y gracias á la Providencia y á este aliento inmortal que inflama nuestra sangre italiana, nuestra legión ha tenido oportunidad de distinguirse, y siempre que esa ocasión se ha presentado, ha dejado bien cimentada su reputación; si bien (creo poder decirlo sin incurrir en vanidad), es cierto que, en los momentos de prueba, ningún otro cuerpo, émulo ó enemigo, pudo superar, ni siquiera igualar al formado por nuestros legionarios.

Pues bien, Ilustrísima, estos brazos ya ejercitados en las armas, los ofrecemos con entusiasmo nunca igualado, al servicio de quien tanto ha hecho por la patria y por la Iglesia.

»Nos consideraríamos muy honrados cooperando con nuestro esfuerzo á la obra redentora de Pío IX. Hablamos en nombre de todos nuestros compañeros, y ni uno de nosotros dejaría de derramar generosamente su sangre, en aras de causa tan grande como patriótica.

»Nuestro ofrecimiento no lo dicta la pueril pretensión de que nuestro material concurso sea necesario; sabemos perfectamente que el trono de San Pedro reposa sobre cimientos que el hombre no puede ni conmover ni afirmar, y que, por otra parte, el nuevo orden de cosas cuenta con numerosos defensores que sabrán rechazar con vigor las injustas agresiones de sus enemigos. Pero, como la obra debe repartirse entre los buenos, y el rudo trabajo confiarse á los fuertes, deseamos que se nos conceda el honor de un puesto en la contienda.

»Entretanto, damos gracias á la Providencia por haber protegido á Su Santidad contra las intrigas *dei tristi*, y formulamos ardientes votos para que le conceda largos años de vida para dicha de la cristiandad y de Italia.

»Réstanos suplicar á su Venerable Señoría, que se digne perdonarnos la molestia que le causamos, y aceptar el testimonio de nuestro profundo respeto.

»J. Garibaldi.—F. Anzani.

»Montevideo, 12 octubre de 1847.»

Esperamos vanamente; no recibimos noticia alguna, ni del Nuncio ni de Su Santidad. Entonces resolvimos regresar á Italia con parte de nuestra legión.

Me proponía secundar la Revolución allí donde ya se hubiese pronunciado en armas, y suscitarla en los Abruzzos y otros lugares donde permanecía todavía en estado de gestación.

Existía, empero, una sola dificultad: ninguno de nosotros poseía una mísera peseta.

XLVII

MI REGRESO Á EUROPA.—MUERTE DE ANZANI

Recurrí á un medio infalible cuando se emplea cerca de corazones generosos: abrí una subscripción entre mis compatriotas.

El asunto empezaba á tomar buen aspecto, cuando unos espíritus malévolos se propusieron desacreditarme ante los legionarios, desalentando á los que estaban dispuestos á seguirme. Se les dijo que conmigo iban á una muerte segura, que la empresa que yo intentaba era un imposible, y que correrían la misma suerte de los hermanos Bandiera. De ello resultó que los más pusilánimes se retiraron, y que el número de mis acompañantes quedó reducido á ochenta y cinco hombres, de los cuales desertaron veintinueve, llegado el momento de embarcar.

Afortunadamente, los restantes, casi todos sobrevivientes del combate de San Antonio, eran los más valientes. Además, venían con nosotros algunos orientales á quienes yo inspiraba mucha confianza, y entre ellos mi pobre negro Aguyar, que fué muerto en el sitio de Roma.

He dicho que había abierto una suscripción entre los italianos, para subvenir á los gastos del viaje. La cantidad más importante de esa suscripción, la aportó un genovés establecido en Montevideo, llamado Esteban Antonini.

Por su parte, el Gobierno ofreció ayudarnos en la medida de sus recursos; pero tan escasos eran éstos, que no quise aceptar más que dos cañones y ochocientos fusiles, que mandé transportar á nuestro bergantín.

Al emprender la partida, nos ocurrió con el comandante del *Biponte-Gazolo* lo que á los franceses, cuando la cruzada de Baudouin con los venecianos, que habían prometido á los primeros llevarlos á la Palestina: tan exigente se mostró el comandante, que hubo necesidad de venderlo todo, hasta la camisa, para poder pagarle. Y se le pagó, aunque durante la travesía algunos tuvieron que permanecer ocultos, por carecer de ropas con que cubrirse.

Estábamos ya cerca de las bocas del Orinoco, y con Orsigoni me entretenía, desde el bauprés, aporreando á los delfines, cuando de pronto llegó á mis oídos el grito de: «¡Fuego!»

Saltar del bauprés al puente, y des-

cender á la escotilla, fué obra de un segundo.

Practicando una distribución de víveres, se había cometido la imprudencia de sacar aguardiente de un barril llevando una vela encendida en la mano; el aguardiente se inflamó, y el hombre, atolondrándose, en vez de cerrar el barril, dejó escapar el líquido á borbotones.

El pañol de los víveres, separado de la santabárbara por una plancha de una pulgada de grueso, era un verdadero lago de fuego.

En aquella ocasión pude observar cómo los hombres más animosos son accesibles al miedo, cuando el peligro se presenta ante ellos bajo un aspecto á que no están habituados.

Todos aquellos hombres, que en el campo de batalla eran héroes, corrían despavoridos y temblaban como niños.

Secundado por Anzani, á los diez minutos el fuego quedaba sofocado.

El pobre Anzani guardaba cama, no por falta absoluta de ropas, como sucedía á otros, sino por efecto de la enfermedad que lo minaba, una tisis pulmonar á consecuencia de la cual debía sucumbir al llegar á Génova.

Ese hombre admirable, á quien el más encarnizado de sus enemigos (dado que hubiese tenido alguno), no habría podido reconocer un solo defecto, quería, después de haber consagrado su vida á la causa de la libertad, que sus últimos días fuesen útiles á sus compañeros de armas. Diariamente lo ayudábamos á subir al puente; cuando, decayéndole las fuerzas, no pudo subir más, lo llevábamos en brazos, y sobre cubierta, recostado en un colchón, á veces apoyándose en mí, daba lecciones de estrategia á los legendarios, reunidos en torno suyo.

El cerebro del pobre Anzani contenía toda una enciclopedia. Me sería tan difícil enumerar las cosas que sabía, como encontrar una que no conociese.

En Palos, á cinco millas de Alicante, saltamos á tierra para comprar una cabra y naranjas para Anzani.

Allí tuvimos noticia, por el vicecónsul sardo, de algunos sucesos de Italia.

Supimos que la Constitución piamontesa había sido proclamada, y que habían tenido lugar las cinco gloriosas jornadas de Milán, noticias que no habíamos podido conocer hasta entonces, pues permanecíamos ignorantes de todo lo que ocurría, desde el día de nuestra salida de Montevideo, el 27 de marzo de 1848.

El vicecónsul nos dijo que había visto pasar algunos barcos italianos con bandera tricolor. No necesitaba yo saber tanto para resolver izar el estandarte de la Independencia. Arrié el de Montevideo, bajo el cual navegábamos, y en el acto desplegué, en el trinquete de nuestro buque, el pabellón sardo, improvisado con una sábana y una casaca encarnada.

Ya se recordará que nuestro uniforme era la blusa encarnada, con galones blancos.

El 24 de junio, día de San Juan, llegamos á la vista de Niza. Entre los nuestros predominaba el criterio de que no debíamos desembarcar sin informarnos antes amplia y debidamente.

Yo era el que más arriesgaba, pues pesaba aún sobre mí una condena de muerte.

Empero, no vacilé. Reconocido por los tripulantes de una embarcación, mi nombre corrió pronto de unos á otros, y no bien se hubo extendido el rumor de mi llegada, todos los habitantes de Niza corrieron en tropel al puerto, y,

entre aclamaciones, hubimos de aceptar los festejos que por todas partes nos ofrecían. Así que se supo que yo estaba en Niza, y que había atravesado el Océano para venir en ayuda de la libertad italiana, acudieron voluntarios procedentes de todos los lugares.

Pero, en un principio, mis puntos de vista eran otros, mejores en mi concepto.

A la par que me inspiraba confianza Pío IX, la sentía también por el rey Carlos Alberto; en vez de preocuparme de Mediei, que había enviado á Via-Reggio para organizar la insurrección, entendí que era preferible ir á ofrecer mis servicios al rey del Piamonte.

Me despedí del pobre Anzani, y me reembarqué con rumbo á Génova, en cuyo punto me reuní al cuartel general del rey Carlos Alberto. La despedida con Anzani fué muy dolorosa, por cuanto uno y otro sabíamos que no nos volveríamos á ver.

La acogida que el Rey me dispensó, demostróme lo desacertado de mi plan. Nos separamos recíprocamente descontentos, y me fuí á Turín, donde supe la muerte de Anzani.

Con Anzani perdía yo la mitad de mi vida afectiva; Italia uno de sus hijos más preclaros.

¡Oh, Italia, infortunada madre!... ¡qué desgracia para ti el día en que aquel modelo de leales y valientes cerró para siempre sus ojos á la luz de tu hermoso sol!

Al morir un hombre como Anzani, la nación que lo vió nacer debe lanzar un profundo grito de dolor; y si no lo hace, si no llora ni se lamenta como Raquel en Roma, no merece tal nación simpatía ni piedad, desde el momento en que ella tampoco siente esos impulsos por sus hijos generosos.

Mártir, cien veces mártir, fué nuestro inolvidable Anzani, y el tormento más cruel de su corazón, fué no poder morir como había vivido, combatiendo por la patria, por su honor, por su regeneración.

¡Oh, Anzani! ¡si un genio como el tuyo hubiese presidido en los combates de la Lombardía, en la batalla de Novara, en el sitio de Roma, el extranjero no mancharía el suelo natal ni hollaría con insolencia las osamentas de nuestros paladines!

Ya se ha visto cuán poco había hecho la legión italiana antes de la llegada de Anzani. Su presencia transformó de cuajo el orden de cosas, porque bajo los auspicios de Anzani, los legionarios recorrieron una senda de no interrumpidos hechos gloriosos, á tal punto, que las naciones más engreídas sintieron la mordedura de la envidia.

No he conocido un solo hombre dedicado á la profesión de las armas, que pueda compararse á Anzani en los dones de la Naturaleza, en las inspiraciones del valor, en las aplicaciones de la ciencia. Poseía el ardiente coraje de Massena, la serenidad de Davesio, el ímpetu de sangre fría, el temperamento guerrero de Manara (1).

Los conocimientos generales de Anzani, nadie los poseía en igual medida. Dotado de una memoria asombrosa, hablaba con maravillosa precisión de todos los sucesos de la historia, remontándose á los de la antigüedad.

En los últimos años de su vida, su carácter había experimentado un profundo cambio, y no sin motivo. Era,

(1) El lector no conoce todavía á esos otros mártires de la libertad italiana; pero en breve trabará relación con ellos. Garibaldi, que no escribía para el público, habla, en cierto modo, para sí mismo, y no para los lectores. A. D.

en el postrer período de su existencia, duro, irascible, intolerante. ¡ Pobre Anzani ! Atormentado constantemente por los dolores originados de sus heridas y de la agitada vida que soportó durante tanto tiempo, arrastraba una existencia intolerable, una existencia de mártir.

Declino en una mano más hábil que la mía, el cuidado de descubrir la vida militar de Anzani, digna de la pluma de un gran escritor. En Italia y en Grecia, en España y Portugal, lo mismo que en América, existen datos documentados de la vida de ese héroe.

El diario de la legión italiana de Montevideo, nutrido por Anzani, no es más que un episodio de su vida. Anzani fué el alma de aquella legión, instruída, conducida, administrada por él, y con la cual se había identificado.

¡ Oh, Italia ! ¡ cuando el Todopoderoso haga cesar tus infortunios, surgirán de tu seno los Anzani que guiarán á tus hijos en la obra de exterminar á los que te vilipendian y esclavizan !

XLVIII

OTRA VEZ MONTEVIDEO

Antes de empezar el relato de la campaña de Lombardía, realizada por Garibaldi en 1848, digamos, á propósito de Montevideo, todo lo que el héroe, en su modestia, no ha podido decir: describamos lo que el protagonista no pudo describir.

***

Se recordará el combate del 24 de abril de 1844, y el difícil paso de la Boyada, y tampoco se habrá olvidado cómo se portaron en aquellas ocasiones los legionarios italianos.

El oficial que informaba al general Paz, se limitó á decir, referente á los legionarios:

—Se han batido como tigres.

—No es de extrañar—repuso el general, siendo mandados por un león.

Después de la batalla de San Antonio, el almirante Lainé, que mandaba la división del Plata, admirado de ese glorioso hecho de armas, escribió á Garibaldi la siguiente carta, cuyo autógrafo obra en poder de G. B. Cuneo, amigo de Garibaldi. El almirante Lainé montaba la fragata *Africana*.

«Le felicito, mi querido general, por haber contribuído tan eficazmente con su valor y su inteligencia, al éxito del combate que sin duda sería timbre de orgullo para los soldados del gran ejército que un día logró sojuzgar á Europa.

»Le felicito, asimismo, por la modestia y sencillez que hacen más admirable la lectura de la relación minuciosa y detallada de una función de guerra cuya gloria cabe, sin disputa alguna, atribuirse á usted.

»Por lo demás, esa modestia le ha granjeado las simpatías de las personas capaces de apreciar debidamente lo que usted ha llevado á cabo en seis meses, entre las cuales hay que contar, en primer término, á nuestro ministro plenipotenciario, el digno barón Deffaudis, en quien tiene usted un caluroso defensor, siempre que se presenta ocasión de escribir á París, con el fin de disipar las impresiones desfavorables á que pueden dar margen ciertos artículos de la prensa, dictados por individuos poco acostumbrados á ser verídicos, ni siquiera cuando explican hechos presenciados por ellos mismos.

»Reciba usted, general, la seguridad de mi estima.

»LAINÉ.»

No se redujo á la transcrita carta la demostración del aprecio que el almirante Lainé profesaba á Garibaldi. Quiso atestiguárselo personalmente. Desembarcó en Montevideo, y se dirigió al domicilio de Garibaldi, sito en la calle del Portón.

Esta habitación, tan modesta como la del último legionario, no se cerraba nunca, ni de día ni de noche, y era á cualquier hora accesible á todo el mundo, *particularmente al viento y á la lluvia*, según festivamente decía Garibaldi cuando me contaba esta anécdota.

Al llegar el almirante Lainé á la calle del Portón, había ya cerrado la noche. Franqueó el umbral de la casa, en cuyo interior reinaba completa obscuridad, lo cual hizo que tropezara contra una silla.

—¡Qué!—exclamó el visitante;—¿acaso cuando se viene á visitar á Garibaldi, corre uno el riesgo de romperse el bautismo?

—¡Ea!—gritó Garibaldi, sin reconocer la voz del almirante,—¿no oyes, mujer, que alguien llama en la *antecámara? Alumbra.*

—¿Cómo quieres que alumbre?—respondió Anita.—¿No sabes que en casa no hay dos sueldos con que comprar una vela?

—Es cierto—replicó filosóficamente Garibaldi.

Y levantándose, fuése al encuentro del recién llegado.

—Por aquí—dijo,—por aquí, para que su voz, supliendo la falta de luz, guiase al visitante.

El almirante entró, dándose á conocer por su nombre, pues la obscuridad impedía al dueño de la casa ver sus facciones.

—Almirante—dijo,—usted se servirá excusarme; pero, cuando hice mis convenios con la República de Montevideo, me olvidé de detallar el capítulo velas. Conforme acaba de decir Anita, no reunimos en casa dos sueldos para comprar una vela. Pero, por fortuna, entiendo que usted no viene para verme, sino para hablar conmigo.

Efectivamente, el almirante conversó con Garibaldi, ¡pero no le vió!

Al salir, se dirigió al domicilio del general Pacheco y Obes, ministro de la Guerra, á quien contó lo que acababa de suceder.

El ministro de la Guerra, que estaba redactando el decreto que luego se leerá, sacó cien patacones (quinientos francos), y los envió á Garibaldi.

Este no quiso desairar á su amigo Pacheco, rechazando el obsequio; pero al otro día, apenas amaneció, fué á distribuir el dinero entre las viudas y los huérfanos de los soldados muertos en San Antonio, no reservándose más que lo estrictamente necesario para comprar una libra de velas, que encargó á su mujer economizara todo lo posible, por si el almirante Lainé repetía su visita.

He aquí el decreto que Pacheco y Obes redactaba cuando el almirante Lainé fué á su casa para hacer un llamamiento á su munificencia:

«Orden general:

»Para dar á nuestros esforzados compañeros de armas, que se han inmortalizado en los campos de San Antonio, una elocuente prueba de la estima en que los tiene el ejército á que pertenecen, y que tanto han honrado en aquella memorable acción, el ministro de la Guerra, decreta:

»1.° El 15 del corriente, día señalado por la autoridad para entregar á la legión italiana copia del decreto siguiente, se celebrará una gran parada de la guarnición, que deberá concentrarse en la calle del Mercado, apoyando su derecha sobre la plazoleta del mismo nombre, y en el orden que indicará el Estado Mayor.

»2.° La legión italiana formará en la plaza de la Constitución, de espaldas á la catedral, y allí le será entregada la precitada copia por una delegación presidida por el coronel Francisco Tajes, y compuesta de un jefe, un oficial, un sargento y un soldado de cada cuerpo.

»3.° Cuando los delegados se hayan reincorporado á sus respectivos cuerpos, éstos se dirigirán á la plaza indicada, desfilando en columna de honor delante de la legión italiana, que será saludada por los jefes de cada cuerpo á los gritos de: *¡Viva la Patria! ¡Viva el general Garibaldi y sus valientes compañeros!*

»4.° Los regimientos estarán formados en línea, á las diez de la mañana.

»5.° Se entregará á la legión italiana, y al general Garibaldi, copia auténtica de esta orden del día.

»Pacheco y Obes.»

El decreto decía así:

»1.° Que en la bandera de la legión italiana, se escribiría con letras de oro: *Acción del 8 de febrero de 1846, librada por la legión italiana á las órdenes de Garibaldi.*

»2.° Que la legión italiana haría acto de presencia en todas las paradas;

»3.° Que los nombres de los muertos en aquel encuentro serían inscriptos en un cuadro destinado á figurar en las habitaciones gubernamentales;

»4.° Que todos los legionarios ostentarían en el brazo izquierdo, como distintivo, un escudo con una corona circundando la inscripción siguiente:

»*Invincibili combatterono, 8 febraio 1846.*»

Además, queriendo Garibaldi ofrecer el más fidedigno testimonio de su simpatía y reconocimiento á los legionarios que habían caído á su lado peleando en la jornada del 8 de febrero, mandó erigir en el campo de batalla una gran cruz, en una de cuyas caras se leía:

A los XXXVI italianos muertos el 8 febrero MDCCCXLVI.

Y del otro lado:

CLXXXIV italianos en el campo de San Antonio.

A pesar de ser extremada la pobreza de Garibaldi, encontróse cierto día con un legionario aún más pobre que él.

Aquel legionario no llevaba camisa.

Garibaldi le dió la suya.

Al regresar á su casa, pidió otra á Anita.

Esta, sacudiendo la cabeza, le dijo:

—Bien sabes que no tenías sino una, y ésa única has querido regalarla. Tanto peor para ti.

Y á su vez, fué Garibaldi el que quedó sin camisa, hasta que Anzani lo sacó de este apuro, dándole una.

Pero Garibaldi era incorregible.

Habiendo en cierta ocasión apresado un barco enemigo, repartió el botín con sus compañeros. Hecha la distribución, llamó á los tripulantes, uno después del otro, y les preguntó por el estado de sus respectivas familias.

Á los más necesitados, les daba una parte de la suya, diciendo:

—Tomen esto para sus hijos.

Además, había á bordo una fuerte cantidad en metálico; pero Garibaldi la envió íntegra al Tesoro público de Montevideo, sin tocar un solo céntimo.

Poco tiempo después, tan bien repartida quedaba la presa, que no le quedaban más que tres sueldos.

Esos tres sueldos fueron objeto de una anécdota que el mismo Garibaldi me ha contado.

Un día oyó á su hija Teresita lanzar fuertes gritos.

Garibaldi, que adoraba á la niña, corrió al sitio donde ésta se encontraba.

La niña se había caído de lo alto de la escalera, y presentaba la cara llena de sangre.

Garibaldi, no sabiendo cómo consolarla, recurrió á los tres sueldos que constituían toda la fortuna de la casa y que se guardaban para las grandes ocasiones.

Cogió los tres sueldos, y salió á comprar un juguete para la criatura.

En la puerta encontró un mensajero del presidente Joaquín Suárez, que le buscaba por orden de su amo para transmitirle una comunicación importante.

Garibaldi se encaminó en el acto al domicilio presidencial, olvidando el motivo que le había hecho salir y conservando distraídamente los tres sueldos en la mano.

La entrevista duró dos horas; tratábase, en efecto, de importantes asuntos.

Pasadas esas dos horas, Garibaldi regresó á su casa. La niña se había tranquilizado, pero Anita estaba muy alarmada.

—¡Nos han robado la caja!—dijo á Garibaldi.

Este, pensando entonces en los tres sueldos que retenía en la mano, exclamó:

—He aquí el ladrón.

XLIX

CAMPAÑA DE LOMBARDÍA

Con la cooperación del bizarro coronel Medici, amigo de Garibaldi, vamos ahora á reanudar el relato interrumpido por éste.

Su partida para Sicilia nos pondría en el caso de dar por terminadas sus Memorias, si Medici, cuyo modo de expresión es sencillo y espontáneo, no se encargase de continuarlas.

Y confesamos que esta forma de hablar de Garibaldi, la preferimos á la otra en que el héroe habla de sí mismo.

Porque, cuando Garibaldi describe, olvida siempre la parte que le corresponde en los sucesos que narra, con el deliberado intento de hacer resaltar la de sus compañeros. Y puesto que es él quien preferentemente debe ocuparnos, conviene, para conocerle en sus verdaderos aspectos, que sea otro el que haga la narración.

Dejemos, pues, al coronel Medici el cuidado de hacer la de la campaña de Lombardía, en 1848.

* * *

Salí de Londres para Montevideo á mediados del año 1846.

Ningún asunto político ni comercial me llamaba á Sur América. Emprendía el viaje por razones de salud.

Los médicos me creían atacado de tisis pulmonar. Mis opiniones liberales me habían desterrado de Italia, y me decidí á cruzar los mares.

Llegué á Montevideo siete ú ocho meses después de la acción de San Antonio. La reputación de la legión italiana estaba en su período álgido. Garibaldi era el héroe del día.

Hice conocimiento con él; le rogué que me admitiese en su legión, á lo que accedió.

Al otro día, vistiendo ya la blusa encarnada y adornada de verde, me decía con orgullo:

—¡Soy soldado de Garibaldi!

Pronto intimé con él, que al principio me dispensó su amistad y más tarde su confianza. Y cuando todo se hubo combinado para su viaje, me embarqué con rumbo al Havre un mes antes que Garibaldi saliese de Montevideo.

Me había dado instrucciones claras y precisas, como todas las suyas.

Debía ir al Piamonte y á Toscana, y visitar á varias ilustres personalida-

des, y, entre otras, á Fanti, Guerazzi y Beluomini, hijo del general del mismo nombre.

Tenía la dirección de Guerazzi, oculto cerca de Pistoia.

Con la ayuda de esos poderosos auxiliares, había de organizar la insurrección; Garibaldi, al desembarcar en Vía-Reggio, la encontraría preparada; nos apoderaríamos de Lucca y procederíamos según las circunstancias.

Pasé por la capital de Francia; me trasladé á Italia, y al cabo de un mes, contaba con trescientos hombres dispuestos á seguirme al mismo infierno.

Por aquellos días tuve noticia de que Garibaldi había desembarcado en Niza.

Mi primer sentimiento fué de viva contrariedad por haber olvidado lo que habíamos convenido.

Pronto supe que Garibaldi había salido de Niza, y dejado á Anzani moribundo.

Yo quería mucho á Anzani; todo el mundo le quería.

Corrí á Niza; Anzani vivía aún.

Le hice conducir á Génova, donde recibió la postrera hospitalidad en el palacio del marqués de Gavotto, y en la misma habitación que ocupaba el pintor Gallino.

Me establecí á su cabecera, de donde no me separé.

Aunque ello carecía de importancia, Anzani se preocupaba de mi enfado contra Garibaldi. A menudo me hablaba de eso; un día me cogió de la mano, y con acento profético, acento que parecía nacido de un mundo ignorado:

—Medici—me dijo,—no seas rígido con Garibaldi; es hombre que ha recibido tales privilegios del Cielo, que es prudente seguirle y apoyarle. El porvenir de Italia estriba en él; es un elegido. Más de una vez nos hemos disgustado él y yo; pero, penetrado de su misión, la reconciliación ha partido de mí.

Estas palabras me impresionaron como dichas por un moribundo, y posteriormente han zumbado con frecuencia en mis oídos.

Anzani era filósofo y practicaba pocas veces los deberes materiales de la religión. Sin embargo, habiéndosele preguntado si deseaba los auxilios de un sacerdote:

—Sí—respondió,—que venga uno.

Y observando que esta resolución, que yo atribuía á flaqueza de ánimo, me asombraba.

—Amigo mío—añadió,—en los actuales momentos Italia espera mucho de dos hombres, de Pío IX y de Garibaldi; y no conviene que se tilde de herejes á los que hemos regresado con Garibaldi.

Anzani recibió los sacramentos.

La misma noche, á eso de las tres de la madrugada, murió en mis brazos sin haber perdido un instante el conocimiento, sin haber tenido un minuto de delirio.

Sus últimas palabras fueron:

—No olvides mi encargo á propósito de Garibaldi.

Y exhaló el postrer suspiro.

Su cuerpo y los papeles de su pertenencia, fueron enviados á su hermano, hombre completamente adicto á la causa austriaca.

El cadáver fué conducido á Alzate, patria de Anzani. Los despojos de aquel que seis meses antes no habría encontrado una piedra donde reposar la cabeza, recorrieron una marcha triunfal.

Cuando se conoció su muerte en Montevideo, hubo un duelo general en la legión; se cantó un *Requiem*, y el doctor Bartolomé Udicini, médico cirujano de la legión, pronunció una oración fúnebre.

En cuanto á Garibaldi, para mantener, en lo posible, vivo su recuerdo, dió el nombre de Anzani al primer batallón que se organizó de voluntarios lombardos.

Después del fallecimiento de Anzani, partí para Turín.

Un día, que me paseaba bajo las arcadas, encontréme cara á cara con Garibaldi.

Al verle, recordé la recomendación de Anzani, si bien cumple decir que ella había caído en el terreno abonado de mi profunda y respetuosa ternura por Garibaldi.

Nos arrojamos el uno en brazos del otro.

Después de habernos abrazado tiernamente, nos asaltó simultáneamente el recuerdo de la patria.

—Y bien, ¿qué vamos á hacer?—nos preguntamos.

—¿Pero usted—repliqué,—no viene acaso de Roverbella? ¿No ha ofrecido su espada á Carlos Alberto?

Sus labios se plegaron con desdén.

—Esa gente—me dijo—no son dignos de acatamiento por parte de corazones como los nuestros. Nada de hombres, mi querido Medici; ¡siempre la patria, nada más que la patria!

Comprendiendo que no estaba dispuesto á darme explicaciones referentes á su entrevista con Carlos Alberto, dejé de interrogarle.

Más tarde supe que el rey Carlos Alberto le había recibido muy fríamente, y enviándole á Turín *en espera de órdenes* de su ministro de la Guerra, Ricci, quien dignándose recordar que Garibaldi estaba esperando sus órdenes, lo llamó para decirle:

—Le aconsejo eficazmente que salga para Venecia; allí podrá usted asumir el mando de algunos pequeños barcos y ser, como corsario, muy útil á los venecianos. Creo que su puesto, y no otro, es el que le indico.

Garibaldi no respondió á Ricci; pero, en vez de ir á Venecia, continuó en Turín.

Tal fué el motivo de mi encuentro con él.

—Y bien, ¿qué vamos á hacer?—nos preguntamos de nuevo.

Con hombres del temple de Garibaldi, las resoluciones se toman en seguida.

Tomamos la de ir á Milán, para donde salimos el mismo día.

El momento era oportuno: acababa de recibirse la noticia de los primeros reveses experimentados por el ejército piamontés.

El Gobierno provisorio confirió á Garibaldi el título de general, y le autorizó para organizar batallones de voluntarios lombardos.

Garibaldi y yo, á sus órdenes, pusimos inmediatamente manos á la obra.

Fuimos desde luego incorporados á un batallón de voluntarios de Vicenza que llegó de Pavía completamente organizado, y que constituía un núcleo.

Garibaldi organizó en poco tiempo el batallón Anzani.

Se me confió la misión de instruir á toda aquella juventud que, en el espacio de cinco días, había, en número de cuatrocientos ó quinientos hombres, expulsado de Milán á Radetzki fuerte de veinte mil soldados.

Pero tocamos las mismas dificultades que Garibaldi en 1859.

Esos cuerpos de voluntarios, que encarnan el espíritu de la Revolución, preocupan siempre á los Gobiernos.

Un solo dato hará formar concepto del estado del nuestro.

Mazzini era el portaestandarte, y una de sus compañías llevaba el nombre de Medici.

Se empezó por negarnos el armamento. Cierto individuo de cortos alcances y que, sin embargo, desempeñaba alto cargo en el Ministerio, dijo públicamente que las armas que nos entregasen caerían en poder del enemigo y que Garibaldi era simplemente un soldado valiente, pero desconocedor del arte de la guerra.

Respondimos que, con respecto al armamento, ya procurariamos su adquisición, pero que, á lo menos, nos facilitasen uniformes.

Se nos dijo que no había uniformes; en su defecto, nos ofrecieron prendas de ropa austriacas, húngaras y croatas. ¡Donosa ocurrencia! De tal debía calificarla, quien precisamente iba á hacerse matar luchando contra los austro-húngaros.

Todos aquellos jóvenes, pertenecientes á las principales familias de Milán, algunas de las cuales eran millonarias, rehusaron con indignación el ofrecimiento.

Empero, precisaba tomar una resolución. No podía emprenderse la lucha vistiendo unos de frac, otros de levita. Con los trajes de tela de los soldados austriacos, llamados *ritters*, nos hicimos blusas, ó cosa parecida.

En verdad que había para reir: parecíamos un regimiento de cocineros. Sólo poseyendo en alto grado el don de reconocer al prójimo á través de múltiples aspectos exteriores, sólo á favor de un certero golpe de vista habría sido posible descubrir bajo aquellos burdos tejidos á la dorada juventud milanesa.

Mientras se cortaban los trajes según las medidas respectivas, nos procurábamos municiones y fusiles por todos los medios posibles.

Por último, una vez armados y vestidos, nos pusimos en marcha para Bérgamo, entonando cantos patrióticos.

Tenía á mis órdenes unos ciento ochenta jóvenes, hijos de las más distinguidas familias de Milán.

Llegamos á Bérgamo, donde nos reunimos con Mazzini, que venía á ocupar su puesto en nuestras filas en medio de generales aclamaciones. En Bérgamo se agregó á nosotros un regimiento con dos cañones pertenecientes á la guardia nacional.

Apenas llegados, recibimos orden del comité de Milán de regresar á marchas forzadas. El comité lo componían Fanti, de Maestri y de Bestelli.

Acatando la orden, emprendimos la marcha hacia Milán.

Pero, al llegar á Monza, supimos á un mismo tiempo que Milán había capitulado y que un cuerpo de caballería austriaca había sido destacado para emprender nuestra persecución.

Garibaldi ordenó en seguida la retirada á Como. Nuestro propósito era estar lo más cerca posible de la frontera suiza.

Garibaldi me destinó á la retaguardia para proteger la retirada.

Nos encontrábamos muy cansados á causa de la marcha forzada que acabábamos de realizar. No habíamos tenido tiempo de comer en Monza, y nos caíamos de hambre y de fatiga. Nuestra gente se encontraba en completo estado de desorden y desmoralización.

Como consecuencia de ésta, no bien llegamos á Como, menudearon las deserciones.

De cinco mil hombres que Garibaldi conducía, cuatro mil doscientos huyeron á Suiza, quedando, por lo tanto, reducido el contingente á ochocientos.

Con la serenidad habitual en él, Garibaldi, haciendo caso omiso de esa aterradora deserción, tomó posiciones en

la Camerlata, punto concéntrico de varios caminos frente de Como.

Colocó en batería los dos cañones, y despachó correos á Manara, Griffini, Durando, á todos los jefes de cuerpos voluntarios de la alta Lombardía, invitándoles á ponerse de acuerdo con él, en las fuertes posiciones que ellos ocupaban, posiciones tanto más seguras y sostenibles hasta un caso extremo, por cuanto lindaban con Suiza.

La invitación no fué aceptada.

Entonces Garibaldi se retiró de Camerlata á San Fermo, donde, en 1859, batimos completamente á los austriacos.

Pero, antes de tomar posiciones en la plaza de San Fermo, nos reunió y dirigió una arenga. Las arengas de Garibaldi, vivas, pintorescas, arrebatadoras, son modelo de la verdadera elocuencia del soldado. Nos dijo que era necesario continuar la guerra de sorpresas, de emboscadas, la más segura y la menos peligrosa, y que solamente era cuestión de tener confianza en el jefe y prestarse mutuo apoyo.

A pesar de esta calurosa alocución, durante la noche hubo nuevas deserciones, y al otro día quedaba nuestra tropa reducida á unos quinientos hombres.

Con gran pesar, Garibaldi resolvió entrar de nuevo en el Piamonte; pero, próximo á pisar territorio piamontés, siente la repugnancia de esta retirada sin combatir, y se detiene en Castelletto, á orillas del Tesino. Me da orden de recorrer los alrededores y de traerle el mayor número posible de desertores. Llego hasta Lugano, y regreso al punto de partida con trescientos hombres, con cuyo refuerzo ascendemos á setecientos cincuenta. Garibaldi considera que somos la tanda para marchar contra los austriacos.

El 12 de agosto hace su famosa proclama, en la que declara que Carlos Alberto es un traidor, que los italianos no pueden ni deben fiarse más de él, y que todo patriota debe mirar como un deber el hacer la guerra por su propia cuenta.

Lanzada esta proclama en el preciso momento que por todas partes se batían en retirada, éramos los únicos que seguíamos adelante, y Garibaldi, con sus setecientos cincuenta hombres, operó un movimiento ofensivo contra el ejército austriaco.

Marchamos sobre Arona, y nos apoderamos de dos pequeños vapores y de algunas embarcaciones menores.

Empezamos el embarque, que duró hasta la noche. Al otro día, al amanecer, llegamos á Luino.

Garibaldi se sentía enfermo de fiebres intermitentes, contra las que quería inútilmente luchar.

Acometido de un acceso, entró en la posada de *La Bécasse* (1), casa aislada de los contornos de Luino y separada del pueblo por un riachuelo que atraviesa un puente. Después, me llamó.

—Medici—me dijo,—tengo absoluta necesidad de dos horas de descanso; sustitúyeme y vigila por nosotros.

La posada de *La Bécasse* era un sitio mal escogido para un calenturiento que deseaba descansar tranquilamente. Era el centinela avanzado de Luino, la primera casa que el enemigo atacaría.

No teníamos ninguna noticia de los movimientos de los austriacos, y no sabíamos si se encontraban á diez leguas de nosotros, ó á un kilómetro. No dije nada de eso á Garibaldi, asegurándole que iba á tomar mis precauciones para que su sueño no fuese turbado. Y

(1) Chocha, ave gallinácea, más pequeña que la perdiz.

le dejé solo. Los fusiles estaban colocados en pabellones al otro lado del puente, y nuestra gente acampaba entre éste y Luino.

Aposté centinelas delante de la posada de *La Bécasse*, y envié algunos números á explorar los alrededores.

Al cabo de media hora, volvieron, gritando :

—¡ Los austriacos ! ¡ Los austriacos !

Corrí á la habitación de Garibaldi, lanzando el mismo grito :

—¡ Los austriacos !

Garibaldi se encontraba bajo la influencia de un violento acceso de fiebre. Saltó del lecho, dándome orden de hacer tocar á llamada y concentrar nuestras fuerzas. Desde su ventana, descubría la campiña, y cuando fuese el momento, vendría á reunirse con nosotros.

Diez minutos más tarde, cumplía su palabra.

Dividió nuestra escasa tropa en dos columnas : la una, que cubría el camino, se destinaba á cortar el paso á los austriacos ; la otra, que tomó posiciones de flanco, nos protegía contra un movimiento envolvente, y aun podía tomar la ofensiva.

Los austriacos aparecieron al poco rato. Calculamos que eran de mil á mil doscientos. En el acto se apoderaron de *La Bécasse*.

Inmediatamente, Garibaldi dió, á la primera columna, orden de ataque.

La columna, compuesta de cuatrocientos hombres, atacó resueltamente á mil doscientos.

Garibaldi no contaba nunca el número de enemigos ni el de sus propios combatientes. Cuando se encontraba frente al adversario, consideraba deber suyo atacar, y atacaba.

Semejante táctica le resultaba casi siempre favorable.

Empero, como quiera que los austriacos se defendían con tesón, Garibaldi juzgó necesario empeñar todas sus fuerzas en el combate. Llamó á la columna de flanco, y renovó el ataque.

Delante de mí se levantaba un muro, que escalé con mi compañía. Me encontré en el jardín. Los austriacos hacían fuego por todas las aberturas del mesón.

Con todo, avanzamos en medio de las balas y cargamos á la bayoneta, penetrando por todos los claros y agujeros de que el enemigo se había posesionado, el cual se retiró completamente derrotado.

Garibaldi había dirigido el ataque á caballo, delante del puente, á cincuenta pasos de la posada. Era verdaderamente milagroso que ningún proyectil le alcanzara, ofreciendo un excelente blanco al fuego enemigo.

Tan pronto como éste se declaró en fuga, Garibaldi me ordenó que lo persiguiese con mi compañía.

Las deserciones la habían reducido á un centenar de hombres, más ó menos, y con ellos me puse en persecución de más de mil.

No había mucho mérito en ello. Los austriacos parecían dominados de verdadero pánico. Huían en dirección á Varese, y en su huída, arrojaban fusiles, mochilas y cartucheras.

En *La Bécasse* d jaron, entre muertos y heridos, unos cien hombres, y, además, les hicimos ochenta prisioneros.

Se me dijo que se habían detenido en Germiniada, á donde me dirigí en el acto, pero ya habían salido. Emprendí su persecución, sin lograr alcanzarlos, por mucho que forcé la marcha.

Por la noche, corrió la noticia de que un segundo cuerpo austriaco, más considerable que el primero, venía á mes-

tro encuentro. Garibaldi me ordenó permanecer en Germinada. Sin pérdida de tiempo, hice construir barricadas y almenar las casas.

Éramos tan prácticos en esa clase de fortificaciones, que nos bastaba una hora para poner la más humilde casucha en condiciones de sostener un sitio.

La noticia era falsa.

Garibaldi envió dos ó tres compañías en diferentes direcciones. Al regreso de estas fuerzas, toda la tropa se reunió, y emprendimos la marcha hacia Guerla, y de allí á Varese, donde fué recibido en triunfo.

Avanzamos derechamente sobre Radetzki.

En Varese, ocupamos las alturas de Buimo-di-Sopra, que domina dicha localidad y aseguraba nuestra retirada.

Allí, Garibaldi mandó fusilar á un espía de los austriacos.

Ese espía debía comunicar informes nuestros á tres fuertes columnas austriacas enviadas contra nosotros.

Una de ellas marchaba sobre Como, otra sobre Varese y la tercera se dirigía á Luino.

Era evidente que el plan de los austriacos era interponerse entre Garibaldi y Lugano, y cortarle toda retirada, tanto hacia el Piamonte, como á Suiza.

Entonces salimos de Buimo en dirección á Areisate, de cuyo último punto me destaqué con mi compañía, que siempre iba de vanguardia, tomando el camino de Viggia.

En Viggia recibí orden de prepararme inmediatamente contra los austriacos.

La primera columna de que tuve noticia, era la división de Aspre, fuerte de cinco mil hombres.

Ese general Aspre fué el que más adelante ejecutó las matanzas de Lionia.

En virtud de la orden recibida, me apercibí al combate, y, para librarlo en la mejor situación posible, me apoderé de tres pequeños pueblos que forman triángulo: Catzone, Ligurno y Rodero.

Esos tres lugares guardan todos los caminos que conducen á Como.

Detrás de ellos se encontraba una fuerte posición, San Maffeo, roca inexpugnable, desde la que podía fácilmente descender y penetrar en Suiza, esto es, en territorio neutral

Había dividido mi pequeña fuerza de cien hombres en tres destacamentos: cada destacamento ocupaba uno de los citados pueblos.

El de Ligurno era ocupado por mí.

Había llegado de noche con cuarenta hombres, y me fortifiqué lo mejor que pude.

Al amanecer, los austriacos me atacaron.

Por de pronto, se habían apoderado de Rodero, que encontraron abandonado, pues, durante la noche, la guarnición se había retirado á Suiza. Mi contingente quedaba reducido á sesenta y ocho hombres.

Llamé á los treinta que había en Catzone, y, á paso de carga, llegué á San Maffeo, donde podía sostenerme.

Apenas hubo llegado, el enemigo inició el ataque. Desde Rodero, los cañones austriacos nos enviaban proyectiles y cohetes á la congreve.

Miré en derredor mío; abajo, al pie de la montaña, la caballería rodeaba completamente mi posición.

No decayó nuestro ánimo, antes resolvimos defendernos vigorosamente.

Los austriacos emprendieron el asalto de la montaña, y los fusiles empezaron á desempeñar su papel. Desgraciadamente nuestras municiones se reducían á veinte cartuchos por individuo,

y nuestros fusiles distaban mucho de ser un modelo de perfección.

Al ruido de las descargas, las vecinas montañas de Suiza se cubrieron de curiosos.

Conservé mi posición y sostuvo el combate hasta quemar el último cartucho.

Esperaba que Garibaldi oiría el estampido del cañón austriaco y vendría al lugar de la acción; pero otra cosa, que no venir á socorrernos, reclamaba sus cuidados. Acababa de saber que los austriacos avanzaban sobre Luino, y salió á su encuentro.

Agotados completamente nuestros cartuchos, consideré que ya era hora de pensar en la retirada. Guiados por cuatro ó cinco tesmeses que durante el fuego habían acudido á nuestro lado, secundándonos con el de sus carabinas, tomamos, á través de las rocas, un camino que sólo los habitantes del país conocen.

Una hora después nos encontrábamos en Suiza.

Me retiré con mis hombres á un pequeño bosque: los habitantes nos prestaron cajas donde ocultamos los fusiles, con propósito de empuñarlos de nuevo al presentarse una ocasión, tal vez próxima.

Por espacio de cuatro horas, sesenta y ocho hombres habíamos tenido á raya á cinco mil.

El general Aspre mandó publicar en todos los periódicos que había librado un encarnizado combate contra el ejército de Garibaldi, el cual se había declarado en completa derrota.

¡No hay como los austriacos para cierta índole de bromas!

I.

SIGUE LA CAMPAÑA DE LOMBARDIA

Según dejo dicho, Garibaldi emprendió la marcha á Luino; pero en el camino recibió noticia de que Luino estaba ya ocupado por los austriacos, y que la columna de Aspre, después de una gran victoria sobre nosotros, se apoderaba de Arcisate.

La retirada de Garibaldi á Suiza resultaba muy difícil. Por lo tanto, resolvió ir derechamente á Morazzone, posición muy ventajosa, por lo fuerte.

Por otra parte, el estampido del cañón, hiriendo sus oídos, avivó sus bélicos impulsos.

Apenas hubo acampado en Morazzone, se vió completamente rodeado por cinco mil austriacos.

Sus fuerzas se reducían á quinientos hombres.

Durante una jornada entera sostuvo con sus quinientos combatientes el ataque de cinco mil contrarios. Llegada la noche, formó sus hombres en columnas cerradas, y se lanzó á la bayoneta sobre el enemigo.

Favorecido por la obscuridad, abrió un sangriento boquete, y se encontró en campo raso.

A una legua de Morazzone, licenció á su gente, con encargo de reunirse en Lugano, y á pie, con un guía disfrazado de campesino, se encaminó á Suiza.

Una mañana, supe en Lugano que Garibaldi, á quien se creía muerto, ó prisionero en Morazzone, había llegado á una población vecina.

Las palabras proféticas de Anzani acudieron á mi memoria.

Corrí hacia Garibaldi; lo encontré abatido, quebrantado, casi sin poder hablar. Acababa de hacer una marcha de diez y seis horas, durante la cual había escapado milagrosamente de caer en poder de los austriacos.

Al verme, su primera pregunta, fué:

—¿Tienes dispuesta tu compañía?

—Sí—respondí.

—Pues bien, déjame dormir esta noche. Mañana haremos la concentración de nuestra gente, y empezaremos de nuevo.

No fuí dueño de contener la risa. Era indudable que, tan rendido se encontraba, que ni siquiera podía mover una pierna.

Pero al otro día, con gran asombro mío, Garibaldi se había levantado. Alma y cuerpo, ambos de bronce, guardan perfecta armonía en ese hombre.

De todos modos, ya no quedaba más

que hacer ; la campaña de Garibaldi en Lombardía había concluído.

Entonces, Garibaldi se internó en el Piamonte, y regresó á Génova, donde recibió las proposiciones que le traía una delegación siciliana.

Esas proposiciones eran de embarcarse para Sicilia, y sostener allí la causa de la Revolución.

Las aceptó, y con trescientos hombres se constituyó en Liorna ; pero, habiendo llegado á su noticia que en Roma se desarrollaban sucesos extraordinarios, abandonó la idea de su expedición á Sicilia, y partió para la Ciudad Eterna.

Allí volveremos á encontrarle muy pronto.

En cuanto á mí, continué en Lucano con mi compañía, fuerte de ochenta hombres, por haberse reintegrado á filas algunos desertores.

Nuestras armas permanecían constantemente ocultas y al alcance de nuestra mano.

Durante ese período de descanso, organizamos para aprovechar el tiempo una insurrección en Lombardía.

Habiendo sido advertido el Gobierno suizo, hizo ocupar el cantón del Tesino por los contingentes federales, y fuí obligado á internarme.

Con doscientos hombres, casi todos soldados de Garibaldi, me enviaron á Bellinzona, donde nos retuvieron en un cuartel, considerando que éramos peligrosos y que podíamos violar la frontera.

No por eso renunciamos á nuestros proyectos.

Los generales Ascioni y de Apice debían salir de Lucano y dirigirse á Como por el valle de Intelvi.

Yo debía abandonar Bellinzona, atravesar el paso del Jorio, uno de los más altos y difíciles de la frontera, descender al lago de Como, y llamar á las armas á los habitantes de la comarca. Después de lo cual, me reuniría, con mi tropa, á los dos nombrados generales.

La cosa era bastante difícil de ejecutar, dada la vigilancia severa de que éramos objeto.

En un montículo que domina Bellinzona, existen las ruinas de un viejo castillo que antiguamente perteneció á los Visconti.

Hice depositar allí nuestras armas y municiones.

En junto, tenía á mis órdenes doscientos cincuenta hombres. Los subdividí en partidas de veinticinco á treinta individuos, los que debían reunirse en el castillo, por diferentes caminos y evitando la vigilancia de las tropas.

Contra todo lo que era de esperar, la combinación obtuvo el más completo éxito.

Todo el mundo se encontró en el punto de cita, sin haber experimentado ningún contratiempo. Armé á todos mis hombres, y me encontré en disposición de partir para la montaña, esto es, de atravesar la frontera.

Repentinamente llegó á mis oídos el toque de alarma ; las tropas que me vigilaban se disponían á emprender mi persecución.

Pero los naturales de la región, que me habían cobrado mucha estima, se pusieron de mi parte y amenazaron con tocar á rebato y levantar barricadas si se persistía en el propósito de perseguirnos.

Libre de ese cuidado, dí orden de ponernos en marcha. Estábamos á fines de octubre ; el cierzo soplaba y nos anunciaba una noche de tempestad.

Caminamos toda la noche cara al

viento, recibiendo en pleno rostro la nieve que lo azotaba. Amaneció, y continuamos la marcha durante todo el día. Había que atravesar la cima cubierta de nieve del Jorio. El invierno había hecho impracticables los senderos, que, sin embargo, franqueamos con nieve hasta las rodillas, y á veces hasta los sobacos.

Después de penalidades indecibles, llegamos á la cumbre; pero, ya en la cima, tuvimos que afrontar á un enemigo más terrible que todos los que hasta entonces habíamos vencido: la tormenta.

En un instante nos sentíamos completamente cegados, sin podernos ver unos á otros á diez pasos de distancia.

Dije á mis compañeros que se cogiesen unos con otros, que caminasen formando una sola hilera, siguiendo mis pasos con la mayor celeridad posible. Tres de ellos se quedaron rezagados y cayeron para no levantarse más sepultados entre la nieve que cubre la cima del Jorio.

Yo iba adelante, sin ruta conocida, sin saber adónde nos dirigíamos, entregado á los caprichos del azar, cuando de pronto me detuve: el peñasco faltaba á mis pies; ¡un paso más, y caigo en el abismo!

Mandé hacer alto y que ninguno se moviese hasta que amaneciera.

El resto de la noche me ocupé, sin más compañía que la de un guía, en buscar un camino. A cada instante, la tierra, ó mejor dicho la nieve faltaba bajo nuestra planta. Por verdadero milagro salimos, mi guía y yo, ilesos de aquella peligrosa exploración.

Al despuntar el día, llegamos á unas chozas abandonadas. Viendo en ellas un punto de abrigo, pretendí volver al lado de mi gente. Pero las fuerzas me faltaron, y caí rendido de cansancio y aterido de frío.

Mi guía me llevó á una de las chozas, y, al calor de un pequeño fuego que encendió, recobré el conocimiento.

En tanto, la suerte quiso que mis hombres siguiesen el mismo camino que yo había recorrido, de modo que, dos horas más tarde, se habían reunido conmigo.

Reanudamos la marcha y descendimos á Gravedona, sobre el lago de Como.

En Gravedona descansamos media hora, y emprendimos nuevamente el viaje para reunirnos á los dos generales con los cuales nos habíamos citado y que, entretanto, habían de haber provocado un levantamiento.

Pero ambos generales, en vez de derrotar á los austriacos, habían sido ellos los derrotados, y yo fuí á tropezar con la división Wohlgemuth, que ocupaba ya el valle de Intelvi.

Entonces emprendí la marcha por el atajo, entré en el valle Menaggio y ocupé Portezzo, sobre el lago de Lugano, reservándome, para la retirada, el valle Cavarnia, que se comunica con la frontera suiza.

La posición era magnífica. Estaba en comunicación con Lugano, de donde podía recibir municiones y refuerzos; pero nadie se me juntó, y permanecí en Portezzo ocho días inútilmente.

Los austriacos concentraron sus fuerzas, y marcharon sobre Portezzo. Me retiré al valle Carvania, é hice alto en la montaña de San Lucio, que separa la Lombardía de Suiza. Me proponía, en el caso de ser atacado, hacer lo que en San Maffeo.

Pero no me atacaron, y todo se redujo á unos cuantos tiros cambiados de una y otra parte.

Dos de mis hombres murieron de resultas de las heridas recibidas.

No había nada que hacer; todos los pasos estaban cubiertos por la nieve; el invierno recrudecía cada día más; entré en Suiza, escondí los fusiles, y hasta para mí busqué un sitio donde cobijarme.

Por desgracia, eso era más difícil; y, como quiera que estaba muy comprometido, ya no se trataba de internarme, sino de evitar que me prendieran, lo cual envolvía para mí el riesgo que es de suponer, si las autoridades suizas, una vez detenido, hubiesen acordado entregarme á los austriacos.

Así, pues, resolví hacer todo lo posible para volver al Piamonte.

Me facilitaron un carruaje para salir de Lugano, desde donde me fuí á Magadino. De este último punto, pasé á Génova, y de Génova, Dios sabe las otras localidades que recorrí.

Atravesé Lugano en coche, cuando un carromato cargado de madera, que interceptaba el paso, detuvo el mío. No había más remedio que esperar, y esperé devorado por la impaciencia. En esto, pasó por allí el comandante del batallón federal; me reconoció, llamó á la guardia y me hizo arrestar.

Fuí constituído en prisión. Era lo menos que debía esperar.

Sin embargo, como los principales habitantes de Lugano eran amigos míos, obtuvieron que, en vez de retenerme preso, fuese conducido á la frontera sarda.

Atravesé el Piamonte. Me embarqué en Génova y partí para Florencia. En Liorna supimos, por un despacho telegráfico, que el Gran Duque, burlando á Montanelli, acababa de fugarse de Sienne y se había refugiado en Porto-Ferrajo.

Guerazzi ordenó en el acto á la guardia nacional de Liorna que se embarcase para perseguir al Duque y detenerle.

Advirtieron á Guerazzi, firmante de dicha orden, que yo había llegado á Liorna.

—Ofrézcanle ustedes el mando de la expedición—dijo Guerazzi,—y procuren que acepte.

Ya se comprenderá que no fueron necesarias muchas ni muy largas súplicas para convencerme. Me puse inmediatamente á las órdenes del Gobierno provisorio.

Nos embarcamos en el *Giglio*, y zarpamos con rumbo á la isla de Elba.

Al poco rato de navegar, señalóse la presencia de una fragata, que no sabíamos si era francesa, austriaca ó inglesa. En la duda, consideramos prudente no acercarnos demasiado.

Hice practicar un rodeo al *Giglio*, y en vez de abordar directamente á Liorna, tomamos tierra en Golfo-di-Campo. Crucé la isla en una sola etapa, y llegué á Porto-Ferrajo.

Nadie había visto al Gran Duque.

La expedición había terminado.

Regresé á Florencia, donde reorganicé sin dificultad los restos de mi columna, que fué reforzada con el alistamiento de nuevos voluntarios, porque todos los refugiados en Florencia querían venir conmigo.

Durante mi estancia en Florencia, se produjeron dos conatos de reacción, que sofoqué en el acto.

Una mañana se esparció el rumor de que los austriacos entraban por la frontera de Módena. Volé allí con mis fuerzas; pero el rumor era infundado.

Se hizo una tercera tentativa de reacción. El gobierno del Gran Duque fué restablecido, y como yo había sido comisionado para detenerle, me vi obligado á partir.

Además de la mía, había en Florencia una legión polaca perfectamente organizada, que acudió á mi llamamiento. Atravesé los Apeninos y llegué á Bolonia.

El gobierno republicano me calificó de desertor, y el recibimiento que me dispensó no me satisfizo.

El general Mezzacapo formaba, en Bolonia, una división destinada á salir en socorro de Roma. Nos pasó revista, comprendió que no éramos desertores, y formó con nosotros la vanguardia de sus fuerzas.

Seguimos el camino de Foligno, de Narni y de Civita-Castellana, y nos detuvimos en la Sabina para sustraernos á los franceses.

Entramos en Roma por la puerta de San Giovanni.

LI

ROMA

En la madrugada del 24 de abril, la vanguardia de la división francesa había llegado delante del puerto de Civita-Vecchia, y un ayudante del general Oudinot desembarcó para conferenciar con el prefecto de la república romana, Manucci. Díjole que el objeto de la intervención francesa era proteger los intereses morales y materiales de la población romana; que Francia, enemiga del despotismo y de la anarquía, quería asegurar á Italia una libertad prudente, y que esperaba encontrar en el pueblo romano la antigua simpatía que lo había unido al pueblo francés, pero que, entretanto, era necesario el inmediato permiso para desembarcar, pues la flota no podía mantenerse cargada, sin riesgo, mar adentro. En el caso de ser denegado ese permiso, el general francés se vería, bien á pesar suyo, obligado á emplear la fuerza. Además, debía advertir á la ciudad de Civita-Vecchia que si se disparaba un solo tiro, le sería impuesta la multa de un millón.

Y esto diciendo, sin esperar respuesta del gobierno de Roma, al que Manucci quería informar, el general Oudinot desarmó el batallón Metara, ocupó el fuerte, cerró la imprenta de la localidad, apostó un centinela frente á la puerta y se opuso al desembarco de un cuerpo de quinientos lombardos.

Este contingente constituía el batallón de tiradores mandado por Manara, quien, expulsado de su patria, rechazado del Piamonte, venía á pedir á Roma un rincón de tierra donde poder dormir el sueño de la muerte.

El batallón se componía de la aristocracia lombarda, y acababa de agregarse á los defensores de la República.

Dandolo lo confiesa en su libro *Los Voluntarios y tiradores:* no era por simpatía á la causa de los romanos, sino por no saber á qué otro lugar del mundo podía solicitar un refugio.

Los tiradores habían llegado dos días después que el general Oudinot.

Enrique Dandolo, descendiente del dux del mismo nombre y llevando además el del historiador, hijo del célebre vencedor de Constantinopla, bajó á tierra dos veces para pedir al general permiso de desembarco. Le rehusó el permiso, y, en cambio, dióle terminante orden de alejarse.

Dandolo llevó esta respuesta á Manara, quien desembarcó á su vez, para ver si sería más afortunado que su lugarteniente.

Sus gestiones obtuvieron el mismo resultado.

—¿Es usted lombardo?—preguntó el general.

—Ciertamente—respondió Manara.

—¿Por qué, pues, siendo lombardo, se mezcla usted en los asuntos de Roma?

—Usted, que es francés, también se entremete en ellos—respondió Manara.

Y, volviendo las espaldas al general, regresó á bordo.

Cuando en el barco se supo que el general francés se oponía al desembarco, el furor llegó al colmo.

Desde la salida de Génova, se había sufrido mucho por causa del mareo y del amontonamiento de gente. Tiradores y voluntarios querían arrojarse al agua y, afrontando todas las contingencias, ganar la playa á nado.

Cuando Manara vió que su gente estaba resuelta á recurrir á ese extremo, volvió por segunda vez al general Oudinot, y después de porfiada insistencia, obtuvo autorización para desembarcar el batallón en Porto d'Anzio.

El general francés exigía en principio que Manara permaneciese lejos de Roma y completamente neutral hasta el 4 de mayo, época en que, según él, todo habría concluído.

Manara se opuso.

—General—replicó,—yo no soy más que un oficial al servicio de la República romana, subordinado al ministro y á mi general. Desde el momento en que dependo de ellos, no puedo contraer semejante obligación.

Mamiani, en nombre del ministro de la Guerra, consideró que debía someterse á las condiciones impuestas por el general Oudinot, y, mediante promesa de observarlas, los voluntarios y tiradores lombardos pudieron al siguiente día, 27 de abril, por la mañana desembarcar en Porto d'Anzio; salieron el 28 para Albano, y vivaquearon en la campiña de Roma.

Durante la noche llegó una orden del general José Avezzana, ministro de la Guerra, disponiendo que emprendiesen inmediatamente la marcha hacia Roma. Avezzana desconocía probablemente el compromiso de Manucci, ó bien, si no era para él un secreto, no lo tenía en cuenta.

En la mañana del 29, en medio de las aclamaciones de una muchedumbre incalculable, hicieron su entrada en la ciudad de los Césares.

Al recibirse noticia de la llegada de los franceses á Civita-Vecchia, la Asamblea romana se había constituído en sesión permanente.

Se debatió en ella esta grave proposición:

«¿Se franqueará la entrada á los franceses, ó se opondrá la fuerza á la fuerza?»

El triunviro Armellini y otros muchos eran de parecer que se recibiese á los franceses como amigos.

Mazzini, Cernuschi, Herbini y la mayoría querían que se defendiese la ciudad enérgicamente y hasta el último recurso.

Según ellos, era preciso, ante todo, salvar el honor.

La Asamblea no vaciló: el 26 de abril, á las dos de la tarde, fué votado el siguiente decreto, con los aplausos de toda Roma:

«En el nombre de Dios y del pueblo.»

»La Asamblea, conforme con la comunicación recibida por el triunvirato,

le hace depositario del honor de la República, y le impone el deber de rechazar la fuerza por medio de la fuerza.»

Votada la resistencia, Cernuschi, que había levantado las barricadas de Milán, fué nombrado inspector de las de Roma. Las alturas fueron guarnecidas de cañones, y el pueblo se agitó, anhelante, ante la perspectiva de un gran acontecimiento.

Entonces apareció el hombre providencial.

Un grito repercutió de pronto en las calles de Roma.

—¡Garibaldi! ¡Garibaldi!

Una multitud inmensa le precedía, agitando pañuelos y sombreros, al grito de:

—¡Aquí está! ¡Aquí está!

Sería imposible describir el entusiasmo que, á su vista, se apoderó de la población; habríase dicho que era el ángel salvador de la República que venía á la defensa de Roma; el ardor del pueblo creció con la confianza, y parecía que la Asamblea había decretado no solamente la defensa, sino también la victoria.

Darán idea de ese entusiasmo algunas líneas de la *Historia de la revolución romana*, escrita por Biagio Miraglia.

«Ese vencedor misterioso, rodeado de luminosa aureola de gloria, que, ajeno á los debates de la Asamblea, é ignorándolos, entraba en Roma la misma víspera del día en que la República iba á ser atacada, era, para el pueblo romano, el único hombre capaz de sostener la defensa decretada.

»Por eso mismo, las multitudes se congregaron en derredor del hombre que personificaba las necesidades del momento y era la esperanza de todos.»

De esta suerte, la necesidad pública reintegraba á Garibaldi su título de general, discutido en la última guerra por aquellos mismos cuya causa defendía con las armas.

* * *

He aquí algunos datos suministrados por el amigo de Garibaldi, Vecchi, el historiador de la guerra de 1848, miembro de la Asamblea Constituyente Romana, soldado del 30 de abril y de los 3 y 30 de junio. Garibaldi, que no pudo facilitar tales datos por tener que salir apresuradamente para Sicilia, pasó el último mes de su estancia en Génova en el domicilio de su amigo Vecchi.

Concedemos la palabra al señor Vecchi, ó, por mejor decir, reproducimos sus notas originales.

Ese señor se expresa en francés tan castizamente como en italiano.

* * *

«La muerte de Rossi y la huída del Papa sorprendieron á Garibaldi en Rávena, donde había alistado una fuerte legión de voluntarios.

»Resolvió regresar solo á Roma para entenderse con el Gobierno provisional, cuyo *factótum* era Sterbini; pero se le hizo comprender que su presencia en Roma era tan peligrosa como el acantonamiento de sus legionarios en las legaciones; se le ordenó acuartelar en Macerata, ciudad tranquila y moderada, no sin antes propalarle en ella la reputación de bandido.

»Apenas se hubo instalado en Sterbini, recibió orden de trasladarse con su legión á Rieti, adonde se dirigió la tropa, siguiendo la ruta de Tolentino, Foligno y Spolete.

»Garibaldi supo que la policía borbónica y papista empezaba, por medio del dinero, del temor y del anatema, á soliviantar á los habitantes de los Apeninos contra el gobierno provisional de Roma.

»Era yo á la sazón capitán perteneciente al 23.° de línea del ejército piamontés, y disfrutaba en Ascoli de una licencia de dos meses, cuando mis conciudadanos me eligieron diputado de la Asamblea romana.

»El 20 de enero recibí la visita de Garibaldi, que se proponía salir al otro día para Rieti, atravesando la montaña, cubierta de nieve é infestada de salteadores.

»Los consejos de la prudencia, la oposición de los patriotas, no hicieron más que enardecer sus ansias de viajero militar. La multitud, llorando y lamentándose, nos acompañó en un trecho de más de una legua. Muchos me abrazaron, creyendo que no volverían á verme.

»El general iba seguido de Nino Bixio, su ordenanza, del capitán Sacchi, su conmilitón en la guerra del Nuevo Mundo, y de Aguyar, su negro.

»El resto de su séquito era formado por mí y un perrillo que, herido en la pata el día del combate de San Antonio, desertó de las banderas de Buenos Aires para afiliarse á la de Garibaldi.

»El inteligente animalito caminaba constantemente, con visible dificultad, entre las patas del caballo de Garibaldi.

»Se llamaba Guerrillo.

»La primera noche nos alojamos en casa del gobernador de Arguata, Cayetano Rinaldi, cabeza de la reacción clerical, que surgía á medida que avanzábamos.

»Permanecimos en un cuarto bajo, falto de luz, hasta las diez de la noche, entre gente que entraba, salía y cuchicheaba. Lo hice notar al general, que me respondió en francés, con su calma habitual:

»—Están preparando la lista de la comida.

»Y así era, en efecto; abandonamos la mesa á media noche, después de haber sido tratados como cardenales. Al partir, el gobernador nos entregó cuatro libras de trufas, para el viaje. A las cuatro de la mañana montamos á caballo, y el hijo del señor Rinaldi nos acompañó hasta la cima con una bandera tricolor de seda. Al mediodía, devoramos un borrego que el general mandó asar en cuartos al fuego encendido con haces de leña; llegada la noche, nos hospedamos en una posada, llena de campesinos armados. Tal vez habían recibido el santo y seña de Arguata; sus fisonomías eran siniestras; los invitamos á beber y no aceptaron.

»Nos retiramos á descansar. Dormimos conservando el sable al alcance de la mano y con el dedo puesto en el gatillo de la pistola.

»Garibaldi se levantó con la rodilla derecha hinchada y el codo izquierdo dolorido por los reumatismos contraídos en América; no pudo calzarse, y se puso el brazo en cabestrillo.

»A la media hora de marcha, nuestros caballos se obstinaron en no continuar. Subíamos por una cuesta que la helada de la noche hacía resbaladiza como un espejo.

»Los caballos recorrieron el trayecto de una legua sobre nuestras capas, que les íbamos tendiendo á su paso; después, atravesamos una planicie recubierta de nieve. Para entrar en calor, me apeé y fuí á informarme sobre la salud del general, que cabalgaba delante de mí.

»—¿Cómo va eso, general?—le pregunté.

»Me saludó con su habitual sonrisa cariñosa, y respondió:

»—Gracias, me siento muy bien.

»Para distraerse, sin duda, de los agudos dolores que le mortificaban, me señaló con un gesto el aspecto majestuoso de aquella salvaje naturaleza.

»El soberbio espectáculo que se ofrecía á nuestra contemplación, enardeció el ánimo de Garibaldi.

– »Quisiera—dijo—encontrarme aquí con todo el ejército de Radetzki; nuestros valientes legionarios se encargarían de que ni uno solo de sus soldados volviese á Viena. En estas llanuras, vengaríamos á Varo y á nuestros hermanos muertos en el bosque de Teutberg.

»A las cinco de la tarde estábamos cerca de Cascia, pequeño villorrio situado en la meseta de una esmaltada colina.

»Descansábamos junto á una choza de paja, cuando cuatro jóvenes vinieron á preguntarnos quiénes éramos. Al oir el nombre de Garibaldi, se volvieron á todo correr y, quince minutos más tarde, vinieron á nuestro encuentro, precedidos de una música, los prohombres de la comarca acompañados de una multitud, para invitar al general á visitar el pueblo.

»Se improvisó, con follaje, un arco de triunfo, fué iluminado el teatro, y hubo comida y baile en casa del gobernador, que era, sin embargo, clerical á macha martillo.

»Recuerdo que fué presentado á Garibaldi un campesino poeta, que, no obstante ser analfabeto, había compuesto un poema bucólico.

»Un vecino me comunicó en secreto que un jovenzuelo de quince años se consumía en la prisión, embrutecido por los golpes y malos tratamientos de su padre, que, habiendo, á los sesenta años, contraído segundas nupcias con una joven lugareña, había, instigado por ésta, acusado á su hijo de haberle faltado al respeto.

»El gobernador recibió veinte escudos y puso al niño en la prisión.

»Comprobé el hecho y lo comuniqué al general.

»Padre é hijo fueron llamados á comparecer. Se desarrolló una escena cómica y al propio tiempo odiosa. El padre quería que sacasen al hijo del encierro, pero reclamaba la devolución de la cantidad que había entregado para meterle en ella. El niño lloraba á mares y abrazaba á Garibaldi. En cuanto al gobernador, no acertaba con la actitud que debía observar. Finalmente, dirigió, desde el balcón, una arenga al pueblo, y el muchacho fué llevado en triunfo por todos los rapazuelos de la población.

»Al otro día, á las cinco de la mañana, un destacamento de la guardia nacional salió con nosotros, bajo una lluvia menuda y penetrante.

»Nos acompañó hasta Rieti, y escoltó á un funcionario de Hacienda, hecho prisionero en el sitio donde nos desayunamos, el cual funcionario era un espía pagado por el general borbónico Landi, que mandaba la columna volante en la frontera de los Estados romanos.

»La legión italiana, acuartelada en Rieti, se componía de tres batallones (unos mil quinientos hombres en junto), á los que se habían agregado noventa lanceros armados y equipados á expensas de su jefe, el conde Angel Masina, de Bolonia.

»Con ellos corrió el Conde al socorro de Roma.

»Cuando el desembarco de los franceses en Civita-Vecchia, la legión se

encontraba en Anagni, cuna y sepulcro de Bonifacio VIII.

»ANG. VECCHI.»

***

Pero á ese general que podía disponer de un pueblo entero, le faltaban soldados.

Se le improvisó una brigada de elementos extraños entre sí, de hombres que no se conocían mutuamente, y que debían fundirse, amalgamarse en el común entusiasmo que el caudillo inspiraba.

Dicha brigada se formó: de dos batallones de su propia legión, en los cuales figuraban unos cuarenta individuos venidos con él desde Montevideo, vestidos con blusa encarnada y adornos verdes; de trescientos hombres procedentes de Venecia; de cuatrocientos jóvenes escolares; de trescientos aduaneros movilizados, y finalmente, de trescientos emigrados; en total, dos mil quinientos hombres que fueron encargados de la defensa de los muros desde la entrada de Portese hasta las puertas de San Pancracio y Cavallegieri, ocupando todos los puntos elevados fuera de las murallas de la villa Corsini, conocidos con el nombre de *Cuatro-Vientos*, hasta la villa Pamphili.

Según todas las probabilidades, la acción de los franceses se dirigía á ese punto, en sus propósitos de conservar Civita-Vecchia como base de operaciones.

El 28 de abril, la vanguardia francesa estaba en Palo, donde había llegado el día anterior un batallón de cazadores encargados de despejar el camino.

El 29, la vanguardia se encontraba en Castel-di-Guido, á cinco leguas de Roma.

El general en jefe dispuso que su hermano, el capitán Oudinot, practicase un reconocimiento, acompañado de un ordenanza y quince números de caballería ligera.

Los expedicionarios llegaron hasta el punto en que se divisan las dos vías aurelianas, la vieja y la nueva, y á una legua de Roma se encontraron con las avanzadas romanas.

El oficial que tenía el mando de éstas, se adelantó, y, dirigiéndose á los franceses:

—¿Qué quieren ustedes?—les preguntó.

—Ir á Roma—respondieron los interpelados.

—No es posible—objetó á su vez el oficial italiano.

—Hablamos en representación de la República francesa.

—Y nosotros en la de la República romana. Así, pues, retrocedan ustedes, caballeros.

—¿Y si no quisiéramos retroceder?

—Haríamos que ustedes nos obedeciesen.

—¿Por qué medios?

—Por los de la fuerza.

—Siendo así—dijo el oficial francés volviéndose á los suyos,—haced fuego.

Y esto diciendo, sacó una pistola y disparó contra los italianos.

—¡Fuego!—gritó el oficial que mandaba las avanzadas romanas.

Los exploradores, demasiado débiles para resistir, volvieron grupas apresuradamente, dejando en poder de los italianos un cazador francés aprisionado debajo del caballo que había caído muerto.

Fué llevado á Roma.

El parte francés, refiriéndose á ese incidente, decía que nosotros habíamos emprendido la fuga y sido perseguidos. Pero ya se nos ofrecerá ocasión de po-

ner de manifiesto más de un error de esa índole.

Los exploradores llevaron al general la noticia de que Roma estaba dispuesta á defenderse, y que no había que esperar, contra lo que se creía, entrar en ella entre las aclamaciones populares.

No por eso dejó el general francés de proseguir su marcha.

El día 30, dejando en la Maglianilla las mochilas de los soldados, avanzó á paso forzado.

Restablezcamos la verdad de los hechos relativa al 30 de abril, conforme hemos destruído el error referente al día 29.

Algunos escritores franceses han dicho que, víctimas de una grosera intriga, los soldados habían sido atraídos á la ciudad y caído en una emboscada, estando practicando un simple reconocimiento.

Lo del 30 no fué un reconocimiento, y los franceses no fueron víctimas de una celada.

La operación del 30 fué un combate previsto por el general francés, y la prueba de ello se encontrará en el plan de batalla encontrado en el bolsillo de un oficial francés muerto, y trasmitido por el coronel al general ministro de la Guerra (1).

«Se dirigirá un doble ataque por las puertas Angélica y Cavallegieri, con objeto de distraer la atención del enemigo.

»Con el primer ataque, se dominarán las tropas que acampan en el monte Mario, y en seguida podrá ser ocupada la puerta Angélica.

»Cuando nuestras tropas hayan ocupado esos dos puntos, rechazaremos al enemigo en todos sentidos, y el lugar de reunión será la plaza de San Pedro.

»Se recomienda con toda eficacia el ahorro posible de sangre francesa.»

El plan del general francés era desacertado, y, además, fué mal ejecutado. Intentaremos demostrarlo.

El camino que va de Civita-Vecchia á Roma se divide en dos, á unos mil quinientos metros de las murallas; el de la derecha, conduce á la puerta de San Pancracio; el de la izquierda, á la puerta Cavallegieri, contigua al ángulo saliente del Vaticano.

Queriendo seguir el plan concebido y tomar por la espalda el Monte Mario, y ocupar después la puerta Angélica, el ejército francés, llegado á la bifurcación, debía moverse de flanco, con una brigada, hacia la izquierda, en dirección al acueducto Paolo, y con la otra, seguir á la derecha hacia San Pío, y procurar apoderarse de la puerta Cavallegieri.

En eso consistió el grave error cometido por los franceses. Lanzaron á la derecha los cazadores del 20.° de línea, que tuvieron que operar en un terreno áspero, cruzado de bosques y de acceso difícil, y á las alturas de la izquierda, los cazadores de Vincennes; á unos ciento cincuenta metros de los muros, esos valientes soldados disgregados del ejército enemigo, fueron diezmados por la metralla del baluarte de San Mario.

Sin embargo, el daño que experimentaron habría podido afectar mayores proporciones, á no ser por su aptitud adquirida en la guerra contra los árabes, de aprovechar, para escudarse, todos los accidentes del terreno.

(1) No escribo una novela; publico unas *Memorias*. Estoy, pues, obligado á traducir literalmente. No afirmo ni desmiento. Instruyo un proceso ante la majestad de ese juez llamado *Verdad*.—A. D.

Por otra parte, su fuego, admirablemente dirigido, nos causaba enormes pérdidas.

Allí cayeron el teniente Mardueci, joven de grandes esperanzas, cuya madre fué condenada á ocho días de prisión por haber depositado flores en la tumba de su hijo; el ayudante mayor Enrique Pallini, el brigadier Ridova, el capitán Pifferi, el teniente Belli y algunos más, desconocidos del mundo, pero dignos de nuestro cariño, tales como Stephanis, Ludovic y el capitán Leduc, denodado belga que había combatido por nuestra causa en la guerra de la Independencia.

Por la mañana, el redoble de los tambores anunció á los romanos la aproximación de los franceses, y en un momento, los muros y los baluartes se cubrieron de defensores.

El grueso de la columna francesa avanzaba, mientras sus infantes del 20.° de línea y los cazadores de Vincennes respondían á nuestro fuego.

Al aparecer la columna, una batería de cuatro piezas, colocada en un baluarte, empezó á cañonearla.

El general francés emplazó acto continuo una batería en el acueducto, encargada de responder á nuestro fuego, y mandó subir á una colina otras dos piezas que apuntaron á los jardins del Vaticano, en los que no había muchos soldados, pero sí, en cambio, una gran parte del pueblo en armas.

El certero fuego de los cazadores de Vincennes había debilitado sensiblemente el nuestro, por lo que el general francés lanzó al asalto á la brigada Molière, que avanzó resueltamente hasta el pie de las murallas. Pero el fuego se reanudó con más vigor, destruyendo los frentes de las columnas Marulaz y Louat, en términos que se vieron obligados á batirse en retirada, buscando abrigo en las sinuosidades del terreno.

Garibaldi observaba todos esos movimientos desde los jardines de la villa Pamphili. Consideró llegado el momento de intervenir, y distribuyó entre las cepas algunos pequeños destacamentos; pero, descubierta esta maniobra, se enviaron refuerzos del 20.° de línea, para evitar que los cazadores de Vincennes fuesen sorprendidos, y protegerlos.

Garibaldi mandó decir que si le enviaban un refuerzo de mil hombres, aseguraba el éxito de la empresa.

Se le envió inmediatamente el batallón del coronel Galleti y el primer batallón de la legión romana mandado por el coronel Morelli. Distribuyó varias compañías encargadas de defender los puntos amenazados, y, á la cabeza del resto de sus fuerzas, se lanzó sobre los franceses.

Desgraciadamente, los combatientes situados en lo alto de los baluartes tomaron á los nuestros por soldados enemigos, é hicieron fuego sobre ellos. Garibaldi se detuvo, y, una vez reconocido el error, se abalanzó á la bayoneta sobre el centro del ejército francés.

Entonces se entabló un combate terrible entre los tigres de Montevideo, como así eran llamados, y los leones de Africa. Franceses y romanos se batían cuerpo á cuerpo, caían, se levantaban, se herían con rabia al arma blanca.

Garibaldi había, por fin, encontrado enemigos dignos de él.

De los nuestros, fueron muertos el capitán Montaldi, los tenientes Rigli y Zamboni, el mayor Morochetti, el cirujano Schienda, el oficial Ghiglioni, el capellán Ugo Bassi, que, sin armas, en medio de los combatientes, afrontaba la muerte para socorrer á los heridos y consolar á los moribundos; los

tenientes d'All, Oro, Tresoldi, Rolda y el juez Stadella, hijo del general napolitano.

Después de una lucha que duró una hora, los franceses cedieron; parte de ellos se desbandó en dirección á la campiña, y la otra fué á reunirse al grueso de las fuerzas de Oudinot.

Les hicimos doscientos sesenta prisioneros.

El capitán de artillería Faby, ayudante del general en jefe, viendo el infausto resultado de ataque tan mal combinado, creyó poder repararlo, proponiendo á su jefe un segundo ataque por una senda que le era conocida, según decía, de cuyo éxito completo no podía dudarse. En el camino á que Faby se refería, había cuatro ó cinco casas donde podía dejarse algunos destacamentos que estaban ocultos entre las viñas.

El general en jefe aceptó, le confió una brigada del cuerpo Levaillant, y el capitán Faby se lanzó á la empresa.

El intento resultó fácil en sus principios, y el movimiento de la columna fué inadvertido por los defensores de Roma hasta la vía consular de la puerta Angélica; pero, apenas se vislumbró el primer reflejo de las armas francesas, todo el recinto de los jardines pontificios vomitó un fuego mortífero sobre la columna, y uno de los primeros que cayeron fué el propio capitán Faby.

Aunque privada del jefe que la conducía, la columna se defendió con arrojo, respondiendo al fuego de las murallas. Pero, diezmados, fulminados, amenazados por nuestras tropas del Monte Mario y por los fuegos del castillo de San Angel, que les cerraba el camino de la puerta Angélica; expuestos á la lluvia de balas y metralla que sobre ellos arrojaban los defensores de los jardines del Vaticano, lo que no les permitía recuperar sus anteriores posiciones, los franceses tuvieron que refugiarse en las barracas que se extendían á lo largo del camino, donde nuestra artillería continuó hostilizándolos vigorosamente.

De este modo, toda una brigada, que formaba el ala izquierda del ejército francés, se encontró separada de su centro y en peligro de caer prisionera.

Afortunadamente para el general Levaillant, nuestras tropas del Monte Mario no se movieron, como tampoco dos mil hombres que permanecían formados tras la puerta Angélica.

El general en jefe no fué más afortunado por el lado donde había peleado Garibaldi. La lucha había cesado momentáneamente con la retirada de los franceses; pero, viendo rechazadas sus fuerzas el general Oudinot, á fin de impedir que le cortaran la comunicación con Civita-Vecchia, había hecho adelantar el resto de la brigada Moliére, y el combate cuyo ardor había cedido por un momento, se reanudó con mayor furia. Pero la ciencia militar, la disciplina, el valor, la impetuosidad del ataque, todo cedió ante nuestros inexpertos soldados.

Y es que Garibaldi estaba entre ellos, á caballo, sueltos al viento sus cabellos, semejante á la estatua de bronce del dios de las batallas.

En presencia del guerrero invulnerable, todos recordaban las hazañas de los inmortales antepasados y de aquellos conquistadores del mundo, cuyas tumbas hollaban; habríase dicho que todos sabían que las sombras de Camilo, de César y Cincinato los contemplaban de lo alto del Capitolio. A la violencia, al empuje de los franceses, oponían la serenidad romana, la suprema voluntad de la desesperación.

Después de cuatro horas de porfiada

lucha, el jefe de un batallón del 20.° de línea, que hoy día es el general Picard, se apoderó con trescientos hombres de una buena posición, que sus defensores (jóvenes estudiantes), hubieron de abandonar; pero, casi en el acto, Garibaldi, que había recibido de refuerzo un batallón de desterrados mandado por Arcioni, y un destacamento de la legión romana, se lanzó á la bayoneta, y con irresistible ímpetu, arrollando todos los obstáculos, cercó la casa donde se habían fortificado el jefe del batallón, que, atacado por todos lados, y de frente por Nino Bixio, que luchó cuerpo á cuerpo con Picard, fué por último obligado á rendirse.

Esta lucha gigantesca decidió la jornada, y cambió por completo el cariz de las cosas.

Ya no era cuestión de saber si Oudinot entraría en Roma, sino de averiguar si podía regresar á Civita-Vecchia.

Dueño, en efecto, Garibaldi de la villa Pamphili y de los acueductos, dominaba la vía Aureliana, y, mediante un movimiento rápido, podía adelantarse á los franceses, y cerrarles el camino en Castel-di-Guido.

El resultado de este movimiento era seguro. El ala izquierda de los franceses, aplastada junto á los jardines del Vaticano, y resguardada en las chozas que cubrían el camino, no podía batirse en retirada, sin exponerse al fuego destructor de la artillería y fusilería de los muros.

El ala derecha, batida y dispersa á campo raso por Garibaldi, se encontraba en estado de desaliento tal, que sólo podía oponer una débil resistencia. Además, los franceses estaban rendidos después de un combate de diez horas, y carecían de caballería para proteger su retirada.

Nosotros contábamos con una reserva de dos regimientos de línea, dos regimientos de dragones montados, dos escuadrones de carabineros, el batallón de lombardos, mandados por Manara, y por complemento, el ánimo y el esfuerzo de todo un pueblo.

Garibaldi había juzgado la situación, porque, en el mismo campo de batalla, había escrito al ministro de la Guerra Avezzana:

«Envíeme usted tropas frescas, y, conforme le había prometido derrotar á los franceses (promesa que he cumplido), así me comprometo á que ni uno solo de ellos vuelva á sus embarcaciones.»

Pero, dícese que el triunviro Mazzini, se opuso á la proposición de Garibaldi, diciendo con su autorizada palabra:

—No hagamos que, debido á una derrota completa, Francia nos mire con mortal enemistad, ni expongamos á nuestras bisoñas tropas de reserva en la lucha con un enemigo derrotado, pero valeroso.

Este grave error de Mazzini arrebató á Garibaldi la gloria de una jornada á lo Napoleón, é hizo infructuosa la victoria del 30; error fatal, y sin embargo excusable en un hombre que había puesto todas sus esperanzas en el partido democrático francés, cuyo jefe era Ledru-Rollin, error del que se originaron para Italia incalculables consecuencias.

Si el plan de Garibaldi hubiese sido aceptado, acaso habrían cambiado los destinos de Italia.

En efecto, la posición era de las más sencillas, y oportuna como ninguna; y hoy, que los odios se han apagado y brillan nuevos días para Italia, nues-

tros adversarios lo reconocerán así con su proverbial lealtad.

Oudinot había atacado á Roma con dos brigadas, una bajo las órdenes del general Levaillant, y la otra á las del general Molière; un batallón de cazadores, doce cañones de campaña y cincuenta caballos completaban la división. Nosotros habíamos visto el crítico estado á que había sido reducido ese cuerpo de ejército la noche del 30 de abril. Era preciso no perder un instante y avanzar con todas las tropas disponibles, para obligar á los franceses á emprender una precipitada fuga, inevitable si querían llegar á Civita-Vecchia, ó por el contrario, empeñarlos en un nuevo combate, que habría dado por resultado su total destrucción en la posición desfavorable que ocupaban.

Para el ejército francés no había más dilema que éste: ó el completo aniquilamiento, ó la rendición incondicional.

Lo singular fué que, durante esta función de guerra, las músicas militares romanas tocaban la *Marsellesa*, al tiempo que luchaban con los mismos que, entusiasmados por ese canto, habían vencido á Europa.

Además de los muertos y heridos que tuvimos, causaron con sus cañones y fusiles grandes deterioros á nuestros monumentos, y no pudimos dejar de sonreir tristemente, cuando leímos en los diarios franceses que el sitio alcanzaría mayor duración por el cuidado que los ingenieros ponían en respetar los monumentos artísticos.

Los proyectiles, en efecto, habían caído, á manera de granizada, sobre las cúpulas de San Pedro y del Vaticano.

En la capilla Paulina, que atesora frescos de Miguel Angel, de Zuccari y Lorenzo Sabati, una de las pinturas recibió una bala.

En la Sixtina, otro proyectil deterioró un arcón pintado por Buonarotti.

En suma, los franceses perdieron en esta jornada, heridos y prisioneros, mil trescientos hombres. Nosotros tuvimos cien bajas, entre muertos y heridos, y, además, un prisionero.

Ese prisionero era nuestro capellán Ugo Bassi, que cayó en poder del enemigo por no haber querido abandonar á un moribundo en momentos de prodigarle los auxilios espirituales.

Se adivinará fácilmente la alegría que se apoderó de Roma después del primer combate. Sea cual fuere el nuevo sesgo de los acontecimientos, la historia no ocultaría que durante un día entero habíamos mantenido á raya y hasta hecho retroceder á los primeros soldados del mundo.

La ciudad fué iluminada y presentó el aspecto de una fiesta nacional. Las músicas recorrían las calles y los habitantes entonaban cantos patrióticos. El rumor de tanto bullicio llegó á oídos de los soldados y oficiales prisioneros.

El capitán Faby, volviéndose hacia un oficial romano, le preguntó:

—¿Esa alegría y esos cantos se dirigen á insultarnos?

—No—respondió el interpelado, que precisamente era el historiador Vecchi, —no crea usted tal cosa; nuestro pueblo es generoso, y no insulta al desgraciado. Pero celebra su bautismo de sangre. Hemos vencido á los primeros soldados del globo, ¿quiere usted impedir que aplauda el recuerdo y la resurrección de nuestra antigua Roma?

El capitán Faby se mostró profundamente afectado al escuchar estas palabras, dichas en excelente francés. Su emoción llegó al punto de gritar, los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Pues bien, siendo así, viva Roma! ¡Viva Italia!

Ningún soldado prisionero fué conducido al cuartel de antemano señalado, sin antes haberle suministrado víveres y provisto de todo lo necesario.

En cuanto á los oficiales que habían perdido su espada, les fué entregada otra sin la menor dilación.

El día primero de mayo, al amanecer, el incansable Garibaldi, previa autorización del ministro de la Guerra para atacar á los franceses con su legión, ó sea, con mil doscientos hombres, subdividió estas fuerzas en dos columnas, que salieron, la una, mandada por Masina, por la puerta Cavallegieri, y la otra, bajo sus órdenes, por la puerta San Pancracio. La escasa caballería de que disponía, fué engrosada con un escuadrón de dragones.

El objeto de Garibaldi era sorprender á los franceses en su campamento y presentarles batalla, no obstante ser cinco ó seis veces inferior á ellos numéricamente. Por otra parte, esperaba que, oyendo el estruendo del cañón y de la fusilería, el pueblo iría en masa á socorrerle.

Pero, llegado al campamento, se encontró con que los franceses lo habían abandonado la noche anterior, retirándose á Castel-di-Guido. Por otra parte, supo que Masina, que había emprendido la retirada por la vía más corta, estaba librando combate con la retaguardia francesa, á la que había logrado alcanzar.

Garibaldi aceleró su marcha, y se junto con Masina cerca de la hostería de Malagrotta, donde los franceses se concentraban y parecía que se disponían á formalizar la batalla. En el acto, Garibaldi tomó una altura que flanqueaba el ejército francés y constituía una posición muy favorable. Pero, al disponerse los nuestros para el ataque, se destacó un oficial del ejército francés, solicitando parlamentar con Garibaldi, que ordenó fuese conducido á su presencia el comisionado.

Dijo éste que el general en jefe del ejército francés le enviaba para tratar de un armisticio y saber si, realmente, el pueblo de Roma aceptaba el Gobierno republicano, ó quería defender sus derechos. Como demostración de las leales intenciones del general, proponía la entrega del padre Ugo Bassi, hecho prisionero la víspera.

En este intervalo, se recibió una orden del Ministro, disponiendo que Garibaldi emprendiese el regreso á Roma.

La legión entró nuevamente en la ciudad, llevando consigo al parlamentario.

El armisticio que solicitaba el general Oudinot, le fué concedido.

LII

EXPEDICIÓN CONTRA EL EJÉRCITO NAPOLITANO

En tanto que se desarrollaban los acontecimientos descritos en las páginas anteriores, el ejército napolitano, fuerte de unos veinte mil hombres, con el Rey á su frente, contando con treinta y seis piezas de artillería y una espléndida caballería, orgulloso de sus recientes triunfos en Sicilia y Calabria, avanzaba con el propósito de atacar la ciudad por la izquierda orilla del Tíber. Había ocupado militarmente Velletri, Albano y Frascati, protegido hacia la derecha por los Apeninos, hacia la izquierda por el mar, y estableciendo sus avanzadas á pocas leguas de nuestros muros.

Viendo lo cual, Garibaldi, á quien el armisticio obligaba á completa inactividad, solicitó emplear sus ocios haciendo la guerra al rey de Nápoles.

Fuéle acordado el permiso deseado.

En la noche del 4 de mayo, salió Garibaldi con su legión, compuesta de dos mil quinientos hombres.

Entre estas fuerzas figuraban el batallón de tiradores de Manara, los aduaneros, la legión universitaria, dos compañías de la guardia nacional y algunos cuerpos de voluntarios.

El punto de reunión debía ser en la plaza del Pópolo. A las seis, había llegado Garibaldi.

Un joven natural de la Suiza alemana, Gustavo de Hofftetter, que tiene escrita una excelente historia del sitio de Roma, describe en los siguientes términos el efecto que le produjo la vista de Garibaldi:

«En el preciso momento de dar las seis, el general apareció con su estado mayor y fué recibido con un atronador viva. Le veía por la primera vez. Es un hombre de mediana estatura, de tez quemada por el sol, pero las facciones de su semblante son de una perfecta pureza. Viene montado, sereno y firme como un centauro; cubre su rostro espesa y rubia barba; llevaba camisa encarnada y poncho americano; su estado mayor también ostentaba camisa roja, y más tarde, toda la legión italiana adoptó este color.

»Tras él galopaba su palafrenero, robusto negro que lo había seguido desde América; vestía una capa negra, y estaba armado de lanza y pistolas.

»Todos los que habían venido de

América con él, llevaban al cinto pistolas y puñales, primorosamente trabajados, y el típico *rebenque* (látigo de piel de búfalo).»

Continuemos la descripción. Es Emilio Dandolo el que tiene ahora la palabra. También él ha dejado un relato de los sucesos en que tomó parte.

«Seguidos de sus ordenanzas, todos esos oficiales venidos de América, se desbandan, se agrupan, corren, van y vienen, activos, celosos, infatigables, cuando la tropa se detiene para acampar y tomar algún descanso, después de haber colocado las armas en pabellones. Es curioso el cuadro que ofrecen, saltando de sus caballos, y corriendo todos, incluso el general, á proveer personalmente á las necesidades de sus monturas.

»Concluída esta operación, los jinetes piensan en sus propias necesidades. Si no es posible obtener víveres de las poblaciones inmediatas, tres ó cuatro coroneles montan á caballo, armados de lazos, y emprenden la persecución de bueyes y carneros. Cuando han cogido un número suficiente de reses, vuelven al punto de partida, y entonces todo el mundo, soldados y oficiales, se entrega á las faenas de sacrificar y desollar las piezas de ganado, que seguidamente son puestas al fuego y asadas en grandes trozos.

»En tanto, si no existe ningún peligro, Garibaldi permanece en su tienda; si, por el contrario, hay algún motivo de alarma, no baja del caballo, transmite sus órdenes y recorre las avanzadas. A menudo se despoja de su extraño uniforme, se viste de paisano y emprende las más arriesgadas exploraciones; frecuentemente permanece horas enteras sentado en el más alto extremo de una cumbre, y, con su anteojo, sondea las profundidades del horizonte.

»La legión al mando personal de Garibaldi se compone de unos mil hombres, que forman el más heterogéneo conglomerado que se pueda imaginar. Hombres de toda edad, de opuestas condiciones personales, niños de doce y catorce años, llamados á esa vida independiente unos por noble entusiasmo, otros por natural inquietud; viejos soldados atraídos por el nombre y por la reputación del ilustre guerrillero del Nuevo Mundo, y en medio de todos ellos, muchos que buscan en el desórden de la guerra la impunidad y el libertinaje.

»Los oficiales son elegidos de entre los más valientes y ascendidos á los grados superiores, sin tenerse en cuenta la antigüedad, ni más ley que los méritos individuales.

»La paga no falta; se hace con papel del triunvirato, que sólo cuesta el trabajo de la impresión. Proporcionalmente, el número de oficiales es superior al de soldados.

»El furriel era capitán; el cocinero del general tenía el grado de teniente, lo mismo que el ordenanza; el estado mayor lo componían coroneles.

»Con una sencillez patriarcal tan acentuada que hasta podría creerse afectada, Garibaldi parece, más que un general, el cacique de una tribu de indios. Pero, cuando se acerca el peligro, ó bien cuando se declara, entonces aparece admirable de arrojo y sagacidad. Lo que podría faltarle de ciencia estratégica, de acuerdo con las reglas del arte militar, lo suple su actividad verdaderamente asombrosa.»

Ya lo veis: ese hombre extraordinario produce la misma impresión en todos los temperamentos.

Volvamos á la expedición contra los napolitanos.

La tropa se puso en marcha á la caída del día. ¿Dónde iba? Nadie lo sabía. Describió un gran círculo, y se encontró en la vía de Palestrina.

La noche estaba clara y fresca. Se caminaba en silencio y á paso precipitado. El estado mayor prestaba el servicio de vigilancia. Los oficiales, acompañados de algunos soldados de caballería, practicaban grandes rodeos. Bien entrado el día, la columna hizo alto, y los ayudantes, después de haber explorado el terreno, traían noticias que ponían de nuevo en marcha á los expedicionarios.

Estas paradas daban descanso y seguridad á la tropa.

A una legua de Tívoli la columna se detuvo. Hacía bastante tiempo que se había dejado el camino de Preneste que conduce al de Palestrina, y se caminaba hacia Tívoli, siguiendo por una antigua vía romana.

A favor de esta marcha nocturna, ejecutada con rapidez, el general había obtenido una triple ventaja:

1.° Desorientar á los espías que, habiéndole visto salir por la puerta del Pópolo, debieron de creer que la expedición se dirigía contra los franceses, quienes habían entablado negociaciones con los triunviros.

2.° Garibaldi se encontraba, en Tívoli, sobre el flanco derecho de la línea de operaciones de los napolitanos, que acampaban en Velletri.

3.° La marcha nocturna á través de un desierto erial, falto de sombra y de agua, constituía una gran ventaja para las tropas, que pudieron disfrutar de la fresca temperatura que la noche brindaba.

A las cinco de la tarde, se reanudó la marcha hacia las ruinas de la villa Adriana, que distaba aproximadamente una legua del sitio de parada y que se extienden al pie de la montaña de Tívoli.

Era intención del general acampar allí; pero cambió de propósito, y mandó practicar de antemano una minuciosa exploración de aquellos lugares.

En medio de las ruinas de la villa Adriana, que forman una fortaleza, toda la brigada estableció su campamento de hombres y caballos. Las cámaras subterráneas de este inmenso edificio permiten y brindan cómodo alojamiento, dado el perfecto estado de conservación en que se encuentran.

Esta villa fué construída por orden de Aureliano, y tiene dos millas de largo por una de ancho.

A las ocho de la mañana del día 6, la columna levantó el campo y reanudó la marcha, llevando á su frente los tiradores. Para alcanzar el gran camino de Palestrina, hubo necesidad de pasar el desfiladero de San Veterino, en lo cual se empleó una hora. A mediodía se acampó en otro valle, donde se encontró sombra y agua fresca. No se distinguía una sola casa, pero, en cambio, se nadaba en un mar de frondosa vegetación.

A las cinco y media se continuó la marcha y empezó el ascenso de la montaña, en cuya cima encontraron una vetusta vía romana perfectamente conservada, que conducía á Palestrina, donde se llegó á la una de la madrugada.

Se hicieron frecuentes paradas con objeto de facilitar descanso á los soldados.

El general envió patrullas en todas direcciones.

Una de esas patrullas, fuerte de sesenta hombres al mando del teniente Bronzelli, que diez años después fué

mortalmente herido en la batalla de Tropontí, atacó á los napolitanos concentrados en una aldea, los puso en fuga y les hizo algunos prisioneros.

Dos de los nuestros, que no quisieron rendirse, fueron muertos y mutilados.

El 9 se recibió aviso de que un considerable cuerpo de napolitanos avanzaba hacia Palestrina; y, en efecto, sobre las dos de la tarde, de lo alto de la montaña San Pedro, que domina la ciudad y estaba ocupada por nuestra segunda compañía, vióse cómo avanzaba en perfecto orden, por las dos vías que se bifurcan en la puerta del Sole, la columna enemiga, compuesta de dos regimientos de infantería de la guardia real y una división de caballería.

Garibaldi envió á su encuentro dos compañías de su legión, una de la guardia nacional volante y la cuarta compañía de tiradores.

Esta última ocupó el ala izquierda de la larga cadena de montañas que desaparece en el valle.

Manara, desde el terraplén de la puerta, dominaba á caballo esta magnífica escena, y, por medio de un corneta, dictaba los movimientos que era necesario ejecutar.

Tan matemáticamente se hacían las evoluciones, que aquello más bien parecía una simple formación militar.

Cuando estuvimos cerca de los napolitanos, se inició un fuego muy violento, y los demás cuerpos de la expedición, formados en columna cerrada, se prepararon para entrar en acción.

El jefe enemigo dispuso que los pelotones se extendiesen formando ala, pero se observó que los soldados, poseídos de miedo, se resistían á separarse los unos de los otros. Nosotros continuábamos avanzando, sin cesar de hacer fuego. Nuestra extrema derecha, mandada por el capitán Rozat, rodeó una pared que le impedía avanzar, y corrió á desplegarse sobre los flancos del enemigo.

Los napolitanos vacilaron un instante, tras el cual emprendieron la fuga, casi sin hacer fuego. Algunos hombres del batallón de Manara se introdujeron entre los fugitivos, cogiendo cinco ó seis prisioneros.

Por el lado derecho, los acontecimientos se desarrollaron en la misma forma, aunque más lentamente. La primera compañía de tiradores dejó que los napolitanos se aproximasen, y, cuando estuvieron á poca distancia, los embistió inesperada y vigorosamente á la bayoneta, poniéndolos fácilmente en fuga, rechazándolos de tres casas que ocupaban y defendían. La caballería napolitana dió una carga, que fué repelida con la mayor serenidad por dicha compañía de tiradores y costó la vida á numerosos jinetes.

Era el momento que Garibaldi esperaba. Envió un batallón de refuerzo á Manara, con orden de cargar á la bayoneta sobre toda la línea del combate.

Diezmados los flancos del enemigo por los lombardos, rechazados de frente por las legiones, los realistas emprendieron rápida y completa fuga, dejando tres piezas de artillería en el campo de batalla.

La acción duró tres horas, y sin mucho esfuerzo, dió un éxito favorable á nuestras armas. El enemigo opuso una resistencia tan débil, que en verdad era asombrosa.

Si hubiésemos dispuesto de caballería para lanzarla en persecución de los fugitivos, sus pérdidas habrían sido considerables.

Pero, cuando Garibaldi vió que el enemigo se retiraba tan precipitadamente y que los nuestros lo perseguían

en desórden, temió una emboscada y mandó tocar retirada.

Tuvimos una docena de muertos y veinte heridos, entre los cuales figuraba el bravo capitán Ferrari, que recibió un bayonetazo en el pie.

La pérdida de los napolitanos fué de un centenar de hombres.

El resultado material no era de importancia; pero el efecto moral alcanzaba grandes proporciones.

Dos mil quinientos soldados de Garibaldi habían puesto en completa derrota á seis mil napolitanos.

Unos veinte infelices prisioneros, casi todos de la reserva, y, por lo tanto, arrancados á sus familias y obligados á pelear por una causa que no era la suya, fueron llevados á presencia de Garibaldi. Temblando y con las manos en ademán de súplica, le pidieron perdón. Eran bizarros mozos, bien vestidos, pero armados pésimamente, y sobrecargados de imágenes de santos y de madonas, de reliquias y amuletos.

Dijeron que el Rey se encontraba en Albano con dos regimientos suizos, tres de caballería y cuatro baterías, y que esperaba otros refuerzos de Nápoles.

A las órdenes del general Zucchi, habían sido enviados para tomar Palestrina y apoderarse de Garibaldi, que le inspiraba un terror indecible.

Acampamos y pernoctamos en las afueras de Palestrina.

Al otro día, avanzamos, para establecer avanzadas dos millas más allá. Nuestras patrullas llegaron hasta las líneas enemigas, que tenían sus piquetes á cuatro millas de distancia.

Para no permanecer en completa ociosidad, hacíamos maniobrar á nuestros soldados, que desde Solaro, no habían, ni una sola vez, practicado el ejercicio.

Por la noche, volvimos á nuestros puestos; pero fué para dar un nuevo asalto.

El día 7 de mayo, á media noche, habíamos llegado bajo una lluvia torrencial. El batallón Manara había sido designado para alojarse en un convento de agustinos; pero los monjes no querían franquearle la entrada. Cansados y sudorosos, los republicanos llamaron inútilmente á la puerta. Al cabo de una hora, hicieron venir á los zapadores, y la puerta fué derribada.

Aunque los soldados se encontraban completamente rendidos de fatiga y el recibimiento que se les hacía era motivo para despertar su furor; aunque el general había manifestado públicamente á sus soldados que se hacía la guerra á los napolitanos y á los monjes hostiles á la República, los consejos de Manara y de sus oficiales calmaron á la tropa é impidieron los excesos que eran de esperar en semejante ocasión. Se acostaron tranquilamente sobre las baldosas de los corredores, para recuperar con un breve descanso las fuerzas con que poder soportar nuevas fatigas.

Las que los napolitanos nos proporcionaron, no fueron por fortuna las peores que se sufrieron.

Otra noche, la que siguió á la batalla, los tiradores volvieron á su convento, y otra vez lo encontraron cerrado. Para entrar, hubo de intervenir nuevamente el hacha de los zapadores.

Los monjes se habían escapado. No podían creer en el generoso olvido de los republicanos, y temían que su rencor se hiciese sentir en esta su segunda visita al convento.

Se habían llevado consigo las llaves de sus celdas.

Para disponer de mantas y otros útiles, hubo necesidad de derribar algunas puertas. Una vez derribadas, se extendió el contagio. No aviniéndose á dor-

unir en el duro pavimento de los corredores, los soldados se apoderaron de cuantos colchones y almohadas encontraban. Los jefes, cansados de predicar moral, imitaron el ejemplo, y se apostaron en las celdas. En menos de media hora, el convento fué vuelto de arriba abajo. Apenas si hubo tiempo de colocar centinelas en la iglesia, en la bodega y en la biblioteca.

Por lo demás, no había nada de que echar mano. Los frailes no habían dejado más que los muebles pesados, que ninguno de los nuestros podía meter en la mochila; pero muchos paisanos que habían inducido á nuestros soldados á cometer semejantes trastornos, se aprovecharon de tal estado de cosas, y se introducían como hormigas en número de tres ó cuatro, para llevarse los objetos demasiado abultados para uno solo.

Muchos de los nuestros, poco religiosos, corrían por las diferentes dependencias del edificio, dichosos, una vez por todas, de tener que hacer con los monjes. Uno salía de una celda cubierta la cabeza con ancho sombrero de dominico; otro se paseaba gravemente por los corredores vestido de largos hábitos blancos sobre el uniforme. A una señal, todos se reunieron llevando sendos cirios en la mano, y durante toda la noche del 9 al 10, el convento fué profusamente iluminado en honor de nuestra victoria sobre los napolitanos.

La correspondencia epistolar de los pobres monjes no fué más respetada que lo demás. Algunas cartas fueron leídas en alta voz. El contenido de muchas habría hecho enrojecer como una amapola á los castos fundadores de la Orden (1).

El 10 nos detuvimos en Palestrina, y acampamos en los prados. Los napolitanos no daban el menor indicio de querer atacarnos, y coronaban las alturas de Albano y Frascati, acercándose poco á poco á Roma

Garibaldi, que temía un asalto combinado de franceses y napolitanos, se puso en marcha el mismo día para regresar á la ciudad. Pasamos silenciosamente y en perfecto orden á dos millas del campo enemigo por senderos casi impracticables, sin que ningún incidente turbase la tranquilidad de una espléndida marcha.

Por fin, en la mañana del 12, llegamos á Roma, habiendo recorrido, durante la noche, veintiocho millas sin detenernos un solo instante. Estábamos muy necesitados de reposo. Muchos de los nuestros, creyendo que solamente se trataba de una ausencia de pocas horas, no se habían provisto de ninguno de los objetos necesarios en esa clase de marchas, tales como ropa blanca, mochila, marmita, etc.

Al llegar la noche, en vez de entregarnos al descanso, tuvimos que empuñar los fusiles. Cundió por la ciudad el rumor de que los franceses atacaban el Monte Mario. Salimos apresuradamente por la puerta Angélica; cambiamos algunos tiros con los franceses, y dormimos al borde de una zanja, sin abandonar los fusiles.

G. Medici.

---

(1) Medici no formaba parte de la expedición á Palestrina. Por eso, la mayor parte de estos apuntes pertenecen á Emilio Dandolo.

LIII

COMBATE DE VELLETRI

A partir de este momento, devolvemos á Garibaldi la pluma que nos prestó cuando su partida para Sicilia.

***

El 12 de mayo la Asamblea Constituyente romana, al tener noticia de la heroica defensa de Bolonia, publicaba este decreto:

«Roma, 12 mayo 1849.

»La Asamblea Constituyente en nombre de Dios y del pueblo,

Decreta:

ARTÍCULO ÚNICO

»El heroico pueblo de Bolonia es reconocido como benemérito de la patria de la República, y como digno émulo de su hermano, el pueblo romano.»

El mismo día en que Bolonia caía, el embajador extraordinario de la República Francesa, Fernando de Lesseps, entraba en Roma con Miguel Accursi, enviado de la República Romana á París.

Merced á los buenos oficios del embajador francés, el armisticio contra el que yo me había opuesto tan resueltamente, había terminado.

El Gobierno romano acordó aprovechar esta tregua para desembarazarse del ejército napolitano, que, por más que en realidad no era de temer, constituía en toda ocasión un estorbo con sus veinte mil hombres y treinta y seis piezas de artillería.

Digo mal: ya no eran tantas bocas de cañón; hay que descontar los tres que les cogimos con ocasión del asunto de Palestrina.

El Gobierno juzgó oportuno nombrar dos generales de división; el uno fué Roselli, que antes era coronel; el otro nombramiento recayó en mí, que ya era general de brigada.

Roselli fué nombrado jefe de la expedición.

Algunos amigos me aconsejaban no aceptar este puesto secundario enfrente de un compañero que el día antes era inferior mío en categoría.

Pero debo confesar que siempre he sido indiferente á esas preocupaciones hijas del amor propio. Hasta como sim-

ple soldado habría yo servido con agrado, tratándose de defender la causa de mi patria. Acepté, pues, con gratitud el ascenso al generalato de división.

El 16 de mayo, por la tarde, todo el ejército de la República, compuesto de diez mil hombres y doce cañones, salía de las murallas de Roma por la puerta San Giovanni.

De estos diez mil hombres, había mil de caballería.

Ya en marcha, advertimos que el cuerpo de Manara, que debía formar parte de la expedición, no se encontraba con nosotros.

Se envió á un oficial de estado mayor para averiguar el motivo por què Manara, que siempre era el primero cuando se trataba de ir al encuentro del enemigo, era esta vez el último.

Había habido una mala interpretación. Manara, á quien encontraron muy enojado, había entendido que no debía formar parte de la expedición.

Pasamos el Teverone por la vía de Tivoli. A eso de las once de la mañana llegamos á Zagarola, después de una marcha muy pesada, en la que habíamos empleado seis horas.

En Zagarola no encontramos pan ni carne. La división napolitana se había encargado de dar buena cuenta de todos los comestibles. Apenas si nos dejó algo para beber.

El estado mayor no había previsto el caso.

Pudimos, afortunadamente, coger algunas reses que fueron desolladas, asadas y devoradas en un santiamén.

Permanecimos unas treinta horas en aquel pueblecillo, de donde salimos del mismo modo que habíamos llegado: desprovistos de vituallas.

A la una de la tarde del 18 de mayo se dió orden de partida, la que emprendimos cinco horas después. Esas dilaciones suelen producir más cansancio que las marchas forzadas.

Por fin, á las seis me puse á la cabeza de la brigada de vanguardia, y salí con dirección á Valmonte. Las demás brigadas me siguieron. Había yo dado orden de observar el mayor silencio en las filas y la más absoluta vigilancia en los flancos y vanguardia. Tenía aviso de que el ejército napolitano acampaba en Velletri con diez y nueve ó veinte mil hombres y treinta cañones. En este contingente figuraban dos regimientos de suizos.

Decíase que el rey de Nápoles se encontraba en la ciudad.

En efecto, los realistas ocupaban Velletri, Albano y Frascati; sus avanzadas llegaron hasta Fratocchi. Su ala izquierda estaba protegida por el mar; la derecha se apoyaba en los Apeninos. Luego que abandoné Palestrina, el enemigo la había ocupado, y así dominaban el valle que era el único conducto practicable á un ejército enemigo procedente de Roma. Podían, por consiguiente, oponer una resistencia seria, contando, sobre nosotros, con la ventaja de la posición y del número, de la artillería y caballería.

Pero el feliz resultado del primer encuentro constituía una promesa halagadora respecto del segundo. Las tropas del rey de Nápoles se encontraban, por otra parte, completamente desmoralizadas, y ya se sabe que en la guerra el estado moral es el todo.

Para constreñir al enemigo á retirarse ó aceptar batalla, se había considerado que era necesario apoderarse rápidamente del valle y ocupar una posición de flanco que amenazase las comunicaciones del ejército realista con Nápoles. Para tal objeto, se había escogido Monte Fortino, como punto estratégico. Dueños de ese sitio, podía-

mos arrojarnos sobre Citerna y cerrar al enemigo el camino de su frontera, apoderarnos de Velletri, si el ejército contrario lo abandonaba para envolvernos, ó finalmente, lanzarnos con todas nuestras fuerzas sobre el lado más débil del enemigo si éste cometía el error de fraccionarse.

Caminando en la obscuridad, recorrimos un paso muy estrecho que muere cerca de Valmonte, en lo que empleamos dos horas. El regimiento Manara, con un escuadrón de dragones y dos piezas de artillería, fué encargado de proteger la vanguardia.

Llegamos á las diez. La obscuridad era completa, y el lugar elegido para acampar reunía malas condiciones.

Hubo necesidad de ir á buscar el agua á una milla de distancia.

El 18 continuamos la marcha con igual rapidez. El enemigo había abandonado Monte Fortino, que tan fácilmente nos habría podido disputar.

Todo el ejército borbónico estaba en plena retirada sobre Velletri.

La mañana del 19 dejé la posición de Monte Fortino para marchar sobre Velletri con la legión italiana, el 3.° batallón del tercer regimiento de infantería romana y algunos jinetes al mando de Masina. En junto, unos mil quinientos hombres.

A mi lado cabalgaba Ugo Bassi, que me prestaba sus servicios como ayudante de campo, y me repetía sin cesar, en medio del fuego :

—¡ General ! por favor, envíeme usted á los sitios más peligrosos, en substitución de otros oficiales más útiles que yo.

Cuando hubo llegado á la vista de Velletri, envié un destacamento con orden de avanzar hasta los muros de la ciudad, á fin de reconocer el terreno y de obligar al enemigo á tomar la ofensiva.

No pensaba ciertamente derrotar con mi escasa fuerza al rey de Nápoles, que en aquella ocasión disponía de veinte mil hombres ; pero calculaba que, una vez empeñada la acción, el grueso de nuestro ejército llegaría á tiempo de tomar parte en ella.

Coloqué la mitad de mi legión en las alturas que flanquean el camino de Velletri ; trescientos hombres en el centro, la mitad del batallón á la derecha, y el pelotón de caballería formó en los flancos.

El resto de la fuerza, quedó en situación de reserva.

El enemigo, viendo lo escaso de nuestro número, nos atacó en seguida. Un regimiento de cazadores á pie inició el combate, rompiendo el fuego contra nuestras avanzadas, las cuales, cumpliendo mis órdenes, se batieron en retirada.

Al regimiento de cazadores, siguieron pronto algunos batallones de línea y un nutrido cuerpo de caballería.

Su choque fué violento, aunque no duradero. El fuego de los nuestros, regular y bien dirigido, los detuvo en su avance.

Hacía media hora que se había roto el fuego, cuando el enemigo lanzó contra nosotros dos escuadrones de cazadores. Una carga desesperada suya, debía decidir de la victoria.

Me puse al frente de mis cincuenta ó sesenta jinetes, y cargamos contra quinientos.

Los napolitanos, en su impetuosa carrera, nos arrollaron. Fuí derribado y lanzado á diez pasos de mi caballo. Me levanté con rapidez, y monté de nuevo ; y para que mi gente no me creyese muerto, puse mi sombrero en

la punta de la espada, agitándola al aire. Por lo demás, siendo yo el único que llevaba poncho blanco y encarnado, podía ser reconocido fácilmente.

Mi resurreccion fué acogida con gritos generales.

En su carrera, la caballería napolitana había penetrado hasta el centro de nuestra reserva, seguida de los batallones de línea, en columna cerrada. Su propio ardor los perdió, porque habiendo quedado sin protección sus flancos, se encontraron á derecha é izquierda, en todas direcciones, con nuestros soldados que impunemente los fusilaban.

Mandé pedir refuerzos al general en jefe, diciéndole que consideraba que la batalla presentaba buen cariz.

Me respondió que no podía enviármelo, por no haber aún tomado los soldados la diaria colación.

Resolví hacer cuanto pudiese con mis propias fuerzas, siempre insuficientes en los momentos decisivos.

Mandé tocar paso de ataque. Éramos mil quinientos contra cinco mil.

Nuestros dos cañones rompieron el fuego; el de la infantería arreció, y los cuarenta ó cincuenta lanceros, conducidos por Masina, atacaron á tres ó cuatro mil infantes.

Entretanto, Manara, que se encontraba á dos millas de nosotros, oía el estampido de las descargas, y pedía permiso al general en jefe para correr en nuestro auxilio.

Al cabo de una hora, se le concedió lo que solicitaba.

Los soldados de refuerzo llegaron á los acordes de la banda de cornetas y en medio de un entusiasmo admirable. A la vista de aquellos jóvenes de baja estatura, morenos y vigorosos; á la vista de sus negros penachos flotando al viento, salió de todos los pechos el grito de «¡Vivan los tiradores!» que fué contestado por el de «¡Viva Garibaldi!» Y en el acto entraron en fuego.

Apartir de ese momento, el enemigo era rechazado sucesivamente de todas sus posiciones, y se retiraba en demanda de la protección de los cañones de la playa, que dispararon sobre nuestra columna, sin causarnos grave daño, á causa de los accidentes del terreno que no eran muy favorables.

Tan luego hubo llegado al campo de batalla, Manara, al divisar mi poncho blanco, puso su caballo al galope para correr á mi encuentro. Pero, en su carrera, fué detenido por un incidente que cito aquí, porque retrata á maravilla el temple de nuestros hombres.

Al pasar frente á la charanga, que estaba tocando un aire alegre, algunos soldados, arrastrados por el influjo de la música, se pusieron á bailar, sin cuidarse de la metralla que llovía en torno suyo.

Mirábalos riendo Manara, cuando una bala de cañón se llevó á dos bailadores.

Este incidente originó una momentánea pausa, interrumpida por la voz de Manara, que gritó:

—¿Y la música?

La charanga continuó tocando y el baile se reanudó con mayor entusiasmo.

Viendo yo que los tiradores habían llegado, envié á Ugo Bassi para decir á Manara que viniese á conferenciar conmigo.

Sus primeras palabras fueron para saber si yo estaba herido.

—Creo—respondió Ugo Bassi,—que el general ha recibido dos balazos, el uno en la mano, el otro en el pie; pero, como quiera que no se queja, sus heridas no deben de ser peligrosas.

Había yo recibido, en efecto, dos

trasguños, de los que me ocupé cuando ya no me quedaba otra cosa á que atender.

Manara me contó la reciente escena de la danza.

—¿Acaso, con tales hombres—preguntóme, — no podemos intentar el asalto de Velletri?

La pregunta me hizo reir. ¡Apoderarse con dos mil hombres y dos cañones de una ciudad situada en lo alto de una montaña, como nido de águilas, y defendida por veinte mil hombres y treinta piezas de artillería!

Pero era tal el espíritu de aquella juventud, que nada veía imposible.

Envié nuevos despachos al cuartel general. Si hubiese contado siquiera con cinco mil hombres, habría intentado la empresa; tanto era el ardor de los nuestros y el desaliento de los napolitanos.

Divisábase á simple vista una especie de brecha en la muralla, que algunos cañonazos habrían hecho practicable. Unas cuantas columnas de ataque, bajo la protección de los numerosos árboles, podían llegar hasta la brecha; los zapadores, derribando los obstáculos, habrían hecho lo demás.

Dos ataques simulados habrían preparado el ataque principal.

En vez de llevar á la práctica este plan, tuvimos que contentarnos con dejar á nuestros tiradores que se divirtiesen tiroteándose con los defensores de los baluartes, mientras dos regimientos suizos hacían sobre ellos, desde el convento de los capuchinos, un vivísimo fuego de artillería.

Por fin, el general en jefe se decidió á venir en mi socorro con todo el ejército; decisión inútil, porque, cuando llegó, ya había pasado la ocasión favorable.

Tenía yo la seguridad de que el enemigo evacuaría la plaza durante la noche (el Rey la había abandonado ya con seis mil hombres), y propuse enviar un fuerte destacamento por el lado de la puerta de Nápoles, para hostilizar el flanco del enemigo. Tampoco se realizó ese proyecto, debido al temor de que nuestras fuerzas quedarían debilitadas, separando de ellas las que deberían llevarlo á cabo.

Queriendo saber á qué atenerme, á las doce de la noche ordené á Manara que enviase á un oficial con cuarenta hombres escogidos hasta las murallas de Velletri, hasta dentro de la misma plaza, si era posible.

Manara transmitió mi orden á su lugarteniente Emilio Dandolo, quien, al frente de cuarenta soldados, avanzó en la obscuridad hasta las puertas de la ciudad.

Dos campesinos que encontró en el camino le aseguraron que la plaza había sido desalojada.

Llegados al pie de los muros, completamente desiertos, los tiradores escalaron la trinchera, y se encontraron en el recinto de la plaza que, realmente, aparecía abandonada.

Dandolo hizo algunos prisioneros que se habían rezagado, y por ellos y algunos habitantes de la población supo cuanto necesitaba. Dijéronle que cuando hubo anochecido, los napolitanos habían evacuado la plaza, tan precipitadamente y en tal desorden que habían dejado en ella la mayor parte de sus heridos.

Al despuntar el día, emprendí su persecución, pero no pude alcanzarlos, á lo que contribuyó principalmente el haber recibido, encontrándome en el camino de Terracina, orden de reunirme á la columna, la que fué dividida

en dos, una que debía regresar á Roma y la otra destinada á limpiar Frosinone de los voluntarios de Zucchi que infestaban aquella región.

Véase por qué se nos escapó el enemigo. Una jornada que habría podido ser decisiva, no reportó más que una pequeña ventaja.

En aquella expedición se cometieron los cuatro errores siguientes:

No se me enviaron refuerzos cuando los pedí;

No se dió el asalto que aconsejé;

Se mostró incapacidad para impedir la retirada de los napolitanos;

No se hostilizó á los fugitivos.

LIV

EL 3 DE JUNIO

Entré en Roma el día 24 de mayo, rodeado de una inmensa muchedumbre, que me aclamaba con gritos de loca alegría.

En aquella ocasión, los austriacos amenazaban Ancona. Un primer cuerpo de cuatro mil hombres había salido de Roma para correr á la defensa de las legiones y de las Marcas.

Se trataba de enviar un segundo cuerpo; pero antes de darle orden de marcha, el general Roselli consideró deber suyo y para seguridad de Roma, escribir al duque de Reggio la siguiente carta:

«Ciudadano general:

»Tengo la profunda convicción de que el ejército de la República Romana peleará un día al lado del ejército de la República Francesa para sostener los más sagrados derechos de los pueblos. Esta seguridad me impulsa á formular proposiciones que espero serán aceptadas por usted. Ha llegado á conocimiento mío que entre el Gobierno y el ministro plenipotenciario de Francia, se ha firmado un tratado que no ha sido aprobado por usted.

»No pretendo ahondar en los secretos de la política, pero me dirijo á usted en mi condición de general en jefe del ejército romano. Los austriacos están en marcha y se proponen concentrar sus fuerzas en Foligno; apoyando su ala derecha en el territorio toscano, abrigan el propósito de avanzar por el valle del Tíber y realizar, por los Abruzos, su unión con los napolitanos. No creo que pueda usted ver con indiferencia la realización de semejante plan.

»Estimo deber mío comunicar á usted mis conjeturas relativas á los movimientos de los austriacos, máximo en el momento en que la indecisa actitud de usted paraliza la nuestra y puede asegurar el éxito del enemigo. Esas razones las juzgo bastante poderosas para proponerle un armisticio ilimitado y que sea notificada la continuación de las hostilidades con quince días de anticipación.

»General: creo necesario este armisticio para salvar á mi patria, y lo pido invocando el honor del ejército y de la República Francesa.

»En el caso de que los austriacos señalasen su presencia en Civita-Caste-

llana, la Historia haría recaer en el ejército francés la responsabilidad de habernos obligado á dividir nuestras fuerzas en momentos que tan necesarias son para nosotros, y de haber favorecido, obrando de tal suerte, los progresos de los enemigos de Francia.

»Me permito, general, pedirle pronta respuesta, y le ofrezco el testimonio de mi fraternidad.

»ROSELLI.»

El general francés respondió:

«General:

»Las órdenes de mi Gobierno son terminantes; por ellas, debo entrar en Roma á la mayor brevedad posible. He comunicado á la autoridad romana el armisticio verbal que, á instancias de M. de Lesseps, he consentido en acordar momentáneamente. He mandado prevenir, por escrito, á nuestras avanzadas, que los dos ejércitos quedaban facultados para reanudar las hostilidades.

»Pero, á fin de dar á sus compatriotas que desearían salir de Roma la posibilidad de hacerlo sin dificultad, difiero el ataque de la plaza hasta el lunes por la mañana.

»Reciba usted, general, la seguridad de mi alta consideración.

»El general en jefe

»OUDINOT, *duque de Reggio*.»

A tenor de esta seguridad, el ataque no debía empezar antes del 4 de junio.

El 3 me despertó el estampido del cañón.

Me alojaba en la vía Carroze, número 59, con dos amigos: Orrigoni, de quien creo haber ya hablado, aunque someramente, y Daverio, al que también tengo dedicadas algunas palabras.

El inesperado cañoneo nos hizo saltar á los tres apresuradamente de nuestras camas.

Daverio se sentía muy mortificado por un tumor. Le ordené que no saliese de casa.

En cuanto á Orrigoni, no había motivo alguno que le impidiese acompañarme.

Monté á caballo y me dirigí al galope hacia la puerta de San Pancracio.

He aquí lo que había ocurrido:

Nuestras avanzadas de la villa Pamphili consistían en dos compañías de tiradores boloñeses y doscientos hombres del 6.° regimiento.

Al dar las doce de la noche, una columna francesa se acercó sigilosamente, en medio de la obscuridad, á la villa Pamphili.

—¿Quién vive?—gritó el centinela, que oyó el rumor de pasos.

—*¡Viva Italia!*—respondió una voz.

El centinela creyó que eran compatriotas, los dejó aproximar, y fué desarmado.

La columna se arrojó sobre la villa Pamphili, hiriendo, matando ó haciendo prisioneros á cuantos encontraba á su paso.

Algunos hombres saltaron de las ventanas al jardín, y de éste á los muros.

Los más acosados se retiraron detrás del convento de San Pancracio, gritando: *¡A las armas!*

Los otros corrían en dirección á las villas Valentini y Corsini.

Lo mismo que en la villa Pamphili, fueron arrollados por sorpresa, no sin oponer una ligera resistencia.

Los gritos de los que se habían refugiado en San Pancracio, y los disparos de los defensores de las villas Valentini y Corsini, despertaron á los artilleros, que abrieron en el acto el fuego contra los franceses.

Haremos una descripción del campo de batalla en el que se va á jugar el destino de esta jornada.

De la puerta de San Pancracio parte un camino que conduce directamente al Vascello. Este camino tiene unos doscientos cincuenta pasos de longitud.

A esa distancia, el camino se divide.

El ramal principal baja á la derecha, extendiéndose á lo largo de los jardines de la villa Corsini, rodeados de paredes, y va á reunirse con la gran vía que conduce á Civita-Vecchia.

El ramal secundario deja de ser un camino público para convertirse en pasadizo de jardín, conduce directamente á la villa Corsini, que dista trescientos metros. A derecha é izquierda, flanquean este paseo altos y espesos setos de mirtos.

Un tercer ramal se extiende á la izquierda, costeando, como el primero, la elevada muralla del jardín Corsini.

La villa Vascello es una grande y maciza fábrica de tres pisos, rodeada de paredes y jardines. A cincuenta pasos se levanta una casa desde la cual puede hacerse fuego á las ventanas de la villa Corsini.

En el camino izquierdo, á cien pasos más allá del sitio en que se separa de la vía principal, existen dos pequeñas casas, una detrás del mismo jardín de la villa Corsini y la otra á veinte pasos más adelante.

La villa Corsini, colocada en una eminencia, domina todos los alrededores. La posición es muy fuerte; y el terreno, muy quebrado, presenta muchos puntos favorables al enemigo, que, al amparo de sus declives y sinuosidades, puede colocar reservas al abrigo del fuego de los asaltantes, en el supuesto de que se le desalojo de la casa.

Cuando llegué á la puerta San Pancracio, estaban ocupadas las villas Pamphili, Corsini y Valentini.

Sólo el Vascello continuaba en nuestro poder.

La pérdida de la villa Corsini constituía un gran mal para nosotros; siendo nosotros dueños de ella, los franceses no podían trazar sus paralelas.

Era, pues, preciso recuperarla á cualquier precio; para Roma, suponía una cuestión de vida ó muerte.

El fuego iba tomando incremento; pero no era eso lo que se imponía, sino un asalto, un asalto terrible pero victorioso, que nos devolviese la villa Corsini.

Me lancé al centro del camino, no ocupándome en pensar que mi poncho blanco ofrecía un espléndido blanco á los tiradores franceses, y con la voz y el gesto llamé á todos los hombres dispuestos á seguirme.

Parecía que la tierra vomitaba de su seno soldados y oficiales.

En un instante tuve á mi lado á Nino Bixio, mi ordenanza; Daverio, de quien creía que había acatado mi orden de quedarse en casa; Masina, el comandante de mis lanceros; Sacchi y Marochetti, mis antiguos camaradas de Montevideo. Reunieron á los tiradores boloneses, se pusieron á la cabeza de la legión italiana y se lanzaron al ataque, arrastrando á los demás.

Nada pudo contrarrestar su ímpetu. La villa Corsini fué recuperada; pero, tantos hombres habían caído, que los sobrevivientes no pudieron resistir el choque de las numerosas columnas enemigas que se presentaron á reconquistar la posición.

Los nuestros fueron obligados á retroceder.

Pero otros habían acudido. Los jefes, enfurecidos, ordenaban un nuevo

avance. Masina, que había recibido un balazo en el brazo, levantaba el ensangrentado miembro gritando: *¡Adelante!* Sonó el toque de carga, y la villa fué tomada nuevamente.

Quince minutos después volvíamos á perderla, y con ella mucha sangre generosa.

Masina estaba herido en el brazo; Nino Bixio en el vacío; Daverio había muerto.

Cuando exigía de Masina que se retirase á que lo curasen, conforme lo había hecho con Bixio, Manara llegó junto á mí, procedente del Campo Vaccino y contraviniendo las órdenes que se le habían dado.

—Manda salir á tu gente—le dije; ya ves que es necesario recuperar esa posición.

Su primera compañía, mandada por el capitán Ferrari, antiguo ayudante de campo del general Durando, se había ya desplegado fuera de la puerta de San Pancracio. Ferrari era un valiente que había hecho con nosotros la doble campaña de Palestrina y Velletri. En Palestrina había sido herido de un bayonetazo en la pierna, pero estaba ya curado.

Manara mandó tocar llamada; Ferrari concentró sus soldados y corrió á recibir las órdenes del coronel.

Mandó calar bayoneta y tocar á la carga, poniéndose al frente de la tropa.

Al llegar á la reja, ó sea á trescientos metros del casino, cayó sobre él y los suyos una lluvia de metralla y proyectiles.

No por eso detuvo su avance hacia la villa, que retumbaba y parecía un volcán. Su teniente Mangiagalli, tirándole de los faldones, le gritó:

—Capitán, ¿no ve que estamos solos usted y yo?

Ferrari miró atrás. De los ochenta hombres que lo habían acompañado, veintiocho estaban tendidos, muertos ó heridos.

Los otros se batían en retirada.

Ferrari y Mangiagalli hicieron otro tanto.

Manara se mostraba indignado por haber abandonado el resto de la compañía, en mi presencia, á sus dos oficiales.

Llamó á la segunda compañía mandada por el capitán Enrique Dandolo, noble y rico milanés de origen veneciano, como lo indica su nombre ducal. Juntó los restos de la primera, y gritó:

—¡Adelante, lombardos! Se trata de hacerse matar ó de recuperar aquella quinta. Considerad que Garibaldi os contempla.

Ferrari hizo señal de que tenía algo que decir.

—Habla—dijo Manara.

—General—me dijo Ferrari,—no es la esperanza de aminorar el peligro, sino la de triunfar en la empresa. Conozco los lugares de que se trata, de donde salgo, y usted ha visto que he sido tan presto en ir como remiso en volver.

Hice con la cabeza un signo de asentimiento.

—Pues bien, he aquí lo que propongo: en vez de seguir por la alameda y atacar de frente, nos correremos, la compañía de Dandolo á la izquierda, la mía á la derecha, tras los setos de mirtos. Una piedra arrojada por mí á la compañía Dandolo, le dará á entender que estoy preparado; una piedra arrojada por él, será su respuesta. Y entonces nuestros ocho cornetas tocarán simultáneamente, y nos lanzaremos al asalto, al mismo pie de la terraza.

—Hagan ustedes como les parezca—respondí,—pero reconquisten esa *casucha*.

Ferrari se alejó al frente de su com-

pañía, y Dandolo al frente de la suya.

Los hice acompañar por el capitán Hoffstetter y cincuenta estudiantes, encargados de ocupar la casa de la izquierda de que ya he hablado, y que más tarde fué conocida por el nombre de *casa incendiada*.

A los diez minutos llegó á mis oídos el sonido de las cornetas, y en seguida el estampido de la fusilería.

He aquí lo que ocurría :

Las dos compañías, protegidas por los setos y por las viñas, habían, efectivamente, penetrado, según calculaba Ferrari, sin ser vistas ni oídas, á unos cuarenta pasos de la terraza, en cuyo punto se habían cambiado las señales convenidas, y mis bravos tiradores se habían lanzado al asalto.

Pero, de la terraza del gran salón del primer piso, de la escalera circular, de todas las ventanas, en fin, salía un fuego espantoso.

Dandolo había sido derribado, con el cuerpo atravesado de un balazo ; el teniente Sylva resultó herido ; el subteniente Mancini recibió dos proyectiles, uno en el muslo, otro en el brazo. Dandolo había muerto ; los tiradores, en un supremo esfuerzo, continuaban avanzando. Habían escalado la terraza y rechazado á los franceses hasta la escalera circular de la quinta. Allí tuvieron que ceder : los franceses aparecían de frente, por los flancos, y disparaban á boca de jarro.

Mandé tocar retirada. Yo disponía de dos mil hombres ; los franceses eran veinte mil. Me apoderé del casino Corsini con una compañía, y ellos lo tomaron nuevamente con un regimiento.

Y es que, lo mismo que yo, los franceses comprendían perfectamente la importancia de la posición.

Los tiradores volvieron junto á mí. Habían dejado cuarenta muertos en el jardín de la quinta, y casi todos estaban heridos.

Había que esperar la llegada de tropas de refresco.

Envié á Orrigoni y Ugo Bassi á recorrer los contornos para reunir todos los refuerzos de que se pudiese echar mano. Quería descargar mi conciencia intentando un supremo esfuerzo.

Al cabo de una hora llegaron en revuelto montón, dos compañías de línea, estudiantes, aduaneros, algunos tiradores lombardos y fragmentos de varios cuerpos.

Entre ellos estaba Masina á caballo, con veinte lanceros. Había ido á que le curasen la herida, y volvía para tomar parte en la acción.

Entonces salí del Vascello, donde me había refugiado, con un pelotón de dragones. Al verme, estallaron gritos de *¡Viva Italia! ¡Viva la República Romana!*, tronó el cañón de las murallas, y los proyectiles, pasando por encima de nuestras cabezas, anunciaron á los franceses un nuevo ataque ; y juntos, sin orden, confusamente, Masina al frente de sus lanceros, Manara de sus tiradores, yo delante de todos, nos lanzamos sobre la tan porfiadamente disputada quinta.

Llegados á la puerta, no todos pudieron entrar. La avalancha se precipitó á derecha é izquierda ; unos atacaban los flancos del casino ; otros escalaron las paredes y saltaron al jardín, y algunos llegaron hasta la villa Valentini, la tomaron é hicieron varios prisioneros.

En aquel sitio vi una cosa inconcebible : Masina seguido de sus lanceros, devoró el espacio, franqueó la terraza, y, al llegar á la escalera, clavando espuelas al caballo, le hizo saltar

los soldados á galope, con tanta seguridad y rapidez, que un instante después aparecía en la meseta que conducía al gran salón, simulando la representación de una estatua ecuestre.

Esta apoteosis no duró más que un minuto: una descarga á quema ropa derribó al jinete. El caballo cayó encima de él, acribillado á balazos.

Manara venía detrás, dirigiendo una carga á la bayoneta, á la que nada pudo resistir. Por un momento, la quinta Corsini fué nuestra.

El momento, aunque corto, fué sublime.

Los franceses, reuniendo todas sus reservas, tomaron la ofensiva. El combate se reanudó más encarnizado, más sangriento y mortal que nunca. Vi retroceder á los que un instante antes eran dueños de la posición. Llevaban consigo á los heridos, entre los que figuraba el valeroso capitán Rozart.

He presenciado terribles combates: Río Grande, la Boyada, San Antonio; pero no he visto nada igual á la matanza de la villa Corsini.

Salí el último, con el poncho atravesado por innumerables balas, pero sin haber recibido una sola herida.

Diez minutos más tarde habíamos entrado de nuevo en el Vascello, en la línea de casas que ocupábamos, y desde las ventanas se reanudó el fuego sobre la villa Corsini.

No se podía hacer otra cosa.

Sin embargo, un centenar de hombres, mandados por Emilio Dandolo, hermano del muerto, y por Godofredo Mameli, un joven poeta genovés de grandes esperanzas, vinieron más tarde á pedirme permiso para llevar á cabo una postrera tentativa.

—Acaso Dios lo quiere así—les dije. —Seguid su inspiración, si ésta es vuestra voluntad.

Intentaron, en efecto, la empresa, de la que volvieron tan sólo la mitad.

Emilio Dandolo tenía el muslo atravesado; Mameli estaba herido en una pierna.

Las pérdidas habían sido terribles.

La legión italiana tuvo quinientos hombres fuera de combate, entre muertos y heridos.

Los tiradores, que en junto eran unos seiscientos, habían tenido ciento cincuenta muertos

Las demás bajas fueron en la misma proporción. La pérdida total de mi división de cuatro mil hombres, fué de unos mil, entre los cuales había cien oficiales.

Por la noche, Bertani señalaba, en su parte, ciento ochenta oficiales heridos.

En aquel hecho de armas se registraron rasgos admirables.

En la última carga, Ferrari y Mangiagalli, que no habían podido entrar con nosotros, se arrojaron con un puñado de hombres sobre la villa Valentini, donde tuvieron que vencer la más enconada resistencia, luchando al arma blanca.

El sargento furriel Monfrini, de diez y ocho años de edad, recibió un bayonetazo en la mano que resultó atravesada. Le hicieron la primera cura, y voló á ocupar su puesto en el combate.

—¿A qué vienes?—gritó Manara.—Herido como estás, ya no puedes servir para nada.

—Perdón, mi coronel—respondió el muchacho;—sirvo para *hacer número*.

Y, en efecto, poco después se sumaba en el número de los muertos.

El teniente Bronzelli, despreciando el peligro, se llevó y enterró piadosamente el cadáver de su asistente.

Un soldado milanés vió caer al cabo Fiorari, mortalmente herido. Era el

preciso momento en que los nuestros retrocedían. No quiso dejar el herido en poder del enemigo, y se echó sobre las espaldas al moribundo. Apenas había caminado veinte pasos, cuando una bala derribó sin vida al generoso soldado.

La desgracia del teniente Emilio Dandolo afectó á todo el ejército. He dicho ya que, junto con Mameli, había venido á solicitar mi permiso para intentar un supremo esfuerzo, y que yo se lo había concedido.

Dandolo entró en la quinta Corsini, pero únicamente se ocupó de su hermano, al que suponía herido ó prisionero. En medio del fuego, preguntaba á voces. «¿Encontráis á mi hermano?» y, sin cuidarse de sí mismo, se acercaba á los heridos, para interrogarlos, y á los muertos para examinarlos. En esto, una bala le atravesó el muslo.

Sus compañeros se lo llevaron.

Conducido á la ambulancia y luego que le hubieron curado, cogió un bastón en que apoyarse, y cojeando se puso á buscar á su hermano. Nadie quería revelarle la horrible verdad. Le decían que Enrique Dandolo había sido herido y que, según todas las probabilidades, se encontraba prisionero de los franceses.

En fin, como era inevitable que más ó menos tarde conociese lo ocurrido, se consiguió que Manara accediese á comunicarle la fatal noticia.

Cuando el joven teniente se acercaba á una de las barracas tomadas al enemigo, Manara le indicó por medio de signos que entrara.

Todos los presentes se retiraron.

—No busques más á tu hermano— le dijo, cogiéndole la mano;—en adelante, yo seré tu hermano.

Emilio se desplomó, como fulminado por la terrible revelación.

Dos muchachas se encontraron de pronto en presencia del cadáver de su padre; una de ellas cayó desvanecida sobre el inanimado cuerpo, y enloqueció.

Una madre, viendo expirar á su hijo, fué tal la impresión recibida, que á los tres días fallecía, sin haber vertido una sola lágrima.

Recíprocamente, un padre, cuyo nombre callaré, para defenderlo contra el odio de los curas, viendo á su primogénito herido y en trance de muerte, me trajo su segundo vástago, que solo contaba trece años de edad, diciéndome:

—Enséñele usted á vengar á su hermano.

Su antepasado, el clásico Horacio, no habría tenido un rasgo más admirable.

LV

EL SITIO

Temiendo ser asaltados al otro día, encargué á Jaime Medici la defensa de toda nuestra línea de avanzadas, que actualmente se componía del Vascello y tres ó cuatro casuchas reconquistadas á los franceses.

Pasé la noche organizando nuestros elementos de resistencia.

Ya no se trataba de salvar á Roma. Desde el momento en que un ejército de cuarenta mil hombres y treinta y seis bocas de cañón, puede maniobrar de cerca, la toma de una plaza es sólo cuestión de tiempo. Un día ú otro debe caer.

Su única esperanza es sucumbir con gloria.

Establecí mi cuartel general en la villa Savorelli, que, por su altura, domina la puerta de San Pancracio y permite distinguir todo lo que sucede en el Vascello y en las quintas Corsini y Valentini.

Es cierto que mi posición estaba á tiro de las fuerzas enemigas, pero también lo es que nada alcanza quien nada arriesga.

Comisioné á un excelente *carretière* para que buscase trabajadores y se ocupase en proporcionarnos todos los pequeños placeres de que podían mis hombres tener necesidad en el transcurso de sus fatigosos deberes, tales como vino, aguardiente, etc. Era un valiente patriota, que más adelante pagó caro su patriotismo. Llamábase Ciceravacchio, de sobrenombre. Su verdadero nombre, era Angel Brunetto.

Jamás quiso recibir la menor cantidad, ni por concepto de sus trabajos, ni en pago de los artículos que suministró.

Hay en este mundo seres á cuya alma Dios comunica una perfectibilidad más exquisita que la del resto de los mortales. En la paz, esos hombres privilegiados trabajan por el bienestar y la cultura de sus semejantes, y se esfuerzan en facilitar la marcha del progreso. La humanidad los conoce con los nombres de Guttemberg, Vicente de Paúl, Rousseau, Volta, Filangieri, Franklín.

En tiempos calamitosos, surgen de repente, y se los ve tomar la dirección de las masas. El mundo reconocido los designa con los nombres de Arnoldo de Brescia, Savonarola, Massaniello y Ciceravacchio.

Tales hombres nacen siempre pobres.

Pertenecen á la clase proletaria, á esa clase que en épocas de infortunio, goza ella sola del privilegio de sufrir, y que gimiendo, medita, y soñando espera, y padeciendo trabaja.

Angel Brunetto era uno de ellos. Todo, el martirio inclusive, le fué propicio para consagrarse á la misión que el destino le había conferido.

Había nacido en Roma, en 1802, en el cuartel general de Rijutta. Cuando niño era muy grueso y rubicundo, por lo que su madre le dió el mote de *Ciccravacchio*, que en el caló del pueblo romano quiere decir floreciente, lleno de salud.

El vigor físico que el niño prometía, se manifestó luego en el hombre. Cuando le conocí, en 1849, llevaba barba rubia, que empezaba á encanecer, cabellos largos y ensortijados; tenía el cuello grueso y corto, el pecho desarrollado, y era de alta estatura. Jamás la desgracia llamó inútilmente á las puertas de su munificencia; pero tampoco nunca se vió su nombre en esas listas de suscripción, encaminadas á la satisfacción de las humanas vanidades, más que al alivio de los que sufren.

Brunetto me adoraba. Cuando salí de Roma, me siguió con sus dos hijos; en compañía de Ugo Bassi, tomó tierra en la Messola, y se encaminó en dirección opuesta á la mía.

A su tiempo explicaré su doble martirio, como padre y como ciudadano.

He nombrado varias veces al capellán Ugo Bassi. Consagrémosle también algunos párrafos.

Joven, hermoso, elocuente, Bassi era para nuestros heridos el ángel consolador.

Poseía la inocencia de un niño, la fe de un mártir, el saber de un erudito el sereno valor de un héroe.

Nació en Cento, de padre bolonés, y, como Andrés Chenier, de madre griega. Su nombre de pila era José; pero, al hacerse paulista, había tomado el de Ugo, sin duda en recuerdo de nuestro poeta Ugo Foscolo.

Pertenecía, por lo tanto, á la raza latina y á la raza helénica, las dos más bellas y más inteligentes del mundo.

Sus cabellos eran rubios; sus ojos, brillantes; sus miembros, ágiles y robustos. Espíritu elevado, mostrábase propicio á las piadosas meditaciones del anacoreta y á los ardores irresistibles del apostolado.

Sus estudios eran enciclopédicos. Sabía de memoria toda la Divina Comedia; aprendió el griego en seis meses; dominaba el latín lo mismo que su lengua nativa; escribía al correr de la pluma el inglés y el francés. Además, era pintor y músico.

Como yo, Ugo Bassi había creído en Pío IX.

Este Papa sucedía á Gregorio XVI, concedía la amnistía y prometía reformas. Pío IX era ensalzado por todos los italianos, admirado de los extranjeros, imitado por los otros príncipes de Italia.

El 25 de marzo de 1848, la cruzada partió de Roma. Todo auguraba la unificación de Italia.

Su marcha fué un triunfo no interrumpido. La potente raza latina acudía de las más apartadas regiones. Venía á recoger y se llevaba la feliz noticia de que había llegado para Italia el día luminoso de su resurrección y que un pueblo entero acababa de obtener su libertad.

Ugo Bassi se encontraba en Ancona. Llegó la primera legión de voluntarios. Ugo los arengó en la plaza pública; y, tomando pie del mal estado de su armamento y de su indumentaria, con su poderoso verbo, idealizó nuestra mise-

ria, de la que se burlaban nuestros enemigos.

Dos días después se agregó á la cruzada, y salió con ella, en calidad de segundo capellán de los voluntarios romanos.

Bassi, lo mismo que su amigo Gavazzi, era la providencia del ejército.

En Bolonia realizó milagros. Los ricos prodigaban su dinero, las mujeres se desprendían de sus joyas

Una joven, no teniendo otra cosa que ofrecer, se cortó una opulenta cabellera, y la regaló.

Bassi acompañó á la legión italiana en todas sus peregrinaciones. Su palabra subyugaba á las multitudes.

Cuando Roma hubo sucumbido, cuando sólo quedaba el destierro, el hambre y la miseria, Ugo no vaciló un solo instante, y me acompañó. En Cesenatia se embarcó conmigo, y con él compartí la última sonrisa del destino.

Éramos en la barca, que yo personalmente guiaba, Anita, Ugo, Ciceravacchio y sus dos hijos. Todos han muerto. ¡Y de qué modo! ¡Oh, muertos sagrados, yo describiré vuestro martirio!

El nombre de Ugo Bassi será el santo y seña de los italianos el día de su redención.

Pero observo que me he alejado sensiblemente de mi propósito.

Volvamos al sitio de Roma.

En la noche del 4 de junio, el enemigo, simulando un ataque sobre la puerta de San Pancracio, abrió una trinchera á trescientos metros de la plaza, y emplazó dos baterías de sitio.

Al amanecer, hice llamar á Manara, y le rogué que declinase su título de coronel de tiradores, para aceptar el grado de jefe de mi estado mayor. Bien comprendía yo que era pedirle un gran sacrificio, pero Manara no tenía rival en las nuevas funciones á que lo destinaba, y aceptó.

El resto de mi estado mayor se componía de los mayores Cenni y Bueno, de los capitanes Caroni y Davio, de dos franceses, excelentes oficiales, llamados Pilhes y Laviron; del capitán Ceccadi, que por sus servicios en España y en Africa, había obtenido la cruz de la Legión de Honor; de Silco y de Stagnetti; del teniente de caballería Gili, de Giannuzzi, y, finalmente, de un miembro de la Asamblea, el capitán Cessi.

Por lo pronto, Manara organizó el estado mayor en el interior; todo el mundo quería permanecer conmigo en la quinta Savorelli. Desde allí descubríamos toda la campiña.

Había, ciertamente, algún riesgo, pues, como en el campo francés sabían que aquél era mi punto de residencia, no cesaban de disparar sobre Savorelli. La lluvia de balas y metralla recrudecía cuando yo subía á la azotea para explorar el terreno. Era un espectáculo curioso, una verdadera tempestad que se desencadenaba sobre el edificio ocupado por mí. A fin de proporcionar trabajo á los artilleros y tiradores franceses, me hacía servir frecuentemente el almuerzo en el mirador, que no tenía más protección que un pequeño parapeto de madera. Y en tanto que yo almorzaba, los sitiadores me proporcionaban los placeres de una música que me excusaba de llamar á la de nuestro regimiento.

Mi estado mayor había tenido la divertida ocurrencia de izar en la punta del pararrayos de la terraza, una bandera que llevaba escritas en grandes caracteres, estas palabras:

¡Buenos días, cardenal Oudinot!

A los cuatro ó cinco días de propor-

cionar esta distracción á los soldados franceses, el general Avezzana vino á verme, y encontrando las ventanas demasiado bajas para poder distinguir el campo enemigo, me pregunto si había otro sitio más elevado.

Lo acompañé al mirador.

Los franceses quisieron, á no dudar, saludar la presencia de Avezzana, porque apenas se asomó, empezaron los acordes de la obligada sinfonía.

El general miró muy tranquilamente á las avanzadas enemigas, y se alejó de aquel sitio sin pronunciar una sola palabra.

Al día siguiente encontré que el mirador había sido protegido con sacos de tierra. Pregunté de dónde procedía semejante disposición.

—Del ministro de la Guerra — me respondieron.

El rabioso empeño de los artilleros franceses de acribillar mi pobre cuartel general, originaba á veces escenas divertidas.

Un día, el 6 ó 7 de junio, mi amigo Vecchi, que era actor y cronista del drama que representamos, vino á verme á la hora de la comida. Teniendo aquel día mucha gente en mi compañía, había mandado que me sirviesen de Roma una comida. Cuando se destapó la caja de hojalata en que venían los manjares, observé que la calidad de éstos excitaba la gula de Vecchi, por lo que le convidé á comer. El general Avezzana y Constantino Rita se encontraban presentes. El jardín nos sirvió de comedor, y tomamos asiento en el suelo. Las balas caían en tanto número, sobre el edificio, que para evitar las sacudidas que producían y poder comer, hubo necesidad de disponer una de esas mesas que en los barcos se tienden cuando el mar está muy agitado. Estábamos á mitad de la comida, cuando una bomba cayó á un metro de nosotros. Todo el mundo puso pies en polvorosa. Vecchi iba á seguir el ejemplo de los demás, pero yo le detuve, cogiéndole de la muñeca. Se trataba nada menos que de un miembro de la Asamblea.

—Senador—le dije riendo,—no te muevas de tu silla curul (1).

La bomba estalló, conforme yo había previsto, del lado opuesto al que nosotros ocupábamos, y el lance no tuvo mayores consecuencias para nosotros.

Vecchi había hecho muy bien aceptando ni convite, pues no todos los días podíamos comer. Muchas veces teníamos que ayunar, porque los marmitones de los restaurants de Roma, asustados por el tronar de los cañones franceses y por la vista de los cadáveres que encontraban en el camino, no querían seguir adelante.

Uno de mis soldados, llamados Casanova, condimentó, á las tres de la madrugada, un plato de macarrones, con los que me regalé: mi único alimento había consistido, durante cuarenta y ocho horas, en una taza de café con leche y dos ó tres botellas de cerveza.

Por lo demás, las aventuras de esa naturaleza, sucedían siempre á Vecchi.

Otro día, vino y me encontró comiendo en la mesa. Aquella vez, los señores artilleros franceses tenían la bondad de dejarme en paz. Humeaba delante de mí un exquisito plato de arroz. Invité á Vecchi, indicándole que se sentase á mi lado.

Pero se disponía á obedecerme, cuando Manara le detuvo.

—No lo hagas, Vecchi — le dijo. — Hace tres días consecutivos que los ofi-

(1) Así se calificaba una silla de marfil que podían usar ciertos magistrados romanos.

ciales convidados por el general, son muertos antes de haber hecho la digestión.

Ciertamente, Davio, Rozat y Panizzi habían muerto recientemente en las circunstancias señaladas por Manara. Pero la tentación del arroz pudo más que la amenaza de Manara.

—Bueno—replicó Vecchi,—eso encaja á maravilla con un vaticinio que me hicieron.

—¿Qué fué ello?—preguntó Manara.

—En mi infancia, una gitana me dijo la buenaventura, y me auguró que moriría en Roma, á la edad de treinta y seis años y poseyendo muchos bienes de fortuna. En 1838, en un viaje que hice á pie de Nápoles á Salerno, cerca de Sarno, perseguí á una bohemia de diez y ocho años con la aviesa intención de besar sus hermosos ojos. La gitana se defendió con su cuchillo, y yo opuse al arma ofensiva una defensiva: una reluciente moneda de plata, recién acuñada. Tomó la moneda y me cogió la mano, cuyas líneas examinó, anunciándome que moriría en Roma á los treinta y seis años y muy rico. Voy para los treinta y seis años; sin poseer riquezas, me considero demasiado rico, dado que voy á morir. Pero soy fatalista como un mahometano. Lo que está escrito, se cumple. Déme usted el arroz, general.

La historia de Vecchi nos hizo reir. Pero Manara, conservando su seriedad, dijo:

—Ambos augurios coinciden, Vecchi; no estaré tranquilo hasta haber transcurrido el día.

Y, volviéndose hacia mí, añadió:

—Por Dios, general, no le mande usted hoy á ningún sitio.

Después de la comida, Vecchi me pidió autorización para retirarse á descansar un poco.

—Acuéstate en mi cama—dijo Manara.—No quiero que salgas.

Vecchi se recostó en el lecho de Manara.

Una hora más tarde, vi á dos oficiales franceses que estaban colocando gaviones en el foso abierto enfrente de nuestro baluarte. Busqué un oficial que dirigiese contra ellos el fuego de unos cuantos tiradores.

Me encontraba completamente solo.

Pensé en el pobre Vecchi, que dormía á pierna suelta. Sentía despertarle, pero los proyectiles causaban mucho estrago. Le tiré de la pierna y abrió los ojos.

—Vamos—le dije,—hace veinticuatro horas que estás durmiendo, y, por consiguiente, ya no hay que temer la predicción de Manara. Escogo doce buenos tiradores, y acaricia las espaldas de esos atrevidos.

Vecchi, que es muy decidido, no se hizo repetir la orden. Eligió, entre los mejores, doce tiradores, y con ellos fué á emboscarse tras una barricada atrincherada que construía, con el auxilio de los zapadores, un teniente llamado Pozzio.

Desde allí, Vecchi dirigió un mortífero fuego sobre los franceses, que respondieron con sus cañones.

A la media hora, se me dijo:

—¡General, el pobro Vecchi ha muerto!

Mi corazón recibió una dolorosa impresión. Me reprochaba á mí mismo, por haber causado su muerte. Pero, al cabo de una hora, experimenté la inmensa alegría de verlo de regreso.

—¡Pardiez!—le dije,—deja que te abrace, te creía en el otro mundo.

—No he llegado á él—me respondió,—solamente he estado enterrado.

—¡Cómo!

Me contó que una bala había abierto

un saco de tierra, y que ésta, derramándose con violencia, lo había sepultado, lo que dió ocasión á la noticia de su muerte.

Pero había sucedido una cosa más original. El mismo proyectil que destrozó el saco de tierra, rebotó contra la muralla y fué á herir mortalmente en la región lumbar á un joven soldado. Colocado el herido sobre unas parihuelas, las manos en cruz sobre el pecho y los ojos mirando al cielo, no tardó mucho en exhalar el último suspiro.

Se disponían á llevarlo á la ambulancia, cuando un oficial se arrojó sobre su cadáver, cubriéndolo de besos.

Ese oficial era Pozzio. El muerto, era Colomba Antonietti, su mujer, que lo había seguido á Velletri y había peleado á su lado el 3 de junio.

Eso me recordó á mi pobre Anita, que también se mostraba muy serena en medio del fuego, y á la que, de buen ó mal grado, había dejado en Rieti.

Estaba en cinta, y sólo en aras del ser que llevaba en su seno, había accedido á separarse de mí.

El día 7 hubo una tregua por ambos lados : era *Corpus Christi*.

El 9, dispuse una vigorosa salida para interrumpir los trabajos avanzados de los franceses, trabajos que se prolongaban hacia el segundo baluarte de la izquierda.

Fueron llamados los aduaneros y un batallón del 5.° regimiento.

Los tiradores, en aquella ocasión, prestaban servicio en las barracas, á la izquierda de la quinta Visellia, y guarnecían los baluartes.

El capitán Rozart, que había sido herido el día terrible de nuestros ataques á la quinta Corsini, quiso obstinadamente tomar el mando de la cuarta compañía, destinada al segundo baluarte.

Viendo que la guardia de la trinchera castigaba duramente á los asaltantes, Rozart cogió una carabina, y como era un excelente tirador, de quince disparos que hizo, aprovechó más de la mitad.

Los que le rodeaban, cargaban el arma ; él la disparaba.

Su puntería despertó la emulación de algunos cazadores de Africa, que empezaron á responderle disparo tras disparo.

Una de las primeras balas se le llevó el sombrero. Rozart lo recogió, y, agitándolo al aire, gritó :

—¡ Viva Italia !

Pero, en aquel instante, una segunda bala, que le entró por la boca y salió por la nuca, apagaba en sus labios aquel grito.

A los dos días de agonía, expiró.

El 10 de junio recibí aviso del general Rosselli de haber sido yo designado para mandar una importante salida con la mitad del ejército romano.

Debía efectuarse por la puerta Cavallegieri, y su objeto era reconquistar una de las dos quintas Pamphili ó Valentini.

Así, pues, el ministro de la Guerra Avezzana me relevó en el mando de la línea de San Paneracio ; y con la legión italiana y el regimiento de tiradores, me concentré en la plaza del Vaticano, donde se debía completar, con los regimientos Pasi y Masi y la legión polaca, el cuerpo destinado á la importante operación proyectada.

Pasé revista á las fuerzas, conferencié con los comandantes, á quienes hice conocer la finalidad de la tentativa y la forma de ataque que me parecía más segura.

Hice en seguida pasar el santo y seña y distribuir las municiones, preparando todo lo necesario para la hora de-

signada, que los soldados esperaban con febril impaciencia.

Para evitar uno de los errores nocturnos tan frecuentes en esa clase de expediciones, dispuse que mis soldados se pusiesen la camisa sobre el uniforme. Esto artificio provocó en alto grado la hilaridad de los soldados, á causa del estado en que se encontraba, en algunos, su ropa interior.

A las diez de la noche, la legión polaca, al mando de Hoffstetter, que ha dejado un excelente diario del sitio de Roma, salía formando la vanguardia; marchaba á continuación la legión italiana, con el coronel Manara al frente.

Seguían los regimientos de tiradores Pasi y Masi.

Apenas me vi en el campo, reconocí que había hecho mal en lo de ordenar á los soldados ponerse la camisa sobre el uniforme. Se los distinguía como si fuese en pleno día. No habrían caminado cien pasos sin ser descubiertos por los franceses, que acaso los habrían tomado por un ejército de fantasmas.

Dí orden de quitarse las camisas. Huelga decir que ni un solo hombre se tomó la molestia de volvérsela á poner.

Cabalgaba de flanco, junto á la legión italiana, cuando algunos soldados que llevaban una escalera, quisieron, al pasar cerca de una quinta, asegurarse de si realmente estaba abandonada, conforme parecía. Apoyaron la escalera en una de las ventanas del primer piso. El regimiento se detuvo para ver el resultado de la pesquisa, dejando proseguir su marcha á la vanguardia.

Cinco ó seis hombres subieron á la escalera.

De repente, se rompió el travesaño del que estaba más alto, que cayó sobre el segundo, así como éste sobre el que le seguía, viniendo todos al suelo, con mucho estrago.

En la caída se partieron dos fusiles.

La vanguardia, mandada por Hoffstetter y por Sacchi, dos arrojados oficiales, se creyó sorprendida por los franceses. Apodérase de los soldados un terror invencible, y retroceden, dejando á sus dos jefes acompañados de veinte hombres solamente. Corriendo locamente, vienen á nuestro encuentro. Hago esfuerzos titánicos para contenerlos; pero todo resulta inútil. La vanguardia prosigue su carrera insensata, y creo que habrían contagiado á todos los demás, si los tiradores, al frente de los cuales iban dos jefes de batallón y el capitán Ferrari, no se hubiesen adelantado á cerrar el paso á los fugitivos.

Después de lo ocurrido, era de suponer que los franceses estarían ya apercibidos, y, por lo mismo, fué preciso renunciar á la empresa.

—Querido amigo—dije á Manara,—hemos cometido un grave error no poniendo nuestros valientes tiradores á la vanguardia.

Cuando yo pedía á Manara un destacamento de sus soldados, solía decir:

—A ver, cuarenta hombres de buena voluntad para una expedición en la que la cuarta parte morirán y la otra cuarta resultará herida.

Y no obstante la perspectiva, todo el regimiento se ofrecía, y era necesario, para evitar quisquillas, sortearlos.

El 12, á mediodía, un batallón del regimiento de la Unión, que se encontraba en una viña, fué molestado por los franceses. Rápidamente, los mayores Lanzi y Panizzi se arojaron, al frente de su gente, sobre el parapeto enemigo, que los acogió con un fuego

terrible. Lanzi y Panizzi cayeron heridos de muerte. Sin embargo, los demás, conducidos por el oficial Meloni, gritaban con todas sus fuerzas *¡Viva Italia!*, infundiendo coraje á sus compañeros. El regimiento de la Unión peleó aquel día con valor admirable. Para no perder tiempo cargando los fusiles, empleaban la culata y la bayoneta, y algunos, imitando á los héroes de la *Iliada*, cogían piedras y las arrojaban á sus adversarios.

El frenesí era tal, que el capitán polaco Vern, cuyo pecho condecoraban varias cruces, y entre ellas, la de la Legión de Honor ganada en Africa, golpeándose el pecho, gritaba:

—¡Aquí, tirad aquí, á la cruz de la Legión de Honor!

Una bala le hirió en la cabeza.

—¡Más abajo—gritaba,—más abajo, torpes!

Una segunda bala dió con él en tierra. Se lo llevaron, fué curado, y más tarde murió en Grecia.

Desde mi azotea, seguía con la vista los incidentes de esta acción. Aunque soy parco en prodigar elogios, creía de justicia elevar al Gobierno una relación de lo ocurrido.

El 14 de mayo, por la mañana, Sacchi, Bueno, Corcelli y yo nos desayunamos en la quinta Spada, en una habitación del tercer piso. Todos nosotros estábamos en mangas de camisa, y yo, un tanto preocupado, porque acababa de condenar á muerte á uno de nuestros oficiales, un napolitano que, presa de terror, había, durante la noche, abandonado su puesto, cuando oímos pasos precipitados en el corredor. La puerta se abrió; dí un grito. Era Anita que venía á reunirse conmigo, acompañada de Orrigoni.

Mis compañeros, al reconocer á mi mujer, se retiraron.

—¿Sabe usted, general, en qué se distraía la señora viniendo de la vía della Corrizi?—me preguntó Orrigoni.

—No—respondí.

—Pues se detenía á menudo para mirar las baterías francesas. Cubre todavía nuestras ropas el polvo que han levantado los proyectiles al chocar contra la muralla.—Y como yo le dijese: —*¡Apartémonos!, es inútil hacernos matar aquí*—ella ha contestado:—*¿Qué le parece á usted el modo de reparar las iglesias que emplean esos católicos franceses?*

¡Querida Anita! La abracé efusivamente. Parecíame que ahora iba á suceder todo á medida de mis deseos.

Mi ángel tutelar había vuelto á mi lado.

Sentí no poder concederle la primera petición que me hizo, denegando la gracia de indulto al oficial napolitano; se imponía la necesidad de un ejemplo. No podía recompensar á Medici por su admirable comportamiento en el Vascello, pero debía castigar una cobardía.

El cobarde fué pasado por las armas.

LVI

LA SORPRESA

El día 13 de junio, los franceses empezaron un terrible bombardeo. Siete baterías, vomitando incesante fuego, batían los baluartes segundo y tercero y la muralla comprendida entre ambos. Las otras se dirigían preferentemente á las quintas Spada y Savorelli, que á cada momento parecía iban á desplomarse sobre nuestras cabezas. Tan certeros eran los disparos del enemigo, que el día 20 tuve que trasladar, con gran pesar, mi cuartel general al palacio Corsini.

Era imposible continuar en aquellos lugares; me encontraba demasiado apartado de las murallas.

Había yo creído poder estar tranquilo. Atacado diariamente, Medici, á quien llamábamos el infatigable, rechazaba todos los asaltos y conservaba en su poder el Vascello y las barracas.

No acierto con las palabras apropiadas para encomiar su comportamiento.

El 20 de junio, el fuego de los franceses había abierto tres brechas.

Por lo demás, me prometía vivas satisfacciones pensando en el asalto. Aquellos adversarios eran enemigos dignos de nosotros. Ya les habíamos demostrado que los italianos sabían batirse, y esperaba enseñarles, llegada la ocasión, cómo se pelea con el cuchillo y el puñal.

En la tarde del 21, el segundo batallón de la Unión estaba de guardia en el baluarte de la izquierda, con dos compañías del primer regimiento, que debían ser relevadas.

La primera y la quinta compañía de tiradores se encontraban de servicio en el Vascello; la sexta y la séptima, de guardia contra los ataques de flanco, fuera de la puerta de San Pancracio, donde se extendía la línea de nuestros centinelas, á la derecha, hasta las paredes de la quinta y á pocos pasos de la paralela francesa.

Este servicio era sumamente peligroso. Sólo se prestaba de noche, y un poco antes de amanecer, se levantaban todos los puestos y la guardia nocturna volvía al recinto interior de los muros.

El mayor Calvandro tenía á su cargo la vigilancia exterior de esta línea, y el coronel Rossi el servicio de ronda en el interior.

Después de haber sido apostadas las avanzadas, el mayor estaba ocupado en dar sus instrucciones á los capitanes

Stambio y Morándoli, cuando, á eso de las once de la noche, se percibió en la dirección de los baluartes números 2 y 3 un ruido parecido al que produce un objeto que se quiebra.

Se siguieron algunas detonaciones, y todo volvió á quedar en silencio.

¿Qué había ocurrido?

Los franceses se habían presentado imprevistamente delante de la brecha, no en actitud de iniciar un asalto, sino como soldados que relevan una guardia.

¿De dónde habían salido? ¿Por dónde habían venido? Nunca pudimos averiguarlo.

Muchos creyeron en una traición.

En la misma noche, el baluarte número 7 y la muralla que lo une con el baluarte número 6, cayeron en poder de los franceses, después de una resistencia enérgica y sangrienta.

Era, precisamente, el día siguiente de haber trasladado mi cuartel general al palacio Corsini. Inmediatamente después de lo ocurrido en el baluarte número 7, el mayor Delai, del regimiento de la Unión, vino á participarme la noticia.

Grande fué mi sorpresa, y acepté la opinión de los que creían en la existencia de traidores.

Seguido de Manara y del capitán Hoffstetter, llegué al sitio de la acción en el preciso momento que los tiradores se habían ya reunido en la calle que conduce á San Pancracio.

La legión italiana me seguía á la carrera, y tras ella venían algunas fuerzas del coronel Sacchi.

Una compañía, enviada por éste á practicar un reconocimiento, fué obligada, ante la superioridad numérica del enemigo, á replegarse en la casa de Gallicelli.

La terrible noticia cundía ya por la ciudad. El triunvirato mandó tocar á rebato. Los habitantes abandonaron sus viviendas, y un inmenso gentío se abalanzó á la vía pública.

El general en jefe Roselli, el ministro de la Guerra, todo el estado mayor y el mismo Marini acudieron al Janículo.

El pueblo armado nos rodeaba y pedía que se rechazase á los franceses de las murallas.

El general Roselli y el ministro de la Guerra eran de este parecer, al que me declaré contrario, considerando los graves inconvenientes que la empresa ofrecía y los riesgos que se correrían, con una multitud irregular y á tales horas de la noche.

Pedí terminantemente que se aguardase la venida del día.

Al amanecer, toda mi división estaba preparada y había sido reforzada con algunos regimientos que el general Roselli ponía á mi disposición.

La compañía de los estudiantes lombardos, que formaba parte de la legión Medici, figuraba en la vanguardia.

La legión Medici había recibido orden de juntarse con nosotros.

Los cañones de nuestras baterías, enfilados á los baluartes ocupados por el enemigo, tronaban simultáneamente de San Pedro in Montorio, del baluarte número 8 y de San Alejo.

Los estudiantes lombardos iniciaron los primeros el asalto. Aunque diezmados por el fuego de los franceses, se lanzaron á la bayoneta sobre la guardia, que se vió obligada á concentrarse en la villa Barberini.

Los valientes jóvenes estaban ya en el terraplén de la villa; pero yo acababa de averiguar que el número de las fuerzas enemigas hacía imposible la empresa de recuperar las perdidas posiciones.

Roma estaba perdida, ciertamente, pero después de una heroica resistencia. La caída de Roma representaba el triunfo de la democracia en toda Europa.

Mandé tocar retirada, prometiendo que á las cinco de la tarde los llevaría á un segundo ataque. Era una promesa, y nada más, pues no pensaba cumplirla.

Los estudiantes se habían portado admirablemente. Citaré un solo ejemplo de su conducta.

Un pintor, el milanés Juduno, cayó atravesado con veintisiete bayonetazos.

Bertani le salvó, y en el día se encuentra completamente curado.

Desde el momento en que los franceses eran dueños de nuestras brechas, todo debía considerarse perdido.

Supongamos que, sacrificando un millar de vidas, hubiésemos logrado rechazar á los franceses de sus posiciones... ¿Y qué? Habrían reanudado sus ataques con tropas de refresco, y tomádolas de nuevo.

La quinta Corsini, en poder nuestro, impedía los trabajos de aproximación. Pero, una vez realizados éstos y después de haber abierto brechas, ¿qué podía impedir la caída de Roma?

Nada.

Antes de recibirse noticia de la huída á Inglaterra de Ledru-Rollin y de sus amigos, cada día de resistencia era un día de esperanza.

Pero aquella noticia convertía la resistencia en inútil desesperación.

Además, consideré que los romanos habían hecho ya á la faz del mundo todo lo necesario para no tener que recurrir á tal extremo.

Las potencias coligadas habían encerrado á la República Romana, esto es, á toda la democracia de la península, en las viejas murallas de Aureliano.

No nos quedaba otro recurso que romper el cerco y llevar, como Escipión, la guerra á Cartago.

Nuestra Cartago es Nápoles.

Allí, en Nápoles, espero encontrarme algún día cara á cara con el despotismo.

¡Quiera Dios que ese día llegue pronto!

LVII

EL FIN

Por lo demás, nosotros habíamos sido sorprendidos, pero no vencidos.

A doscientos pasos atrás de las murallas, se levanta el antiguo recinto Aureliano. Dispuse que se fortificase lo mejor posible. Había abandonado todo propósito de un asalto; pero, cuando menos, quería defender el terreno palmo á palmo.

Se emplazó en el baluarte número 5 una batería de siete piezas, la que fué colocada á cubierto del fuego de los franceses.

El 23, por la mañana, rompió el fuego, y, secundada por las de San Alejo y San Pedro in Montorio, obligó á los franceses á abandonar sus trabajos. El plan del enemigo era establecer una batería en el lienzo de muralla comprendida entre los baluartes 6 y 7. El nuestro tendía á impedirlo.

De ahí los increíbles esfuerzos de los franceses y nuestra porfiada oposición. En la noche del 23, los franceses emplazaron su batería. En la madrugada del 24, batidos por nuestros cañones, tuvieron que cerrar sus troneras. Entonces juzgaron conveniente emplazar dos nuevas baterías en los baluartes 6 y 7, desde los cuales podían apagar los fuegos de la batería de San Pedro in Montorio, defendida por mi legión.

Entretanto, el general Oudinot, para demostrar, conforme había declarado en sus partes, el culto que le inspiraba la ciudad monumental, lanzaba, desde el día 21, bombas sobre todos los cuarteles. En las horas nocturnas, singularmente, era cuando recurría á este procedimiento de terror. Muchas bombas cayeron en el cuartel Transteverino, en el Capitolio, algunas en el Quirinal, en la plaza de España y en el Corso. Una cayó en el templo que cubre el Hércules de Canova; pero la cúpula resistió. Otra estalló en el palacio Spada, y deterioró el famoso fresco de la *Aurora* de Guido Reni. Otra, aún más impía, destrozó el capitel de una columna del maravilloso templete de la Fortuna viril, obra maestra respetada por los siglos.

El triunvirato ofreció asilo en el palacio Corsini á las familias del pueblo cuyas viviendas habían sido destruídas.

La actitud del pueblo romano en aquellos días de prueba, fué digna de los tiempos antiguos. Durante la noche, entre la lluvia de proyectiles que hundían el techo de las casas, las madres huían, llevando en brazos á sus hijos, y prorrumpiendo en gritos y lamentos. Pero ni una sola voz se levantó pidiendo la rendición.

Y en medio de este vocerío, cuando un proyectil arrancaba fragmentos de un edificio, se levantaba un grito que decía en son de burla:

—¡Bendición del Papa!

El tiro maravilloso de nuestros ca-

ñones durante las jornadas de los días 25, 26 y 27 de junio, apagó los fuegos de las baterías francesas emplazadas en los baluartes conquistados. Pero dos nuevas baterías enemigas abrieron el fuego contra las nuestras de Santa Sabina y San Alejo. Además, otras dos, emplazadas en la muralla y en el baluarte número 7, dirigieron sus disparos contra la de San Pedro in Montorio.

Una quinta batería de brecha, emplazada al pie del baluarte número 7, y, por lo tanto, á cubierto de nuestro fuego, abrió el suyo sobre el flanco del baluarte número 8. Una sexta batería, colocada frente á la iglesia de San Pancracio, batió el baluarte número 8 y mi cuartel general. En fin, una séptima batería emplazada delante de la quinta Corsini, tronó á la vez contra el puente de San Pancracio, la quinta Savorelli y la muralla Aureliana.

Jamás había visto una tempestad de llamas y metralla como aquélla.

Nuestros pobres cañones eran fácilmente reducidos al silencio.

Y, sin embargo, he de declarar en elogio de Medici que el Vascello y las barracas continuaban en poder nuestro.

El sitio del Vascello merecería, por sí solo, una historia aparte.

Durante la tarde del 28 pareció que las baterías francesas querían reposar para tomar nuevos alientos. Al otro día recrudecieron el fuego con mayor encono.

La jornada del 27 había sido terrible, y nuestras pérdidas casi fueron tantas como las experimentadas el día 3 de junio. Las calles aparecían cubiertas de hombres mutilados.

Todos nuestros artilleros habían muerto al pie de sus cañones.

Toda la guardia nacional estaba sobre las armas. Se había formado una reserva de heridos que prestaban servicio sobreponiéndose á sus dolores. Y entretanto, la Asamblea, constituída permanentemente en el Capitolio, deliberaba fría y pausadamente, sin cuidarse de las bombas y metralla que llovía.

El 29, por la tarde, fué desmontado el último cañón que respondía al horroroso fuego de los sitiadores. El nuestro se extinguió completamente.

Quedaba practicable la brecha abierta en el baluarte número 8.

El muro de la puerta de San Pancracio y el baluarte número 9, se desplomaron.

Las sombras de la noche del 29 se extendieron sobre Roma á manera de mortaja.

Para impedir la reparación de nuestras brechas, la artillería francesa tronó toda la noche.

Fueron unas horas de mortal angustia. La tempestad de los elementos de la Naturaleza se confundió con la de la tierra. El trueno rugía; el rayo cayó en varios parajes.

Era la festividad de San Pedro; y, sin embargo, ambos ejércitos continuaban su mortal duelo.

Por la noche, toda la ciudad fué iluminada, incluso la cúpula del Vaticano para ponernos á cubierto de un ataque en la obscuridad.

Quien hubiese puesto los ojos en la Ciudad Eterna, habría visto uno de esos espectáculos que la mirada humana sólo contempla una vez en el transcurso de los siglos.

A media noche, las nubes se rasgaron, el trueno y el cañón enmudecieron, y el silencio sucedió á la infernal sinfonía: silencio durante el que los franceses se acercaban más y más á las murallas y se apoderaban de la última brecha en el baluarte número 8.

A las dos de la madrugada se oyeron tres cañonazos.

Los centinelas dieron la voz de alarma.

Los tiradores salieron de la quinta Spada y acudieron á la puerta San Pancracio, dejando dos compañías de reserva para defender dicha quinta.

Me puse á su cabeza, la espada desnuda, entonando el himno popular de Italia.

Confieso que en tal momento, desalentado completamente acerca del porvenir, no alimentaba más que un deseo: hacerme matar.

Al frente de los tiradores, me arrojé sobre los franceses.

¿Qué pasó entonces? No lo sé (1). Por espacio de dos horas estuve hiriendo sin descanso. Al amanecer, estaba cubierto de sangre, pero no había recibido ni una herida.

El teniente Morosini, que apenas si tenía veinte años, se batió como un héroe, y prefirió la muerte á rendirse.

En medio de aquella sangrienta confusión, recibí un mensaje de la Asamblea, invitándome á trasladarme al Capitolio.

Debo la vida á esa orden, pues me habría hecho matar.

Mientras me encaminaba al Capitolio, supe que mi pobre negro Aguyar acababa de ser muerto. Una bala le había atravesado la cabeza. Lo sentí en el alma, porque con Aguyar perdía más que un servidor, un amigo.

Mazzini había ya informado á la Asamblea de la verdadera situación en que nos encontrábamos.

Sólo quedaban tres soluciones, según él:

Negociar con los franceses;

Defender la ciudad calle á calle:

Salir de ella la Asamblea, los triunviros y el ejército, llevándose consigo el paladión de la libertad romana.

Cuando aparecí en el umbral de la sala, todos los diputados se pusieron en pie, y aplaudieron.

Miré en derredor mío, para averiguar el motivo de tanto entusiasmo.

Mis vestidos estaban cubiertos de sangre y acribillados por el fuego y el hierro. Mi sable, torcido á fuerza de herir, aparecía tan sólo á medio envainar.

Muchas voces gritaron:

—¡A la tribuna, á la tribuna!

Subí á la tribuna.

Todo el mundo me interrogaba.

—A partir de ahora, toda defensa es imposible—respondí,—en el supuesto de que no se quiera hacer de Roma una segunda Zaragoza. El 9 de febrero pro-

---

(1) He aquí la descripción que de este combate hace el historiador Vecchi, uno de los más denodados defensores de Roma:

«Estábamos encerrados en la quinta Spada, sosteniendo un mortífero fuego con el enemigo. Empezaban á faltarme las municiones, cuando el general Garibaldi apareció con una columna de legionarios y algunos soldados del 6.° regimiento de línea, mandados por Pasi, resuelto á intentar un supremo esfuerzo, no por la salvación, sino por el honor de Roma. En unión de nuestros compañeros nos arrojamos sobre la brecha, esgrimiendo indistintamente lanzas, espadas y bayonetas: carecíamos de pólvora y proyectiles. Los franceses, asombrados ante este choque terrible, retrocedieron; pero llegaron otros, al tiempo que su artillería, haciéndonos blanco de sus disparos, nos aniquilaba. El recinto Aureliano fué tomado y perdido sucesivamente; los muertos y los heridos cubrían el suelo. En aquella noche, la figura de Garibaldi adquirió proporciones como nunca había visto en él, como nunca le vió nadie. Su espada producía un deslumbrador centelleo; todo enemigo que su punta alcanzaba, era hombre muerto. La sangre de un nuevo adversario, lavaba la del que acababa de caer. Era la apoteosis de Leónidas en las Termópilas, la de Ferruccio en el castillo de la Gavissana. Yo temía verle caer de un momento á otro; pero, no, lo mismo que el Destino, el héroe continuaba en pie, erguido.»

pare una dictadura militar; ella sola podía poner en pie de guerra cien mil hombres. En aquella ocasión existían las fuerzas vivas; ya las había encontrado. Pero las bizarrías fueron postergadas por las pusilánimes miras de los que podían imprimir un nuevo sesgo á la marcha de las cosas. Me fué imposible aportar nuevos argumentos, y cedí. La modestia me contuvo, si bien comprendía que yo podía ser el hombre que salvase la situación. Si me hubiesen escuchado, el águila romana se cernería sobre las torres del Capitolio, y habría cambiado la faz política de Italia. Pero lo hecho ya no tiene remedio. Contemplemos el desarrollo de los acontecimientos con la cabeza erguida. Salgamos de Roma con todos los voluntarios armados que quieran seguirnos. Donde nosotros estemos, allí estará Roma. No me comprometo á nada; pero lo que pueda hacer un hombre, yo lo haré, y, refugiada en nuestro seno, la patria será inmortal.

Esta proposición, planteada ya por Mazzini, fué rechazada.

Enrique Cernuschi, el valiente Cernuschi, uno de los héroes de las cinco jornadas milanesas, la rechazó.

Me siguió en el uso de la palabra, y, con lágrimas en los ojos y la voz entrecortada:

—Todos vosotros sabéis—dijo,—que soy un ardiente defensor de la patria y del pueblo. Pues bien, soy yo quien os lo dice: no tenemos un solo obstáculo que oponer á los franceses, y Roma y su generoso pueblo, deben resignarse á la ocupación.

Al llegar á este punto, las lágrimas le ahogaban.

Después de una corta deliberación, la Asamblea publicó el siguiente decreto:

«República Romana:

»En el nombre de Dios y del pueblo.

»La Asamblea Constituyente romana pone término á una defensa que ya resulta imposible.

»El triunvirato queda encargado del cumplimiento de este decreto.»

LVIII

QUIEN ME AME, QUE ME SIGA

El 2 de julio reuní las tropas en la plaza del Vaticano, y, colocándome en medio de ellas, les dije que yo salía de Roma para fomentar en las provincias la sublevación contra los austriacos, el rey de Nápoles y Pío IX.

Y añadí:

—El que quiera seguirme será bien acogido entre los míos; sólo les pido que sientan verdadero y profundo amor á la patria. No percibirán emolumentos; no tendrán descanso. Comerán y beberán cuando la casualidad lo permita. El que no se conforme con ese porvenir, que permanezca aquí. Una vez franqueados los muros de Roma, un paso hacia atrás, equivaldrá á un paso hacia la muerte.

Cuatro mil infantes y quinientos jinetes se agruparon en torno mío. Eran las dos terceras partes de los defensores de Roma sobrevivientes.

Anita, vestida de hombre; Ciceravacchio, que no quería presenciar la humillación de su país, y Ugo Bassi, el santo con aspiraciones de mártir, fueron los primeros que vinieron á mi lado.

Al anochecer salimos por el camino de Tívoli. Mi corazón estaba sumido en mortal tristeza.

La última noticia recibida, era que Manara había muerto...

J. G.

* * *

Aquí se interrumpen las memorias de Garibaldi.

Así como he conseguido la primera, algún día conseguiré la segunda parte de su vida, que se resumirá en dos palabras:

Victorias y destierro.

A. Dumas.

Van á continuación algunos informes que el doctor Bertani ha tenido la galantería de redactar para mí, y que se refieren á las ilustres figuras que han sucumbido.

LIX

LOS MUERTOS

LUCIO MANARA

El 30 de junio de 1849, á las dos de la madrugada, comenzó, según se ha visto en las Memorias del general, el ataque del recinto Aureliano, nuestra segunda línea de defensa.

A eso de las tres, Manara regresó á la quinta de Spada, después de haber situado á sus tiradores.

El día antes, una bala había atravesado el muro y caído sobre su cama.

Manara dijo, riendo:

—Verán ustedes cómo no tendré la dicha de recibir un simple arañazo.

En Spada encontró á Emilio Dandolo, muy inquieto por la suerte de Morosini, á quien se consideraba prisionero.

Ninguno de los dos tenían noticias suyas.

En el preciso momento de estar comentando la desaparición de Morosini, una bala hirió de rebote á Dandolo en un brazo.

—Por vida mía—dijo Manara,—parece que sólo tú eres el privilegiado.

Luego, desembarazándose de espada y cinturón, cogió un anteojo de larga vista y se acercó á la ventana para mirar á los soldados franceses que enfilaban un cañón.

En aquel instante, sonó un disparo de carabina. El proyectil había pasado por entre dos sacos de tierra y le hirió en el vientre, precisamente en el sitio que el cinturón habría protegido, si no se hubiese desprendido de él.

Dandolo le vió tambalear, y, aunque herido, corrió hacia Manara para sostenerle.

—¡Soy muerto!—dijo, al tiempo de caer.—Te recomiendo á mis hijos.

Acudió un médico; pero, observando el herido que el galeno palidecía, comprendió que todo había concluído.

Manara fué colocado en unas parihuelas, y en medio del fuego, sus compañeros le llevaron á Santa María de la Scala. Enviáronme un aviso á la ambulancia de Pellegrini, donde me encontraba, y corrí al lado del herido, que había manifestado deseos de ver-

me. Manara y yo nos profesábamos entrañable estimación.

El sitio estaba lleno de proyectiles franceses. Una joven, que había cometido la imprudencia de asomarse á la ventana, acababa de ser herida en el pecho. Su muerte fué instantánea.

Al oficial lombardo Varenna un obús le rompió ambas piernas, en el momento de subir las gradas de la iglesia, para ir á ver á Manara.

Un cirujano que se dirigía á la iglesia para prestar sus servicios al herido, fué alcanzado por una granada y derribado del caballo que montaba. Un instante después, el caballo, herido por la misma granada, se desplomaba sobre el jinete.

Dios me protegía, porque llegué sano y salvo.

En el fondo de la iglesia, á la derecha, cerca de la balaustrada, se veía una cama rodeada por los oficiales de la legión Manara.

No bien se dió cuenta de mi presencia, me tendió los brazos, y con acento débil, me preguntó:

—¿Es mortal?

La juventud rechazaba la idea de la muerte. La ostentación y las seducciones de la vida militar no habían todavía ejercido influencia en los encantos del hogar.

Viendo que yo no respondía, volvió á exclamar:

—Te pregunto si mi herida es mortal. Responde.

Y, sin esperar mi respuesta, se desbordó en palabras llenas de quejas.

Traté de animarle, por más que bien á las claras comprendió que ninguna esperanza me alentaba.

Algunos médicos se acercaron á él; pero haciéndoles con la cabeza un signo para que se alejasen.

—Déjenme morir tranquilo—dijo.

Su pulso se extinguía poco á poco, y las extremidades se habían ya enfriado.

Sus compañeros me preguntaron cuál era mi parecer respecto del estado de Manara.

—Le queda una hora de vida—dije á Dandolo.

Oyendo lo cual, el joven se inclinó y murmuró al oído de su amigo:

—¡Piensa en Dios!

—En El pienso, y no poco—replicó el moribundo.

Luego, hizo señal de que se llamase á un capuchino, que le dió la absolución, después de haberle confesado.

Seguidamente, nuestro pobre amigo pidió el Viático.

Dandolo intentó consolarle, lo mejor que pudo, hablándole de Dios.

Manara lo interrumpió, para hablarle de sus hijos.

—Edúcalos en el amor de Dios y de la patria—dijo.

Y añadió:

Lleva mi cuerpo á Milán, junto con el de tu hermano. Te aflige mi muerte, amigo querido. A mí también, porque siento el placer de la vida.

Llamó junto á sí á un soldado que había sido su ordenanza y á quien había causado frecuentes enojos.

—¿Me perdonas, no es verdad?—le preguntó, dirigiéndole una sonrisa.

Y después, volviéndose á Dandolo, preguntó si se habían recibido noticias de Morosini.

Se susurraba que estaba prisionero.

Poco antes de expirar, Manara se quitó un anillo que llevaba en el dedo, y, colocándolo en el de Dandolo, le dijo:

—Saludaré á tu hermano en nombre tuyo.

Se volvió hacia mí.

—¡Oh, Bertani! haga usted lo posible para que esto concluya pronto, porque sufro demasiado.

Fué la última queja proferida por sus labios.

Entró en la agonía, se cogió convulsivamente á los que le rodeaban, y, lanzando un suspiro, se desplomó sobre el lecho.

Le puse mi mano sobre el corazón. Todavía palpitaba. Pero á poco cesaron sus latidos.

El alma había ya volado al Cielo.

Dije á los monjes que estaban con nosotros que preparasen una solución arsenical para inyectar el cadáver; pero carecíase de arsénico, y la inyección hubo de ser con sublimado corrosivo. El cuerpo fué llevado á una habitación, á la derecha del altar mayor, cerca de la sacristía, donde quedó depositado, vestido de uniforme y con la cabeza descansando sobre un cojín.

Su joven amigo Eleuterio Pagliano, que había peleado bravamente durante todo el sitio, y que en el día es uno de los más distinguidos pintores de Lombardía, hizo su retrato.

A su lado, tendido sobre una tabla, yacía el negro de Garibaldi, Aguyar.

Estaba yo contemplando los dos cadáveres, tan bellos en sus diferentes rasgos, cuando percibí que alguien lloraba detrás de mí.

Era Ugo Bassi.

Durante nuestra permanencia en la estancia mortuoria, parecía ser ella el blanco de los proyectiles franceses.

Al otro día, el cadáver fué transportado á una casa, y de allí á la iglesia de San Lorenzo. Luego, lo depositaron en la de *Cent-Prêtres*, donde lo esperaba el de Enrique Dandolo y debía reunírsele el de Morosini.

El mismo día de la muerte de Manara se recibía una carta de su mujer, que contenía estas únicas palabras:

«No pienses en mí ni en tus hijos; piensa en la patria.»

¡Pobre mujer; la muerte se había encargado de llevarle la respuesta!

EMILIO MOROSINI

Permanecíamos alrededor del lecho mortuorio de Manara, preguntándonos los unos á los otros sobre la suerte que había cabido á nuestros queridos amigos, entre los cuales figuraba Emilio Morosini.

Aquel día nos fué imposible averiguar nada al respecto.

En la mañana del primero de julio, Dandolo supo por un soldado que se había encontrado en la brecha junto á Morosini, que éste había caído, gravemente herido, en poder de los franceses.

Aunque mortificado aún por su herida, Dandolo se apresuró á solicitar del triunvirato y del ministerio permiso para salir. A las tres horas, llenados los trámites necesarios, le fué concedido, y se trasladó al campo francés, sin salvoconducto alguno.

Detenido al llegar á las avanzadas, explicó el objeto de su presencia. Un oficial se compadeció de su dolor, y le permitió entrar en el campamento, de donde fué conducido á la ambulancia. Allí supo que Morosini había muerto.

Pidió el cadáver para entregarlo á la familia, á lo que un médico respondió que dos horas antes lo habían llevado

á un cementerio bastante apartado de aquel lugar. Dandolo solicitó una orden de exhumación.

En tanto que esperaba la respuesta, entró un capitán de estado mayor, á quien produjo mucho asombro ver en el campo francés á un oficial italiano desprovisto de salvoconducto. Mandó arrestar al oficial que le había permitido el paso, y salir del campamento al recién llegado, sin querer escuchar ninguna razón.

Dandolo llevó á sus amigos la infausta nueva y escribió al jefe de estado mayor francés pidiendo permiso para la exhumación; permiso que se le concedió en la mañana del día 2.

Concluída la triste ceremonia de la conducción de Manara, Dandolo se acercó á mí, diciéndome:

—Bertani, dentro de algunas horas el cadáver de Morosini estará en la iglesia de *Cent-Prêtres*, en Sante-Vieto, donde podrás verlo.

Antes de anochecer, fué á la iglesia. La casa, ó mejor el convento, que comunicaba con la iglesia, estaba ocupado por tropas francesas, que tenían cerrado el templo.

Solicité de un capitán venia para entrar. El capitán, observando la profunda tristeza de mi semblante, me preguntó afectuosamente si era yo militar y si había perdido algún pariente ó amigo.

Le respondí que muchos amigos míos habían sucumbido, y entre ellos, Manara. Lo conocía por el nombre, me pidió detalles de su muerte, y á su vez me facilitó otros que yo no conocía.

Un cazador de Vincennes, que estaba junto á él cuando el ataque de Spada, y que me señaló de entre un grupo de soldados situados cerca de nosotros, le había dicho, en el momento que Manara se asomó á la ventana:

—Reparo usted en aquel oficial. Es hombre muerto.

Y diciendo esto, disparó, y se había visto caer á Manara.

El capitán continuaba, pero yo me sentía tan abatido, que no pude responderle, y le pedí que me dejase entrar en la iglesia.

—¿Qué va usted á hacer allí?—me preguntó.

—Voy á ver el cadáver de otro amigo, que hoy ha sido desenterrado y devuelto por ustedes á una madre agobiada por el dolor.

Mandó pedir autorización al coronel; la obtuvo y me recomendó al guardián de la iglesia para que me franquease la entrada.

La iglesia estaba muy obscura; el guardián abrió una pequeña puerta que daba acceso al coro, me entregó una lámpara, y, señalándome un sombrío rincón, dijo:

—Busque usted por ahí.

Y se detuvo, resistiéndose á dar un solo paso más.

Triste y pausadamente me adelanté. Por mis venas circulaba un frío de muerte.

Aquel silencio, aquellas tinieblas, la vacilante luz de la lámpara, el precioso objeto de mi escudriñamiento, el ansia de encontrar al joven que había conocido en vida, todo esto hacía latir con fuerza mi corazón, cuyos violentos latidos me destrozaban el pecho.

Caminaba despacio, sin el menor conocimiento del sitio que pisaba, llevando en alto la lámpara y con miedo de tropezar con el cadáver.

Por fin, distinguí, cerca de la gradas, una forma negra y oblonga. Continué avanzando, y reconocí un cuerpo humano.

Casi enloquecido de pesar y terror, me incliné hacia él.

¡Ay, mísero!

Con la mano que me quedaba libre, desaté el cordel que sujetaba la mortaja por el lado del cuello, pies y vientre. Levanté la cabeza del muerto. Aunque ya desfigurado, reconocí fácilmente que era el pobre adolescente que yo buscaba.

Solté la cabeza, que, al chocar contra el suelo, produjo un ruido que jamás olvidaré.

Me detuve temblando como un azogado.

¡Dios mío, cuán grande sois, y cuán imponente es la muerte!

Hice un esfuerzo sobre mí mismo. Médico familiarizado con las Parcas, no quería ser dominado por la sugestión de su idea.

Coloqué la lámpara en una grada del altar, y, dirigiendo la mirada á la cara del muerto, lo contemplé con tristeza. Estaba más pálido que el lienzo que lo envolvía.

Reconocí y toqué sus heridas. Habría querido recoger las últimas gotas de su sangre, para llevarlas á su madre y trazar con esa sangre una cruz en la frente de todos esos jóvenes italianos que algún día clamarán por la manumisión de su patria.

Corté un mechón de sus cabellos, pensando en la madre que lloraba por su hijo, y también en la posible existencia de una amiga perdida en el desierto de un amor tronchado.

Por último, estreché su mano, y descubriéndome, musité estas palabras:

—¡Hasta la vista!

Salí tiritando de la iglesia, llevando tan fuertemente impreso en mi alma aquel lúgubre espectáculo, que hoy día, once años después, escribiendo estas líneas, veo todavía el marmóreo cadáver en su mortaja salpicada de lodo y sangre.

A la salida, encontré al guardián, y luego al oficial, á quien estreché la mano, sin poder articular una sola palabra.

Al día siguiente, el cuerpo de Morosini fué depositado en un ataúd de plomo, á la espera del momento en que debía ser trasladado al suelo nativo, con los cadáveres de sus amigos.

Todos nosotros deseábamos ardientemente conocer los detalles de la muerte de Morosini.

Pero los unos tenían necesidad de partir, dejando solos á los otros: á los muertos y á los que ayudaban á los heridos en su agonía.

Yo era de los últimos.

He aquí lo que averigüé sobre la muerte de Morosini.

Los datos que poseo y voy á reproducir, me los facilitó el señor Santí, corso al servicio de la Sanidad francesa, que en la noche del 29 al 30 de junio ejercía de cirujano en la ambulancia de la frontera.

Este digno sujeto, á quien soy deudor de algunos servicios, me contó que el 30 de junio, al despuntar el día, condujeron á la ambulancia á un oficial de los nuestros, tan joven y tan bello, que, al pronto, creyó que era una mujer.

Presentaba ligeras heridas en la cabeza, en la mano izquierda y en el pecho, y una en el vientre, necesariamente mortal.

De Santí lo había cuidado con solicitud.

Morosini, que no había perdido aún el uso de la palabra, le preguntó:

—¿Qué opina usted de mis heridas?

—Tenga usted confianza en Dios y en su juventud—respondió Santí.

—Está bien—replicó Morosini,—comprendo que no hay remedio.

Y añadió, lanzando un suspiro:

—¡Pobre madre!

Entregó su cartera al doctor, se volvió de espaldas, y á partir de aquel instante, no pronunció ni una sola palabra más.

Algunos minutos después de haberse practicado la cura á Morosini, un antiguo sargento del 32.° entró en la ambulancia, y luego que hubo buscado afanosamente la cama del joven oficial, dijo al médico:

—El es, el mismo.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Santí.

—Que á toda costa habría querido salvar á este pobre muchacho; he hecho todo lo posible. Pero, ¡quia! tiene mala pieza en el telar.

El sargento explicó que Morosini, acompañado solamente de cuatro hombres, había sido rodeado é intimado á rendirse, á lo que respondió:

—¡Jamás!

Y continuó blandiendo la espada y gritando á los cuatro hombres:

—En nombre de Italia, os prohibo rendiros.

El sargento le apoyó su bayoneta sobre el pecho, pensando intimidarle.

Pero Morosini cogió la bayoneta con la mano izquierda, y dirigió una estocada al rostro del sargento.

Este, empero, prohibía á sus soldados hacer fuego, esperando coger vivo al joven y poder salvarlo. Pero un soldado que estaba á espaldas suyas, viendo que Morosini continuaba defendiéndose, le hizo un disparo á boca de jarro.

La bala, atravesando las entrañas, le produjo la herida mortal de que se ha hecho mención más arriba.

Morosini cayó, apoyando en el suelo una mano y una rodilla. En esta posición, continuaba, gritando sin cesar á sus compañeros:

—Haceos matar, pero no os rindáis.

El sargento se volvió al soldado, diciendo con vivo enojo:

—¡Desgraciado! ¿Qué has hecho?... ¿No ves que era un niño?

Morosini murió algunas horas después de haber sido transportado á la ambulancia, y fué amortajado con el lienzo que lo envolvía en la iglesia de *Cent-Prêtres*.

Llevaba en la cintura dos pistolas, en cuya empuñadura aparecía grabado el nombre de Kosciusko, amigo de su familia, á quien las había regalado el célebre general polaco.

Practiqué todas las investigaciones posibles para encontrar la espada y las pistolas de Morosini, pero inútilmente. Parece que obraban en poder del viejo sargento, que manifestó no querer desprenderse de aquellas armas á ningún precio.

El 4 de septiembre de 1849, los tres féretros que encerraban los cadáveres de Enrique Dandolo, Lucio Manara y Emilio Morosini, fueron desembarcados en el muelle de Génova.

GODOFREDO MAMELI

Garibaldi cuenta en sus Memorias y en la breve biografía que ha hecho de Godofredo Mameli, que el joven poeta, en la tarde del 3 de junio, vino á solicitar de él permiso para intentar un nuevo esfuerzo sobre la villa Corsini, y que se le concedió lo que solicitaba.

Mameli resultó herido en la pierna izquierda.

La herida, por sí sola, no revestía ninguna gravedad; pero, debido al mal

estado de la sangre, se gangrenó, y el 18 de junio hubo de procederse á la amputación.

La ventana del cuarto donde se encontraba Mameli, en la ambulancia de la *Trinitá dei Pellegrini*, ofrecía constante blanco á los proyectiles de todo calibre; pero Mameli se mostraba completamente indiferente á ese que podríamos llamar peligro póstumo. Unicamente se mostró alarmado un día en que, por efecto de la copiosa supuración, se sentía debilitado en alto grado.

—¡Morir peleando y al aire libre, á la buena de Dios—decía;—pero que me maten como un paralítico, en la cama, eso nunca!

El 8 de junio entró en estado de delirio, delirio alegre, durante el cual cantaba en voz baja y recordaba todos los incidentes de su vida, desgraciadamente tan fugaz.

A intervalos hacía presagios sobre el porvenir y votos por su patria.

Tenía veintiún años cuando murió.

Apliqué una inyección al cadáver, que fué inhumado en Roma.

Mameli había compuesto una canción de guerra que Garibaldi cantaba á menudo y tarareaba sin cesar: *Fratelli d'Italia*.

Este canto es popular en Italia.

MELLARA

El coronel Mellara, herido en el combate del 9 de junio, murió el 4 de julio, cuando los franceses habían entrado ya en la ciudad. No pudiendo los romanos protestar con las armas, se reunieron en la iglesia, alrededor del catafalco del guerrero.

Pero, mientras el pueblo congregado estaba llorando piadosa y silenciosamente sobre aquel cadáver, símbolo de la Italia caída, un oficial de policía, al frente de un grupo de soldados, entró en la iglesia, y arrancó del sombrero del muerto la escarapela italiana que, según costumbre, se había colocado encima del ataúd. Luego, interrumpiendo la piadosa ceremonia, dió orden de desalojar el templo, orden que fué acatada en el acto.

El pobre Mellara ni siquiera pudo disfrutar de este postrer consuelo que se prodiga á los muertos: las lágrimas derramadas por seres amados.

Por lo demás, las pasiones políticas se manifestaron en los reaccionarios romanos lo mismo que en el seno de los reaccionarios franceses. Los curas y los frailes, sobre todo, se mostraron muy crueles con los pobres heridos abandonados á sus cuidados. A un tal Giovanni, de Cremona, herido en el muslo, le negaron un vaso de agua, mientras no se hubo confesado. Para comprender la extensión de esta tortura, es preciso ser médico y tener noción de la imperiosa necesidad de beber que siente el herido.

Todos los médicos de Roma que cuidaron heridos patriotas, perdieron su diploma.

Séame permitida una digresión filosófica, ó moral, en términos más precisos.

Existe profunda diferencia entre la muerte del soldado forzado al servicio, y la del soldado que voluntariamente sirve á su país.

Este último siente el entusiasmo de su misión, el orgullo de sus heridas, la gloria de su muerte. Encuentra alivio á sus dolores, en su amor á la patria, en las oraciones que eleva á Dios por el triunfo de su causa.

El otro, permanece mudo y sólo pronuncia palabras de venganza contra el que lo ha herido.

Un niño de Bolonia, de diez años de edad, perteneciente á la legión de Garibaldi, herido en la mano izquierda, se dejó cortar la muñeca sin pronunciar una queja, y, pálido y exhausto, quiso asistir á la última batalla.

Para fundar hospitales improvisados, se recorrieron las calles de Roma, gritando en alta voz :

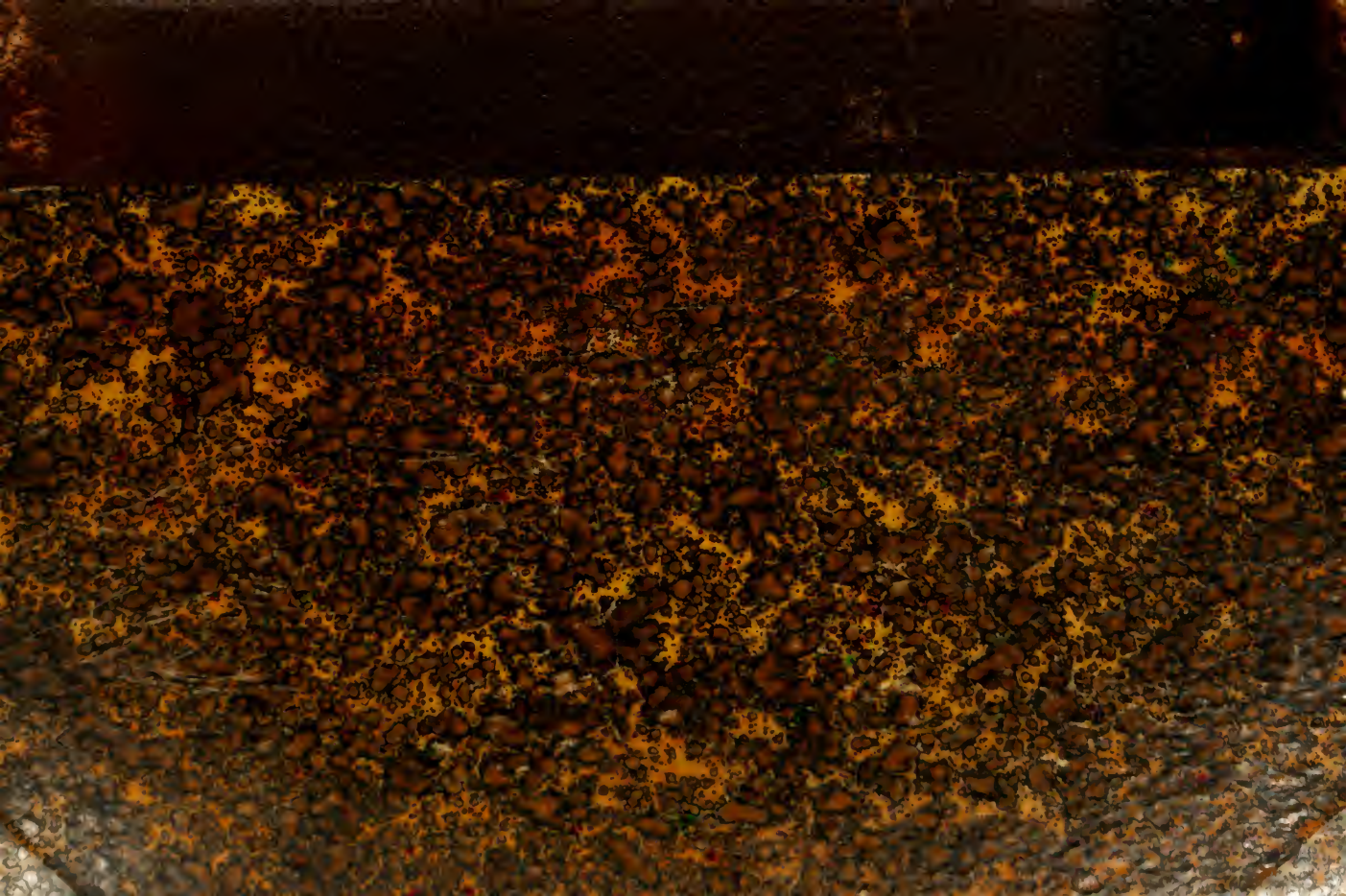
—¡ Para los patriotas heridos !

Todas las ventanas se abrían, y por ellas tiraban los vecinos sábanas, trapos, colchones, almohadas.

Los hospitales fueron creados por la caridad particular de la ciudad.

BERTANI.

ÍNDICE

	PÁGS.
I.—Mis padres.	19
II.—Mis primeros años.	21
III.—Mis primeros viajes.	23
IV.—Mi iniciación.	25
V.—Los Sucesos de Saint-Julien.	28
VI.—El Dios de los justos.	31
VII.—Entro al servicio de la república de Rio Grande.	34
VIII.—Corsario.	37
IX.—El Plata.	40
X.—Las Llanuras orientales.	42
XI.—La Poetisa.	44
XII.—El Combate.	46
XIII.—Luis Carniglia.	48
XIV.—Prisionero.	49
XV.—La Estrapada.	51
XVI.—Viaje por la provincia de Rio Grande.	53
XVII.—La Laguna de los Patos.	55
XVIII.—Armamento de balandros en Camacua.	57
XIX.—La Estancia de la Barba.	59
XX.—Expedición á Santa Catalina.	64
XXI.—Partida y naufragio.	66
XXII.—Juan Griggs.	69
XXIII.—Santa Catalina.	71
XXIV.—Una Mujer.	73
XXV.—El Corso.	75
XXVI.—El Lago de Imirui.	77
XXVII.—Nuevos combates.	79
XXVIII.—A caballo.	81
XXIX.—La Retirada.	85
XXX.—Estancia en Lages y sus contornos.	87
XXXI.—Batalla de Taquarí.	89
XXXII.—Asalto de San José del Norte.	92
XXXIII.—Anita.	92
XXXIV.—Se levanta el sitio.—Rossetti.	100
XXXV.—La Picada das Antas.	101
XXXVI.—Boyero.	105
XXXVII.—Profesor de matemáticas y corredor de comercio.	109
XXXVIII.—Todo se ha perdido, menos el honor.	134
XXXIX.—Formación de legiones.	137
XL.—El Coronel Negra.	140
XLI.—Paso de la Boyada.	142
XLII.—La Legión italiana rehusa los terrenos que le ofrecen.	144
XLIII.—Desgracia de Rivera.	148
XLIV.—Intervención anglo-francesa.	149
XLV.—Acción de San Antonio.	153
XLVI.—Escribo al Papa.	158
XLVII.—Mi regreso á Europa.—Muerte de Anzani.	160
XLVIII.—Otra vez Montevideo.	164
XLIX.—Campaña de Lombardia.	168
L.—Sigue la campaña de Lombardia.	176
LI.—Roma.	181
LII.—Expedición contra el ejército napolitano.	193
LIII.—Combate de Velletri.	199
LIV.—El 3 de junio.	205
LV.—El Sitio.	212
LVI.—La Sorpresa.	220
LVII.—El Fin	223
LVIII.—Quien me ame, que me siga	227
LIX.—Los Muertos.	228

DG 552.8 .G2 A318 1870 SMC
Garibaldi, Giuseppe,
Menorias de Garibaldi